

A man and a woman are shown in profile, looking towards the right. The background is a warm, golden-toned map of a continent, likely South America. The woman has long, straight blonde hair and is wearing a white top. The man is partially visible behind her. The overall mood is romantic and hopeful.

se

Empezar  
de  
nuevo

A silhouette of a large, spreading tree is shown against a sunset sky. The sun is a bright orange circle on the horizon, partially obscured by the tree's branches. The sky transitions from a deep orange near the horizon to a lighter yellow at the top.

ISABEL KEATS

Cuando el coronel Schwartz fue a recoger al nuevo doctor se llevó una incómoda sorpresa: en vez del hombre que esperaba, se encontró frente a una atractiva mujer de aspecto frágil. La presencia de una doctora, joven y brillante, en un pueblo perdido del Congo era un misterio que el implacable militar, acostumbrado a no pasar nada por alto, estaba decidido a desentrañar.

Para Alexandra, África era un sueño cumplido y, al mismo tiempo, una huida hacia adelante. Trabajar en el pequeño dispensario, velando por la salud de sus agradecidos pacientes le encantaba; la única pega que le encontraba a su nueva existencia era la presencia del inquietante y severo coronel Schwartz que, a pesar de sus esfuerzos por mantenerlo alejado, amenazaba con derribar las barreras que tanto le había costado erigir a su alrededor...

Novela ganadora del Primer Certamen HQÑ Digital.



Isabel Keats

# Empezar de nuevo

ePub r1.1

Titivillus 02.07.2017

Título original: *Empezar de nuevo*  
Isabel Keats, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*Este libro se lo dedico a mi hermana Paloma, primera lectora de todos mis experimentos literarios; a Ramón Alcaraz, profesor del taller de escritura El desván de la memoria, del que tanto he aprendido y que tanto me ha apoyado, y a la doctora de la Mota, que me ayudó con mis interminables preguntas sobre cuestiones médicas.*

# Capítulo 1

La hermana Marie tuvo que alzar mucho la cabeza para mirar los ojos oscuros del hombre que estaba a su lado.

—Si fuera usted tan amable de traerlo a la misión, coronel Schwartz. Nuestra furgoneta está averiada; el pobre Emile lleva toda la mañana intentando arreglarla.

—No se preocupe, hermana, tengo que ir a Kikwit a recoger material. No me cuesta nada traer de paso a su doctor. Ojalá que ahora tengan más suerte, el que les enviaron la última vez dejaba un poco que desear. —Un relámpago de dientes blancos brilló durante un segundo contra la piel quemada por el sol.

—Seguro que en esta ocasión, el buen Dios nos echará una mano. No creo que vuelvan a mandarnos a un borrachín. Además, las existencias de alcohol se han agotado en varios kilómetros a la redonda. —En el rostro arrugado de la religiosa afloró una sonrisa pícaro, pero enseguida recuperó la seriedad y añadió—: El nuevo doctor llegará en el vuelo de Kinshasa, su nombre es Alexandre Bascourt.

—Perfecto, hermana, esta noche lo tendrá usted aquí sano y salvo. —A modo de despedida, el coronel juntó los talones con un ruido seco y se dirigió hacia el todoterreno lleno de distintivos de la ONU, en el que lo aguardaba un joven negro vestido de civil.

La religiosa permaneció mirando cómo se alejaba la figura alta y marcial del norteamericano y no le cupo duda de que el doctor

llegaría a su destino sin sufrir ningún percance; conocía al coronel Schwartz desde que este llegó a África un par de años atrás y sabía que era un hombre con el que se podía contar. Desde que a la pequeña patrulla de cascos azules bajo su mando se le asignó la protección de la misión y establecieron su campamento a apenas cien metros de la misma, no habían sufrido más ataques rebeldes en busca de material sanitario, comida o por simple afán de destrucción. Y eso eran buenas noticias; el último asalto se había saldado con dos enfermeras congoleñas violadas y asesinadas.

El coronel Schwartz subió con agilidad al asiento del conductor y, pocos segundos después, el vehículo se alejaba a toda velocidad entre salpicaduras de barro.

—Tenemos una importante misión, Kibibi: hemos de traer al nuevo doctor —anunció el coronel a su joven intérprete.

Aunque el francés del norteamericano era bastante bueno, Kibibi resultaba imprescindible cuando se veía obligado a entenderse con otros congoleños que solo hablaban en alguno de los cuatro dialectos nacionales. En el instante en que el coronel Harry Schwartz pisó el suelo de la República Democrática del Congo por primera vez, Kibibi se convirtió en su mano derecha; era un muchacho listo y lleno de resolución, capaz de encontrar cualquier cosa que necesitaran incluso en la aldea más remota.

—¡Un nuevo doctor! Me alegro por los pobres enfermos —afirmó el chico mostrando sus dientes, relucientes y perfectos, en una amplia sonrisa.

—Sí, yo también.

Condujeron durante horas por las enfangadas carreteras de tierra rojiza. A mitad de camino, Kibibi, como si hubiera leído la mente del coronel, sacó un par de raciones del ejército y ambos comieron sin detenerse ni un minuto. Les llevó casi cuatro horas recorrer la distancia de menos de cien kilómetros que separaba la

misión de Kikwit, pero, al fin, llegaron a las afueras de la ciudad envueltos en una fina y persistente llovizna.

La ciudad de Kikwit era la más importante de la antigua provincia de Bandundu. Al ser día de mercado, tardaron un buen rato en atravesar sus calles sin asfaltar esquivando a la muchedumbre, en su mayoría mujeres ataviadas con largos vestidos y tocados de alegres colores, que se dirigían al centro cargando con enormes cestos de frutas y verduras en equilibrio sobre sus cabezas.

Cuando llegaron al aeródromo, el coronel detuvo el coche cerca de la pista asfaltada. El vuelo en el que, además del doctor, viajaba la mercancía que el coronel debía recoger no había llegado aún. De repente, el ruido de un motor se escuchó en la lejanía y al rato vieron aparecer entre las nubes, que por un momento habían dejado de vaciar su pesada carga sobre ellos, la silueta del pequeño avión que hacía el vuelo semanal entre Kinshasa y Kikwit.

—Puntualidad británica, como siempre —comentó, seco, el coronel.

Kibibi no pudo evitar una carcajada, pues el vuelo llevaba más de dos horas de retraso. Le gustaba el humor ácido del hombre que tenía a su lado; disfrutaba trabajando para él. El coronel Schwartz era un hombre severo y de pocas palabras, pero justo e íntegro, no como otros blancos a cuyas órdenes había servido antes.

El avión aterrizó con facilidad, rodó un rato por la pista llena de baches y enseguida se detuvo y se apagaron los motores. El coronel condujo el vehículo hasta detenerse justo al lado de la escalerilla por donde comenzaban a descender los pasajeros. En primer lugar bajaron un par de hombres de negocios congoleños vestidos con traje y corbata, los siguió una familia al completo que no paraba de discutir, una mujer entrada en carnes luciendo un vestido de colores chillones y, tras ella, un hermano franciscano, con un hábito de tela tosca y una cruz de madera, que saludó al coronel con efusión.

—Caramba, hermano Piero, ¿otra vez por aquí?



—Ya ve usted, coronel Schwartz, no me dejan jubilarme — contestó, alegre, el anciano.

—¿Va usted a la misión? Si quiere puedo llevarlo.

—Gracias, coronel, no es necesario. Voy a reunirme con un alto cargo del gobierno de la ciudad, a ver si consigo acelerar de alguna manera las obras para conseguir que Kikwit tenga acceso, de una vez por todas, al agua corriente. Ya sabe cómo funcionan aquí estas cosas...

El coronel lo sabía muy bien. La única forma de engrasar las tuercas para que las cosas fluyeran en ese país era que el dinero cambiara de manos.

—Le deseo suerte, hermano.

—Gracias, coronel, suerte o un empujoncito de... —acabó la frase elevando los ojos al cielo.

—Si alguien tiene influencias allá arriba, imagino que será usted.

—Eso espero, eso espero —deseó el franciscano con una carcajada—. Adiós, coronel Schwartz.

—Hasta la vista.

Todo el pasaje del avión, unas veinte personas, había descendido ya del aparato y se encontraba sobre la pista; sin embargo, el coronel no logró identificar a nadie que se pareciera ni por asomo al doctor francés que esperaba. Se acercó al piloto, un holandés alto y de pelo muy rubio, que llevaba más de veinte años pilotando aviones por toda África:

—Oye, Hans, he venido a recoger a un tal doctor Bascourt, ¿puedes decirme si venía en este vuelo?

—Hola, coronel Schwartz, dame un segundo.

El piloto sacó un arrugado papel del bolsillo trasero de su pantalón.

—Veamos, tut, tut... Aquí está: A. Bascourt. En efecto, figura en la lista de embarque.

El coronel se volvió hacia los pasajeros ocupados en retirar, ellos mismos, su equipaje de la bodega del avión.

—¡Por favor, estoy buscando al doctor Alexandre Bascourt! —Su tono profundo se impuso al instante sobre algarabía que reinaba a su alrededor.

—Yo soy la doctora Alexandra Bascourt. —Una voz suave e inconfundiblemente femenina sonó a su espalda.

Sorprendido, el coronel se volvió y contempló a la mujer que había hablado, la misma que minutos antes había descartado como a una turista extravagante, deseosa de vivir aventuras fuera de los circuitos habituales de África. Aparentaba unos treinta años, no era ni alta ni baja; iba vestida con los típicos pantalones caqui llenos de bolsillos que los viajeros hambrientos de exotismo solían comprar en las tiendas de aventura de cualquier capital europea y una camiseta blanca que se ajustaba, sin marcarla en exceso, a su esbelta figura. Su pelo era muy rubio y lo llevaba bastante corto en un gracioso peinado cuyos mechones, unos más largos que otros, parecían seguir cada movimiento de su cabeza, enmarcando unas facciones delicadas en las que resaltaban unos enormes ojos castaños. Al coronel Schwartz siempre le habían gustado las mujeres de pelo largo y llenas de curvas, pero tuvo que reconocer que la belleza etérea de la joven resultaba cautivadora; aunque aún no estaba seguro de que la nueva doctora le fuera a gustar, no tenía más remedio que reconocer que era muy atractiva.

—Soy el coronel Harry Schwartz, ¿es usted la doctora Bascourt? —preguntó, escéptico, el militar—. La directora de la misión me habló de un tal Alexandre Bascourt...

—Me temo que ha habido un error, seguramente debido a que en mis comunicaciones con la hermana Marie Florit siempre he firmado como Alex —contestó la joven.

—No sé si le hará gracia saber que es usted una mujer...

—¿Por qué mejor no se lo preguntamos a ella? —respondió la doctora sin perder la calma—. Imagino que si estaba conforme con mi currículum, no creo que mi sexo la vaya a hacer cambiar de opinión. Quizá la hermana no sea tan anticuada en sus conceptos como parece serlo usted.

El tono de su voz era tan dulce, que el coronel tardó un rato en reconocer como tal la pulla que acababa de lanzarle.

«¡Tocado!», se dijo a sí mismo divertido, pero sin exteriorizarlo.

—Muy bien entonces —repuso dirigiéndole a la joven una mirada inescrutable—, saldremos para la misión cuanto antes. ¡Kibibi, recoge el equipaje de la doctora, yo me encargo de lo demás!

El militar giró sobre sus talones y se acercó a la bodega del avión, mientras el congoleño cogía la maleta de la chica. El joven se presentó con una sonrisa tan contagiosa en sus labios, que la doctora se vio obligada a devolvérsela.

—Bienvenida, doctora, soy Kibibi, el intérprete del coronel Schwartz.

—Gracias, Kibibi, pero ¿para qué necesita el coronel un intérprete si su francés es casi perfecto? Tenía entendido que era la lengua oficial de la República Democrática del Congo.

—En efecto, pero en mi país también hay otros dialectos nacionales: el kikongo, el lingala, el swahili y el tshiluba. En esta zona es mayoritario el kikongo, que es mi lengua materna.

—Te agradezco la información, Kibibi. Ya te darás cuenta de que hay muchas cosas que desconozco de este bello país, así que espero que no te importe que te pregunte a menudo.

Kibibi negó encantado, mientras metía la enorme maleta roja de la chica en la parte trasera del Jeep. Al muchacho le gustaba la nueva doctora blanca; parecía una frágil mujercita, pero se había enfrentado sin parpadear con el mismísimo coronel Schwartz que, a más de uno, le hacía temblar las rodillas con solo dirigirles una mirada. El coronel volvió con una caja gigantesca cargada sobre sus anchos hombros.

—Ayúdame, Kibibi, quedan dos más.

Las otras dos cajas eran todavía más grandes y pesadas, y a duras penas consiguieron cargarlas en el todoterreno. Cuando estuvieron listos, el coronel se puso al volante y le indicó con un gesto a la doctora que ocupara el asiento del copiloto, mientras

Kibibi se sentó como pudo en un hueco que quedaba entre los bultos, en la parte trasera.

—Parece que ha traído una gran cantidad de equipaje, doctora. No crea que hay muchos entretenimientos en el lugar al que se dirige.

—¿No? Lástima, había pensado que la vida social en África sería bastante más interesante que la de París. —Una vez más, al coronel le divirtió su actitud serena y retadora a la vez—. Para su información, coronel —añadió mirándolo muy seria—, le diré que traigo un montón de medicamentos. La hermana Marie me comentó en una de sus cartas que les hacían mucha falta.

—En ese caso, disculpe mi comentario.

La expresión del coronel era hermética, aunque no daba la sensación de que se sintiera culpable en absoluto, pero a Alexandra no le importó su actitud; más de una vez se había tenido que enfrentar con colegas tremendamente machistas y, a esas alturas, no estaba dispuesta a pelearse con nadie por ese motivo.

Con disimulo, miró al hombre sentado a su lado, que conducía con destreza por la primitiva carretera sin asfaltar. Su primera impresión de él había sido terrorífica. Tenía un aspecto formidable: muy alto y de anchas espaldas, con una larga cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda desde la sien hasta la mandíbula, dándole un aspecto siniestro. Alex calculó que no llegaría a los cuarenta años. Llevaba el pelo castaño con un severo corte militar y sus ojos, muy oscuros y casi velados por los gruesos párpados, resultaban incómodamente penetrantes. En ese momento, con la mirada fija en el camino y la cicatriz oculta al otro lado del rostro, la joven se sintió algo más tranquila. Su cara, aunque de rasgos agresivamente masculinos, no resultaba tan aterradora vista desde ese ángulo.

Alexandra desvió la mirada hacia la exuberante vegetación que crecía a ambos lados de la embarrada carretera. Los árboles eran inmensos y entre sus copas frondosas cientos de pájaros exóticos, monos y otras criaturas desconocidas piaban, chillaban o aullaban

sin parar. El contraste del verde oscuro de árboles y arbustos contra el pigmento rojo de los caminos era impresionante, y una ligera bruma lo envolvía todo, dándole al paisaje un aspecto mágico y misterioso.

—¡Es hermoso! Y tan diferente... —exclamó la chica sin poder contener su entusiasmo.

El coronel la miró por el rabillo del ojo. A pesar del calor que hacía dentro del Jeep, que carecía de aire acondicionado, la doctora lucía fresca como una mañana de primavera. La piel de su rostro no brillaba y su pelo, enfrentado a una humedad de casi el setenta y cinco por ciento, no se encrespaba como había visto que hacía el de otras mujeres. A su lado, él mismo se sentía incómodo, como una bestia sudorosa.

—Dígame, coronel —preguntó tan tranquila y afable como si estuvieran tomando el té en un jardín inglés, en vez de estar dando botes sobre los sempiternos baches de las carreteras congoleñas—, ¿cuánto tiempo lleva usted en África?

—Dentro de poco hará dos años.

—¿Y en qué consiste su misión exactamente? Tengo entendido que la guerra acabó hace tiempo.

—En efecto, hace años que acabó la guerra. A pesar de ello quedan núcleos rebeldes que siembran el terror por donde pasan. Nosotros actuamos un poco como policías en la zona. Entre otras cosas, somos los encargados de proteger la misión. Cuando llegamos, había sufrido varios ataques, con muertes y violaciones incluidas. —La miró de soslayo para ver cómo se tomaba sus palabras, pero la joven no parecía preocupada en absoluto. Así que añadió—: Tampoco es mucho lo que podemos hacer. Apenas somos un puñado de hombres para atender un territorio tan amplio y tan inseguro. Dígame, doctora ¿conocía usted estos datos antes de venir aquí?

Los enormes ojos castaños se apartaron del cristal y se volvieron hacia él.

—¿Que la zona era poco segura? Por supuesto que lo sabía coronel, ¿cuál es el propósito de enviar a alguien engañado a un lugar como este? No tiene sentido; al poco tiempo estaría deseando volver y las molestias ocasionadas serían mayores que los beneficios.

—Y usted, doctora, ¿cree que durará más que su antecesor? Él no aguantó ni tres meses. Claro que tenía un pequeño problema con la bebida que, al parecer, se acentuó al llegar aquí.

—Coronel, no estará intentando asustarme ¿verdad? —preguntó Alex dirigiéndole una mirada divertida, mientras las comisuras de su boca se alzaban en una sonrisa un tanto enigmática.

El coronel apartó la vista de la peligrosa carretera durante un breve instante y la posó sobre ella, tomando nota de la adorable sonrisa y los expresivos ojos que lo miraban risueños. Por un momento, algo se revolvió en su interior y no supo a qué atribuirlo.

—Por supuesto que no, doctora Bascourt —contestó muy serio—, me limito a contarle los hechos como son.

—No se preocupe, coronel Schwartz, en este mundo solo se asustan los que tienen algo que perder... —declaró la chica apoyando la cabeza en el respaldo del asiento y dejando que sus ojos vagaran una vez más por el verde paisaje que desfilaba ante su ventanilla.

Sus palabras sorprendieron al militar, pero no se atrevió a pedir ninguna aclaración. El resto del viaje transcurrió en un agradable silencio, apenas perturbado por una frase aquí y allá, que no se hizo incómodo en ningún momento. Dos horas más tarde, avistaron los edificios de la misión recortados contra la débil claridad del cielo africano.

## Capítulo 2

El coronel detuvo el coche ante la construcción principal que hacía las veces de escuela y dispensario. Alrededor de esta, unas pequeñas cabañas de techo de palma y paredes de adobe servían de alojamiento a las religiosas y a los empleados de la misión. Apenas se había apagado el ruido del motor cuando la hermana Marie, acompañada por otra monja congoleña, salió a recibirlos muy sonriente.

—Justo a tiempo, coronel, espero que usted y Kibibi se queden a cenar. Bienvenido... ¿doctora?

Alex no pudo evitar sentirse divertida al ver la mirada de asombro de la misionera.

—Espero que no haya ningún problema por motivo de mi sexo, hermana. El coronel no estaba muy conforme, pero lo convencí para que me trajera a pesar de todo —declaró Alexandra dirigiéndole una amplia sonrisa a la religiosa.

—Por supuesto que no tiene importancia —contestó la hermana Marie, devolviéndole la sonrisa—. Solo que no es habitual que una doctora con un currículum como el suyo y, si me permite añadir, tan agraciada y joven como usted, venga a trabajar a un lugar remoto como este. Pero ya hablaremos luego. Vengan, entren, entren o se enfriará la cena.

La misionera le presentó al resto de los comensales —una monja más y dos enfermeros congoleños y sus esposas, que trabajaban en

el hospital y vivían en la misión con sus familias—, que estaban sentados alrededor de la tosca mesa de madera instalada de forma provisional en lo que por las mañanas, según le contó la hermana Marie, se convertía en la única aula de la escuela.

—Encantada —saludó Alex en general.

Les hicieron un hueco y trajeron otros cubiertos para los tres. El ambiente durante la cena fue muy agradable, pero en un momento dado, Alexandra notó que se le cerraban los párpados. La hermana Marie se dio cuenta y le dijo:

—Tiene que estar agotada, doctora.

—Llámeme Alex, por favor —rogó la joven.

—Venga conmigo, Alex —ordenó la misionera levantándose de la mesa—, la llevaré hasta su cabaña para que se instale, y mañana le enseñaré todo esto.

Alexandra la siguió y les deseó a todos buenas noches.

—Coronel, le agradezco que me haya traído desde Kikwit.

El hombre deslizó sus ojos penetrantes por el pelo revuelto y el rostro algo pálido debido al cansancio y se limitó a asentir sin contestar. Las dos mujeres salieron a la oscuridad de la noche, pues la misión no contaba con alumbrado exterior. La hermana Marie llevaba una linterna para no tropezar. Enseguida llegaron a una de las cabañas, y la misionera abrió la puerta que carecía de cualquier tipo de cerradura o candado.

El interior era muy reducido. El mobiliario consistía en un catre cubierto por una mosquitera que colgaba de un gancho del techo y una pequeña cómoda al lado de la cual Alex descubrió su maleta, que alguien se había encargado de dejar allí. El baño estaba separado de la zona de dormir por una cortina de tela de alegres colores. A la joven le sorprendió gratamente que estuviera equipado con una rudimentaria ducha y un retrete. La hermana Marie, percibió su expresión de alivio y comentó:

—Tiene usted suerte, terminamos las obras para crear una pequeña red de saneamiento y obtener agua corriente hace apenas



dos meses, pero no se haga ilusiones; el agua caliente sigue siendo una utopía.

—No se preocupe, hermana, es mucho más de lo que esperaba.

La monja le dio una serie de consejos antes de marcharse:

—Es conveniente que se envuelva todas las noches en el mosquitero. Procure no andar descalza y, antes de ponerse las botas por la mañana, sacúdalas bien para asegurarse de que no se haya colado dentro ninguna criatura indeseable. Ahora la dejaré, Alex. Duerma todo lo que pueda. Tenemos mucho trabajo y es necesario que mañana esté bien descansada.

—Gracias por todo, hermana Marie.

En cuanto se quedó sola, Alexandra se puso el pijama con rapidez, se lavó los dientes y se acostó sobre el estrecho camastro, bien envuelta en la mosquitera. Trató de analizar los acontecimientos del día, pero sus párpados se iban volviendo más y más pesados y, unos segundos después, se sumía en un sueño profundo.

Al despertar, Alex tardó un rato en recordar dónde se encontraba. Al instante saltó de la cama, colocó en la cómoda su exiguo equipaje y se dio una rápida ducha, aprovechando también para lavarse el pelo; el agua estaba a temperatura ambiente y no resultaba desagradable. Se puso unos pantalones y una camisa de manga larga como protección contra los insectos y se dirigió al edificio principal, llevando las medicinas que había traído.

—Déjeme ayudarla. —Una voz profunda sonó a sus espaldas, mientras los fuertes brazos del coronel le arrebatában las pesadas cajas de los medicamentos.

—Muchas gracias. —La altísima figura del militar que caminaba a su lado le resultó ligeramente agobiante; desde ese lado, su terrible cicatriz resultaba bien visible. Alex observó sus rasgos severos y se preguntó si sonreiría alguna vez.

El coronel dirigió una mirada a su pelo húmedo y aspiró el agradable aroma del champú que usaba la joven. Debía reconocer que le agradaba en extremo el aspecto pulcro y aseado de la doctora Bascourt. La hermana Marie los saludó alegre desde la puerta de la escuela. Ahora la gran mesa de madera estaba colocada bajo el tosco porche de techo de palma del edificio.

—Tiene café en un termo y hay unos cuantos bollos dentro de la lata. Los hace la hermana Chantal y están deliciosos. ¿Quiere usted uno, coronel?

—No, gracias, hermana, hace tiempo que desayuné. ¿Dónde dejo esto?

Mientras la monja acompañaba al coronel al interior del dispensario y le mostraba dónde debía colocar las cajas, la doctora se sirvió una taza de café y se comió con apetito uno de los bollos que, en efecto, estaba exquisito. Cuando volvieron los otros dos, Alex ya había terminado de desayunar y el coronel se despidió de ella llevándose un par de dedos a su boina azul claro.

—Desde luego es un hombre de pocas palabras —comentó la joven, mientras lo observaba alejarse en dirección al todoterreno.

—Sí, pero no se deje llevar por las apariencias. A pesar de su aspecto imponente, el coronel Schwartz tiene un gran corazón. No sé qué hubiéramos hecho sin él en la misión estos últimos años. Desde acelerar trámites burocráticos, que no puede imaginarse lo que son aquí, hasta realizar todo el diseño y la ejecución del sistema de saneamiento. Siempre está dispuesto a echar una mano; si no fuera por el coronel, todavía estaríamos excavando agujeros en el suelo para ir al retrete.

Alexandra miró el alegre y arrugado rostro de la hermana Marie y no pudo evitar sonreír.

—¿Ha terminado ya? —preguntó la religiosa lanzando una mirada a su plato vacío—. Venga conmigo, le enseñaré nuestro dispensario, aunque quizá sería más correcto llamarlo pequeño hospital. ¿Ve esa cabaña de ahí? Tiene diez camas para pacientes a los que, cuando no hay tiempo para trasladarlos a Kikwit, nos

vemos obligados a operar aquí. —La hermana Marie le enseñó las espartanas instalaciones y le explicó cómo funcionaba todo. Luego señaló a los dos enfermeros que había conocido la noche anterior y añadió—: Ambroise y Bernard, responderán a cualquier duda que pueda surgirle.

Sin más explicaciones, la monja le tendió una bata blanca y la doctora se puso a trabajar.

Los pacientes aguardaban en una ordenada fila a la puerta del dispensario. Algunos llegaban andando, con los pies descalzos, desde poblaciones situadas a más de treinta kilómetros de distancia. La mayoría de los casos que atendió fueron de malaria, diarreas, o leptospirosis, una enfermedad producida por una bacteria que se reproducía en aguas contaminadas que, en algunas zonas, llegaba a convertirse en un problema de salud pública. Muchas personas venían también para recibir los medicamentos necesarios con los que tratar los síntomas de las enfermedades que padecían a consecuencia del VIH. Ella trataba los casos más severos, mientras que sus ayudantes se encargaban de repartir dosis de medicinas y curar alguna que otra herida menor.

La mañana se pasó sin sentir y cuando Alexandra oyó la campana de la comida, apenas quedaban un par de pacientes aguardando. El almuerzo resultó muy animado y Alex se sintió encantada de haber tomado la decisión de venir a África. Desde niña había sido su sueño y durante la carrera se especializó en el tratamiento de enfermedades tropicales; durante unos años pensó que ya nunca lo haría realidad, pero acontecimientos fuera de su control al final la habían arrastrado hasta allí.

—¿Y bien, doctora, qué tal la mañana? —preguntó la hermana Marie.

—Todo ha transcurrido sin problemas. Ninguno de los casos que he atendido era grave. Esta tarde operaré a un niño de apendicitis.

—Perfecto, es usted una bendición del buen Dios. El médico anterior casi nunca podía operar, su pulso... digamos que no daba para tanto.

La operación se desarrolló sin incidentes y tras la cena, Alex se pasó de nuevo por la sala de recuperación para cerciorarse de que su pequeño paciente se encontraba bien. La madre pasaría la noche con él y la doctora le indicó dónde avisarla en caso de necesidad. Cansada, pero satisfecha, Alex encendió la linterna para alumbrar el camino que llevaba a su cabaña. De pronto, un ruido seco sonó a su derecha y, sobresaltada, dirigió el haz de luz en esa dirección, al tiempo que la alta figura del coronel surgía de entre las tinieblas, haciendo que su corazón le diera un vuelco.

—¡Caramba, coronel, me ha asustado! —Alexandra se llevó una mano a su agitado pecho.

—Perdone, doctora. —Como de costumbre, a la joven le dio la sensación de que, en realidad, no le importaba lo más mínimo.

—¿Desea algo?

—Solo quería saber qué tal le fue en su primer día...

—Digamos, coronel —le respondió con una sonrisa que no podía ocultar su entusiasmo—, que creo que duraré más tiempo del que usted piensa. Me temo que no le quedará más remedio que acostumbrarse a verme por aquí.

—Me alegra oírlo. Su presencia resulta muy agradable para la vista, doctora Bascourt.

La noche era muy oscura y la joven mantenía la mano sobre el cristal de la linterna. A la débil luz, apenas podía distinguir la expresión del coronel y no supo cómo interpretar ese comentario hecho en un tono indiferente. Incómoda, se despidió con rapidez deseando alejarse de él.

—Será mejor que me vaya a dormir, estoy muy cansada. Buenas noches, coronel.

—Buenas noches, doctora.

El norteamericano permaneció un buen rato mirando el lugar por donde había desaparecido Alexandra. La había visto salir del dispensario, con muestras evidentes de haber tenido un buen día y no había podido resistir la tentación de abordarla. Una vez más, se preguntó por qué habría ido a parar a ese lugar perdido de la mano de Dios una doctora joven y guapa, con un porvenir en apariencia brillante. Tenía que reconocer que Alex lo atraía poderosamente aunque, vista su actitud, estaba claro que lo que ella sentía por él se acercaba de forma peligrosa a la repulsión. El militar se encogió de hombros. No se hacía ilusiones sobre su aspecto; hacía mucho tiempo que había aprendido a convivir con él. Sin embargo, tenía la sensación de que un misterio rodeaba a la adorable doctora Bascourt y él, Harry Schwartz, estaba decidido a desentrañarlo.

## Capítulo 3

Las semanas transcurrieron con una rapidez desconocida para Alex; hasta su llegada a África, estaba convencida de que cada hora constaba de ciento veinte minutos, pero en la misión sus días estaban tan ocupados, que apenas le daba tiempo a pensar en nada que no fuera su trabajo. La hermana Marie había resultado una persona encantadora, con la que Alex se sentía muy a gusto. Algo en la religiosa le recordaba a su propia madre y entre ellas comenzaba a nacer una profunda amistad.

Veía a menudo al coronel, aunque apenas cruzaban más de unas pocas palabras. De vez en cuando le llevaba una carta de su familia y, si ella deseaba enviar alguna, no tenía más que entregársela a él o a Kibibi. Empezaba a acostumbrarse a sentir sus ojos soñolientos —a los que sin embargo no se les escapaba detalle— siguiéndola por todas partes; su rostro adusto no dejaba traslucir ninguna emoción, así que la chica desconocía si la miraba con disgusto o con complacencia. En realidad, no le importaba mucho. Alex comenzaba a considerarlo como parte del paisaje congoleño.

Alexandra tuvo que revisar la opinión que tenía de él el día que vio a uno de los pequeñuelos que había llegado con su madre al dispensario salir disparado, corriendo y gritando hacia él. El coronel lo alzó en sus musculosos brazos como si fuera una pluma y, por

primera vez desde que lo conocía, lo vio sonreír. Su expresión sufrió un cambio radical, iluminada por el resplandor de unos dientes blanquísimos y, de pronto, la joven se dio cuenta de que antes de quedar marcado para siempre, el coronel debía haber sido un hombre extraordinariamente atractivo.

El militar se volvió hacia ella cargando al chiquillo entre sus brazos, con la huella de su sonrisa reflejada aún en su mirada, a pesar de que su semblante había recuperado la seriedad que lo caracterizaba y Alex hizo un curioso descubrimiento: el coronel era capaz de mantener el rostro inexpresivo por completo, mientras sonreía tan solo con los ojos.

—Buenos días, doctora, le presento a este joven paciente. Se llama Joseph. Tenga cuidado con él, porque le robará los caramelos de la consulta en cuanto se dé la vuelta.

—No, señor, no, señor —contestó el chico retorciéndose de risa.

—Gracias por avisarme, coronel, los guardaré en un sitio muy alto al que no pueda llegar, aunque quizá, si se porta bien, le regale una de esas piruletas de fresa con forma de corazón que todos los niños dicen que son deliciosas...

—Sí, sí, doctora. Seré muy bueno.

A los ojos pardos de la joven asomó tal expresión de ternura al mirar al pequeño, que el duro corazón del coronel Schwartz se estremeció y tuvo que hacer un esfuerzo para no alargar el brazo que tenía libre y estrecharla contra sí. La doctora alargó las manos, cogió al niño entre sus brazos y se dirigió al dispensario charlando animadamente con él, mientras el coronel la miraba alejarse y se preguntaba, una vez más, qué hacía una mujer como ella, tan llena de amor y de ternura, escondida en ese lugar donde no encontraría un marido con el que tener hijos propios.

Una mañana, la doctora se encontraba en el dispensario ocupada con una paciente cuando escuchó un chirrido de frenos y el sonido estridente de la bocina de un vehículo.

—Discúlpeme —le dijo a la mujer a la que atendía en ese momento, y se dirigió a la puerta con premura.

En el exterior, el coronel Schwartz gritaba a Ambroise y Bernard que trajeran una camilla. Al verlos, Alexandra se hizo cargo en el acto del significado de la escena; por algo había pasado más de un año en las urgencias del barrio de Les Mureaux, uno de los más conflictivos de París, así que empezó a disponerlo todo:

—¡Ambroise, Bernard, llevadlo adentro y colocadlo sobre la mesa de operaciones; usted, coronel, quédese aquí!

El coronel hizo caso omiso de su orden y los siguió. La doctora se lavó las manos con rapidez y se puso unos guantes de látex antes de volverse hacia el herido, un soldado británico que presentaba un orificio de entrada de bala en el costado; no había orificio de salida, por lo que sería necesario extraer el proyectil. Calculando a ojo el peso del hombre, le explicó a Bernard la cantidad de anestesia que debía preparar. Por fortuna, no era la primera herida de bala a la que Alex se enfrentaba en su vida, aunque las condiciones del primitivo quirófano de la misión nada tenían que ver con las del moderno hospital en el que había trabajado antes. Las pequeñas unidades de esterilización, casi domésticas, no podían asegurar que el instrumental estuviera exento de microorganismos; además, se veía obligada a reutilizar el material quirúrgico más veces de las que resultaban aconsejables y, sobre todo, lo que más echaba de menos en ese instante era una lente de gran aumento, para facilitar la extracción de pequeños objetos o realizar microsuturas más seguras.

Alexandra exhaló un profundo suspiro y volvió a la realidad. Era inútil perder el tiempo con lamentos; eso era lo que había y no le quedaba más remedio que conformarse. Con decisión, tomó en su mano el afilado bisturí y se puso con la extracción. Había un herido esperando sobre la mesa de operaciones...

De pie al fondo de la sala, el coronel observaba con interés los procedimientos, admirando la calma con la que actuaba la joven; era precisa en sus órdenes y ademanes, lo cual contribuía a tranquilizar



a todos los que trabajaban a su alrededor. Al poco rato, la doctora había realizado la incisión y, minutos después, extraía con unas pinzas la bala del lugar donde estaba alojada. Mientras procedía a suturar la herida comentó:

—Su hombre ha tenido suerte, coronel, la bala no ha afectado ningún órgano vital. Si no se infecta la herida, en pocos días estará como nuevo. —Alex terminó de coserlo, dejó la aguja a un lado y empezó a quitarse los guantes. De repente, se quedó mirando el hombro del militar, donde la sangre había empapado la camisa, y exclamó—: ¡Está usted herido!

—No es nada, doctora, Ambroise o Bernard pueden curarlo.

—No sea tonto. Siéntese aquí —ordenó, señalando la mesa de operaciones, ahora libre—. Pensándolo mejor, será mejor que se siente en esa silla, es usted demasiado alto para mí —declaró, señalando una silla de hierro que había en la habitación.

En cuanto el militar se sentó, Alexandra se acercó a él y comenzó a desabrochar los botones de su camisa de manera impersonal, a pesar de lo cual, a Harry Schwartz el gesto se le antojó extremadamente íntimo. Con mucho cuidado, la doctora apartó la tela que se había quedado pegada a la herida y la examinó con detenimiento. Un corte, producido con un cuchillo o un machete afilado, cruzaba la parte baja del cuello; aunque no era profundo, se trataba de una zona delicada por el gran número de estructuras neurológicas y vasculares que podían verse afectadas. Además, iba a necesitar bastantes puntos.

—¡Caramba, coronel, esto ha estado cerca! Un poco más y le podría haber seccionado la carótida. ¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Alexandra sin dejar de atenderlo mientras hablaba. Tras inyectarle un poco de anestesia local, desinfectó la herida y cogió otra aguja y el hilo de sutura.

—Esta mañana tuvimos un aviso. Un grupo de rebeldes habían atacado una aldea a unos treinta kilómetros al norte. Los interceptamos y matamos a cuatro de ellos, el resto huyó, pero conseguimos arrebatarnos varios fusiles de asalto.

La doctora interrumpió un momento lo que estaba haciendo y lo miró a los ojos. Estaba tan cerca, que el norteamericano descubrió las atractivas pintas verdosas que salpicaban sus iris castaños.

—Espero que tenga cuidado, coronel —comentó ella, al tiempo que reanudaba su tarea con destreza—. Me he dado cuenta de que su pérdida sería muy lamentable para la marcha de la misión.

—Muchas gracias por preocuparse, doctora, aunque sea más por la marcha de la misión que por mi vida en sí. —El tono de su voz era impasible y cuando Alex se asomó de nuevo a sus ojos de pesados párpados, tampoco pudo descifrar su expresión.

—Perdone, coronel, no quería decir eso exactamente.

Alexandra se mordió el labio inferior, en un intento de contener una sonrisa, y Harry Schwartz no pudo evitar que su mirada se posara un rato más de lo necesario en esos labios llenos y seductores. La cercanía de la doctora comenzaba a ponerlo nervioso. A pesar del dolor, que ni siquiera la anestesia borraba del todo, notaba el roce de los hábiles dedos femeninos en su cuello y su cabeza estaba tan próxima a la suya que, de vez en cuando, los rubios cabellos acariciaban su mejilla, permitiéndole aspirar el delicioso aroma de su champú y la fragancia de su piel. Se le aceleró la respiración y apretó los dientes tratando de controlarse.

—¿Le duele? —preguntó Alex al percibir la tensión en sus mandíbulas.

—No se preocupe por mí —respondió con voz ronca—. Tiene usted unos dedos muy ligeros, doctora, apenas he notado nada.

—Ya está. He tenido que darle más de veinte puntos —declaró Alexandra, al tiempo que cortaba el hilo con unas afiladas tijeras.

El militar lamentó que se alejara de él y, al mismo tiempo, experimentó un profundo alivio.

—Quiero que mañana se pase por el consultorio para echarle un vistazo. Dentro de unos días le quitaré los puntos. Me he esmerado con usted, coronel. Si todo va bien no creo que le quede mucha cicatriz. —La doctora lo ayudó a ponerse la camisa manchada.

—No creo que a estas alturas una cicatriz más o menos importe mucho, doctora. —Alex percibió una vez más que el coronel era capaz de sonreír sin mover los labios, lo que resultaba un poco desconcertante—. De todas formas se lo agradezco.

—Ahora, si me disculpa, seguiré atendiendo a los pacientes. Habrá que buscar a alguien para que se quede a cargo del herido esta noche.

—Yo mismo lo haré.

—Usted tiene que descansar, coronel. Bernard o Ambroise pueden permanecer de guardia y avisarme si surge algún imprevisto —opinó la doctora mientras, una vez más, se lavaba las manos y se cambiaba la bata empapada de sangre por otra limpia.

—No será necesario. Estoy acostumbrado a descansar en cualquier parte y la sala de recuperación no es el peor sitio donde he pasado la noche.

Alexandra miró su rostro adusto y decidido y se encogió de hombros.

—Como quiera.

El coronel la observó salir tan fresca como si, en vez de haber estado casi dos horas operando y cosiendo a dos heridos, acabara de salir de la ducha. Sin embargo, le intrigaba la imperturbable calma de la doctora, algo le decía que bajo esa apariencia apacible fluían turbulentas corrientes ocultas.

## Capítulo 4

Eran más de las dos de la madrugada cuando el coronel decidió avisar a Alexandra. El sargento Bates llevaba casi un cuarto de hora revolviéndose inquieto en su catre y al coronel le preocupaba que pudieran saltársele los puntos; quizá fuera necesario administrarle otro calmante. Se dirigió a la cabaña de la doctora alumbrándose con un farol de campaña y llamó a la puerta con los nudillos. No hubo respuesta. Volvió a llamar un poco más fuerte, pero sin éxito; la doctora debía acabar agotada tras su extensa jornada laboral y dormía con el sueño profundo de los niños, así que decidió entrar.

El militar bajó la intensidad del farol y lo apoyó en la pequeña tabla colgada en la pared, que hacía las veces de mesilla de noche, sobre la que descansaban un grueso tomo sobre enfermedades tropicales y un marco de fotos que exhibía la imagen de una encantadora pareja que parecía haberse escapado de un anuncio. El coronel tomó el portarretratos en su mano y, a la débil luz del farol, examinó la fotografía con detenimiento. Era un bello primer plano; la doctora, radiante, estaba vuelta hacia el objetivo rodeada por los brazos de un atractivo hombre de pelo castaño claro que la miraba embelesado. De improviso, Schwartz sintió una fuerte punzada de algo que tenía un sospechoso parecido con los celos.

Con suavidad, dejó de nuevo el marco sobre la mesilla y miró a la doctora Bascourt, que dormía ajena por completo a la invasión de su intimidad. Alexandra descansaba hecha un ovillo, con la cara casi

tapada por el cabello rubio y revuelto. Llevaba un sencillo pijama de manga corta de algodón azul pálido bajo cuya fina camisa su pecho subía y bajaba con regularidad, y su aspecto joven e indefenso lo enterneció. Como si su cuerpo actuara por voluntad propia, apartó el mosquitero, se inclinó y, retirando con delicadeza un mechón de pelo de su rostro, depositó un beso ligero en la comisura de su boca.

Alexandra sonrió en sueños y su cabeza cambió de posición: ahora sus labios quedaban al alcance de los del coronel que, sin poder evitarlo, se inclinó de nuevo sobre ellos y los besó de lleno. En esta ocasión, la boca de la joven se entreabrió y lo recibió con una dulzura y una entrega tal, que el militar, con la mente enturbiada por una espesa nube de deseo, fue incapaz de apartarse y continuó besándola con ardor. El norteamericano sintió que una de las manos de Alexandra se posaba en su nuca, acercándolo aún más hacia sí, y la escuchó susurrar:

—Toni...

El coronel se quedó rígido y se apartó en el acto. En ese momento, Alex abrió los párpados, confusa, y, al descubrir la presencia masculina al lado de su cama, se incorporó con rapidez al tiempo que una mirada de temor aparecía en sus pupilas.

—Doctora, perdone mi intromisión, he llamado antes, pero estaba usted profundamente dormida. Si no le importa, desearía que viniera a echar un vistazo al sargento Bates. —La voz del militar sonó más áspera que de costumbre, pero ella no lo notó.

Alex se frotó los ojos y lo miró desconcertada; le costaba concentrarse en lo que aquel tipo le decía. Estaba soñando que el hombre al que amaba la despertaba con un beso, y había sido toda una conmoción abrir los ojos y encontrar la amenazadora figura del coronel al lado de su cama.

—Sí, por supuesto, coronel. —Alexandra sacudió la cabeza tratando de despejarse—. Perdone, todavía estoy atontada. Ahora mismo voy.

—La espero fuera.

El coronel salió afuera y permaneció al lado de la cabaña con los puños apretados, en un vano intento de controlar su agitada respiración y sus sentidos revolucionados por ese beso que le había llegado a lo más hondo. Por suerte, se dijo, Alexandra parecía pensar que lo ocurrido solo era producto de un sueño. El militar no lograba entender qué demonios acababa de ocurrirle ahí dentro; no era su estilo, en absoluto, aprovecharse de una mujer indefensa. Todavía le sorprendía recordar el agudo pinchazo de dolor que había atravesado su pecho cuando Alexandra pronunció el nombre de otro mientras la besaba. El atractivo rostro del hombre de la foto se dibujó en su mente y unos celos irracionales lo invadieron, haciendo que se avergonzara de sí mismo.

Alex no tardó mucho en salir. Se había puesto sobre el pijama una ligera chaqueta de lana que le llegaba a los muslos y, al contemplar sus largas piernas desnudas enfundadas en las gruesas botas, el coronel pensó que era la mujer más sexy y más ajena a ello que había visto en su vida. Su pelo seguía revuelto y Harry Schwartz tuvo que contener el poderoso impulso de alargar la mano, y enredar sus dedos en esos sedosos cabellos.

El sargento Bates seguía retorciéndose inquieto en su lecho, así que la doctora preparó una jeringuilla y le administró un sedante que hizo efecto casi en el acto.

—Espero que con esto aguante hasta la mañana. Coronel, ¿se encuentra bien? Lo noto algo pálido —preguntó Alex a bocajarro, al contemplar su rostro a la luz más intensa del dispensario. Sin esperar su respuesta, se acercó a él y le ordenó—: Agáchese.

A continuación, Alexandra posó la fresca palma de su mano sobre su frente, lo que le provocó una nueva e intensa sacudida de deseo.

—No parece tener fiebre, pero lo noto raro.

—¡Estoy bien! —El militar se apartó de ella con brusquedad y notó que los aterciopelados ojos castaños de Alex lo observaban sorprendidos, así que, procurando suavizar el tono de su voz le dijo

—: Será mejor que vuelva a su cama y procure dormir, doctora. Si no, mañana estará agotada.

Unas gruesas gotas de sudor cubrieron la frente del coronel; si no se alejaba de Alexandra en ese instante, se abalanzaría sobre ella y la besaría hasta cortarle la respiración.

—Está bien, coronel. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Alex regresó a su cabaña un tanto confusa por la extraña actitud del militar. Algunos jirones del sueño del que acababa de despertar se enredaban aún a su alrededor, y la sumían en una vaga inquietud.

A la mañana siguiente, Alexandra se levantó bastante despejada a pesar de la agitación nocturna de la víspera. Antes de desayunar fue a ver al sargento Bates y lo encontró despierto y sin fiebre. El sargento le comentó que el coronel acababa de marcharse al campamento para darse una ducha y Alexandra se alegró de no tener que verlo esa mañana; todavía notaba un raro desasosiego cada vez que evocaba la sombría figura masculina de pie, al lado de su cama.

El desayuno, como de costumbre, fue muy animado. Las misioneras llevaban semanas ensayado una obra de teatro con los niños de la escuela y ese día, después de las clases, tendría lugar el estreno. Alexandra calculó que, a esas horas, ya habría bajado el ritmo de pacientes y podría asistir. La hermana Marie, una vez más, le agradeció el trabajo que estaba realizando en el dispensario de la misión:

—No puede imaginarse la diferencia, Alex. Con el doctor anterior cada vez que había una emergencia teníamos que rezar al buen Dios y rogarle que todavía quedara algo de alcohol en la botella y no estuviera todo dentro de su estómago.

A Alexandra le fascinaba la forma serena de aceptar las cosas que tenía la religiosa, que soportaba con buen talante los pequeños

contratiempos del día a día, sin perder jamás la sonrisa ni la fe en el buen Dios, como ella lo llamaba.

Por la tarde, la explanada frente al edificio principal estaba abarrotada de gente. La mayoría se sentaba en el suelo y unos pocos en las sillas de la escuela, que alguien había sacado afuera para la ocasión.

—Siéntate aquí, doctora —le dijo Kibibi con su alegre sonrisa, indicándole la silla que había reservado para ella.

Alexandra y él se habían hecho buenos amigos. Kibibi era una inagotable fuente de información y cada vez que necesitaba cualquier cosa sabía que podía recurrir a él. Un poco apartado del resto, recostado sobre el tronco de un escuálido árbol y con los brazos cruzados sobre el pecho, Alex descubrió la poderosa figura del coronel Schwartz que parecía observarla con sus desconcertantes ojos oscuros escondidos esta vez tras unas gafas de sol. El hombre hizo ademán de llevarse dos dedos a la boina, pero no se acercó a ella. Ese día no se había pasado por el dispensario.

«Allá él si se le infecta», pensó Alex, irritada.

Decidida a no prestarle más atención, volvió la vista hacia el tosco escenario donde estaba a punto de comenzar la representación. Los niños llevaban sencillos disfraces fabricados con papeles de colores y sus caritas oscuras relucían con radiantes sonrisas de satisfacción. La obra resultó un éxito; incluso el hecho de que alguno de ellos se equivocara más de una vez al recitar su papel contribuyó a aumentar la diversión general del auditorio que no se cansaba de aplaudir.

El coronel, protegido tras los cristales de sus gafas oscuras, no le quitaba ojo a la doctora Bascourt que se divertía como una niña, sin parar de reír y aplaudiendo con vehemencia en los momentos indicados. De vez en cuando, intercambiaba un comentario con Kibibi o con la mujer de Ambroise que se sentaba al otro lado.



Tenía que reconocer que la joven se había adaptado a la perfección. En África parecía encontrarse en su elemento e incluso el clima, insoportablemente húmedo y caluroso, parecía sentarle de maravilla. Estaba todavía más guapa que cuando llegó, o quizá fuera que él la miraba con otros ojos, lo que tampoco resultaría extraño. Al fin y al cabo era la única mujer blanca, no religiosa, en un radio de varios kilómetros a la redonda.

Como colofón, el coro de niños y niñas interpretó una canción del país de forma conmovedora y desde su puesto de observación, el coronel vio cómo las lágrimas se deslizaban brillantes por las mejillas de Alexandra Bascourt, sin que esta hiciera nada por ocultarlas. El deseo de desentrañar el misterio que parecía rodearla aumentó y se dijo que no descansaría hasta saber quién era el hombre de la fotografía, y cuál era la relación que había entre ellos. En ese instante preciso, la hermana Marie pasó por su lado y el coronel no pudo resistirse a hacerle unas cuantas preguntas.

—Felicitaciones, hermana, la función ha sido todo un éxito. Lo he pasado muy bien.

—Gracias, coronel, se lo diré a la hermana Agnès, ella ha sido la directora, guionista y encargada de vestuario —contestó la religiosa con una amplia sonrisa que multiplicó las arrugas de su rostro.

—La doctora Bascourt también parece haber disfrutado mucho del espectáculo... —afirmó el militar, tratando de llevar la conversación a su terreno.

—Alex es una mujer encantadora, ha sido una bendición divina que viniera a nosotros.

—¿No le parece extraño, hermana, que una mujer como ella se entierre en este lugar?

—Mucho. La hermana Agnès tiene todo tipo de teorías sobre el asunto que van desde el abandono por parte de un novio infiel, a una huida de la persecución de la mafia internacional. Pero Alexandra es una mujer muy discreta, a la que no le gusta hablar de sí misma, y yo lo respeto —comentó mirándolo con interés. El coronel Schwartz no era un hombre que mostrara curiosidad a

menudo, pero la expresión del rostro masculino era tan impenetrable como de costumbre, y la hermana Marie no pudo sacar nada en claro. La doctora se acercaba a ellos, así que cambiaron de tema.

—¡Enhorabuena, hermana Marie! —exclamó Alex sonriendo entusiasmada, mientras sus ojos chispeaban de placer—. Lo han hecho todos de maravilla, ¿no está de acuerdo, coronel?

—Completamente de acuerdo —respondió él, con parquedad.

—Muchas gracias, Alexandra, estaba comentando con el coronel lo bien que se ha adaptado a la misión.

La joven dirigió la mirada al inexpresivo rostro del coronel y de nuevo sintió una vaga incomodidad, así que apartó los ojos de él y los dirigió hacia la cara, mucho más amable, de la misionera.

—Ha sido gracias a ustedes, hermana Marie. Me han recibido con tanta amabilidad que desde el principio me he sentido como en mi casa y eso no tiene precio.

—Y esa casa de la que habla, ¿dónde está, si no es indiscreción? —intervino al punto el coronel con curiosidad.

—En un precioso pueblecito de la Provenza llamado Lacoste. En realidad es la casa de mis padres, donde viví hasta que me trasladé a París a estudiar y a trabajar, luego allí... pero... bueno, en realidad siempre la he considerado mi verdadero hogar.

Al coronel no le pasó desapercibida su vacilación y se preguntó si en alguna ocasión Alexandra había considerado otro lugar su verdadero hogar. La doctora parecía algo incómoda, así que decidió no hacerle más preguntas y dejó que las dos mujeres se alejaran de él para ir a felicitar a los pequeños actores y a la directora del espectáculo.

## Capítulo 5

En la misión la vida discurría de forma apacible y Alexandra Bascourt cada vez sentía una mayor simpatía por esas gentes que, a pesar de carecer de casi todo, compartían lo poco que tenían con una sonrisa en los labios. Le encantaba la labor que llevaba a cabo; todo lo que de sí entregaba a esas personas, le era devuelto multiplicado por dos. Cada día aprendía algo nuevo, en especial de ella misma. Además, los miembros de la misión eran como una pequeña familia, dispuestos siempre a apoyarse unos a otros.

Hacía años que no se sentía tan feliz.

A pesar de que casi cada semana les llegaban noticias de algún ataque de la guerrilla rebelde, estos parecían ocurrir a muchos kilómetros de distancia, por lo que, hasta ahora, no les habían afectado de forma directa. Después de retirarle los puntos de la herida, Alexandra apenas había visto al coronel Schwartz por el campamento, pero las pocas veces en que coincidían, siempre se paraba un rato a charlar con ella; aunque, quizá sería más correcto decir que, en general, era ella la que llevaba el peso de la conversación —el coronel era un hombre muy reservado—, pero Alex reconocía cada vez más a menudo la profunda humanidad que yacía escondida bajo ese aspecto adusto y poco accesible.

Si había que juzgar a las personas en base a sus hechos y no por sus palabras, Alexandra tenía que reconocer que las misioneras recurrían al coronel con frecuencia y él, invariablemente, estaba

dispuesto a echarles una mano en todo lo que estuviera a su alcance. Otras veces, lo veía jugar al fútbol con los chiquillos que abarrotaban la misión y, entonces, perdía por completo su aspecto severo y se convertía en uno más. En una de aquellas ocasiones, el coronel levantó unos segundos los ojos del balón y, al cruzarse sus miradas, le lanzó una cautivadora sonrisa que hizo que Alexandra notara algo extraño en el estómago.

Una noche, el norteamericano se quedó a cenar en la misión, cosa poco habitual, y le hizo una proposición a Alexandra que la tomó completamente desprevenida:

—Doctora, ¿no ha pensado en cogerse unos días libres?

—¿Días libres? No podría. ¿Quién se encargaría del dispensario? —contestó, extrañada por la pregunta.

—Estoy de acuerdo con el coronel Schwartz, Alex, tiene derecho a tomarse unas pequeñas vacaciones. Lleva más de tres meses trabajando sin descanso —intervino, inesperadamente, la hermana Marie.

Alexandra los miró a los dos, asombrada.

—¿Y qué iba a hacer esos días? Por aquí no es que haya muchos sitios a dónde ir que digamos...

—Verá, me ha llegado una invitación de la embajada americana en Kinshasa. Todos los años por estas fechas organizan una gran fiesta. Mi amigo Hans podría recogernos en Kikwit y volaríamos hasta la capital. Nos alojaríamos en el Grand Hotel Kinshasa que, aunque tampoco es una maravilla, es de lo mejorcito que encontraremos en la ciudad. —El coronel notó que la chica lo miraba estupefacta y se detuvo.

—No lo dude, Alex, le vendrá bien un cambio de aires —afirmó la religiosa, dándole una palmadita en el dorso de la mano.

—Hermana Marie, me sorprende usted. Me está animando a que me vaya de vacaciones con un hombre que no es ni mi novio, ni mi marido...

El coronel la interrumpió en ese momento:

—Por supuesto en habitaciones separadas...

—En habitaciones separadas, por supuesto —recalcó la religiosa.

—¿Pero quién se encargaría de mi trabajo en la misión?

—La próxima semana recibiremos una visita del padre Domingo, un sacerdote español que también es un gran médico. A él no le importará sustituirla durante unos pocos días.

—¡Caramba! —exclamó Alexandra sin saber qué decir, parecía que todo estuviera organizado de forma que ella no pudiera negarse. Sin embargo, de repente se le ocurrió la excusa perfecta —: Lamento confesar que no tengo qué ponerme. No traje en mi equipaje nada apropiado para la ocasión.

—No se preocupe por eso —intervino el coronel—, en Kinshasa hay un par de tiendas donde seguro que encontrará algo adecuado.

—Parece que no tengo opción —resumió la joven.

—Créame, Alex, le vendrá bien un cambio y luego podrá contarnos la fiesta con todo lujo de detalles. A la hermana Agnès y a mí nos encantan ese tipo de historias ¿verdad, hermana?

La hermana Agnès asintió, y su oscuro rostro se iluminó con una sonrisa.

—Entonces ¿decidido? —preguntó el coronel Schwartz, dirigiéndole una de esas miradas somnolientas bajo sus pesados párpados.

—Mmm... No sé... Está bien, ¿cuándo nos iremos?

—Me doy cuenta de que se consume de entusiasmo. —A pesar de su tono seco, la doctora percibió que el hombre le sonreía divertido sin mover un solo músculo de la cara, y a ella no le quedó más remedio que soltar una carcajada.

—Perdóneme, coronel, reconozco que me ha dejado pasmada. Cuando me acostumbre a la idea estoy segura de que demostraré mucho más entusiasmo —contestó mirándolo con semblante malicioso y ojos chispeantes.

—Perfecto. El próximo martes tenga lista su maleta. Saldremos de la misión a primera hora.

—¡A la orden, mi coronel! —contestó burlona la joven, al tiempo que se llevaba los dedos a la frente en un saludo marcial.

El coronel se limitó a mirarla un rato con esos ojos que parecían atravesarla, hasta que Alexandra se revolvió incómoda en su silla. Sin decir una palabra más, el militar se levantó de la mesa y se despidió dando un taconazo.

—Este hombre me desconcierta por completo. Nunca sé por dónde va a salir —declaró Alex, observándolo mientras se alejaba.

—Si, a veces me sorprende incluso a mí —afirmó la religiosa con expresión satisfecha.

El martes siguiente, Alex esperaba a la puerta de su cabaña con una pequeña maleta que le había prestado la hermana Marie. A los pocos minutos, apareció el Jeep del coronel y se detuvo junto a ella. El militar descendió del todoterreno, cargó su equipaje en la parte trasera y le abrió la puerta para que subiera. A Alexandra la sorprendía muchas veces su cortesía algo anticuada, pero no podía negar que, para variar, resultaba muy agradable. Siempre había pensado que la buena educación no estaba reñida con la igualdad entre hombres y mujeres.

Una vez dentro del vehículo, Alex no tuvo más remedio que reconocer que estaba excitada con el plan. Había llegado a la conclusión de que no le vendrían mal unos días para desconectar un poco; le servirían para recargar energías y conocer algo más sobre el Congo.

Para su sorpresa, durante el trayecto a Kikwit, no faltaron temas de conversación. Aunque ambos hablaron de cuestiones generales, sin entrar en ningún momento en pantanosos terrenos personales, lo hicieron con animación e interés y Alex descubrió que, a pesar de que diferían en algunas cuestiones, en otras muchas estaban de acuerdo. La opinión de la joven sobre el coronel, al que hasta ese

momento había considerado un tipo lleno de prejuicios trasnochados, comenzó a tambalearse.

—Debo reconocer, coronel, que me sorprende usted gratamente —le confesó en un momento dado.

El coronel le lanzó una de sus perezosas miradas y respondió:

—Me alegra que la opinión que tiene usted sobre mí mejore un poco, aunque sé que no es difícil. Soy consciente de que esta nunca ha sido muy elevada...

Alexandra, turbada, se ruborizó sin saber qué contestar y el hombre sonrió para sus adentros. A cada instante que pasaba, la doctora Bascourt le parecía más adorable.

Cuando por fin llegaron al pequeño aeropuerto de Kikwit, el avión acababa de aterrizar con su carga semanal. Mientras descendía el pasaje y sacaban los equipajes de la bodega del aparato, el coronel encargó a uno de los empleados del aeropuerto que le vigilara el Jeep hasta su regreso, prometiéndole a cambio una cantidad de dinero; sabía que, si no, a su vuelta solo encontraría un esqueleto desguazado.

—¡Hola, Hans!

—Hola, coronel, justo a tiempo.

—Te presento a la doctora Alexandra Bascourt. Doctora, Hans De Jong.

—Me alegro de conocerla, doctora, es usted un regalo para mis ojos cansados —afirmó el piloto, inclinándose en una aparatosa reverencia.

La joven no pudo evitar sonreírle divertida. Hans De Jong, más cerca ya de los cincuenta que de los cuarenta, era un rubio bastante atractivo, con un rostro surcado de interesantes arrugas y sonrisa contagiosa.

—Encantada, señor De Jong.

—¡Por Dios, llámeme Hans!

—Entonces, encantada, Hans.

El holandés dejó que se sentaran junto a él en la cabina del piloto y el viaje resultó muy ameno. De Jong era un hombre con una inagotable colección de anécdotas interesantes sobre África que Alex escuchaba embelesada, así que cuando por fin aterrizaron en el aeropuerto de Kinshasa, la doctora se despidió de él y le dio las gracias por el agradable vuelo, efusiva. En un momento en el que Alexandra se alejó de ellos un instante, el piloto susurró al coronel:

—Qué calladito te lo tenías, coronel... ¿Cómo no me hablaste antes de esta encantadora mujercita?

—Hans, hace años que te conozco y eres el último hombre que presentaría a una encantadora mujercita...

—¡Bastardo egoísta! —contestó el holandés, sin poder contener una carcajada.

Se despidieron de él una vez más y cogieron un destartalado taxi que los llevó al hotel. El coronel hizo el registro y le ofreció una de las llaves a Alex.

—Mi habitación está junto a la suya, por si necesita algo. Lo mejor será que se refresque un poco y baje luego al vestíbulo. Podemos comer algo antes de ir de compras y luego será mejor que se eche hasta la hora de la fiesta, si no, esta noche estará muy cansada.

—Me parece un buen plan, coronel. ¿En el vestíbulo en veinte minutos?

—Perfecto.

Una hora después, tras haber picado algo en el restaurante del hotel, cogieron un taxi y el coronel la dejó frente a una de las pocas *boutiques* que había en Kinshasa.

—Volveré a buscarla en media hora.

Desde el avión Alex había divisado los numerosos barrios de chabolas que rodeaban la ciudad, pero en la zona central donde ellos se encontraban la capital no difería mucho de cualquier ciudad occidental de tamaño medio, salvo en lo caótico del tráfico y en la



cantidad ingente de personas que caminaban por las calles. La dueña del establecimiento donde la dejó el coronel era una inglesa algo excéntrica, pero a pesar de ello, Alex no tardó en elegir un veraniego vestido de gasa que le llegaba a media pierna, unas sandalias a juego y un chal para proteger sus hombros desnudos. Acababa de pagar sus compras, cuando regresó el coronel, cogió todas las bolsas y las cargó en el taxi.

—Es usted muy puntual.

—Me imagino que es un cumplido, coronel —dijo Alex con una sonrisa maliciosa—, pero lo cierto es que me aterrorizaba pensar en las posibles consecuencias que podía sufrir si desobedecía sus órdenes...

—Es usted una chica lista. No le gustaría enterarse de la suerte que corrió la última mujer que se atrevió a insubordinarse...

Alexandra contempló los ojos risueños en su rostro tan serio y no pudo evitar una carcajada. Se estaba acostumbrando al peculiar humor del coronel y debía reconocer que le gustaba.

—Volvamos al hotel, por favor. Estoy agotada y no me gustaría aparecer en la fiesta con unas espantosas ojeras...

En cuanto regresaron al hotel, Alexandra subió a su habitación y, tras llamar a recepción para que la despertaran en un par de horas, se tumbó en la cama y se quedó dormida en el acto.

## Capítulo 6

En cuanto sonó el teléfono de la mesilla de noche se levantó, fue al cuarto de baño y llenó la bañera hasta el borde. Añadió unas sales aromáticas al agua y estuvo a remojo casi media hora, disfrutando de lo que se había convertido en un lujo maravilloso. Cuando el agua empezó a enfriarse, salió de la bañera de mala gana, se secó la cabeza con el secador del hotel y terminó de arreglarse; por unos segundos, se quedó mirando el reflejo que le devolvía el espejo de cuerpo entero de la habitación para ver el resultado y casi no reconoció a la mujer de piel dorada por el sol que le devolvía la mirada, sorprendida.

Después de tantos días sin ponerse un vestido, casi se había olvidado de cómo era su silueta. Su cabello había crecido bastante, algunos mechones se habían aclarado aún más produciendo un efecto espectacular, y el ligero maquillaje destacaba sus ojos y acentuaba la sensualidad de sus labios. Satisfecha con su apariencia, tomó su chal y, en ese preciso instante, llamaron a la puerta y Alexandra corrió a abrir con una sonrisa radiante.

El coronel Schwartz se quedó inmóvil bajo el dintel de la puerta y, durante unos segundos, permaneció contemplándola en silencio, incapaz de apartar la vista, mientras que Alex apenas se atrevía a confesarse a sí misma lo mucho que le agradaba sentir esos ojos oscuros recorriéndola de la cabeza a los pies.

—Está usted preciosa —afirmó el hombre con su voz profunda.

Ahora fue el turno de ella de deslizar sus ojos castaños por la altísima figura del militar. El coronel se había puesto un uniforme de gala azul marino, en el pecho lucía una considerable cantidad de condecoraciones de todos los colores, y entre las manos sujetaba una gorra de plato. Su pelo corto relucía y Alexandra tuvo que admitir, que una vez te acostumbrabas a su rostro marcado, resultaba un hombre imponente y seductor.

—Permítame que le devuelva el cumplido, coronel, está usted impresionante.

El norteamericano le lanzó una sonrisa divertida, que le hizo parecer aún más atractivo, y Alexandra sintió una especie de debilidad en las rodillas que la sorprendió.

Cogieron un taxi y enseguida estuvieron ante la embajada americana. El norteamericano parecía conocer a todo el mundo y le presentó a Alexandra a un montón de gente que la joven no sabía si sería capaz de recordar más tarde. Entre las personas que conoció había un periodista compatriota suyo y enseguida se pusieron a charlar muy animados. Jean-Luc era de mediana estatura, rasgos regulares y su fácil y amena conversación agradó a la joven desde el principio.

En un momento dado, los ojos de Alexandra se posaron sobre la imponente y marcial figura del coronel que, unos metros más allá, hablaba con dos bellas mujeres que parecían fascinadas por él. Jean-Luc, siguió la dirección de su mirada y le preguntó:

—Ha venido usted con el coronel Schwartz, ¿verdad?

—Sí, es el encargado de proteger la misión en la que trabajo.

—Un hombre curioso, el coronel...

—¿Por qué lo dice, Jean-Luc? —interrogó Alex extrañada por sus palabras, al tiempo que daba un sorbo de su copa de champán.

—Bueno, además de ser miembro de una de las familias más adineradas de Boston, también es un maldito héroe. Resulta curioso que a un individuo que tiene a su alcance todo lo que el dinero puede comprar le dé por jugarse la vida en guerras perdidas de países olvidados.

—¿De veras? Nunca lo hubiera pensado. Salta a la vista que es un hombre muy educado, pero siempre lo he visto como a una persona austera que no hace alardes de ningún tipo. —A la joven el tema le pareció muy interesante, así que continuó haciendo preguntas al periodista, que parecía encantado de poder informarla —. Y dígame, Jean-Luc, ¿conoce en qué circunstancias recibió la herida de su cara?

—Por supuesto, doctora Bascourt; está usted hablando con un gran periodista que todo lo sabe —afirmó con una simpática sonrisa —. Ocurrió durante la guerra de los Balcanes. En un momento dado, él y sus hombres quedaron aislados en una zona muy peligrosa y tuvieron que enfrentarse a un gran número de enemigos. Lucharon como alimañas hasta que el coronel logró sacarlos de allí. A pesar de estar herido de gravedad, cargó con uno de sus hombres todo el camino y consiguió salvarle la vida.

—¡Dios mío, qué historia! —exclamó Alex, fascinada.

En ese momento su mirada se cruzó con la del coronel y notó cómo este le sonreía con los ojos, sin que nadie alrededor se percatara de ello y ella le devolvió la sonrisa con discreción. A su lado, Jean-Luc preguntó:

—¿Quiere bailar, doctora?

Alexandra asintió y se dirigieron hacia la puerta de cristal que conducía al jardín de la embajada, bellamente iluminado con numerosas antorchas, donde tocaba la orquesta y durante el resto de la velada a la joven no le faltaron parejas de baile. Lo estaba pasando muy bien; había algo mágico en bailar a la luz del fuego y de las estrellas, en esa magnífica y cálida noche, mientras a lo lejos el río Congo discurría como una inmensa cinta plateada, resplandeciente bajo la luz de la luna llena.

Alex hablaba con Jean-Luc en un rincón del jardín cuando el coronel se acercó a ellos y le solicitó un baile. La joven dejó su copa de champán sobre una mesa cercana, apoyó la mano en su brazo y se encaminaron hacia la pista. Las notas de una lenta melodía comenzaron a sonar y el coronel la estrechó entre sus brazos,

moviéndose al ritmo de la música. Alexandra suspiró; no recordaba el tiempo que había pasado desde la última vez que bailó entre los brazos de un hombre. Sacudió la cabeza, decidida a no pensar en ello en esos instantes, y se dijo que se limitaría a disfrutar del momento.

—Baila usted muy bien —comentó el coronel.

La joven alzó la cabeza y lo miró con sus aterciopelados ojos castaños. Su pelo rubio brillaba a la luz del fuego de las antorchas y sus labios esbozaban una sonrisa tan dulce que el coronel se vio obligado a refrenar el poderoso impulso de agachar la cabeza y devorar con avidez esa boca incitante.

—Usted también.

Alex se dejó llevar por el hechizo de la noche, cerró los ojos y apoyó la mejilla sobre el amplio pecho del coronel Schwartz. Él la estrechó aún más y posó la barbilla sobre sus sedosos cabellos, aspirando su aroma embriagador. Cuando la música terminó, Alexandra abrió los ojos y alzó la cabeza como si despertara de un sueño y, algo avergonzada, se preguntó qué estaría pensando el coronel de su actitud. Sin embargo, al observar sus ojos, oscuros e inescrutables, fijos en ella se tranquilizó en el acto; tan solo se trataba del coronel Schwartz, se dijo, una persona de fiar a la que, a cada instante que pasaba, le costaba menos considerar un buen amigo.

—Perdone, coronel, me he dejado llevar. Hacía mucho tiempo que no bailaba con un hombre. Debo darle las gracias por hacerme recordar lo que se siente. Creo que empiezo a considerarlo un verdadero amigo.

Al escucharla, el militar se sintió como si la joven, en vez de dedicarle unas palabras amables, le hubiese golpeado con una barra de hierro.

Amigos.

Horrible palabra.

Sobre todo para alguien que acaba de descubrir que está enamorado como un adolescente de una mujer que lo único que le

ofrece a cambio de ese amor es su amistad. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, el militar se separó de ese cuerpo, suave y esbelto, que se apoyaba contra el suyo, confiado, y en un vano intento de recuperar la calma perdida cogió la mano de Alexandra, la depositó sobre la curva de su codo y la condujo a una zona más solitaria del inmenso jardín.

—Siéntese aquí —le dijo señalando un banco. Él se sentó a su lado y sus fuertes muslos rozaron los de ella.

La espesa vegetación ocultaba el asiento de la vista de los demás invitados y desde allí se podía admirar sin obstáculos el espléndido panorama. Permanecieron un rato sin hablar contemplando el fascinante espectáculo de África a la luz de la luna llena hasta que el coronel rompió al fin el silencio:

—Alexandra... —Su voz profunda la sacó de golpe de su abstracción, causándole un ligero sobresalto. De pronto, Alex se percató de que era la primera vez que él la llamaba por su nombre de pila y el hecho le pareció un tanto inquietante.

—¿Sí, coronel?

—Me gustaría... —Empezó y se detuvo un instante antes de proseguir; se notaba que le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Verá, no pretendo husmear en su vida privada, pero como usted misma indicó, empiezo a considerarla una amiga. Como amigo —añadió—, me gustaría desentrañar el misterio que la envuelve.

El norteamericano notó que el cuerpo femenino se ponía rígido a su lado.

—¿Misterio? —preguntó la joven con fingido desenfado.

—Sé que hay algo que oculta, Alexandra. Soy consciente de que usted no se ha enterrado en este lugar solo por espíritu solidario. Me gustaría saber qué circunstancias la han empujado hasta aquí...

Alex mantuvo su mirada fija en el río de plata que brillaba como un tesoro fabuloso a la luz de la luna. Por unos instantes, el coronel pensó que no le contestaría; pero, al fin, con una voz calmada e impersonal que no parecía la suya, la joven comenzó a hablar.

—Sí, quizá fueron las circunstancias las que me empujaron a venir a África. A pesar de que durante mis años de estudios había sido mi sueño, reconozco que fue lo incontrolable de la vida lo que al final me arrastró hasta aquí.

Alexandra se quedó en silencio, pero enseguida continuó:

—Yo... —El coronel detectó un leve temblor en su voz, pero no quiso decir nada que la interrumpiese. La joven recuperó el dominio de sí misma y prosiguió como si relatara una historia ajena a ella por completo—. Conocía a mi marido desde que íbamos al liceo; prácticamente crecimos juntos. Éramos los mejores amigos del mundo, cuando estábamos los dos no necesitábamos a nadie más. Me casé hace cinco años y, aunque suene empalagoso, no creo que hubiera en el mundo una pareja más enamorada... —De nuevo hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior.

El coronel contempló su delicado perfil, mientras Alex Bascourt mantenía los ojos fijos en el horizonte.

—Hace tres años, volvíamos de una fiesta a la que nos habían invitado en las afueras de París. Él había bebido más de la cuenta, así que le dije que conduciría yo. De repente, un coche surgió de la nada; venía de frente, en dirección contraria, a toda velocidad y yo... No pude esquivarlo...

Un sollozo ronco sacudió sus frágiles hombros. El coronel no pudo resistirlo más y le pasó un brazo por la cintura, atrayéndola hacia sí.

—¿Cómo podría haberlo evitado?

—Yo también me pregunto eso a menudo: me digo que era algo que nadie se habría esperado, que hice bien en quitarle las llaves a Toni, que el único culpable fue el asesino que esa noche se puso al volante atiborrado de drogas y alcohol, pero...

—No fue culpa suya, Alexandra. No se atormente.

Ahora Alex lloraba con angustia infinita, apoyada sobre su pecho. La mano del coronel se enredó entre sus cabellos y los acarició con suavidad, intentando aportarle un poco de consuelo.

—Cuando desperté en el hospital, me dijeron que Toni había muerto en el acto. Más tarde me enteré de que había perdido también al bebé que esperaba. —Los sollozos se volvieron más profundos—. Estaba embarazada de cuatro meses...

Los brazos del coronel la estrecharon aún más fuerte y le vino a la cabeza la frase que Alexandra pronunció el día que se conocieron: *solo se asustan los que tienen algo que perder*. Al fin comprendía que la doctora había perdido lo que más amaba en el mundo: a su marido y a su hijo y, con ellos, desapareció también su esperanza en el futuro.

La dejó desahogarse sobre su pecho hasta que los violentos estremecimientos se convirtieron en suspiros aislados. Por fin la joven levantó la cabeza de su pecho, bastante avergonzada.

—Discúlpeme, coronel. No he podido contenerme, hacía mucho tiempo que no hablaba de esto con nadie.

—No tiene por qué disculparse, doctora. Recuerde que soy su amigo y los amigos están para ofrecer consuelo cuando es necesario.

La joven trató de sonreír a través de las lágrimas.

—Debo estar horrible. Todo el mundo se dará cuenta de que he estado llorando.

—Déjeme ver —ordenó el coronel. Con firmeza, colocó un dedo bajo su barbilla y alzó su rostro para observarlo a la luz de una antorcha cercana. A continuación sacó un impoluto pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón y con una extraña ternura le secó los ojos y las mejillas. Alexandra le dejó hacer, como hipnotizada—. ¡Perfecto! —exclamó satisfecho—. No se preocupe, Alexandra, está usted preciosa, como siempre...

Alex notó que se sonrojaba, pero trató de tomárselo a broma.

—Es usted muy amable, coronel; sabe bien cómo consolar a una dama en apuros. —De nuevo se puso seria y le rogó—: Coronel, ¿le importaría que nos marcháramos ya? Si lo desea puede volver usted más tarde. En otras circunstancias me iría yo sola al hotel, pero...



—Por supuesto que iré con usted. Esta noche ha venido como mi pareja y yo soy el responsable de llevarla de vuelta al hotel sana y salva —la interrumpió el militar.

—Gracias —respondió Alex y sus labios esbozaron una trémula sonrisa.

El coronel se despidió con rapidez de sus conocidos y nadie pareció apreciar nada extraño en el aspecto de Alexandra. Jean-Luc le prometió que tan pronto como se lo permitiera su trabajo, le haría una visita en la misión y la joven se lo agradeció con una sonrisa. Ya en la puerta de su habitación, Alex se volvió hacia el coronel y le tendió una mano.

—Muchas gracias, coronel. Por todo. Lo he pasado de maravilla en la fiesta y... le agradezco que me haya dado la oportunidad de desahogarme.

—No hay de qué, Alexandra. El placer ha sido mío. Espero que duerma usted bien. Buenas noches.

De forma inesperada, el norteamericano agarró la mano que le tendía, la atrajo hacia sí y bajando la cabeza depositó un beso, tan sutil como el roce de una pestaña, sobre sus labios. Alex sintió un cosquilleo extraño en el vientre y, turbada, se despidió, abrió la puerta de la habitación y desapareció tras ella con rapidez.

El militar permaneció un rato inmóvil, mirando la puerta cerrada. Después se metió en su habitación, se quitó el uniforme de gala, lo colgó con cuidado en el armario y, vestido tan solo con una camiseta blanca y calzoncillos, se tumbó en la cama con los brazos detrás de la nuca. Por fin había descubierto el secreto de la doctora Alexandra Bascourt, aunque no sabía si alegrarse de ello. El rostro del hombre de la fotografía parecía flotar ante sus ojos, burlándose de él. El coronel no era un hombre que se rindiese con facilidad, sin embargo, no sabía cómo podría luchar contra un fantasma...

## Capítulo 7

A la mañana siguiente, Alex se despertó temprano pues tenían un largo camino por delante. Había quedado con el coronel en la cafetería para desayunar. Así que se arregló con rapidez, mientras analizaba los acontecimientos de la víspera. No se arrepentía de haberle contado su historia a Harry Schwartz; desde entonces, sentía que se le había quitado un peso de encima. Lo que en realidad le sorprendía era la reacción de su cuerpo ante el beso del coronel. La caricia en sí no tenía la menor importancia; lo reconocía como lo que había sido, un mero intento de consolarla por parte de un hombre que, sin saber muy bien cómo, se había convertido en un amigo. Sin embargo, debía reconocer que le había afectado físicamente.

«¡Qué tontería!», se regañó a sí misma con severidad, «por supuesto que tu cuerpo reaccionó. Al fin y al cabo eres humana y llevas mucho tiempo sin recibir caricias masculinas».

Sacudió la cabeza tratando de alejar esos pensamientos y se concentró en hacer su pequeña maleta. Una vez lista, bajó a la cafetería del hotel, donde el coronel la esperaba sentado a una mesa cerca del gran ventanal que daba al frondoso jardín. Al sentir sus ojos impenetrables sobre su rostro, Alex notó que enrojecía y se reconvino por portarse como una tonta.

—¡Buenos días, coronel! —saludó con una animación un tanto forzada.

—Buenos días, doctora.

El coronel observó que a pesar de que Alexandra Bascourt ya se había enfundado de nuevo lo que parecía su uniforme de la misión —unos pantalones llenos de bolsillos y una camiseta blanca de tirantes—, su aspecto era encantador. Su rostro lucía un leve sonrojo y en sus dulces ojos castaños, el coronel apreció una ligera timidez que le hizo desear apretarla contra sí, y besarla una y otra y otra vez.

El esfuerzo que hizo el militar para controlarse se reflejó de alguna manera en su expresión, que a Alex le pareció más inflexible que nunca, pero se alegró de ello; le parecía más fácil relacionarse con el severo coronel de siempre que con el cariñoso Harry Schwartz que la había sorprendido con la guardia baja la noche anterior.

—¡Tengo hambre! —anunció alegre.

El coronel se limitó a hacerle una seña al camarero, que se acercó enseguida. El desayuno fue delicioso y Alex disfrutó charlando de temas intrascendentes. Enseguida se pusieron en marcha y, varias horas más tarde, se encontraban subidos en el Jeep, con las ruedas resbalando por la embarrada carretera que conducía a la misión.

—Me alegro de estar de vuelta —confesó la joven mirando por la ventanilla—. Aunque solo han sido un par de días, los he echado de menos.

—Se ha adaptado usted bien al Congo —reconoció el norteamericano.

—Me encanta este país y sus gentes. Creo que no volveré a París.

—Vamos, Alexandra, es todavía muy joven. Sé que suena a tópico, pero algún día encontrará a una persona y rehará su existencia con ella. Es ley de vida. Eso sí, le costará mucho más si decide encerrarse en este lugar.

—Coronel, no me gusta que me hable así, como si fuera una cría voluble y estúpida. —Por primera vez, el coronel detectó un toque

de dureza bajo su carácter afable—. Viniendo de usted, que lleva dos años aquí, quizá sea yo la que deba preguntarle de qué demonios está huyendo.

El coronel sonrió divertido.

—Me gusta usted cuando se revuelve y ataca de repente, como una leona.

—No ha contestado a mi pregunta —insistió ella en un tono impaciente.

—No tengo ningún inconveniente en hacerlo. Si de algo he huido alguna vez quizá fuera del tipo de vida al que parecía destinado desde la cuna, pero eso ocurrió hace tantos años que apenas lo recuerdo.

Alex lo miró con interés.

—Jean-Luc me contó que pertenece usted a una de las mejores familias de Boston. ¿Qué ocurrió, no le gustaba esa vida? ¿Le disgustaba trabajar en la empresa familiar? ¿Tuvo un problema de amores?

El coronel soltó una carcajada y una vez más Alexandra pensó en lo mucho que cambiaba su cara al sonreír.

—¡Caramba, doctora! Sí que es usted una persona curiosa.

—Yo le he contado mi historia; creo que es justo que usted me cuente la suya.

—Trataré de contestar sus preguntas una por una. Veamos... No es que no me gustara la existencia que llevaba en Boston, fueron años muy felices, primero en casa de mis padres y luego los años que pasé en el MIT...

—¿Estudió en el MIT? —interrumpió Alex, sorprendida—. Es usted una caja de sorpresas, coronel y ¿puedo preguntarle qué fue lo que estudió?

—Estudié ingeniería civil. Mi vida parecía perfectamente encaminada: una vez conseguido el título me esperaba un buen puesto ¿adivina dónde? Por supuesto, en la empresa familiar. Calculaba que en un año tendría ahorrado lo suficiente para casarme.

La joven le escuchaba boquiabierta.

—¡Se iba a casar!

El coronel se volvió a mirarla, divertido. Parecía que Alexandra estuviera escuchando con todo su cuerpo. Sus ojos recorrieron las pupilas femeninas que relucían de interés, su pequeña nariz, un poco respingona, y se detuvieron sobre sus labios entreabiertos.

—Desde luego, desconocía esa faceta suya tan cotilla, doctora. Estoy tentado de no contarle nada más, nunca he sido aficionado a los chismes...

—¡No se atreverá a mantenerme ahora en la ignorancia! ¡Me moriría de la curiosidad! ¿Quién era esa chica? ¿Por qué no se casó? ¿Qué ocurrió? —preguntó Alex sin que se le escapara el alegre chisporroteo de los ojos del coronel en su rostro serio en apariencia.

—Tuve una revelación.

—¡Oh, venga ya, coronel! No se burle de mí —suplicó la doctora.

—En serio. Un buen día descubrí que no era eso lo que yo quería de la vida. Decidí hacer la carrera militar y aquí estoy.

—¿Y esa pobre chica? ¿La dejó plantada? —preguntó Alex, indignada.

—Creo que fue más bien al contrario. Verá, no es lo mismo casarse con el ingeniero Harry Schwartz, miembro de una firma de reconocido prestigio, que con un oscuro soldado del ejército destinado en algún apestoso avispero del mundo. Creo recordar que esas fueron sus palabras exactas...

—Oh, lo siento, coronel... —declaró Alex mirándolo con lástima al tiempo que, impulsiva, apoyaba la mano sobre su moreno antebrazo.

—No lo sienta, doctora —contestó el coronel tratando de recuperarse de la descarga eléctrica que el contacto de esos dedos le transmitió—. No me arrepiento de nada.

—¡Me alegro! Es mejor que no piense más en ella. Seguro que era una chiquilla inmadura.

—Una auténtica niña mimada —puntualizó muy serio el coronel, aunque sus labios sufrieron una contracción nerviosa.

—Se burla de mí, coronel, ya veo que mi compasión no le interesa —afirmó Alex con buen humor.

—Tiene usted un corazón demasiado tierno, doctora. No se preocupe por mí, a estas alturas el mío está rodeado por un callo de gran espesor.

La joven echó la cabeza hacia atrás y rio divertida.

—No lo creo, coronel, me ha demostrado muchas veces que usted, bajo ese exterior inflexible, también tiene su corazoncito. ¡Mire, ya hemos llegado!

En efecto, a lo lejos se distinguían los familiares edificios de la misión. El coronel sintió una punzada de tristeza; echaría de menos tener a la doctora Bascourt para él solo.

## Capítulo 8

Todo pareció volver a su rutina habitual, hasta que un par de días más tarde uno de los chiquillos de la escuela llegó corriendo a la misión llamándola a gritos.

—¡Doctora! ¡Doctora!

—¿Qué pasa, Pascal?

—Hay un hombre allí —explicó señalando hacia un árbol a unos quinientos metros—. Está muy enfermo, viene de muy lejos buscando al doctor blanco.

—¡Ambroise, rápido! Ponte una mascarilla y lleva a Pascal a la sala de curas. Ahora no hay ningún paciente. Tendrá que quedarse en aislamiento unos días hasta que descarte que el hombre que ha encontrado en el camino no padece alguna enfermedad contagiosa.

—Muy bien doctora.

—Tú, Bernard, ven conmigo. Tráete la camilla y ponte una de estas —ordenó pasándole una mascarilla y unos guantes, al tiempo que ella se iba poniendo otro par de guantes y se ajustaba la suya por el camino.

A la reducida sombra proyectada por el árbol que Pascal había señalado, encontraron a un hombre tendido en el suelo, con los ojos cerrados. La doctora se arrodilló a su lado y le agarró la muñeca para tomarle el pulso; ardía de fiebre. Al sentir el contacto fresco de sus dedos el hombre abrió los ojos y dijo algo en un dialecto que Alexandra no comprendió.

—¿Entiendes lo que dice, Bernard?

—Dice que viene de un poblado arriba del río.

El hombre seguía hablando trabajosamente mientras la doctora lo reconocía, tomando nota de los violentos escalofríos que sacudían su cuerpo.

—Dice que todos en el pueblo están enfermos, que lo enviaron a llamar al doctor blanco y que, a mitad de camino, también él comenzó a presentar signos de la misma enfermedad.

Bernard y la doctora se miraron.

—¡Dios mío, espero que no sea un brote de Ébola! —exclamó Alexandra, expresando en voz alta los temores de ambos.

El 1995 la ciudad de Kikwit había sido afectada por un brote del virus Ébola en el que murieron más de trescientas personas y Alexandra rogó en silencio no tener que enfrentarse a nada parecido. Entre los dos cargaron al herido en la camilla, cuidando de tocarlo solo con las manos enfundadas en los guantes.

—Llévemolo a la cabaña del fondo que está deshabitada. Bernard, irás al dispensario y que Ambroise te deje mi maletín en algún sitio. No te acerques a menos de diez metros de nadie. Dile que permanezca con Pascal y que tampoco se acerquen a nadie más. La comida y el agua deberán dejárselas a una distancia prudencial. Debemos activar el protocolo de enfermedades contagiosas.

Al llegar a la cabaña, tendieron al hombre en un viejo catre y Bernard salió corriendo a cumplir las órdenes de la doctora. Pocos minutos después estaba de vuelta con el instrumental necesario para atenderlo. Mientras tanto, el enfermo había vomitado un par de veces en una vieja cazuela de barro que Alexandra encontró en el interior de la choza y se quejaba de dolor de cabeza. La doctora cogió la caja de guantes que había traído el enfermero y se puso dos más, uno encima de otro. Teniendo cuidado de que ningún tipo de fluido corporal rozara parte alguna de su cuerpo que no estuviera protegida, Alex procedió a limpiar al paciente y a administrarle una serie de medicamentos.



—Bernard —le dijo al enfermero que observaba desde la puerta —, no hace falta que te acerques al enfermo. No tenemos forma de hacerle un PCR para detectar si, en efecto, se trata del virus Ébola, así que será mejor que yo permanezca con él esta noche. Mañana espero poder dar un diagnóstico. Quiero que establezcas un perímetro de seguridad alrededor de la cabaña y que nadie, absolutamente nadie, lo cruce. Menos mal que el padre Domingo tenía pensado quedarse unas semanas más. Él puede encargarse del dispensario entretanto.

—Muy bien, doctora.

Bernard salió disparado a cumplir sus disposiciones. Durante las siguientes dos horas, Alexandra hizo lo posible para aliviar al enfermo. A pesar de que deliraba por la fiebre, no presentaba ningún cuadro hemorrágico, aunque quizá era todavía demasiado pronto para cantar victoria.

—¡Doctora Bascourt! —El inconfundible tono autoritario del coronel Schwartz atravesó las gruesas paredes de adobe.

Alexandra se acercó a la puerta y comprobó complacida que Bernard había seguido al pie de la letra sus instrucciones. Una cuerda marcaba un perímetro de unos cien metros alrededor de la cabaña y el coronel, forzado por el enfermero, se veía obligado a gritar desde esa distancia.

—¿Sí, coronel?

—¿Se encuentra usted bien? ¿Cree que pueda tratarse de un brote del virus Ébola?

—Todavía es pronto para decirlo. Quizá mañana tenga las ideas más claras. Si no, según mis cálculos, en un par de días más debería aparecer una erupción cutánea o signos de hemorragias internas. Hasta entonces, coronel —ordenó la doctora—, deberá mantener a todo el mundo alejado del límite que ha marcado Bernard.

El coronel observó su rostro delicado y sereno con impotencia. No podía soportar que se enfrentara sola a semejante amenaza,

pero sabía que sería inútil decir nada; discutir solo le haría quedar como un idiota.

—¿Puedo hacer algo más, doctora?

—No, coronel. ¿Qué tal está Pascal?

—Subiéndose por las paredes de la sala de recuperación y volviendo loco a Ambroise.

Incluso desde esa distancia el militar vio cómo se iluminaba el delicado rostro femenino con una sonrisa, y tuvo que contenerse para no saltar la estúpida cuerda, plantarse a su lado en dos zancadas y estrecharla entre sus brazos, protegiéndola así de todos los peligros del mundo, incluidos los virus asesinos.

—No se preocupe, coronel —declaró Alexandra como si adivinara sus sentimientos—. No hay nada que usted pueda hacer. Por favor, ocúpese de que alguien le traiga una manta o algo a Bernard, para que pueda dormir al raso. Es mejor que no entre dentro de la cabaña.

—Muy bien, doctora, me ocuparé de que nadie se acerque y de que usted tenga todo lo que necesite. —Se llevó dos dedos a la frente y, dando un taconazo, se alejó en dirección al dispensario.

A la mañana siguiente, Alexandra despertó del ligero duermevela en el que había caído ya de madrugada. Durante toda la noche había atendido al enfermo con todos los medios a su alcance y tuvo la satisfacción de constatar que la fiebre había remitido y que el paciente se encontraba bastante mejor. Por primera vez, tuvo la sensación de que iba a tener suerte. No parecía tratarse del virus del Ébola; más bien tenía pinta de ser una forma leve de fiebre amarilla. Con los escasos medios a su alcance, tendría que limitarse a tomar una muestra de sangre y enviarla a Kikwit a analizar, pero eso tardaría semanas y no tenían tanto tiempo.

—¡Doctora! —La voz profunda del coronel sonó en el exterior. Alexandra se pasó una mano por el pelo revuelto, pero enseguida se encogió de hombros, dándose por vencida. Tratar de mejorar su

aspecto tras esa incómoda noche sin la ayuda de un espejo y un peine iba a ser misión imposible.

—Buenos días, coronel —saludó saliendo al exterior.

—¿Cómo se encuentra el enfermo?

—Gracias a Dios parece haber una ligera mejoría. Lo más probable es que sea un caso de fiebre amarilla, pero no lo puedo asegurar. Sería necesario ir al origen de la infección y ver si cerca del poblado hay algún lugar de aguas estancadas donde el mosquito que transmite esta enfermedad pueda proliferar. En ese caso, habría que fumigar la zona. Si el paciente sigue mejorando, mañana por la mañana levantaré el protocolo de enfermedades infecciosas.

—¿Y usted, qué tal está? La noto cansada...

—Yo estoy bien, gracias, solo que la silla de la cabaña, como cama, no resulta muy cómoda, la verdad.

—Aquí le dejo algo para comer. La hermana Marie le manda unos bollos y café.

—Gracias por todo, coronel.

Al día siguiente, Alexandra ya no tenía dudas de que se trataba de fiebre amarilla. Entre Ambroise y Bernard trasladaron al paciente, que ya se encontraba mucho mejor, a la sala de curas y la doctora aprovechó para darse una ducha y dormir un poco en su propia cama. Al cabo de un par de horas, mucho más fresca y descansada, abandonó su cabaña y se dirigió al dispensario. A Pascal ya le habían dado el alta y jugaba al fútbol con otros de los niños de la escuela. Al llegar a la sala donde se encontraba su paciente, Alex se encontró a la hermana Marie y al padre Domingo, y la religiosa la felicitó por su pronta reacción.

—De lo único que debemos felicitarnos, hermana, es de que no sea Ébola —contestó Alexandra, alegre.

—Ahora debemos pensar qué ocurrirá con el resto de los habitantes del poblado de este hombre —comentó el padre Domingo, un hombre alto y algo encorvado, de unos sesenta y cinco

años que, a pesar de su edad, tenía una gran vitalidad y siempre estaba dispuesto a ayudar en lo que fuera necesario.

—Hermana Marie —dijo Alex—, aprovechando que el padre Domingo está con nosotras y puede quedarse al frente del dispensario unos días más, creo que lo mejor será que yo vaya a ver lo que está ocurriendo río arriba.

En ese momento el coronel entró en la sala de curas. Su ceño fruncido evidenciaba que había escuchado las palabras de Alexandra.

—No creo que sea buena idea. Es peligroso en extremo salir de la zona protegida.

—Sé que es peligroso, coronel, pero mi deber como médico es acudir a socorrer al que lo necesita. Este hombre está mucho mejor; él me guiará hasta su pueblo. Quizá podría llevarme también a Bernard o a Ambroise...

—No dejaré que se adentre en la selva en semejante compañía —respondió el militar, terminante—. Yo podría dejar al sargento Bates al frente de la misión y acompañar al que decida ir. La jungla no es un sitio adecuado para una mujer como usted; aparte de todo tipo de insectos y animales venenosos, también está plagada de rebeldes armados.

—Coronel, trataré de no enfadarme con usted, pues imagino que ese comentario odiosamente machista surge de una mal entendida preocupación por mí. Por supuesto que iré yo. Soy el médico de esta misión y es mi deber acudir en ayuda de esta pobre gente. Además, estoy vacunada contra la fiebre amarilla así que, por ese lado, no hay nada que temer. —El tono decidido de la doctora no dejaba lugar a discusiones; Harry Schwartz fue testigo, una vez más, del acero que se escondía bajo ese físico, en apariencia delicado.

—Perdone, doctora, no pretendía ofenderla. Si está decidida, organizaremos una expedición. Pero deseo que quede claro que yo estoy al mando de la operación; si en algún momento considero que

los riesgos superan ciertos parámetros y decido anularla, quiero que usted me obedezca sin rechistar.

Los ojos castaños de la doctora se enfrentaron a los oscuros del coronel, que esta vez no parecían perezosos en absoluto. Al cabo de unos minutos, Alexandra se vio obligada a desviar la mirada.

—Está bien, usted manda en la expedición —concedió de mala gana—. Pero cuando lleguemos al pueblo actuaremos según mi criterio.

—Creo que las cosas han quedado claras; iré a hacer los preparativos necesarios. Usted límitese a coger todas las medicinas que precise y no olvide el repelente de mosquitos. Yo me encargo del resto.

Sin más, los dejó solos.

—Este hombre... reconozco que hay veces que me pone de los nervios —declaró Alexandra elevando los ojos al cielo.

## Capítulo 9

Un día después estaban listos para partir. Además de Mwene, el guía, que ya estaba recuperado por completo, tan solo los acompañaba Kibibi, pues al final Alexandra pensó que tanto Bernard como Ambroise serían más necesarios en la misión. La doctora iba vestida de forma similar al resto de los integrantes de la expedición: pantalones y camisa de manga larga, fuertes botas, sombrero de ala ancha y una mochila bastante pesada por todo equipaje.

Al ver la imponente figura del coronel, con su uniforme de camuflaje y armado hasta los dientes, rifle de asalto incluido, Alexandra tuvo que reconocer que, a pesar de que seguía molesta con él por su autoritarismo, se alegraba de que hubiera decidido acompañarlos.

La primera parte del viaje la hicieron en un todoterreno conducido por un soldado paquistaní tocado con un impresionante turbante azul pálido. Tras varias horas rodando a través de pistas forestales llenas de baches llegaron hasta el río Kwilu, donde los esperaba un hombre a bordo de la vieja barcaza que los trasladaría río arriba. Comieron algo, se despidieron del soldado que los había llevado hasta allí y enseguida embarcaron y comenzaron la siguiente etapa del viaje bajo un persistente aguacero.

Alexandra arrebuja en su chubasquero y con la capucha puesta, miraba fascinada las altísimas murallas de vegetación que emergían a ambos lados del ancho río color chocolate, entre las que

la algarabía de pájaros y monos resultaba ensordecadora. A la joven le habría gustado que la barca hubiera sido algo más nueva. Durante unos instantes le dio por pensar en todas las criaturas desconocidas que pululaban bajo la superficie impenetrable del río y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Levantó la vista de golpe y sorprendió los inquietantes ojos del coronel clavados en ella y, como si fuera capaz de leer sus pensamientos, le preguntó:

—¿Se está arrepintiendo de haber venido, doctora?

—¡Por supuesto que no! —respondió la joven irritada.

A pesar de que el militar no dijo nada, Alex notó que se reía de ella, así que le devolvió la mirada desafiante.

—Creo que ya he demostrado que no soy la débil damisela que usted insiste en considerarme.

—No tiene que convencerme de nada, doctora, sé muy bien que es usted una mujer valiente, infatigable y para colmo preciosa.

A pesar de su tono indiferente, Alex no pudo evitar ponerse roja y, molesta, desvió la mirada hacia una de las orillas donde un grupo de garzas picoteaba entre los manglares. El coronel siguió observándola, divertido. A veces no podía evitar la tentación de provocarla un poco; le encantaba ver cómo se sonrojaba y, por unos instantes, perdía su aire de doctora eficiente para convertirse en una chiquilla vulnerable. El norteamericano se alegró de haber emprendido esa expedición a pesar de los posibles peligros; pensaba aprovechar esos días para demostrarle que él no era ese amigo asexuado y familiar en el que la doctora parecía empeñada en convertirlo.

Al acercarse la puesta de sol, el coronel dio la orden de detenerse y desembarcaron en una ensenada arenosa en forma de media luna, en la que ataron la barcaza a una enorme raíz de la orilla. La lluvia había cesado. El coronel siguió dando órdenes y, a los pocos minutos, una fogata ardía en la arena y Kibibi y Mwene asaban en ella los peces que habían pescado durante la travesía. Alexandra estaba hambrienta y, a pesar de sentirse cansada e incómoda con la ropa húmeda, disfrutó mucho de la cena. La

conversación, salpicada de historias y anécdotas relatadas por Kibibi de las aventuras que había corrido con el coronel, resultó muy divertida. Alex pensó que había algo mágico en el hecho de encontrarse en mitad de la selva, comiendo pescado recién pescado asado en una hoguera, rodeados de exuberante vegetación y a cientos de kilómetros de la civilización.

En cuanto terminaron de cenar, los hombres recogieron todo, apagaron el fuego y la joven se sorprendió al verlos trepar a los inmensos árboles que los rodeaban.

—¿Qué hacen?

—Buscan dónde pasar la noche.

—¿En los árboles? —preguntó, incrédula.

—Es el sitio más seguro: hay menos humedad, estás a salvo de los animales y es un buen lugar para detectar la presencia de enemigos antes de tenerlos encima.

—Pero yo...

—No se preocupe, doctora, usted dormirá conmigo.

—¿Cómo dice? —interrogó pasmada.

—No se asuste. Dormir en lo alto de un árbol no deja lugar para muchos juegos eróticos; podría resultar peligroso...

—Yo no... —Alex sintió que se sonrojaba hasta el blanco de los ojos y agradeció que la escasa claridad del cielo estrellado lo ocultara.

El coronel ya no le parecía el hombre amable del baile de la embajada en el que había confiado, sino un tipo odioso que se burlaba de ella a todas horas y la trataba como si fuera una muchachita estúpida. Una vez más, como si hubiera adivinado sus pensamientos, el militar alzó una mano en un gesto de paz y se disculpó:

—Perdóneme, doctora, ha sido una broma de mal gusto. Verá, buscaré una cómoda horquilla en ese árbol para descansar. Usted tendrá que hacerlo conmigo, ya que debo sujetarla; al no estar acostumbrada, podría caerse en cuanto se quedara dormida.

Alexandra se sintió algo más tranquila.



—Está bien pero, coronel, debo confesarle una cosa...

—¿Ronca?

La joven no pudo evitar soltar una carcajada.

—Creo que no. Lo que tengo que confesarle es que no me he subido a un árbol en mi vida. No sé si seré capaz.

—No se preocupe, yo la ayudaré. Primero vaya a hacer, ya sabe, lo que necesite. Eso sí, llévese una linterna y no se aleje mucho.

Alex se dirigió hacia unos arbustos cercanos con cierto recelo. Ni siquiera cuando era niña había acampado y era la primera vez en su vida que se encontraba sin un cuarto de baño a mano. Le horrorizaba que algo le picara, así que estuvo un buen rato alumbrando la zona elegida, asegurándose de que no hubiera ninguna sorpresa escondida. En cuanto terminó, regresó al campamento. El coronel se había encaramado a lo que le pareció una rama altísima y se preguntó cómo demonios iba a subir ella hasta allí.

—Coronel, ya estoy lista.

—Bien, doctora, la ayudaré a subir.

El militar descendió del árbol con la agilidad de un mono. A Alexandra le sorprendió una vez más que un hombre tan grande pudiera moverse con semejante rapidez. Cuando estuvo a su lado le dijo:

—Le indicaré dónde tiene que apoyar el pie. No tenga miedo, doctora, será pan comido.

La joven, un poco asustada, fue colocando los pies en los puntos que él le señalaba. En un momento dado miró hacia abajo y la distancia hasta el suelo le pareció tan inmensa, que se tambaleó un poco, mareada. Al momento sintió la mano del coronel apoyada en su trasero, enderezándola.

—Disculpe, doctora, pero será mejor que no mire para abajo.

Por fin consiguió llegar hasta la horquilla situada entre dos gruesas ramas que el norteamericano había elegido como lecho.

—Yo me pondré debajo y usted se subirá encima de mí —le explicó el militar, mientras acomodaba su cuerpo hasta quedar

afianzado a la perfección sobre las ramas. Luego le tendió una mano y añadió—: No es tan incómodo como parece.

Alexandra la tomó y se sentó de lado, sobre las piernas del coronel. No había estado tan cerca de él desde la noche del baile e, incluso ese día, estaban rodeados de gente. Ahora parecían encontrarse solos en medio de la nada; ni siquiera podía ver a los otros hombres de la expedición. Permaneció rígida procurando evitar el contacto en lo posible, aunque sabía que se trataba de un esfuerzo inútil.

—Relájese, doctora.

Alex, trató de hacerle caso, pero dudaba de que fuera capaz de pegar el ojo en toda la noche. Inquieta, estuvo varios minutos revolviéndose, tratando de encontrar una postura más cómoda, hasta que el coronel, en un tono de voz muy calmado comentó:

—Doctora...

—¿Sí, coronel?

—Le agradecería que permaneciera quieta o no seré responsable de lo que pueda suceder.

—¿Cómo di...? —Pero, según hacía la pregunta, Alex sintió contra su muslo la inconfundible respuesta del coronel—. ¡Oh, Dios mío, lo siento, coronel. Yo...!

La joven se sintió tan abochornada que trató de apartarse y casi se cayó del árbol, pero el militar la sujetó a tiempo y la estrechó contra su pecho con brazos que parecían bandas de acero.

—Tranquila, quédese quieta o nos caeremos los dos.

Alex alzó la cabeza que el coronel mantenía apretada contra él y lo miró a los ojos tratando de descifrar su expresión a la luz de las estrellas.

—Usted está disfrutando con todo esto —afirmó, rabiosa.

—Perdóneme, doctora, solo soy un pobre hombre con sangre en las venas. Verá, puede estar tranquila, no es nada personal...

Muy a su pesar, la joven tuvo que reconocer que la situación era surrealista y no le quedó más remedio que soltar una carcajada.

—La culpa es suya —le acusó con buen humor—. Su camisa está tan llena de botones y de insignias que se me clava en la cara y resulta muy incómoda como almohada.

—Creo que podré solucionarlo.

El coronel se desabotonó la camisa y la abrió dejando su moreno pecho al descubierto. Alexandra sintió que su grado de vergüenza y sonrojo había llegado al límite, así que decidió tomarse las cosas con calma, como si todo lo que estaba ocurriendo fuera lo más normal del mundo. Decidida a mantener esa nueva filosofía, apoyó su mejilla contra el duro pecho masculino.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor. —De manera increíble Alexandra, que estaba agotada, se relajó por fin y al rato se quedó dormida.

Al sentir el suave peso del cuerpo femenino sobre el suyo, Harry Schwartz suspiró dichoso; desconocía qué le depararía el futuro con Alexandra Bascourt, pero sabía que recordaría esos momentos durante el resto de su vida. Emocionado, enterró el rostro en su pelo y aspiró el suave perfume de sus cabellos. La abrazó más fuerte y la besó en la frente con suavidad; le hubiera gustado no perderse ni un instante de esa noche extraordinaria, pero no tardó mucho en sumirse en un agradable sueño.

## Capítulo 10

La claridad y el alboroto a su alrededor despertaron a Alexandra, que aún permaneció un rato inmóvil saboreando lo a gusto que se encontraba hasta que, de repente, recordó los acontecimientos de la noche anterior y se incorporó con brusquedad. Al instante, los brazos del coronel la apretaron con más fuerza.

—¡Buenos días, doctora!

La joven alzó la vista y se encontró con sus ojos oscuros, semivelados por los pesados párpados, que la observaban, inescrutables. Los cañones negros de la barba masculina apuntaban en sus mejillas, dándole un aspecto todavía más sobrecogedor de lo habitual.

—Buenos días, coronel. Espero que no estuviera muy incómodo, reconozco que, a pesar de todo, yo he dormido como un bebé.

—Me alegro —contestó el militar sin hacer ademán de liberarla de su abrazo.

—Será mejor que baje de aquí. —No sabía por qué, pero Alex se sentía algo turbada.

—Esta vez yo iré delante. Bajar es más complicado que subir, así que deberá prestar mayor atención —declaró el coronel, soltándola al fin.

Consiguieron llegar abajo sin incidentes. Kibibi ya había encendido un fuego y le tendió a Alexandra una taza de café recién hecho, que le supo a gloria. Se sentía sucia y sudorosa y le hubiera

gustado asearse un poco. En ese momento vio al coronel que se acercaba también atraído por el olor a café; tenía el pelo mojado y era evidente que se había afeitado. Como si contestara a su pregunta no expresada comentó:

—Hay una pequeña laguna a unos veinte metros en esa dirección. Es segura. Allí podrá arreglarse un poco, doctora.

Alex se encaminó con rapidez hacia donde señalaba el coronel y, aunque no se atrevió a darse un baño, se lavó lo mejor que pudo y regresó al campamento sintiéndose un poco más persona. Después de recogerlo todo, los integrantes de la expedición subieron de nuevo a la embarcación y reemprendieron la travesía río arriba.

Alexandra evitaba cruzar sus ojos con los del coronel; no sabía por qué, pero había algo en la mirada masculina que la hacía sentirse incómoda, por lo que apoyó el brazo en el borde de la embarcación y se dedicó a contemplar el paisaje que la rodeaba. La vista era tan bella que se quedó sin aliento. Toda su vida había soñado con gozar de un panorama como ese: árboles altísimos, a los que exuberantes plantas trepadoras envolvían en un abrazo asfixiante, se asomaban hasta el mismo borde del río y clavaban sus raíces en el agua. Alexandra vio cómo una enorme pitón se deslizaba entre ellas y se sumergía con suavidad en las profundidades.

Unos kilómetros más abajo se habían cruzado con unos pescadores que remaban en pie sobre frágiles canoas de madera pero, en esa parte del río, no se percibía ni rastro de la presencia humana. Todo permanecía intacto y virgen; el mismo horizonte que debieron contemplar hacía siglos los primeros exploradores que se aventuraron por esos parajes.

El río discurría como una sinuosa serpiente, formando profundos meandros que casi se tocaban en sus extremos. En un momento dado, se metieron en uno de los caños y el calado resultó insuficiente para que la embarcación pudiera seguir navegando con el peso que llevaba a bordo, así que todos salvo el piloto de la barca

se vieron obligados a desembarcar con sus equipajes y a avanzar unos kilómetros a pie a través de la selva.

El guía iba delante, abriendo camino con un machete. Luego iban Kibibi, ella y el coronel cerraba la marcha. Tras varias horas atravesando la impenetrable jungla bajo el incesante diluvio, esquivando como podían las enormes raíces de los árboles, que se arrastraban por el suelo similares a dedos de gigante escondidas bajo las hojas caídas, y los arbustos que se enredaban en ellas hasta hacer invisible el suelo, Alex estaba agotada. Sentía que la mochila que llevaba a la espalda pesaba una tonelada, pero estaba decidida a no protestar, así que apretó los dientes y siguió adelante. El coronel que marchaba detrás de ella sin quitarle ojo sabía que la joven estaba exhausta y admiró su coraje al continuar caminando sin emitir una sola queja.

—Doctora, será mejor que le lleve la mochila.

—No hace falta, coronel, va usted mucho más cargado que yo...

El coronel hizo caso omiso de su negativa y alargando la mano, la tomó del brazo y la obligó a detenerse. Observó el rostro femenino; bajo el tono dorado que había adquirido durante su estancia en el Congo se adivinaba una leve palidez. Sin decir una palabra, el militar la ayudó a despojarse de la mochila y se la cargó al hombro. Alex no tenía fuerzas para protestar y un profundo alivio la embargó al verse liberada de la carga.

—Gracias, coronel. —Le lanzó una dulce sonrisa de agradecimiento y el hombre pensó una vez más que, a pesar del cansancio y de su aspecto desaliñado, Alexandra Bascourt seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Siguieron andando hasta que una hora después pudieron subir de nuevo a la embarcación en un recodo del río y continuaron remontando el inmenso caudal. Alexandra dio gracias a Dios de no tener que seguir caminando por la jungla; exhausta, se sentó en la parte delantera de la barcaza y ya no se movió hasta que el coronel decidió que debían detenerse para acampar. De nuevo a Alex la cena le pareció deliciosa. Esa noche, sin embargo, todos estaban

muy cansados y no se quedaron charlando a la luz de la hoguera. Alexandra esperó a que el coronel eligiera el árbol adecuado, trepó por él a toda velocidad perdida por completo la torpeza del día anterior, y en cuanto el coronel se hubo acomodado se sentó encima, encargándose ella misma de desabrochar los botones de la camisa masculina con habilidad. Luego apoyó la mejilla sobre su pecho, le rodeó la cintura con los brazos y tan solo le dio tiempo a susurrar un breve «buenas noches», antes de quedarse dormida en el acto.

A Harry Schwartz le entraron ganas de reír, pero se contuvo. Enredó sus dedos en la nuca femenina y la acarició con suavidad, deslizándolos después a lo largo de su columna vertebral. Sabía que se estaba aprovechando de la situación y del agotamiento de la doctora, pero no le importó; estaba decidido a conquistar a Alexandra Bascourt a toda costa y no tendría escrúpulos en utilizar las armas que fueran necesarias. El militar oyó que la joven suspiraba y bajó los ojos hacia ella; a la luz de la luna distinguió la dulce expresión de su rostro en reposo. Agarró la barbilla femenina entre el índice y el pulgar, alzándola con suavidad, y depositó un ligero beso en sus labios. La doctora no se despertó y siguió besándola un rato hasta que sintió que si no se detenía estallaría de deseo. Necesitó echar mano de todo su autocontrol para conseguir dominarse. La abrazó con delicadeza, apoyó el rostro en sus sedosos cabellos y después de varios minutos de padecer la tortura de tenerla a su alcance y no poder hacer nada al respecto, el coronel consiguió relajarse y se quedó dormido.

Esa mañana al despertar, Alex se sentía muy descansada y feliz, como si hubiera tenido un sueño maravilloso. Alzó el rostro y le sonrió gozosa, haciendo que el coronel sintiera que se le derretían las entrañas.

—¿Llegaremos hoy, verdad, coronel?

—Eso dice Mwene —respondió él sin dejar traslucir en el tono de su voz su profundo pesar; le hubiera gustado que el viaje no acabara nunca.

—Espero que lleguemos a tiempo para ayudar a esa pobre gente —comentó Alex, ajena por completo a sus pensamientos.

Descendieron del árbol con precaución y, como el día anterior, Kibibi los esperaba con el café preparado. Dos horas después, Mwene señalaba una pequeña playa de arena fina donde debían desembarcar, y unos metros más arriba distinguieron los tejados de palma de un pequeño poblado, asomando entre la floresta.

—Doy por hecho que todos ustedes se han rociado bien con repelente de mosquitos. A pesar de que la fiebre amarilla no se contagia salvo por la picadura de un mosquito que haya picado antes a una persona infectada, será mejor que se pongan mascarillas y utilicen guantes —ordenó la doctora al tiempo que empezaba a sacar paquetes de su mochila y los repartía.

Las humildes cabañas de madera de la aldea, en vez de paredes, tenían unas ligeras barandillas y unas grandes hamacas de colores colgaban de un extremo a otro de la única habitación de que constaban. El silencio, roto tan solo por los aullidos y quejidos de los pájaros, los recibió como un mal augurio. La doctora, acompañada por Mwene fue entrando en cada vivienda. En el interior de la primera, metidos en un par de hamacas, hallaron a una familia al completo: padre, madre y dos niños, ardiendo de fiebre. El panorama no varió mucho en el resto de las casitas, así que se reunieron en la pequeña plazoleta del centro del pueblo y la doctora empezó a organizarlos:

—El que estén todos afectados hace pensar que se trata de un brote de fiebre amarilla. Mwene, ¿hay alguna laguna por aquí cerca? ¿De dónde saca tu pueblo el agua potable?

—Nosotros no solemos sacarla del río pues hay muchas serpientes y es peligroso; puedes caerte y la corriente es muy fuerte. Había un pequeño manantial a la salida del poblado, pero se



secó hace unos meses. Ahora nos abastece una laguna que está un poco más arriba. Es de allí de donde traemos el agua.

—Muy bien, tú y Kibibi, id a coger agua al río y buscad algún recipiente grande donde poder hervirla. Mientras tanto, el coronel y yo utilizaremos la que hemos traído con nosotros y les haremos beber y tomarse unas pastillas. Los casos más graves los agruparemos en esa casita —señaló hacia allí—, los leves en aquella otra, así será más fácil ocuparnos de ellos.

De inmediato, se pusieron manos a la obra. En total había una treintena de afectados, diez de ellos bastante graves por la falta de cuidados. Casi todos presentaban un cuadro grave de deshidratación por los vómitos y la fiebre. Al cabo de un par de horas, el improvisado hospital estaba organizado y todos los pacientes habían recibido su primera dosis de medicación y una buena ración de líquido. Durante los días que siguieron el trabajo fue ingente. Dos bebés y un anciano murieron sin que Alexandra pudiera hacer nada por evitarlo; el rescate había llegado demasiado tarde para ellos. Poco a poco se fueron recuperando algunos enfermos, que se sumaban a la atención de los demás pacientes.

Cuando su ayuda ya no fue tan necesaria, el coronel, bien protegido con repelente antimosquitos y camisa de manga larga, se alejó un par de kilómetros en la dirección que Mwene le indicó y descubrió una poza bastante profunda y de aguas cristalinas, donde el zumbido de miles de mosquitos resultaba ensordecedor. Una vez descubierto el foco de la contaminación aprovechó, con la ayuda de Kibibi, para fumigar bien la zona, con unos productos específicos que habían llevado para ello. También se encargaron de explicar el problema a los lugareños, a fin de que evitaran el lugar si no llevaban bien cubiertas todas las zonas del cuerpo.

La doctora permanecía muy atareada y tan solo se permitía dos breves descansos para comer y cenar, y por la noche caía rendida en la hamaca que alguien le había cedido. Apenas tenía tiempo de hablar con el coronel, pero sabía que él tampoco permanecía ocioso.

El coronel Schwartz había ideado un ingenioso sistema que, mediante plataformas y poleas de madera, permitía sacar agua del río sin arriesgarse a caer en él o a ser picado por una serpiente venenosa al acercarse a la orilla. El ahorro de tiempo y esfuerzo para conseguir el agua necesaria para el día a día de los habitantes del poblado iba a ser espectacular. El proyecto llevaría su tiempo; el militar quería que todas las piezas se hicieran con materiales que pudieran encontrarse en la selva para que los habitantes del poblado pudieran ser autosuficientes, así que tuvo que enseñarles a fabricar las piezas necesarias y les explicó los cuidados adecuados para el mantenimiento del entramado de madera. Todo ello suponía mucho trabajo, pero cada vez más pacientes eran dados de alta y más pares de manos se sumaban a las labores de construcción.

Al cabo de unas semanas, tan solo permanecían al cuidado de la doctora una madre y su hija, cada vez más graves. Alexandra se volcó con ellas, hasta tal punto, que ella misma fue consciente de que no hacía lo correcto. Hizo todo lo que estaba a su alcance y fue incluso más allá pero, a pesar de sus incesantes cuidados, ninguna de las dos parecía experimentar ninguna mejoría. Sin que Alex se diera cuenta, el coronel la observaba preocupado. La cosa no pintaba bien y temía que la doctora se viera afectada en exceso si el desenlace era el que parecía más probable.

Una noche, al pasar por el improvisado hospital donde permanecían ingresadas las últimas enfermas, el militar se percató de que la doctora todavía estaba allí. Entró y, a la luz de la lámpara de aceite que alumbraba la habitación, observó cómo Alexandra refrescaba con un paño húmedo la ardorosa frente de la mujer.

—Doctora, debe descansar.

La joven se volvió sobresaltada, mirándolo con ojos exhaustos bajo los cuales tenía grabadas unas profundas ojeras.

—La madre está muy mal. Me quedaré esta noche.

—Yo permaneceré con ella. Váyase a su hamaca y trate de dormir un rato. Si empeora, le prometo que la avisaré.

—Es usted muy amable, coronel, pero no será necesario. Presiento que no sobrevivirá a esta noche y quiero estar aquí cuando llegue el final...

—Muy bien, entonces me quedaré con usted.

A pesar de las protestas de la doctora, el coronel no le hizo ningún caso y se sentó en un rincón de la habitación, sobre el suelo de tierra batida, dispuesto a aguantar allí el tiempo que fuera necesario. Alex no tenía ganas de hablar y el hombre pareció comprenderlo, pues permaneció en silencio limitándose a ofrecerle el consuelo de su presencia.

Ya de madrugada, la enferma emitió una especie de quejido. La doctora, sentada a su lado, apretó la mano que sostenía entre las suyas en un intento de hacerle ver que no estaba sola. La mujer abrió los ojos por primera vez desde que la habían encontrado y Alexandra tuvo la sensación de que comprendía lo que estaba ocurriendo; miró a la doctora y pareció llenarse de paz y, soltando un suspiro, expiró.

Alexandra permaneció inmóvil, sosteniendo aún entre las suyas la mano de la mujer. De pronto, otras manos fuertes y decididas la obligaron a levantarse, y unos brazos poderosos la rodearon y la estrecharon con fuerza. Así, inmovilizada contra el poderoso pecho masculino, Alex notó los dolorosos sollozos sin lágrimas que la sacudían, mientras su cuerpo temblaba, aterido.

El coronel mantuvo el férreo apretón hasta que los estremecimientos cesaron, después aprisionó la barbilla femenina entre el índice y el pulgar y la obligó a elevar su rostro hacia él. La doctora mantenía los ojos cerrados con fuerza y una lágrima permanecía cautiva entre sus espesas pestañas. El coronel inclinó la cabeza y la besó con suavidad, hasta que Alexandra entreabrió los labios y permitió que la caricia se hiciera más profunda. Sin saber cómo, ese beso, que había empezado de forma tan delicada, se convirtió de repente en algo mucho más violento y apasionado. Alexandra recibía sus besos como si estuviera hambrienta y sedienta, y el coronel se vio arrastrado por una ola de deseo

incontrolable. Las lenguas se enredaron y jadeos entrecortados brotaron de sus gargantas. La mano del militar descendió sobre su seno y, a pesar de estar cubierto por la camisa, notó como se endurecía el pezón femenino bajo sus dedos. Haciendo un esfuerzo, el coronel alzó la cabeza y contempló el rostro sonrojado de la joven que aún mantenía los párpados cerrados con fuerza.

—Abre los ojos, Alexandra —ordenó con voz ronca. Las pestañas de Alex temblaron y, como si actuara contra su voluntad, abrió los párpados con lentitud—. Quiero que sepas a quién estás besando; esta vez no me confundirás con un fantasma —afirmó el hombre con una brutalidad salvaje.

El coronel percibió cómo sus suaves ojos castaños se llenaban de horror. Notó que Alexandra se ponía rígida entre sus brazos y sintió los pequeños puños femeninos propinándole débiles golpes en el pecho.

—¡Suélteme! —gritó, tratando de apartarse.

Él la soltó con tal brusquedad, que la joven se tambaleó y estuvo a punto de caer. Alex lo miró temblorosa y se llevó una mano a la garganta.

—¿Cómo puede ser tan cruel?

El coronel soltó una risa amarga que le erizó los pelos de la nuca.

—No puedes ir por la vida confundiendo las cosas.

—Váyase por favor. Déjeme sola —suplicó.

Alexandra le volvió la espalda y esperó a que saliera. El hombre miró la frágil espalda con los hombros inclinados hacia adelante, como si ya no fueran capaces de soportar el peso del mundo sobre ellos, y se arrepintió en el acto de sus palabras. Quiso ponerse de rodillas y suplicarle que lo perdonara, que estaba celoso de un muerto y que se había portado como un estúpido, pero en vez de eso, dio un taconazo y abandonó el lugar a toda prisa.

Alexandra permaneció inmóvil durante un buen rato. Todavía estaba aturdida por lo ocurrido y necesitaba analizarlo. Se acercó al camastro donde yacía la mujer que acababa de morir y con suavidad le cerró los párpados. Después se volvió hacia la cama donde su hija deliraba por la fiebre, cogió un paño húmedo y procedió a bañarle el rostro con él.

No podía borrar de su mente los ojos oscuros del coronel lanzando chispas de ¿deseo? ¿Rabia? ¿Odio? Por un momento le pareció que se enfrentaba a un desconocido. No quedaba en él ningún atisbo del individuo amable y divertido al que hasta hacía unos minutos había considerado un fiel amigo en el que podía depositar su confianza. Nada más alejado de esa imagen que el hombre que Alex descubrió esa noche: de ojos brillantes, con brazos de acero y unos labios enloquecedores.

«Has perdido la cabeza», se dijo a sí misma.

El coronel se había aprovechado de su vulnerabilidad. Tras el mazazo de la muerte de su paciente se había sentido necesitada de consuelo y parecía que eso era lo que él le ofrecía hasta que, sin saber cómo, esos besos tranquilizadores se habían convertido en apasionadas caricias que le habían arrebatado el sentido. Porque debía reconocer que el militar, la última persona hacia la que habría imaginado abrigar intenciones amorosas de ningún tipo, había sido capaz de avivar en su cuerpo la llama ardiente de un deseo salvaje.

«Es normal, llevo tres años sin besar o acariciar a un hombre; es una necesidad física propia del ser humano. No hay que darle más vueltas; es la reacción de la vida frente a la muerte», se dijo la doctora Bascourt, procurando racionalizar el asunto.

Pero a Alexandra, la mujer, le inquietaba sobremanera que hubiera sido precisamente el coronel Harry Schwartz el que la hubiera hecho sentirse así. A su pesar, oleadas de deseo todavía recorrían su cuerpo de arriba abajo. Desde el primer momento había detectado algo amenazador en ese hombre, por un tiempo se había

olvidado de ello, pero esa noche, de nuevo, una alarma había saltado en su cerebro. Los remordimientos le retorcían el estómago; sabía que era estúpido culparse, pero sentía como si, de alguna manera, hubiera traicionado la memoria de Toni.

Pensó en las palabras que había pronunciado y que tanto le habían dolido:

«Esta vez no me confundirás con un fantasma».

Al escucharlas, recordó en el acto el sueño que tuvo la noche en que el coronel había acudido a su cabaña para pedirle un calmante para el sargento Bates.

¡No se había tratado de ningún sueño!

El coronel la había besado. Estaba tan segura de ello como si él acabara de confesárselo. Sintió que una oleada de sangre ardiente le inundaba el rostro. Una vez más, había tomado ventaja de su indefensión y se había aprovechado de ella. Ese hombre era un... un canalla despreciable. Alexandra se prometió a sí misma que no volvería a pillarla con la guardia baja.

Nunca más confiaría en él.

# Capítulo 11

La doctora no había pegado el ojo en toda la noche, refrescando sin cesar la frente y el cuerpo de la chiquilla con el paño húmedo, y al amanecer tuvo la satisfacción de ver que a la niña le había bajado la fiebre. La auscultó y le pareció que su corazón latía con más fuerza.

«Al fin una buena noticia», se dijo.

En ese momento entró Kibibi con una taza de caldo caliente en la mano.

—Tómese esto, doctora, y vaya a echarse un rato. Yo me quedaré aquí.

—La madre ha muerto, Kibibi, pero la pequeña parece estar mejor.

—Yo me ocuparé de todo, doctora, vaya a descansar.

Alexandra se dirigió hacia su hamaca, se envolvió en el mosquitero y en el acto se quedó dormida. Ni siquiera los gritos de los habitantes del poblado, ni el alboroto de los pájaros fue capaz de despertarla; estaba extenuada.

El coronel entró un par de veces a ver cómo estaba y la dejó dormir. La doctora Bascourt necesitaba todo el descanso que pudiera conseguir. Alexandra no despertó hasta la tarde. Alguien había dejado una vasija con agua en la casita y, agradecida, la joven aprovechó para asearse un poco, soñando con el día que pudiera darse una ducha caliente. Las horas de descanso parecían haber

despejado su mente. Ya no sentía la terrible angustia de antes de acostarse; ahora estaba mucho más calmada e incluso se veía capaz de enfrentarse cara a cara al desaprensivo coronel Schwartz.

Sin pensar, salió de la cabaña y se dirigió hacia el lugar donde se estaba construyendo la plataforma de aprovisionamiento de agua. Una actividad frenética parecía reinar en esa zona. Un par de chiquillos dedicados a atar unas ramas con gruesas lianas la saludaron entusiasmados. La joven les devolvió el saludo con alegría y observó cómo habían avanzado los trabajos desde la última vez que se pasó por allí. La construcción de madera se asentaba sólida sobre el río y se dio cuenta de que estaba casi terminada. Los trabajadores que se encontraban por ahí se paraban a cada rato a charlar con ella y a agradecerle su ayuda con su rudimentario francés. La joven les sonreía encantada y se dijo que ejercer la medicina, aunque a veces resultaba muy duro, era el mejor y más gratificante trabajo del mundo.

Como si un sexto sentido la hubiera alertado alzó la cabeza y descubrió al coronel subido sobre unos troncos de madera, con el musculoso y bronceado pecho desnudo, observándola con fijeza. La sonrisa de Alexandra se borró en el acto, dio media vuelta y se alejó con rapidez.

—¡Espere, doctora! —Alex fingió no oírle y siguió caminando—. Doctora, tenemos que hablar.

Esta vez la voz sonó justo a su espalda y notó una mano poderosa que la agarraba del hombro y la obligaba a volverse. Alexandra se desasíó con brusquedad y exclamó:

—¡No me toque! No tenemos nada de qué hablar.

—Quiero disculparme, doctora, mi comportamiento fue incorrecto —declaró el norteamericano muy serio. Alexandra dio un paso atrás; en su opinión el militar estaba demasiado cerca de ella, su área de visión apenas alcanzaba otra cosa que no fuera ese magnífico torso desnudo.

—Incorrecto me parece una palabra muy suave —contestó la doctora desdeñosa.



—¿Impresentable? ¿Inadmisible? ¿Malísimo?

Alex se mordió el labio conteniendo las ganas de sonreír y tuvo que recordarse a sí misma que ese hombre se había aprovechado de ella en dos ocasiones y que era mucho más peligroso de lo que aparentaba.

—Todo eso y más. Sí.

—Tiene razón, doctora, y créame que lo lamento. Lo de anoche no volverá a ocurrir.

—¡Ja! —exclamó Alex como si acabara de pillarlo en falta—. Lo de anoche, dice. Creo que también ocurrió algo parecido en la misión, aunque hasta ahora no me había dado cuenta. Se ha aprovechado de mí dos veces, coronel, y desde luego no permitiré que vuelva a ocurrir.

—No son comparables, doctora, la otra vez estaba usted medio dormida y anoche no pude resistirme a su respuesta tan... —hizo una pausa muy sugestiva— tan interesante.

El coronel observó encantado como Alexandra enrojecía hasta las raíces del cabello.

—Es usted, es usted... —Alex era incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Es usted un descarado. Ya no puedo considerarlo mi amigo —terminó de forma dramática.

—Me alegra saberlo —contestó él con semblante impasible.

Alexandra lo miró desconcertada, abrió la boca y la volvió a cerrar. El militar esperó en silencio.

—Nunca más podré confiar en usted —declaró al fin, dolida.

El coronel la agarró de los brazos con firmeza y la miró a los ojos.

—Por supuesto que puede confiar en mí, Alexandra. Hablo en serio. Lo que ocurrió en esas dos ocasiones le prometo que no volverá a repetirse. Me he portado como un idiota y soy consciente de ello. Por favor, dígame que me perdona —rogó clavando en ella sus ojos oscuros, que por una vez no parecían burlarse de ella. Con delicadeza, colocó un dedo bajo su barbilla y alzando su cara hacia

él añadió—: Alexandra, necesito oír que me perdona y que volverá a fiarse de mí.

Por un momento ambos permanecieron inmóviles con las pupilas prisioneras, hasta que el chillido de un mono furibundo rompió de golpe el hechizo. Alex se mordió el labio inferior y, tras un leve titubeo, respondió:

—Está bien, coronel, lo perdono. Imagino que yo también he tenido algo de culpa...

—No, Alexandra —negó el militar, al tiempo que deslizaba su dedo pulgar por la suave línea de su mandíbula en una ligera caricia—. La culpa es solo mía. Me he portado muy mal con usted y para resarcirla quisiera que aceptara un pequeño regalo.

—¿Un regalo? —repitió la joven, asombrada.

—Mañana nos tomaremos el día libre y la llevaré a un sitio que he descubierto. Le prometo que le va a encantar.

Alex lo miró dubitativa, sin saber si debía aceptar la propuesta. A pesar del aspecto arrepentido del coronel, la alarma que saltó la noche anterior en su cerebro no se había apagado. Como si adivinara sus pensamientos el coronel insistió:

—Necesito que confíe en mí, doctora.

—Está bien, acepto —contestó Alex de mala gana, esperando no tener que arrepentirse.

—Perfecto —afirmó el coronel con una de sus deslumbrantes sonrisas—. Mañana temprano la esperaré a la puerta de su cabaña. Yo me encargo de la comida y de algunos detalles, usted no se preocupe por nada.

Alexandra trató de descubrir lo que se escondía tras esa expresión afable, pero los ojos del coronel, como de costumbre, no traicionaban sus pensamientos.

—Hasta mañana, doctora. —El militar dio media vuelta y regresó al trabajo.

Alexandra se quedó mirando cómo se alejaba su figura marcial y, una vez más, sintió un vago desasosiego. Sacudió la cabeza tratando de alejar esas sensaciones y fue a ver a la última paciente que le quedaba. La encontró incorporada y sorbiendo cucharadas de sopa que le daba una de las mujeres del poblado. Al verla, la niña, que tendría unos siete años, esbozó una enorme sonrisa y Alex dio gracias a Dios de que hubiera sobrevivido. Se acercó a ella, posó su mano sobre su frente y de nuevo se sintió agradecida; no había ni rastro de fiebre.

Kibibi le ofreció un café y unas galletas mientras le contaba cómo le habían explicado a la pequeña que su madre había muerto. También le comentó que una tía suya se había ofrecido a cuidar de ella, por lo que la chiquilla no quedaría desamparada. Alexandra experimentó un profundo alivio y, cuando terminó de comer, decidió volver a su hamaca. Aún tenía ganas de dormir.

A la mañana siguiente, Alex estaba lista en cuanto salió el sol. Se había embadurnado bien con repelente de mosquitos, a pesar de que odiaba el olor, y salió afuera a esperar al coronel, pues se imaginó que no habría llegado todavía. Se equivocaba. El hombre la aguardaba ya sentado en un grueso tocón, con una mochila bastante llena a sus pies.

—Caramba, doctora, qué puntual —comentó al tiempo que se ponía en pie.

—Ayer me dormí tan temprano que esta mañana antes de que amaneciera ya llevaba un buen rato despierta.

—Se nota que ha descansado bien, doctora, se la ve radiante — los ojos oscuros la repasaron con ternura. Incómoda, Alex cambió de tema.

—Veo que lleva usted un montón de cosas, coronel. ¿Puede decirme ahora adónde vamos?

—No, lo siento, es una sorpresa. Será mejor que nos vayamos ya, todavía tenemos que recorrer unos cuantos kilómetros.

—¿Está seguro de que me va a gustar esta sorpresa? —pregunto Alex, dubitativa.

—Segurísimo, Alexandra. Confíe en mí —comentó guiñándole un ojo.

La joven se encogió de hombros y se dispuso a seguirlo. Observó que el coronel aunque había dejado su fusil, llevaba una pistola en el cinturón y un machete en la mano. Siguieron un pequeño sendero casi borrado tan lleno de maleza que en numerosas ocasiones el militar se vio obligado a utilizar el machete. A pesar de todo, la marcha no fue ni la mitad de dura que la que habían realizado hacía algunos días con las mochilas a la espalda, por lo que Alexandra pudo disfrutar de lo que veía a su alrededor. Harry Schwartz parecía tener un extenso conocimiento de las criaturas y las plantas de la selva, así que el paseo resultó muy ameno, a pesar de que anduvieron durante más de dos horas sin parar. Por fin, el coronel se detuvo y anunció:

—Hemos llegado, doctora, cierre los ojos. —Alexandra miró a su alrededor, pero lo único que vio fue la misma selva impenetrable que llevaban atravesando desde que salieron del poblado—. Venga, cierre los ojos y no haga trampas...

Alex obedeció, recelosa, y sintió que las manos del coronel se posaban sobre sus hombros y la guiaban con seguridad. Caminaron unos minutos y por fin, escuchó:

—Ya puede abrirlos.

Ante los deslumbrados ojos de Alexandra apareció una poza de aguas cristalinas y no muy profundas, en la que una pequeña cascada se encargaba de hacer que el agua circulara. Los rayos de sol atravesaban las frondosas copas de los árboles con una resplandeciente luz dorada y el espectáculo era tan bello que Alex no pudo contener una exclamación de asombro:

—¡Es maravilloso! —Su expresión de deleite le dijo al coronel que había acertado de pleno con la sorpresa y se sintió satisfecho.

—Ayer entré en su cabaña y tuve el atrevimiento de coger unas cuantas cosas. —Alex, asombrada, vio cómo el militar empezaba a sacar de la mochila su champú, la pequeña toalla que había llevado a la expedición y unas sandalias con correas que había cogido en el último momento, por si se veía obligada a atravesar algún riachuelo —. He pensado que le gustaría disfrutar de un baño como Dios manda.

—Oh, sí. —Al coronel no se le escapó el anhelo que impregnaba la voz de Alexandra—. Pero...

—No se preocupe, doctora, le dije que podía fiarse de mí ¿no? La dejaré sola el tiempo necesario y cuando regrese la avisaré. Tenga —dijo tendiéndole una camiseta blanca arrugada pero limpia —. Después del baño puede cubrirse con esto.

Alexandra todavía seguía con la boca abierta cuando el coronel desapareció en la espesura. Por unos momentos dudó, pero recordó que le había prometido al coronel Schwartz que confiaría en él y la ocasión era demasiado buena como para desaprovecharla. A toda velocidad, Alex se desnudó, se puso las sandalias y se metió en el agua que al principio le pareció muy fría, pero tras dar unas cuantas brazadas la encontró deliciosa. Cogió el bote del champú y se enjabonó el cabello y aprovechó también para lavar la ropa que llevaba puesta. Encantada, percibió cómo el agua sucia era desaguada por un pequeño canal al fondo de la charca. Al terminar, extendió las prendas sobre las rocas de alrededor y se zambulló una vez más.

Emocionada al experimentar después de tanto tiempo el placer de sentirse limpia de nuevo Alex soltó un suspiro satisfecho. Se tumbó boca arriba y permaneció flotando en el agua, mirando las pequeñas porciones de cielo azul que se adivinaban entre la cúpula de vegetación. No recordaba la última vez que había disfrutado tanto. Perdió la noción del tiempo hasta que oyó al coronel anunciar su vuelta. Con rapidez salió del agua, se secó un poco y se puso la camiseta que él le había prestado; era tan grande que le llegaba por encima de las rodillas.

El coronel se acercó y observó la forma en que el rubio cabello empapado enmarcaba el rostro delicado de Alexandra, del que no se borraba la expresión de deleite que la embargaba. Alex le recibió con una amplia sonrisa que hizo que le hirviera la sangre.

—No necesito preguntarle si ha disfrutado, doctora.

—Creo que nunca he recibido un regalo del que haya gozado tanto —contestó Alex con los ojos pardos brillantes de alegría.

Las pupilas del coronel recorrieron las largas piernas doradas que asomaban bajo la camiseta blanca que cubría su cuerpo esbelto y pensó que el atuendo acentuaba aún más el aspecto seductor de la joven. El militar tuvo que recordarse su promesa, para evitar abalanzarse sobre ella y hacerle el amor sobre la misma piedra en la que estaba sentada.

—Yo también tomaré un baño —anunció el coronel y sin esperar respuesta comenzó a desabrochar el cinturón de sus pantalones.

Alexandra, una vez más, notó que se ruborizaba y miró hacia otro lado. Al cabo de un minuto oyó un chapoteo y vio que el coronel se había lanzado de cabeza al agua y, aliviada, comprobó que llevaba un bañador oscuro. Él nadó un poco y amenazó con salpicarla. Ella se rio y, por fin, el coronel salió del agua sacudiéndose como un perro mojado. Parecía mucho más joven y Alex tuvo que admitir que su cuerpo bronceado era impresionante. De espaldas anchas y caderas estrechas, sus músculos —que no habían sido adquiridos a base de hacer pesas en un gimnasio— resaltaban con nitidez bajo su piel morena.

El coronel se sentó a su lado sobre la enorme piedra que formaba una especie de playa rocosa y, como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos se tendieron al mismo tiempo sobre la roca y cerraron los ojos, dejando que el calor de los rayos de sol acariciara sus cuerpos.

## Capítulo 12

Alexandra no supo el tiempo que pasó tumbada sobre la piedra tibia con los ojos cerrados, pero al levantar los párpados perezosamente descubrió al coronel que, sentado a su lado con los brazos rodeando su pierna doblada, la observaba con interés. La joven se incorporó en el acto, algo avergonzada.

—¿Quiere comer? He traído un par de deliciosas raciones del ejército y unas cuantas galletas de esas que hacen en el poblado. También he recogido frutos de unos árboles cercanos mientras esperaba a que terminara de bañarse.

—¡Caramba, coronel, piensa usted en todo!

Alexandra se envolvió bien con la camiseta y se sentó con las piernas dobladas a un lado. El coronel puso sobre la piedra unos grandes frutos que Alex nunca había visto y sacó un enorme cuchillo con el que fue cortando rodajas. Unas se las pasaba a la chica y otras se las comía él. A la joven le pareció la fruta más fresca y deliciosa que había tomado jamás; desconocía por qué, pero todo parecía saber mejor al aire libre.

—Ha sido un pícnic fabuloso, coronel —afirmó Alex cuando al fin terminaron de comer.

—Me alegro de que haya disfrutado. Le prometí que le gustaría la sorpresa ¿no? —preguntó, guiñándole un ojo. La joven asintió sonriendo—. Espere, tiene algo aquí.

Con suavidad, el coronel deslizó su dedo pulgar a lo largo del labio inferior de la chica retirando un pequeño trozo de pulpa; para Alexandra el leve contacto fue como sufrir una potente descarga eléctrica. Notó que el coronel fijaba sus pupilas en sus labios y vio cómo se dilataban las aletas de su nariz. De pronto, Alex se sintió vulnerable; allí estaban los dos solos, lejos de cualquier asomo de presencia humana, sentados en una roca en medio de un paisaje idílico y, para colmo, medio desnudos.

Algo parecido al temor debió asomar a los ojos de Alexandra, pues el norteamericano se levantó con rapidez y se arrojó a la poza de nuevo. La joven no supo si el suspiro que exhaló fue de alivio o de frustración y decidió que sería preferible pensar en otra cosa. En ese momento, el coronel surgió como una bala de debajo del agua y le gritó:

—Vamos, doctora, ¿no quiere darse otro baño?

Alex se sentía tentada, pero no sabía qué hacer, algo le decía que la situación ya era lo suficientemente peligrosa de por sí como para seguir tentando a la suerte.

—Venga, ánimo, Alexandra. Puede bañarse con la camiseta, le prometo que no me reiré de usted.

Al final, la chica no pudo resistirse y se introdujo en el agua, despacio, con cuidado de no resbalar. De repente, notó que una mano le agarraba un tobillo bajo el agua y la obligaba a sumergirse del todo. Cuando sacó la cabeza a la superficie, Alex exclamó:

—¡Me vengaré! —Y comenzó a salpicarlo.

Estuvieron jugando un buen rato como un par de chiquillos traviosos y luego ambos se pusieron a flotar de espaldas. Alex se limitaba a disfrutar de la felicidad que sentía sin tratar de analizarla cuando, con el rabillo del ojo, percibió un movimiento a su izquierda. Al instante, levantó la cabeza y vio una serpiente que se acercaba nadando hacia a ella.

—¡Coronel! —gritó, asustada.

En dos brazadas el militar se plantó al lado de Alexandra, la sacó en brazos de la charca y la depositó con suavidad sobre la roca para



a continuación, y provisto de un palo que encontró, acercarse hacia el reptil. Con un movimiento rapidísimo, la agarró, la sacó del agua y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el interior de la jungla.

—¡Ah! —gritó, haciendo un gesto de dolor—, creo que me ha picado.

—¡Dios mío! —exclamó la doctora corriendo hacia él, muy pálida—. ¿Dónde le ha picado? Dígame.

Nerviosa, Alexandra le agarró la mano y se la examinó con detenimiento sin lograr descubrir la picadura; siguió inspeccionando el resto del brazo con atención, pero no observó nada extraño.

—Lo siento, doctora —se disculpó el coronel sin poder contener el escalofrío que le recorrió al sentir el roce de los esbeltos dedos de Alexandra a lo largo de su brazo—, me temo que solo ha sido una broma estúpida.

—¡Una broma! —Alex apenas podía pronunciar las palabras, tal era la rabia que la embargaba.

Por primera vez desde que la conocía, el coronel vio a la doctora enfadada de verdad: con los ojos echando chispas, las mejillas encendidas y la camiseta pegada a su fabuloso cuerpo como una transparente segunda piel, Harry Schwartz se dijo que era la visión más gloriosa que había contemplado jamás.

—¿Sabe lo que le digo, coronel? Es usted un auténtico estúpido. No le voy a perdonar en mi vida el susto que me ha dado. Parece mentira. Ya no es un niño para andar con estos jueguitos —lo riñó al tiempo que le clavaba con furia el dedo índice en el pecho.

—Perdóneme, doctora —suplicó el coronel con fingido arrepentimiento.

—No merece la pena hablar con usted. Es usted un retrasado mental. Voy a recoger mis cosas y volveremos al poblado cuanto antes.

—¡Cuidado, doctora!

—¿Qué pasa? —preguntó, asustada.

—¡Otra serpiente!

De un salto, Alexandra se arrojó sobre él, le rodeó el cuello con sus brazos y entrelazó sus piernas alrededor de la cintura masculina, escondiendo la cara en su cuello.

—Me horrorizan los reptiles —susurró en su garganta, temblando de miedo.

Pero el coronel no tuvo tiempo de avergonzarse de su comportamiento. Al sentir a Alexandra, medio desnuda, aferrada a su cuerpo como una lapa, no pudo contenerse más; enredó sus dedos en los cabellos de su nuca y alzando su rostro hacia él, presionó su boca con fuerza contra esos labios llenos y jugosos que lo enloquecían. Alex, consciente de que había caído en una trampa, intentó liberarse golpeando al coronel con todas sus fuerzas, pero él ni siquiera pareció notarlo; era como golpear una plancha de hierro. Alexandra desenredó sus piernas de su cintura y el coronel la dejó deslizarse hasta el suelo, manteniéndola pegada a su cuerpo. Alarmada, la chica pudo sentir cada fibra, cada músculo rozando su piel y por fin, percibió la poderosa intensidad del irrefutable deseo masculino en su vientre.

En un momento dado, el beso dejó de ser doloroso y Alexandra dejó de resistirse. Los labios del coronel se volvieron más suaves y más insistentes a la vez, y el poder hipnótico de esa boca la sumió poco a poco en un trance de sensualidad apasionada que la obligó a devolver sus caricias con una intensidad que igualaba la suya. Las manos masculinas parecían estar en todas partes y ella se apretó más contra él, abandonándose al delirio febril que la consumía.

No sabía cuánto tiempo estuvieron fundidos en ese abrazo delirante, Alex había perdido la noción de lo que la rodeaba. Ni siquiera con su marido había sentido jamás un ansia semejante de claudicar por completo ante el ciego arrebató de la pasión. Pensar en Toni la hizo volver de golpe a la realidad; abrió los ojos y se encontró tendida en la dura roca, con el cuerpo del coronel sobre el suyo mientras la mano masculina, grande y cálida, acariciaba su cadera desnuda. Con un esfuerzo sobrehumano, Alex trató de apartarse de él y lo empujó con fuerza.

—Coronel, no, por favor —suplicó.

Durante unos instantes pensó que él no sería capaz de detenerse, pero al fin el hombre levantó la cabeza que tenía enterrada en su garganta y la miró. Por una vez, sus ojos eran fieles espejos del deseo desnudo y salvaje que lo atenazaba, y Alex se acobardó. A pesar de ello, siguió hablando con voz temblorosa:

—Coronel, no quiero que esto ocurra. Siempre he creído que el amor y el deseo iban de la mano. Sé que la reacción de mi cuerpo ante sus caricias demuestra que estaba equivocada. Sin embargo, no deseo que ocurra. No quiero que usted, a quien no amo y nunca amaré, pueda borrar los recuerdos que me quedan de mi esposo. ¡No quiero! —terminó sollozando con fuerza.

El coronel recorrió con la mirada las mejillas femeninas empapadas de lágrimas, su pelo revuelto y sus labios un poco hinchados por la violencia de sus besos. Tras unos instantes se incorporó, extendió una mano y, con suavidad, tiró de la camiseta que llevaba la joven hacia abajo, cubriéndola bien. Luego se levantó y se quedó de pie, de espaldas a ella, mirando hacia el agua en silencio. Pasaron unos minutos, que a Alexandra se le antojaron eternos, hasta que él se volvió a mirarla con gesto adusto y habló en un tono más ronco del habitual:

—Una vez más debo disculparme, doctora Bascourt. Sé que lo que he hecho no tiene excusa; he faltado a mi palabra y he mancillado mi honor de oficial y de caballero. Usted confió en mí y yo he traicionado esa confianza. Entiendo que no me crea si le digo que nunca, nunca más, volverá a repetirse este comportamiento, pero le juro que así será.

El coronel mantenía los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo con los puños apretados, y Alex observó que sus nudillos estaban blancos.

—No sea tan duro consigo mismo, coronel Schwartz. Yo también soy culpable; supongo que es difícil resistirse a la magia de este lugar... Ahora que somos conscientes de esta extraña atracción que nos une, será más fácil luchar contra ella. —El rostro del coronel

permaneció impasible ante sus palabras y Alexandra, deseosa de terminar cuanto antes con la embarazosa situación, añadió—: Lo mejor será que recoja mis cosas y volvamos al poblado enseguida.

El coronel la dejó sola para que se vistiera. Él también se llevó sus ropas y, minutos después, ambos estaban listos para emprender el regreso. Caminaron en silencio; por añadidura, había comenzado a llover como ocurría todas las tardes más o menos a la misma hora y Alexandra lamentó que un día que había comenzado de forma tan maravillosa terminara así.

Se sentía fatal consigo misma; no entendía por qué su cuerpo se rendía de ese modo a las caricias de un hombre que nada significaba para ella. Miró la alta figura que marchaba delante; le parecía increíble que apenas unos minutos antes hubiera estado entre sus brazos, a punto de ser devorada por esa boca obsesionante. Gracias a Dios habían sido capaces de detenerse a tiempo; no quería ni pensar en lo que hubiera podido ocurrir. A partir de ahora, se dijo, procuraría no quedarse a solas con él. Lamentaría perder la amistad que habían compartido hasta ese momento, pero quizá no hubiera sido más que un espejismo...

Los pensamientos del coronel mientras regresaban al poblado giraban en torno a la misma cuestión, mientras repartía machetazos furiosos a diestro y siniestro. Todavía se estremecía al recordar la respuesta de Alexandra a sus caricias. Sus labios lo habían enloquecido hasta el punto de que de su mente se había borrado todo lo que no fuera la urgente necesidad de hacerla suya. Por fortuna, al final había logrado recuperar el control, aunque durante el resto de su existencia arrastraría el deshonor de haber traicionado la confianza que ella había depositado en él. Pero, sobre todo, no podía olvidar lo que le había dicho:

«No quiero que usted, a quien no amo y nunca amaré, pueda borrar los recuerdos que me quedan de mi esposo».

No recordaba haber sentido nunca un dolor más punzante que el que le habían causado esas palabras. Era cierto que el cuerpo de la doctora reaccionaba ávido a sus caricias, pero también resultaba evidente que había enterrado su corazón junto con su marido y no estaba preparada para entregarse a otro hombre en cuerpo y alma. Y él no podía resignarse a algo tan simple como un revolcón. No era solo sexo lo que quería de ella.

La amaba.

Durante esos meses pasados a su lado había aprendido a admirar la dedicación desinteresada de Alexandra, su amor por su trabajo, la ternura que mostraba a sus pacientes... Todo en ella era dulzura y entrega a los demás. Sabía bien lo escasas que eran esas cualidades y era un egoísta; las quería para sí.

Para siempre.

Tenía ganas de gritarle que la amaba, de sacudirla con fuerza y hacerle entender que él estaba ahí, a su lado; respirando, vibrando de vida mientras que, de su adorado marido, tan solo quedaba lo que de él hubieran dejado los gusanos. Deseaba bramar, patalear como un niño por la injusticia de quererla con toda su alma y no poder tenerla, pero sabía sin lugar a dudas que, si utilizaba con ella cualquier tipo de violencia o coacción, lo único que conseguiría sería perderla para siempre.

Y no podía ni siquiera plantearse la posibilidad de una vida sin Alexandra Bascourt...

## Capítulo 13

Permanecieron una semana más en el poblado. El coronel pasaba todo el día trabajando en la estructura de madera, que casi estaba terminada y, entretanto, Alex no permanecía de brazos cruzados.

A pesar de que ya no quedaban enfermos afectados por el brote de fiebre amarilla, siempre había alguna herida o un hueso roto que atender. Además, aprovechaba el tiempo para dar charlas a las mujeres sobre temas de higiene y salud. Les explicó que debían hervir el agua antes de beberla, que no debían utilizar cualquier sitio para tirar los desperdicios, ni hacer sus necesidades. Bajo la dirección del coronel, los hombres excavaron varias letrinas sanitarias. Las mujeres parecían receptivas a realizar mejoras que beneficiaran la salud de sus hijos y Alex fue consciente de que «un poco» en África significaba «mucho». Cuando llegó el momento de partir, todos estaban muy satisfechos con los avances logrados.

El día de la inauguración del sistema ideado por el coronel, al que los trabajadores pronto bautizaron como el *árbol de agua*, fue un acontecimiento que se recordaría en los anales del pequeño pueblo. La doctora fue la elegida para cortar la cinta —un pequeño trozo de tela salido de la falda de alguna de las lugareñas— y entre el coronel y Mwene izaron el primer cubo de agua del río. Los

habitantes del poblado gritaron jubilosos y por la noche se celebró una gran fiesta, en la que cada cual aportó lo que pudo.

A la luz de las hogueras hubo danzas y cánticos que Alexandra contempló fascinada. A lo largo de la noche bebieron un sabroso jugo de frutas que, a juzgar por los efectos sobre los que la rodeaban, debía llevar algún tipo de alcohol. Todo el mundo parecía feliz y las carcajadas estallaban de continuo bajo el cielo nocturno, cuajado de estrellas.

En un momento dado, Alex decidió que ya era hora de irse a dormir. La gente seguía bebiendo y cantando, pero ella estaba cansada y algo mareada por ese zumo dulzón que no había parado de beber en toda la noche. Se levantó y se dirigió a la cabaña donde estaba su hamaca; sin embargo, al llegar, notó que ya no le apetecía acostarse, así que continuó andando por el estrecho sendero iluminado por la luz de las estrellas, que daba a la pequeña playa en la que habían desembarcado.

Alex se detuvo sobre la arena, contemplando las oscuras aguas que fluían silenciosas y algo amenazadoras. ¡Qué lejana le parecía su vida anterior! Sentía como si toda su existencia hubiera transcurrido en África; apenas recordaba ya los grandes atascos que se producían en París los días de lluvia, las maravillosas tiendas en las que se podía comprar casi cualquier cosa... Ni siquiera lo echaba de menos; era como si no hubiera sabido lo que era sentirse viva de verdad hasta que no llegó a ese lugar.

—No debería pasear sola a estas horas. Puede ser peligroso.

La voz del coronel a su espalda la sobresaltó, haciéndole perder el equilibrio. Con unos reflejos pasmosos, el hombre extendió el brazo y la sujetó pero, casi al instante retiró su mano, como si una serpiente le hubiera picado. Durante la última semana, apenas habían hablado más que para cruzar algún saludo; el norteamericano se mantenía distante dispuesto a cumplir su palabra, y esta era la primera vez que se encontraban los dos a solas desde el día de la turbadora escena en la poza. Alexandra

empezó a decir algo, tratando de disipar la tensión que se palpaba en el ambiente:

—Estaba pensando en lo lejana que me parece mi vida en París...

El coronel extendió su chaqueta sobre la húmeda arena y le hizo un ademán para que se sentase. Como si adivinara su resistencia, él lo hizo a cierta distancia.

—Es lo que tiene África: te atrapa, se mete en tu sangre.

Alexandra se acomodó por fin con cierto recelo.

—¿Ha pensado alguna vez en regresar a Estados Unidos? —le preguntó, interesada.

—Muchas —contestó el coronel, con la mirada perdida en el río —, pero sé que antes o después tendría que volver aquí. Cierto que en Boston están mi madre y mi hermano, que se ocupa del negocio familiar, y los echo de menos, pero no creo que me acostumbrara a vivir allí de nuevo. Dentro de poco cumpliré los cuarenta y he pensado que se acerca la hora de dejar el ejército. Llevo tiempo dándole vueltas a lo que deseo hacer en el futuro...

—¿Y qué es lo que le gustaría hacer? —preguntó la doctora, llena de curiosidad.

El coronel sonrió, le encantaba esa vena cotilla que había descubierto en la formal doctora Bascourt.

—Lo que en realidad me gustaría es buscar un pedazo de tierra no muy lejos de aquí y construir algo que, de alguna manera, me permita quedarme en África y, al mismo tiempo, suponga un beneficio para estas gentes.

Alexandra miró su fuerte perfil, que se recortaba contra las sombras y le alegró que pudieran volver a hablar como antes de que ocurriera nada entre ellos. Hasta ahora no se había dado cuenta de cuánto añoraba esas conversaciones.

—Lo entiendo perfectamente, coronel, si no fuera por mi familia creo que no regresaría a Francia. Aquí es todo tan real... aunque no es esa la palabra que busco. Es cómo me hace sentir este lugar. Me siento tan...



El militar se volvió hacia la joven que abrazaba sus piernas dobladas, con la mejilla apoyada en las rodillas y una expresión soñadora en su rostro.

—¿Lúcida?

—¡Exacto, coronel, justo la palabra que buscaba! —exclamó Alex satisfecha—. Es como si mi pensamiento se aclarara, como si por fin entendiera mi papel en este mundo. Nunca había sentido nada parecido antes de venir aquí.

Los dos permanecieron callados durante un buen rato, pero era un silencio agradable, como el que a veces se produce entre dos viejos amigos que se conocen desde hace años. Fue Alexandra la que al fin lo rompió:

—Por una parte me alegro y por otra detesto pensar que mañana nos iremos de aquí y no volveremos a ver a esta gente. Ha sido tan gratificante haber podido hacer algo por ellos...

—Yo también sentiré que nos marchemos de aquí.

A pesar de la chaqueta que tenía debajo, la humedad de la arena le provocó a Alex un escalofrío. El coronel se dio cuenta y se levantó, tendiéndole una mano para ayudarla. Cuando la joven estuvo de pie a su lado, la miró a los ojos sin soltar sus dedos.

—Espero que me haya perdonado, doctora.

—No hay nada que perdonar, coronel. Fue solo una locura pasajera —afirmó Alexandra, sonriéndole con dulzura.

El coronel alzó la mano de la chica, inclinó la cabeza y depositó un cálido beso en su palma, que hizo que a Alex se le pusiera la carne de gallina. Después la soltó y dio un paso atrás, alejándose de ella.

—Gracias, Alexandra.

Sin decir palabra, regresaron caminando despacio al poblado.

## Capítulo 14

La barca se deslizaba con placidez río abajo. A bordo de la embarcación reinaba un silencio pesado, incrementado por la lluvia fina y constante que caía sobre ellos. Hasta Kibibi, quien siempre andaba charlando con unos y con otros, mantenía los ojos cerrados y un mutismo poco característico.

A Alex le había costado contener las lágrimas durante la despedida. Con la vista fija en las aguas turbulentas, la joven repasaba los acontecimientos de las últimas semanas, hasta que, inadvertidamente, lo ocurrido en la poza se coló en su mente. Como atraída por un imán, levantó la vista y miró la formidable figura del coronel que permanecía sentado frente a ella con la boina calada hasta los ojos, protegiéndose de la lluvia.

Todavía no entendía por qué había reaccionado como lo había hecho ante sus caricias. Si alguien le hubiera dicho unos meses antes que se sentiría perturbada físicamente por un hombre como él, no lo habría creído. Toni, su marido, era diferente por completo a Harry Schwartz. El coronel era un tipo demasiado alto para su gusto, demasiado fuerte; en resumen: demasiado amenazador. Ese tipo de hombre nunca la había atraído. Toni, en cambio, era delgado y apenas le sacaba unos centímetros, lo que Alexandra siempre había encontrado muy comfortable cuando se abrazaban.

Toni y ella se conocieron muy jóvenes y habían sido buenos amigos mucho antes de convertirse en amantes. Toni fue su mayor

apoyo mientras estudiaba la carrera de medicina, y Alex, a su vez, repasó con él todos sus exámenes de derecho. Su relación había sido sencilla y sin sobresaltos; se conocían tan bien el uno al otro que a veces Alex se encontraba acabando una frase de su marido y viceversa. Sus familias residían en el mismo pueblo y se habían tratado durante muchos años así que se mostraron encantados cuando Alex y Toni anunciaron que se casaban.

Las cosas habían rodado de manera predecible, hasta el infausto día en que toda aquella felicidad serena había saltado por los aires. Quizá esa fue la razón por la que el mazazo de su pérdida resultó tan insoportable. Nada de lo ocurrido en sus vidas hasta ese instante hacía prever ese trágico final. Durante más de tres años, Alexandra se había sentido como si le hubieran amputado un miembro. A veces, le ocurría algo en el trabajo y se decía a sí misma:

«Cuando se lo cuente a Toni, se va a morir de risa», hasta que se daba cuenta de que su marido estaba muerto y de que ella no podría volver a contarle nada nunca más.

Por el contrario, a pesar de que le resultaba agradable conversar con el coronel e, incluso, había descubierto que en algunas temas no diferían tanto sus puntos de vista como había pensado, sentía que había algo en él que se le escapaba, que era ajeno a ella por completo. Para empezar, la disparidad de sus profesiones los hacía incompatibles: ella médico, destinada a salvar vidas; él un soldado obligado a cumplir órdenes, aunque significaran matar a sus semejantes.

Durante los meses que habían pasado desde que lo conoció, Alex no tenía noticia de que hubiera disfrutado de la compañía de ninguna mujer. Tampoco parecía el tipo de hombre que pagara por los favores femeninos y, en todo ese tiempo, apenas se había alejado unos cuantos días de la misión, salvo para ir a Kikwit. Por lo tanto, no resultaba extraño que en un momento dado se hubiera sentido atraído por ella, hasta el punto de perder el control. Era

obvio que, para un hombre sano y todavía joven. Estar tanto tiempo alejado de la compañía femenina tenía que resultar muy duro.

A pesar de todo, en los últimos días había mantenido su palabra de no volver a tocarla y su comportamiento había sido respetuoso en extremo. Alex se sentía aliviada; si era sincera consigo misma, no sabía si habría sido capaz de resistirse. Era una sensación inquietante comprender que, al lado de ese hombre, ella, una persona que siempre se había enorgullecido de mantener la cabeza fría en todo tipo de situaciones, perdía el control como una adolescente con exceso de hormonas.

En ese momento el coronel alzó su boina con un dedo y la pilló observándolo. Avergonzada, Alexandra desvió sus pupilas y las posó de nuevo sobre los peligrosos remolinos que la corriente formaba en el río. Todo a su alrededor parecía estar envuelto en un manto turbio y gris. La lluvia empezó a encharcar el fondo de la barca y Joseph, el piloto, observó que sería mejor detenerse en una de las pequeñas playas que jalonaban la orilla, para achicar el agua acumulada. El coronel decretó que lo mejor sería acampar allí. La lluvia era tan persistente que se vieron obligados a levantar un pequeño refugio. Pasar la noche subidos a un árbol, como habían hecho hasta ese momento, hubiera sido una tortura.

En escasos minutos, entre el coronel y Kibibi desplegaron una pequeña tienda de campaña en la que tendrían que refugiarse los cuatro. Encender un fuego para calentar la cena resultaba imposible en esas condiciones, así que tuvieron que resignarse a comer las inevitables barritas de cereales; pues la alternativa, abrir una lata de judías y tomárselas frías, resultaba aún menos apetecible.

Después de prepararse para pasar la noche como pudieron — Alexandra ni siquiera se quitó las botas— se metieron los cuatro en el estrecho recinto. A la joven le tocó uno de los extremos y el coronel se tumbó a su lado. Compartir la pequeña tienda con tantas personas iba a resultar muy incómodo, pero no quedaba otro remedio. A pesar de todo, Alex se quedó dormida casi en el instante

en que apoyó su cabeza en el suelo; en cambio, el hombre tendido a su lado tardó bastante más en conciliar el sueño.

Al amanecer un tenue rayo de luz y unas ligeras cosquillas en su barbilla despertaron al coronel. El militar abrió los ojos y descubrió que lo que le producía esas cosquillas era el roce del pelo de Alexandra; la joven debía haber sentido frío durante la noche y se había arrebujado contra él. La rodilla femenina estaba cruzada entre sus muslos, y una de sus manos se apoyaba sobre su pecho. El militar dio gracias de que hubiera dos personas más en el interior de la tienda de campaña pues, si no hubiera sido así, habría roto todas sus promesas y juramentos y la hubiera tomado allí mismo.

Notó que Alex empezaba a despertarse, sus párpados temblaron y abrió los ojos. Por unos instantes permaneció inmóvil. Después, procurando no despertarlo, apartó con cuidado su rodilla de entre los muslos masculinos y retiró la mano de su torso, alejándose todo lo que pudo de su lado sin hacer ningún ruido. Una vez se hubo separado unos centímetros, pues el refugio no daba para más, miró hacia arriba y en los aterciopelados iris pardos se reflejó un profundo sobresalto al percatarse de que él estaba despierto, observándola con sus ojos oscuros apenas velados por los pesados párpados. El coronel vio cómo se mordía el labio inferior, mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Lo siento —susurró la joven.

Él se limitó a extender una mano y rozar su mejilla con el dorso de sus dedos en una ligera caricia que hizo que el corazón de Alexandra retumbara dentro de su pecho. Unos segundos después, el militar se incorporó y, con el movimiento, los otros dos hombres se despertaron también y salieron al exterior. Por fortuna había dejado de llover, lo que les dio un respiro, permitiéndoles encender una fogata en la que prepararon un café caliente que pareció revivirlos a todos. Cuando terminaron, recogieron el campamento con rapidez y continuaron el viaje.

Llevaban más de dos horas descendiendo por el río cuando Kibibi notó algo extraño:

—¡Coronel, mire! Parece un incendio.

En efecto, a unos cientos de metros de distancia se alzaba una columna de humo negro que no parecía presagiar nada bueno. El coronel dio orden de aminorar la velocidad de la barcaza al tiempo que cogía su fusil y se aseguraba de que estaba cargado y listo para disparar.

Como una niebla espesa, la tensión se condensó en el interior de la embarcación mientras se acercaban al lugar del que procedía la humareda. Tras doblar un recodo del río, un espectáculo dantesco apareció ante sus ojos. En la extensa playa, llena de restos de hojas y ramas arrancadas por la tormenta del día anterior, media docena de cuerpos ensangrentados yacían sobre la arena. Un hombre en aparente buen estado, les hacía señales desde la orilla.

—Aproxímate con cuidado —ordenó el norteamericano al piloto—. A la menor señal de peligro pon el motor a toda potencia y sácanos de aquí.

Siguieron avanzando con precaución. El único sonido que se oía era el ruido ahogado del motor; por una vez, hasta los pájaros y los monos parecían haberse quedado en silencio. Cuando la embarcación quedó cerca de la orilla, el coronel saltó al agua con el fusil apuntando frente a él.

—¡De rodillas, agáchese, las manos detrás de la nuca! —gritó apuntando al hombre con su arma.

El otro lo obedeció en el acto, con una mirada aterrorizada. A Alexandra le disgustó la violencia empleada por el militar y la consideró innecesaria. El coronel se acercó a uno de los cuerpos tendidos sobre la playa con precaución. Sin apartar la mirada de la selva que lo rodeaba, se agachó, colocó dos dedos sobre la garganta del individuo buscando el pulso y sacudió la cabeza,

negando. Repitió la operación con el resto de los cuerpos y en todos ellos el resultado fue el mismo: estaban muertos.

## Capítulo 15

De repente, de entre la vegetación que se extendía al lado izquierdo de la posición del coronel, surgió un disparo que resonó como un trueno en la selva, haciendo que numerosas aves levantaran el vuelo, asustadas. Alexandra, pasmada, apenas pudo registrar la velocidad a la que el militar se arrojó al suelo y comenzó a disparar hacia el lugar del que había surgido la detonación. El hombre que había estado de rodillas hasta ese momento sacó una pistola de la parte trasera de sus pantalones y empezó a descargarla sobre el coronel. Este giró varias veces sobre sí mismo y desde el suelo realizó un par de disparos más que reventaron la cabeza de su atacante. Después se incorporó de nuevo y comenzó a correr hacia la barca sin darle descanso al gatillo ni un segundo. Desde la maleza surgieron nuevos disparos que provenían de distintas direcciones.

—¡Pon el motor a plena potencia! —rugió el militar sin dejar de correr ni de disparar.

Una decena de hombres con viejos uniformes militares surgieron de la jungla, avanzando en dirección a ellos, tiroteándolos sin pausa. El coronel lanzó una nueva ráfaga de metralla y se oyó un aullido que a Alexandra le erizó los pelos de la nuca. Al instante, vio cómo uno de los rebeldes se paraba en seco y caía al suelo fulminado.

El militar casi había alcanzado su objetivo cuando una descarga de proyectiles barrió la cubierta de un extremo a otro. Con un



poderoso impulso el coronel se arrojó al interior de la barca y arrastró a Alexandra bajo su cuerpo al mismo tiempo que la joven escuchaba el ruido de las balas clavándose en la madera de la embarcación, haciéndola astillas.

—¡Joseph sácanos de aquí! —ordenó el norteamericano, a pesar de que sus piernas todavía colgaban por la borda.

El piloto puso el motor de la barca al máximo, mientras trataba de alejarlos de la playa. Los rebeldes, rabiosos al ver que se les escapaba la presa dispararon una nueva andanada y, casi al mismo tiempo, Alex, medio aplastada por el cuerpo del coronel, sintió que este se ponía rígido.

—¿Qué pasa, coronel, lo han herido? —preguntó, asustada.

—No es nada —declaró el militar introduciéndose del todo en la embarcación.

—¡Coronel, le han dado a Joseph! —gritó Kibibi horrorizado, al tiempo que se hacía con el timón de la embarcación.

El militar se quitó de encima de Alex y se acercó al piloto que permanecía tirado en el suelo de la embarcación con los ojos muy abiertos, mirando al cielo. El coronel Schwartz lo examinó.

—Está muerto.

Todavía podían escuchar los gritos de rabia de los paramilitares en la orilla, pero ellos ya estaban fuera del alcance de sus balas. En ese momento, Alexandra observó que de la pierna del coronel manaba un chorro de sangre, que ya había empapado la pernera del pantalón y caía sobre las tablas de la cubierta, tiñéndolas de rojo poco a poco.

—¡Dios mío, coronel, está usted herido!

Con rapidez, Alex se arrodilló junto a él. Cogió el cuchillo que el hombre llevaba siempre en una funda colgada a la cintura y rasgó la tela, dejando al descubierto un agujero de bala en el muslo del que la sangre manaba a borbotones.

—Esta herida es grave, coronel —afirmó la doctora al tiempo que con pericia le realizaba un torniquete para contener la hemorragia—.

No puedo curarlo a bordo de la barca, se mueve demasiado. Tenemos que desembarcar.

—A su debido tiempo, doctora —respondió el coronel con calma—, antes tenemos que alejarnos de aquí todo lo que podamos.

El motor de la embarcación comenzó a hacer un ruido extraño.

—¿Qué ocurre, Kibibi?

—Coronel, creo que una de las balas ha abierto un agujero en el depósito de la gasolina; el indicador de combustible desciende por momentos.

—¡Demonios! —exclamó el militar—. Kibibi, trata de mantener la barca lo más cerca posible de la orilla y disminuye la velocidad, tendremos que aprovechar la corriente para que nos arrastre río abajo y hacer así que la gasolina nos dure el mayor tiempo posible. En cuanto se vacíe el depósito no nos quedará más opción que desembarcar. Navegar a la deriva por el río sería muy peligroso.

—Pero, coronel, con esa herida usted no podrá caminar. Necesitamos la barca... —dijo Alex, horrorizada.

—Viajar por este río sin motor y sin timón sería un suicidio, doctora. Ya nos arreglaremos de alguna manera.

Kibibi mantuvo la barca pegada a la orilla como le indicó el coronel. La aguja del indicador de combustible descendía a toda velocidad; por fortuna, la corriente era fuerte y los impulsaba en la dirección correcta. Al cabo de diez minutos, la doctora colocó una compresa sobre la herida y la rodeó con un apretado vendaje. Después fue aflojando el torniquete poco a poco, para evitar que la pierna se quedara sin riego sanguíneo, hasta que, al final, lo retiró del todo. Por fortuna, la hemorragia parecía haberse detenido, al menos por el momento. Media hora después, el motor de la embarcación se detuvo por completo.

—Hay que acercar la barca a esa playa —ordenó el coronel con firmeza; a pesar de que, a juzgar por la lividez de su rostro, debía estar al borde del desmayo.

Tuvieron suerte; con el impulso que le quedaba a la nave, consiguieron embarrancar en la orilla fangosa y el congoleño saltó

por la borda, a fin de asegurarla un poco más. El coronel se iba poniendo más pálido a cada segundo que pasaba. Kibibi le ayudó a descender de la embarcación, mientras la doctora se apresuraba a sacar el equipo de la barca.

—¿Qué hacemos con Joseph? —preguntó la doctora tras cerrarle los párpados.

—Lo dejaremos en la barca y la empujaremos río abajo, para que no pueda delatar nuestra posición. Será como un entierro vikingo; es lo único que podemos hacer ya por él. —El coronel se secó con el dorso de la mano las gruesas gotas de sudor que perlaban su frente.

Entre la doctora y Kibibi empujaron la embarcación, hasta que esta, liberada del fango que la inmovilizaba, empezó a flotar río abajo alejándose más y más.

—Debemos montar la tienda de campaña, Kibibi, esas nubes negras anuncian una tormenta y tengo que examinar la herida del coronel en un sitio protegido.

Pocos minutos después, la tienda estaba instalada y la doctora y el congoleño se pusieron uno a cada lado del coronel. Él pasó los brazos sobre los hombros de ambos y apoyado en ellos consiguió llegar caminando hasta el refugio.

—Kibibi, necesito más luz y el instrumental que está en mi mochila.

Mientras el muchacho iba a buscar el farol de campaña y la mochila de la doctora que estaban sobre la arena, Alexandra cortó el pantalón del coronel de arriba abajo con el cuchillo y se lo quitó. A continuación examinó la herida con atención. La bala había astillado un poco el fémur al entrar y pequeñas esquirlas de hueso habían penetrado en la carne. Por suerte, el proyectil no había seccionado ninguna arteria. Alex tendría que operarlo y extraer la bala cuanto antes; lo peor era que el coronel ya había perdido mucha sangre. Abrió la mochila que Kibibi le acababa de llevar y, desesperada, se dio cuenta de que no le quedaba ni siquiera una ampolla de anestesia local.

—Me temo, coronel, que esto le va a doler. Mucho —declaró mirando la pálida cara del hombre en la que la larga cicatriz destacaba con más intensidad.

—Haga lo que tenga que hacer, doctora —respondió él con voz ronca.

—Kibibi, necesitaré tu ayuda. Tendrás que sujetarlo. Por lo pronto busca un palo pequeño, para que el coronel pueda morderlo.

Una vez que el norteamericano tuvo el palo apretado entre sus mandíbulas, la doctora le indicó al congoleño donde tenía que situarse para mantener la pierna del hombre bien sujeta y evitar que pudiera moverse lo más mínimo. Cuando estuvieron listos y los instrumentos al alcance de su mano, Alexandra anunció:

—Voy a comenzar.

La doctora le señaló a Kibibi el punto donde debía ejercer una intensa presión con la mano para evitar una nueva hemorragia y procedió a cortar la piel con el afilado bisturí. Cuando alzó la mirada durante un segundo, advirtió que el coronel mordía el palo con todas sus fuerzas y que su frente estaba empapada en sudor. A pesar de todo, el militar, haciendo gala de una admirable entereza, no emitió ni un solo quejido. La operación llevó bastante tiempo, la bala estaba muy incrustada y a Alexandra le costó extraerla; cuando por fin la tuvo bien sujeta con las pinzas, tiró de ella con firmeza. El coronel no pudo aguantar más el tremendo dolor y perdió el conocimiento. Alex se alegró por él y siguió trabajando algo más tranquila. Consiguió quitarle bastantes esquirlas, a pesar de que le fue imposible sacarlas todas.

—¿Estás bien, Kibibi? —preguntó Alex, observando las gotas de sudor que resbalaban por el rostro del congoleño.

El pobre hombre asintió en silencio, incapaz de pronunciar palabra; había tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no desmayarse él también. Por fin la doctora procedió a suturar la herida y aplicó un antiséptico, rogando que no se infectara. Le colocó una compresa limpia y le vendó de nuevo el muslo.

—Ya está, Kibibi. Solo queda rezar para que no haya una infección.

Acomodaron al coronel, que todavía no había vuelto en sí, lo mejor que pudieron, salieron al exterior y se dejaron caer, exhaustos, sobre la arena.

—¿Qué vamos a hacer, Kibibi? El coronel no podrá caminar con esa pierna durante mucho tiempo...

—Yo podría ir en busca de ayuda, doctora, pero no quiero dejarte sola.

Alexandra reflexionó; solo de pensar en quedarse sola en mitad de la selva con un hombre herido hacía que se le revolviera el estómago de terror. Sin embargo, se dio cuenta de que no había otra alternativa. Esperar hasta que el coronel se recuperara lo suficiente para poder andar llevaría varias semanas y no tenían víveres para tantos días. Además, lo más probable era que el militar tuviera que ser operado de nuevo —con los medios de los que disponía, ella no podía hacer más— y cuanto antes lo atendieran, sería mejor. Pero ¿qué ocurriría si algo le pasaba a Kibibi? Alexandra sacudió la cabeza; no tenía sentido preocuparse por todas las posibles desgracias que pudieran sobrevenir. Lo primero era atender al coronel, por lo que cuanto antes partiera el congoleño en busca de socorro, era de esperar que antes regresaría.

—Creo que eso será lo mejor, Kibibi. Mañana dividiremos las provisiones. Tú te llevarás el fusil del coronel y yo me quedaré con su pistola, aunque no sé muy bien de qué me va a servir. No he disparado un arma en mi vida.

—Yo te enseñaré, doctora. La selva está llena de peligros y es importante que la lleves siempre encima. Si todo va bien, calculo que me llevará unos diez días ir y otros tantos volver con la ayuda. Te dejaré la mayor parte de las provisiones, yo puedo sobrevivir cazando pequeños animales, lo he hecho desde niño. También te enseñaré qué frutos son comestibles y cuáles debes evitar. —Al mirar la cara desencajada de Alexandra, Kibibi extendió la mano y cubrió con ella las manos femeninas que se retorcían compulsivas

en su regazo—. No se preocupe, doctora, lo conseguiré. La he observado todo este tiempo y sé que es usted una mujer fuera de serie.

Alexandra le devolvió el apretón agradecida por sus palabras y rogó porque su amable amigo no se equivocara al juzgarla, así con una seguridad que no sentía, dijo en un tono fingidamente animado:

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra y lo organicemos todo antes de tu partida, Kibibi.

## Capítulo 16

Durante el resto del día, Alex aprendió cosas que jamás hubiera pensado que podría necesitar. Kibibi era un buen maestro y enseguida le enseñó a limpiar, cargar y disparar la pistola en caso necesario. También le mostró cómo encender un fuego aunque la madera estuviera húmeda. Dieron una vuelta por los alrededores, tratando de descubrir frutos y bayas comestibles. El congoleño le mostró una planta que utilizaban en su pueblo para elaborar tisanas destinadas a ayudar a los enfermos en su recuperación. Aprovecharon también para borrar las huellas de su desembarco en la pequeña cala y camuflaron la tienda de campaña bajo una capa de ramas y hojas, a fin de evitar posibles visitantes indeseados. Cuando regresaron a la tienda de campaña, Alexandra se arrodilló al lado del coronel y tocó su frente; estaba fresca. En ese momento, el hombre abrió los ojos.

—¿Qué tal se encuentra, coronel?

—¿Consiguió extraer la bala? —preguntó con voz débil.

—Por supuesto, coronel, ¿por quién me toma? —Alex trató de dar un tono alegre a sus palabras; entretanto, sacó un analgésico de la mochila, le hizo abrir la boca y lo depositó sobre su lengua. Le sujetó la cabeza mientras acercaba a sus labios la cantimplora.

—Esto le aliviará el dolor.

El coronel estaba sediento y bebió bastante.

—Le pediré a Kibibi que me fabrique una muleta o un bastón, para que podamos largarnos de este lugar cuanto antes.

—Ni hablar, coronel, no voy a dejar que se mueva usted de aquí. Le he sometido a una operación en unas condiciones que, en definitiva, no son las mejores y no permitiré que ponga en riesgo su vida.

—Pero, doctora, no podemos permanecer aquí mucho tiempo. Los rebeldes pueden estar buscándonos. —El norteamericano trató de incorporarse, pero una intensa punzada de dolor le hizo soltar un quejido.

—¡Quieto! —ordenó la doctora colocándole una mano sobre el pecho para impedir que se moviera—. No se preocupe por nada. Kibibi y yo ya hemos decidido lo que vamos a hacer. Por esta vez, puede relajarse, coronel, no admitiremos sus órdenes.

A pesar del dolor que sentía, a Harry Schwartz no le quedó más remedio que esbozar una sonrisa.

—Usted manda, doctora. Pero se lo advierto —amenazó—, cuando recobre las fuerzas me vengaré.

Alexandra soltó una carcajada al tiempo que admiraba el coraje del militar.

—Procure descansar —rogó Alex con dulzura, acariciándole la mejilla—. Eso nos ayudará a todos.

El coronel le lanzó una enigmática mirada que no supo cómo interpretar, después cerró los ojos y, de nuevo, se quedó dormido.

Fuera, Kibibi había encendido el fuego y estaba calentando una lata de judías. Al ver salir a Alexandra le preguntó:

—¿Cómo está el coronel?

—Dando órdenes a diestro y siniestro —respondió, sonriente.

La cara de Kibibi también se iluminó con una sonrisa:

—Me alegro. Son buenas noticias. Será mejor que cenemos. No creo que el coronel tenga hambre. Le he preparado una tisana con las hierbas que le dije, está ahí enfriando —dijo señalando la



cantimplora que había rellenado con el brebaje—. Cuando despierte puede dársela, lo aliviará y lo ayudará a reponerse.

—Muchas gracias, Kibibi.

A la mañana siguiente Kibibi metió lo necesario en una mochila, cogió el fusil de asalto del coronel y gran cantidad de munición, y se dispuso a partir.

—Te deseo suerte, doctora, iré tan rápido como pueda y prometo volver con ayuda lo antes posible.

—Muchas gracias, Kibibi, yo también te deseo suerte. Ten cuidado.

Alexandra lo abrazó, tratando de contener las lágrimas y lo vio perderse entre la frondosa vegetación, sintiendo una profunda sensación de desamparo. Entró en la tienda y al ver que el coronel estaba despierto, cogió la cantimplora que contenía la tisana, vertió un poco en una taza metálica y, pasando el brazo por detrás de los hombros masculinos, lo ayudó a incorporarse. Después de beber, el coronel preguntó:

—¿Dónde está Kibibi?

—Ha vuelto a la misión. Nos traerá ayuda.

El coronel frunció el ceño.

—¿Se ha marchado dejándola sola conmigo? ¡Estúpido! —exclamó, enfurecido—. ¿No se da cuenta de que en estas condiciones no puedo protegerla?

—No se agite, coronel, no le conviene —le contestó la doctora con una calma que le resultó exasperante; parecía que hablara con un niño pequeño—. Sepa que soy capaz de protegerme yo solita. Además, Kibibi me ha enseñado a manejar la pistola.

Fuera de sí, el militar lanzó una maldición.

—Coronel, no permito ese tipo de lenguaje en mi presencia.

Al observar su expresión de maestra de escuela remilgada, muy a su pesar, Harry Schwartz se vio obligado a sonreír.

—Lo siento, doctora. Me da la impresión de que siempre me estoy disculpando con usted. Seguro que es usted muy capaz de enfrentarse a lo que sea, me lo demostró ayer sobradamente, pero no la veo disparando a un tipo con mi pistola.

—No se preocupe, coronel. Si tengo que disparar, le prometo que no mataré a nadie.

—Ese es el problema, me temo.

Alex abrió la boca, pero la volvió a cerrar casi en el acto; ese hombre siempre la dejaba sin palabras.

—Ahora un poco de silencio —ordenó ella, al tiempo que colocaba la fresca palma de su mano sobre la frente del coronel. Le pareció que estaba más caliente y le preocupó que la fiebre hiciera acto de presencia.

—¿Desea comer algo?

—No, gracias, doctora, aunque agradecería un poco más de ese brebaje que ha preparado. Me muero de sed.

Alexandra lo ayudó a incorporarse una vez más para que bebiera. Y a pesar de su estado, el coronel Schwartz disfrutó al sentir su cabeza apoyada sobre el pecho femenino. Era increíble que, con todo lo que había ocurrido, lo preocupado que estaba y lo mal que se encontraba, desde que la doctora entró en la tienda no pudiera pensar en otra cosa que en besar esos carnosos labios que parecían llamarlo, invitadores.

—Coronel, debo hacerle una cura y le va a doler —le advirtió la doctora y procedió deshacer el vendaje que más tarde lavaría con agua hervida.

Los bordes de la cicatriz estaban inflamados, rojos y calientes al tacto, signos claros de infección. Alexandra limpió la herida con minuciosidad, aplicó más antiséptico y la vendó de nuevo. Durante todo el proceso —que la joven sabía que había sido doloroso en extremo—, a pesar del tono ceniciento que adquirió su rostro, ni un solo gemido escapó de la garganta del militar y, una vez más, Alexandra admiró su aguante y pensó que debía estar muy acostumbrado a sufrir el dolor físico.

—Ya está. Muy bien, coronel, ha sido usted muy valiente.

De nuevo el militar se sintió irritado al escuchar su tono maternal.

—Doctora, necesito... ya sabe... —El hombre pareció algo turbado.

—Por supuesto, coronel.

Alex salió un momento y volvió enseguida con una botella de plástico cortada por un extremo.

—Vamos, coronel, yo lo ayudaré.

—¡Ni hablar! —protestó él, tendiendo la mano para coger el recipiente.

—¡Por Dios, no sea ridículo! Soy médico, he visto cientos de hombres desnudos en mi vida —declaró Alexandra, exasperada.

—La felicito, doctora, es usted una mujer afortunada. ¡Pero deme la botella! —ordenó.

Alex se la tendió y salió de la tienda enojada.

«Estúpido cabezota», se dijo.

La doctora aprovechó para hervir más agua, lavar las vendas y tenderlas en una rama cercana. La lluvia parecía darles un respiro, así que confió en que se secaran pronto. Cogió la pistola y se adentró un poco en la selva para recoger los frutos que le había señalado Kibibi. Pensó que tal vez el coronel agradecería un zumo de frutas, o más bien un puré de frutas espachurradas, pero cuando volvió al campamento encontró al coronel sumido en un sueño bastante agitado. Le tocó la frente con la mano y notó que ardía de fiebre; con esfuerzo, lo incorporó, lo obligó a beber unos tragos de agua y le hizo tragar un antipirético. En ese momento, el coronel abrió los ojos y susurró débilmente:

—Lo siento, doctora, creo que le voy a dar mucho trabajo.

—No sea tonto, es normal que aparezca la fiebre en un caso como este —contestó la doctora mirando sus ojos brillantes por la calentura.

Le desabrochó la camisa y con la torpe ayuda del coronel consiguió quitársela del todo, dejándole tan solo en calzoncillos. Luego tomó una de sus camisetas limpias, la humedeció con agua y procedió a refrescarle el cuerpo con ella. El coronel la miraba en silencio, demasiado débil para protestar.

—Gracias —musitó.

—Deje de darme las gracias, coronel.

La doctora le pasó una y otra vez el paño húmedo por la frente, los brazos, el pecho poderoso, el vientre, donde no había ni un gramo de grasa sobrante, las piernas fuertes y velludas... era la primera vez que lo veía tan indefenso. Hasta ese momento, siempre había considerado al coronel un hombre indestructible, capaz de enfrentarse a cualquier cosa que se le pusiera por delante; sin embargo, al verlo así, por completo a su merced, sintió que la invadía una oleada de ternura que la sorprendió.

Intentó que comiera algo de fruta, pero él solo quería agua; por fortuna, Alex había preparado una nueva cantimplora con las hierbas de Kibibi. Cada vez le resultaba más difícil incorporarlo para que bebiera. El coronel estaba entrando en una etapa delirante y ya no obedecía sus órdenes salvo cuando recuperaba la consciencia, lo que ocurría a ratos cada vez más espaciados en el tiempo.

Alexandra temía que la excitación provocada por la fiebre y los escalofríos pudieran llevarlo a hacerse daño en su pierna herida, así que procuraba pasar a su lado la mayor parte de tiempo, y solo se alejaba de él cuando era estrictamente necesario. Se comió la enésima barrita de cereales, pues no quería perder el tiempo encendiendo una hoguera.

La noche que siguió, Alexandra la recordaría como una de las peores de su vida. El coronel no paraba de moverse, muy agitado, y en una de las ocasiones en que ella lo agarró de los hombros tratando de tranquilizarlo, se deshizo de ella de un violento empujón que la envió rodando al otro extremo de la tienda de campaña. Dolorida, Alexandra se incorporó maldiciendo. No pudo pegar ojo, el delirio del coronel le hacía hablar en voz alta y a veces incluso

gritaba, pero ella no lograba entender lo que decía. Solo de vez en cuando distinguía alguna palabra suelta, pero le pareció que llamaba a mucha gente. Una de esas veces gritó su nombre con tanta desesperación que a Alexandra se le heló el alma. En un momento dado lo oyó repetir una y otra vez:

—Frío... Frío... Tengo frío —balbuceó, mientras los dientes le castañeteaban incontrolablemente.

Sin saber qué más hacer, la joven se tendió a su lado y lo abrazó con cuidado de no rozar la pierna herida. Por fin, el hombre pareció calmarse un tanto, y Alexandra pudo dormir durante unas pocas horas.

## Capítulo 17

Los días que siguieron fueron muy similares. Alexandra limpiaba la herida todas las mañanas, pero la fiebre del coronel no remitía. La joven comenzaba a sentir una terrible preocupación. Los lapsos en los que el militar recobraba la consciencia eran cada vez más raros. Lo único que consentía en tomar era el brebaje de Kibibi, aunque a Alex le costaba cada vez más hacérselo beber; así que la joven vivía en constante temor de que el herido pudiera deshidratarse.

La doctora apenas se separaba ya de su lado; no encendía el fuego y se alimentaba de barritas y de unos frutos que recolectaba muy cerca del campamento. Las horas transcurrían interminables para Alexandra, mientras recorría el cuerpo del herido, una y otra vez, con la camiseta empapada intentando bajarle la fiebre. Rezó todas las oraciones que sabía, amenazó y suplicó por igual a cualquier dios que quisiera escucharla, pero la respuesta no llegaba. El coronel adelgazaba a ojos vistas, y el temor de Alexandra, al verlo debilitarse más y más, aumentaba cada hora que pasaba.

La noche del cuarto día Alexandra pensó que el desenlace estaba próximo, la fiebre seguía siendo muy alta; el coronel tiritaba de frío y sufría violentos estremecimientos. Como había hecho cada noche, Alex se tendió a su lado, lo estrechó contra ella procurando transmitirle su calor, y rogó que a la mañana siguiente no se encontrara abrazando un cadáver. Trató de mantenerse despierta, pero tras varias horas de vigilia la joven no pudo resistir el cansancio

y se quedó dormida. En un momento dado, como si fuera parte de un sueño, le pareció que alguien susurraba unas palabras en su oído:

—Alexandra, te quiero.

Alex se arrimó más al cuerpo del coronel y siguió durmiendo.

A la mañana siguiente, cuando Alexandra se despertó sintió que algo había cambiado. Por un momento, un terror absoluto la paralizó y temió abrir los ojos y encontrarse al coronel muerto a su lado. Por fin, decidió afrontar lo que quiera que hubiera ocurrido y separó los párpados. La cabeza de la joven descansaba sobre el hueco del brazo del coronel, su cuerpo estaba pegado al costado masculino y uno de sus brazos reposaba cruzado sobre su torso. Alex se incorporó con cuidado y descubrió los oscuros ojos oscuros del militar fijos en ella, con una mirada sorprendentemente lúcida. Incrédula, posó la palma de la mano sobre su frente y la encontró fresca, sin rastro de fiebre. Sin poder creérselo aún, apoyó su mejilla contra el pecho del norteamericano y escuchó los latidos, firmes y regulares, de su corazón.

—¡Gracias, Dios mío! —gritó abalanzándose sobre el coronel y besando sus párpados, su frente, sus mandíbulas y sus labios resecaos, al tiempo que le empapaba con sus lágrimas. Por fin, se separó de él y vio cómo la boca del coronel esbozaba una frágil sonrisa. El hombre trató de decir algo, pero Alexandra posó los dedos sobre sus labios con delicadeza, y se lo impidió—. Es mejor que no intente hablar, coronel. Está demasiado débil y va a necesitar todas sus energías para reponerse. Limítese a asentir con la cabeza. ¿Le gustaría comer algo?

El coronel asintió y, feliz, Alexandra salió a buscar algo de fruta, pues pensó que sería lo más adecuado para empezar a alimentarlo después de tantos días de ayuno.

El coronel observó a Alexandra mientras ella le introducía, poco a poco, pequeños pedazos de fruta en la boca. Su pelo rubio estaba sucio y se le pegaba a la cabeza; bajo sus ojos, unos profundos surcos morados delataban las pocas horas de sueño de las que había disfrutado, y la piel de su rostro estaba pálida; sin embargo, mientras la miraba cortar los trocitos de fruta con su enorme cuchillo de caza, sonriéndole con inmensa dulzura, le pareció que era la mujer más hermosa que había contemplado jamás.

Su aspecto revelaba lo duros que tenían que haber sido para ella esos últimos días, cuidándole sin descanso y con la tensión permanente de no saber si él sería capaz de salir adelante o moriría dejándola sola en medio de la jungla. Mientras acariciaba sus delicados rasgos con la mirada, el coronel supo, sin lugar a dudas, que amaba a esa mujer como nunca pensó que se pudiera amar a nadie en este mundo. La quería tanto que comprendió que sería capaz de renunciar a ella si supiera que otro hombre la haría más feliz.

Esa mañana, cuando por fin había emergido de la nebulosa en la que había estado sumido durante esos días, la había encontrado dormida a su lado, pero, incluso en su sueño, Alexandra se aferraba a él como si quisiera transmitirle algo de su fuerza. El coronel era consciente de que le debía la vida; sin sus constantes cuidados no habría conseguido superar la fiebre. Observó los brillantes ojos castaños que no se apartaban de él, como si contemplar su rostro pálido y demacrado fuese una maravillosa visión, y deseó, más que nada en el mundo, poder decirle lo mucho que la amaba; pero se contuvo.

No era el momento adecuado.

—Doctora, sé que le debo la vida y quiero que sepa que le estoy muy agradecido —fue lo único que dijo tras terminar de comer.

Alex le dirigió una mirada maliciosa y si Harry Schwartz no se hubiera encontrado tan débil, se habría incorporado en el acto y la



hubiera estrechado entre sus brazos.

—Podría negarlo, con falsa modestia, pero tengo que reconocer que así fue. Me dio un susto terrible, coronel. No sé si podré perdonárselo jamás —contestó Alexandra, tratando de contener la sonrisa que subía a sus labios.

El militar una vez más la encontró irresistible, pero trató de dominarse y responder en el mismo tono guasón:

—Seré su esclavo, doctora. Así pagaré mi deuda.

—Hmm. Me gusta la idea, coronel. Mi esclavo... le tomo la palabra.

El hombre puso los ojos en blanco y Alex no pudo contener una carcajada; estaba tan feliz de verlo de nuevo consciente y bromeando con ella que habría podido abrazarlo.

Durante los días que siguieron, Alexandra se sorprendió por la rapidez con la que el militar recobraba la salud; tras estar a las puertas de la muerte, una vez que superó la fiebre, la mejoría le pareció casi milagrosa. Al día siguiente de volver en sí ya se quejaba de que tenía hambre y la joven no tuvo más remedio que abrir una de las conservas y calentarla en el fuego que encendió. A pesar de sus temores, el pesado guiso no pareció sentarle mal, antes al contrario, el coronel parecía recuperar las fuerzas a cada segundo que pasaba.

La convalecencia resultó casi como unas vacaciones. Ahora que no tenía que pasar a su lado todo el tiempo, Alexandra aprovechó para dedicarse a sí misma un poco más de tiempo. En las inmediaciones del campamento descubrió un pequeño manantial que utilizó para lavarse la cabeza y asearse. La limpieza, descubrió, era una de las cosas que lo hacían sentir a uno más humano.

El coronel se había resignado a que la joven se encargara de su aseo los primeros días y mientras lo lavaba se limitaba a fijar en ella esos ojos inescrutables. Al tercer día de recuperar el conocimiento, le arrebató la camiseta de las manos y declaró, con su expresión

más severa, que desde ese momento se encargaría él mismo de su higiene personal.

—Me parece muy bien, coronel. Si por hacer esfuerzos tan pronto tiene una recaída, mejor que busque por aquí alguien que lo cuide. No cuente conmigo. —Alex salió enojada de la tienda, lamentando que esta no tuviera puerta para poder pegar un buen portazo.

El coronel se lavó con torpeza, sacó unos pantalones de su mochila y se los puso maldiciendo el dolor de su pierna. También se puso una camisa y en el acto se sintió mucho mejor. Se pasó la mano por la barba de cuatro días y decidió que había llegado el momento de afeitarse, así que se arrastró como pudo hasta salir del refugio y, cuando Alexandra volvió de recoger unas cuantas frutas se lo encontró sentado en una piedra, no lejos de la tienda de campaña, vestido con su uniforme y con la pierna herida bien estirada, mientras trataba de afeitarse la enmarañada barba con una maquinilla. Sus progresos, sin espejo, agua, ni jabón, no eran lo que se dice espectaculares.

—Doctora, ¿podría traerme un poco de agua, por favor?

—¡Ah, ahora sí necesita mi ayuda! Me sorprende, coronel, pensé que lo encontraría haciendo unas cuantas flexiones —comentó, sarcástica. El coronel no pudo evitar una sonrisa ante su evidente enojo—. ¿Y qué le parece tan gracioso, si puede saberse? —preguntó Alex, al tiempo que se acercaba hacia él con firmes zancadas y el ceño fruncido.

El hombre observó con estupor cómo la doctora se detenía junto a él, alzaba la pierna y la dejaba caer con todas sus fuerzas sobre la piedra que tenía al lado. Por un momento, incluso llegó a pensar que le iba a pegar una patada.

—¡Ahá! —exclamó, satisfecha.

—¿Puede saberse qué demonios le ocurre?

—Seguramente le he vuelto a salvar la vida y ya le he dicho que no me gusta que hable así —lo reprendió, exasperada.

El coronel dirigió la mirada al lugar donde Alex había estrellado su bota y vio los restos de una culebra espachurrada.

—¡Caramba, doctora, me sorprende usted! ¿No me dijo que le tenía terror a los reptiles?

—¿De veras cree, coronel —preguntó desdeñosa—, que durante estos últimos días no he tenido que aniquilar docenas de serpientes, arañas peludas y repugnantes bichos de todo tipo? En este parque temático de la fauna salvaje no queda lugar para remilgos.

El militar la miró con admiración y le pareció que la pequeña doctora había crecido un palmo desde la última vez que la vio. Alexandra observó su rostro, con parte de la mejilla derecha afeitada y se apiadó de él.

—Está bien —cedió a regañadientes—, le traeré agua y un poco de jabón. ¿No tenía usted un espejo?

—Se me ha roto al intentar sacarlo de la mochila sin apoyarme en la pierna herida —admitió el coronel de mala gana.

Alexandra le lanzó una mirada de «ya lo sabía yo», cogió un recipiente en el que siempre guardaba agua hervida y vertió un poco sobre una taza. Entró en la tienda para buscar el jabón y, cuando salió, extendió la mano y se quedó esperando.

—Puedo hacerlo yo...

Sin contestar, la joven se limitó a permanecer de pie a su lado con la mano extendida. Con un suspiro, el militar se rindió y le tendió la maquinilla.

—Está usted insoportable. Me trata como a un niño pequeño —se quejó el coronel.

—Quizá es porque se porta usted como un niño pequeño —replicó Alexandra—. Y ahora, cálese y no se mueva.

Con habilidad, la doctora le enjabonó la cara y consiguió afeitar los duros cañones de su barba con la gastada cuchilla. El coronel se quedó muy quieto, sintiendo el tacto ligero de los dedos de la joven en las mejillas y la garganta. El rostro de Alexandra estaba tan cerca

del suyo, que podía ver cómo se le rizaban las largas pestañas. Descubrió unas encantadoras pecas en el puente de su nariz y aspiró el olor del champú que siempre usaba. Los suaves labios estaban tan cerca que era una tortura no poder inclinarse y rozarlos con los suyos, pero solo de pensar en ello, la temperatura de su cuerpo se elevó de repente y volvió a sentirse como si tuviera fiebre.

—¡Ya está! —declaró Alex complacida al examinar su obra; se apartó de él para limpiar la maquinilla y el coronel se sintió como si le hubieran arrancado una tira de piel. El efecto que tenía Alexandra Bascourt sobre él comenzaba a ser incontrolable—. A partir de hoy ya podrá afeitarse usted solo, coronel. Yo he hecho lo más difícil.

El coronel solo fue capaz de lanzar un áspero gruñido y Alex se alejó de él moviendo la cabeza, desconcertada por su ingratitud.

## Capítulo 18

Según los cálculos de Alexandra, ya habían pasado más de quince días desde que Kibibi partiera en busca de ayuda. La recuperación del coronel marchaba viento en popa y, aunque no había recuperado todos los kilos perdidos, ya podía moverse de un lado a otro con una rudimentaria muleta que él mismo se había fabricado. A pesar de las súplicas de Alexandra para que se lo tomara con calma, él no le hacía ningún caso, pero, a pesar de ello, la doctora le limpiaba la herida y le cambiaba el vendaje todos los días, y esta cicatrizaba de manera satisfactoria.

Aunque discutían de vez en cuando, por lo que Alexandra llamaba su cabezonería de mula cerril y el coronel sus ansias frustradas de mangonearle, en general, se llevaban muy bien. Pasaban largas horas hablando de lo divino y de lo humano, y sus conversaciones, siempre animadas, estaban salpicadas por un sentido del humor —bastante negro por parte del militar— que a Alexandra la hacía retorcerse de risa.

El coronel, según descubrió Alex, era un profesor frustrado; le encantaba señalarle animales y plantas que encontraba en los alrededores, y explicarle sus costumbres. A la joven esas lecciones le resultaban muy entretenidas y, a cambio, aprovechaba para darle unas nociones básicas de medicina, en las que él se mostraba muy interesado. La chica agradecía el hecho de que la persona con la que se encontraba embarcada en esa difícil situación fuera divertida

pues, si no, los días en la jungla se le habrían antojado interminables.

Las noches las pasaban en la tienda de campaña, a salvo de la lluvia. A pesar de que se acostaban lo más separados que les permitía el reducido espacio, Alex no sabía cómo, pero al despertar, siempre se encontraba acurrucada contra el cálido cuerpo del coronel, con la cabeza apoyada en su hombro y la palma de la mano sobre su pecho. Al principio, pedía disculpas, avergonzada, e incluso, durante un par de noches, colocó una mochila en medio de los dos a modo de barrera, pero el militar se quejó de que a veces se golpeaba la pierna contra ella y a Alexandra no le quedó más remedio que retirarla. Al final, considerándolo inevitable, se relajó y lo aceptó como una cosa normal, dentro de lo anormal que resultaba toda la situación.

Al coronel, por su parte, no le habría importado que Kibibi tardara un par de meses en volver a buscarlos. Disfrutaba teniendo a Alexandra Bascourt para él solo. Le encantaba poder hablar con ella casi de cualquier tema y observar cómo se quedaba un rato pensando en lo que quisiera que estuvieran discutiendo en ese momento, con la cabeza un poco inclinada, los ojos castaños luciendo una mirada absorta, para luego lanzarse con entusiasmo a explicarle su propio punto de vista, que siempre resultaba original.

Pero lo mejor de todo eran las noches. En cuanto Alex se dormía, él se acercaba a ella sin hacer el menor ruido, hasta que la joven, atraída por el calorillo que emanaba de su cuerpo, se ovillaba contra él como una gatita mimosa. Poder pasar la noche con Alexandra entre sus brazos, aunque fuera de una manera inocente por completo, le producía una intensa felicidad.

Ya casi habían pasado los días que Kibibi se había dado de plazo, cuando Alexandra decidió alejarse un poco más en busca de otro tipo de fruta que les permitiera variar un poco la monótona dieta. Como cada vez que hacía una de sus pequeñas excursiones,

cogió la pistola y se la guardó en uno de los bolsillos del pantalón. Después de indicarle al coronel la dirección que pensaba tomar, lo dejó haciendo ejercicios para fortalecer los músculos de su pierna.

Apenas se había alejado un kilómetro cuando descubrió un árbol que exhibía unos tentadores frutos rojos que no había visto antes, así que decidió coger unos cuantos para mostrárselos al coronel, a ver si eran comestibles. Sin embargo, si quería alcanzar las ramas de las que pendía la fruta más atractiva, no tenía más remedio que trepar un poco. Resuelta, sacó la pistola del bolsillo, a fin de que no le estorbara al trepar, y la dejó bajo un arbusto que crecía al pie del árbol.

Tan solo había extendido los brazos para agarrar una gruesa rama cercana, cuando escuchó un ruido a su espalda que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Despacio, Alexandra se dio la vuelta y quedó frente a un hombre vestido con una harapienta y sucia camiseta y unos pantalones de camuflaje, que la apuntaba con un fusil. El soldado esbozó una mueca feroz que reveló una dentadura cariada en la que faltaban varias piezas y la chica se quedó paralizada de terror.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?

Muerta de miedo, Alexandra lanzó una mirada de soslayo hacia el lugar donde había ocultado la pistola y le pareció que estaba a kilómetros de distancia. La tranquilidad de la que habían gozado hasta el momento la había hecho confiarse y bajar la guardia y ese error iba a resultar fatal. El hombre se acercó más aún con el arma en ristre; gruesas gotas de sudor resbalaban sobre la piel oscura de su rostro, lleno de cicatrices, y las aletas de su chata nariz estaban dilatadas. Cuando estuvo a menos de un metro de ella, arrojó su fusil a un lado y se la quedó mirando con los brazos en jarras, disfrutando del miedo que rezumaban las pupilas femeninas.

—Nunca he estado con una blanca, espero que merezca la pena —declaró con una risita siniestra.

Casi sin pensar, Alex se arrojó al suelo en busca de la pistola, la agarró con fuerza y la volvió contra su agresor; pero él, haciendo

gala de unos rápidos reflejos, le sujetó la mano y el disparo se perdió entre las copas de los árboles, provocando una desbandada de pájaros asustados. Mantuvieron un intenso forcejeo, pero el hombre, mucho más fuerte que ella, consiguió arrebatárle la pistola, la lanzó por los aires y el arma se perdió entre la enmarañada floresta. Alexandra siguió luchando con todas sus energías hasta que el soldado, enfurecido por su resistencia, la golpeó en la mejilla con una fuerza brutal y, al instante, Alex percibió la calidez de la sangre que le bajaba por la comisura de la boca.

—¡Basura blanca, ahora verás! —gritó el hombre, enfurecido.

Una lluvia de golpes cayó sobre su vientre y su costado, y Alex dejó de resistirse; el dolor era tan atroz, que rogó que la muerte le llegara antes de tener que sufrir lo que sin duda se avecinaba.

Pero ni siquiera perdió la consciencia.

Como si estuviera en mitad de una pesadilla de la que no pudiera despertar, vio cómo el hombre sentado a horcajadas sobre ella comenzaba a desabrocharse el cinturón. Un sollozo brotó de sus labios.

—No, no, por favor —suplicó.

De repente, percibió un movimiento a espaldas del soldado y descubrió al coronel, que se acercaba cojeando, con un dedo apoyado en los labios, pero el asaltante estaba tan excitado con lo que se traía entre manos que no oyó nada. Con un gesto tan rápido que a Alexandra le costó seguirlo con la mirada, una mano poderosa sujetó la barbilla del rebelde obligándolo a alzar la cabeza, mientras la otra, que empuñaba un enorme cuchillo de caza, le rajó la garganta de lado a lado. Horrorizada, Alexandra observó como la sangre brotaba a borbotones de la herida, y el soldado se desplomó a un lado como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—Alexandra.

La joven, todavía en el suelo, miró al coronel y luego al cadáver ensangrentado del hombre que había estado a punto de violarla y se llevó un puño a la boca, tratando de reprimir el alarido que pugnaba por escapar de su garganta. Harry Schwartz comprendió que estaba



en estado de *shock* así que alargó una mano y tiró de ella con fuerza para ayudarla a levantarse. Alexandra temblaba tanto que se vio obligada a apoyarse en él para no caer y los brazos del coronel la rodearon con fuerza, tratando de calmar los violentos estremecimientos que sacudían el cuerpo de la chica.

—¡Vamos doctora, es preciso que abandonemos este lugar! Si estaba con otros rebeldes seguro que habrán escuchado el disparo y vendrán a buscarnos. Tenemos que ir al campamento a recoger lo que podamos.

Alexandra obedeció sus órdenes como si estuviera en trance y así, con un brazo del coronel apoyado en la tosca muleta que él mismo había fabricado y el otro sujetando a Alex por la cintura, regresaron al campamento.

—Coja lo que le parezca indispensable, el resto lo dejaremos aquí —ordenó, lacónico.

Alexandra se alegró de tener que concentrarse en una tarea concreta para evitar pensar y recogió lo que le pareció más necesario con toda la rapidez que le permitían sus doloridas costillas. Abandonaron la tienda de campaña y gran parte del equipo que habían llevado y, pocos minutos después, se alejaban del lugar a toda prisa, adentrándose en la selva. El norteamericano llevaba una pesada mochila colgada a su espalda y un enorme machete en la mano. Alex sabía que debido al estado de su pierna no le convenía caminar, ni cargar tanto peso, pero no podía hacer nada por evitarlo. Ella misma iba cargada con otra mochila, a pesar de que sentía un terrible dolor en el costado.

Aunque el ritmo de su marcha era lento, dos horas después se habían alejado un buen trecho del lugar donde yacía el cadáver del soldado rebelde, siguiendo todo el rato la dirección que marcaba la brújula del coronel.

—Nos detendremos un momento aquí para descansar y comer algo —anunció el militar de repente.

—Déjeme examinar su herida —pidió Alexandra con una voz inexpresiva que no le pareció la suya.

—No es necesario, cuando estemos más lejos será el momento de ocuparse de las lesiones de cada uno —negó él con expresión impasible.

La joven no protestó, se sentía demasiado agotada, y no solo en el plano físico, para discutir con él. El coronel le tendió una barrita energética.

—No tengo hambre.

—Coma —ordenó, severo.

Sin resistirse, Alex se la llevó a la boca y se la comió entera a pesar de que le supo a serrín. En cuanto terminó, el militar dijo que debían continuar. Siguieron atravesando los enmarañados senderos de la jungla durante tantas horas que Alexandra perdió la noción del tiempo. Sus pies caminaban como si tuvieran voluntad propia, pues ella carecía de la fuerza suficiente para ordenárselo. Cuando, por fin, el coronel dio la orden de detenerse, Alexandra ignoraba cómo era posible que todavía se mantuviera en pie y, si ella se sentía así, se dijo, no quería ni pensar en el dolor que el militar debía estar soportando.

—Haremos un refugio con ramas y hojas y pasaremos la noche en él.

El coronel empezó a cortar grandes hojas de palma con el machete y le indicó a Alexandra cómo debía colocarlas. Media hora más tarde, habían construido una pequeña cabaña que al menos los protegería de la lluvia durante la noche; el tema de los bichos sería otro cantar.

—Esta noche no encenderemos fuego, doctora, hay que procurar pasar lo más desapercibidos posible, no sea que nos estén buscando —anunció el militar y, a Alex, que soñaba con el consuelo del calor de las llamas, no le quedó más remedio que resignarse.

En ese momento empezó a caer una lluvia torrencial y, con rapidez, se introdujeron en el improvisado refugio que, por el momento, se mantenía seco.

—Ahora le examinaré la herida —declaró Alexandra sin darle opción a resistirse.

Un par de veces había sorprendido una expresión de dolor en el rostro masculino y Alex no estaba dispuesta a que volviera a darle largas. El coronel tapó la abertura de la tosca construcción con unas cuantas hojas más y después permitió que encendiera el farol. La doctora lo ayudó a quitarse las botas y los pantalones y, cuando terminó, notó que la frente masculina estaba bañada en sudor. Con mucho cuidado retiró el vendaje; como había temido, la herida se había abierto de nuevo y supuraba.

—¡Maldita sea! —exclamó Alexandra. La limpió lo mejor que pudo y volvió a vendarla, luego sacó un analgésico y se lo tendió.

—Tómese esto.

—¿Y usted, doctora?

—No es nada —protestó Alex—. Unos cuantos golpes que se curarán por sí solos.

—Déjeme ver —dijo él en un tono que no admitía discusiones.

El militar puso un dedo bajo su barbilla y le alzó la cara.

—Tiene un corte en el labio, pero no parece que vaya a necesitar puntos. Deme algo para desinfectarlo.

La doctora le tendió una gasa y el bote de antiséptico. El coronel vertió un poco sobre la gasa y, con infinito cuidado, procedió a desinfectar el corte. El escozor que sintió ante el primer toque, hizo que Alex tratara de apartar la cara.

—Lo siento, doctora, tendré más cuidado.

—Reconozco que soy un poco quejica, debería aprender de su ejemplo coronel. —La joven trató de sonreír, lo que hizo que la mejilla le doliera aún más.

—Quieta, Alexandra. Ahora soy yo el doctor y usted debe obedecerme.

En cuanto terminó, comenzó a desabotonar la camisa de la doctora con delicadeza, pero Alex, turbada, alzó las manos tratando de detenerlo.

—Shhh, cálmese, no tiene nada que temer de mí —susurró el norteamericano con suavidad, mirándola a los ojos.

Entonces Alexandra bajó las manos y le dejó hacer. Cuando hubo desabrochado todos los botones, el militar le quitó la camisa y la joven se quedó tan solo con el sencillo sujetador de algodón que llevaba. Alex se ruborizó hasta la raíz del cabello, pero la actitud del militar era fría e impersonal y enseguida se tranquilizó. El coronel le palpó el torso con cuidado, pero, a pesar de la delicadeza del contacto la joven no pudo evitar esbozar una mueca de dolor.

—No soy un experto como usted, pero yo diría que tiene una costilla rota, además de numerosos moratones... —declaró, finalmente.

—Eso me parecía. Entonces me recetaré a mí misma un antiinflamatorio y una pomada que tengo en la mochila.

El coronel sacó lo necesario de la mochila, le tendió una pastilla y una cantimplora. Luego quitó el tapón de la pomada y se echó un poco en una mano.

—De verdad, no es...

Sin hacerle ningún caso, el coronel hizo que se recostara en el suelo y comenzó a aplicársela con mucha suavidad. A pesar del dolor, a Alex la invadió un extraño anhelo al sentir esos largos y hábiles dedos tocando su cuerpo como una caricia. De pronto, recordó que esos mismos dedos, ahora tan tiernos, eran los mismos que habían degollado sin compasión a un hombre hacía pocas horas y todo el terror que había sentido durante esos pavorosos instantes la asaltó de nuevo. Con brusquedad, Alex se apartó de él, cogió su camisa y se la puso con rapidez, sin poder contener un gemido.

—Necesito dormir.

El coronel detectó el temor en su mirada y comprendió lo que la joven estaba sintiendo así que no hizo ningún comentario; se limitó a tenderse junto a ella en el minúsculo espacio, que ni siquiera les permitía estirar las piernas, y los cubrió a ambos con un mosquitero.

## Capítulo 19

Los brazos la apretaron como tenazas de hierro y una cara oscura, distorsionada en una mueca maligna, se inclinó sobre ella como si fuera a devorarla. Alex se incorporó gritando y un dolor brutal le atravesó el costado. En el acto, una mano le cubrió la boca ahogando sus gritos y la obligó a tenderse de nuevo en el suelo. El terror que sentía era tan grande que por unos instantes pensó que el corazón, que latía con una intensidad salvaje, le iba a estallar dentro del pecho.

—Tranquila, tranquila —susurró una voz masculina en su oído.

Alexandra abrió los ojos. A su alrededor las tinieblas resultaban impenetrables y temblaba de miedo.

—No tema Alexandra, soy yo, el coronel Harry Schwartz. Está usted a salvo.

Las palabras consiguieron atravesar la niebla que rodeaba su cerebro, y a los violentos temblores les sucedieron unas lágrimas lentas y silenciosas que se deslizaron sin pausa por su rostro. El coronel retiró la palma de su mano de la boca de la joven y con sus dedos trató de secarle las mejillas, pero era inútil, las lágrimas seguían fluyendo, incontenibles. El militar encendió el farol de campaña con la intensidad reducida al mínimo, y las sombras retrocedieron un poco. A la leve claridad examinó el rostro pálido y empapado en lágrimas de Alexandra y trató de consolarla.

Cuidando de no hacerle daño, la incorporó con suavidad y la atrajo contra su pecho. La chica seguía llorando con esos sollozos silenciosos que le causaban una angustia profunda. El militar puso dos dedos bajo su barbilla y le alzó la cara hacia él, al tiempo que depositaba pequeños y ligeros besos en su frente, sus párpados, su nariz, sus mejillas... La besó una y otra vez, mientras ella, muy quieta y con los ojos cerrados, recibía sus caricias como la tierra reseca recibe la lluvia.

Poco a poco, las lágrimas dejaron de manar y, sin saber cómo, los tiernos besos de consuelo se transformaron en apasionadas caricias a las que ninguno de los dos parecía poder resistirse. El norteamericano sintió como los brazos de Alexandra le rodeaban la nuca, atrayéndolo hacia sí, y las caricias masculinas se hicieron más atrevidas. Con exquisita suavidad, los dedos del coronel desabotonaron la camisa de Alex y desabrocharon el sujetador. Luego su mano se posó sobre un pecho suave y cremoso, que pareció encajar a la perfección en su callosa palma, y lo acarició con ligereza, mientras la chica emitía un suspiro de placer contra sus labios y cerraba los ojos, apretándose más contra él.

Con mucho cuidado, pues ambos estaban muy magullados, los dos se acariciaron despacio y con ternura, desnudándose el uno al otro con una lentitud enloquecedora. Alexandra enterró su cara en el hueco de la garganta del coronel y le mordisqueó la piel con una dulzura embriagadora que hizo que se estremeciera de deseo. El militar dio rienda suelta a esa hambre largo tiempo contenida y, despacio, la tendió de espaldas sobre el suelo, luego se inclinó sobre ella y posó su boca sobre uno de sus senos. Al sentir la lengua masculina trazando círculos abrasadores sobre su pezón, Alexandra dejó escapar un gemido y se arqueó con ansia contra él, provocando con su respuesta que el coronel estallara en llamas. Sin embargo, a pesar de que el anhelo por poseerla era infinito, trató de controlar su pasión. Recorrió el cuerpo femenino con caricias pausadas y profundas, que Alexandra, enardecida, le devolvía una por una, hasta que ambos estuvieron al borde del delirio.

Los dedos masculinos acariciaron su vientre, suave y liso, y se deslizaron entre sus muslos, invadiendo, tocando, rozando... Alex, excitada y ardiente, separó las piernas dispuesta a recibirlo dentro de ella. El coronel, al borde de su resistencia, se colocó sobre la chica apoyándose en sus antebrazos para no hacerle daño con el peso de su cuerpo y, con un poderoso impulso, se deslizó en su interior cálido y húmedo que lo acogió como si estuviera especialmente diseñado para él. Los dos empezaron a moverse al unísono, en una coreografía perfecta, hasta que un tsunami de pasión los arrolló, dejándolos exhaustos, consumidos y sudorosos, sobre el suelo de su humilde refugio.

Sin salir de su interior, el coronel la estrechó entre sus brazos, bañado en la gloriosa intensidad de su amor por ella, y Alexandra, desnuda como estaba, se acurrucó contra él y a los pocos segundos cayó en un sueño profundo. El militar posó los labios sobre su frente y trató de resistirse al sueño que lo invadía; no quería perderse ni un segundo de ese maravilloso momento pero, por fin, también él sucumbió al cansancio.

Los rayos del sol penetraron en la frágil construcción y Alexandra abrió los ojos. Le dolía todo el cuerpo y, durante unos segundos, fue incapaz de recordar dónde estaba. Junto a ella, el pecho desnudo del coronel subía y bajaba con regularidad. De repente, los recuerdos de la noche anterior se abrieron paso en su cerebro y una oleada de culpabilidad la invadió. No era más que una traidora, se dijo angustiada. Había sido desleal al recuerdo de Toni y, lo que era peor, cuando intentaba evocar los rasgos de su marido, estos surgían borrosos y desdibujados en su mente.

Lo estaba olvidando.

Avergonzada de sí misma, Alex comenzó a vestirse entre muecas de dolor, cuidando de no despertar al hombre que yacía a su lado desnudo por completo. Sus ojos se deslizaron por el espléndido cuerpo del norteamericano y un escalofrío la recorrió al

recordar como esas manos, anchas y poderosas, la habían acariciado de los pies a la cabeza hasta hacerle perder el sentido. Sin previo aviso, los párpados masculinos se abrieron y la pillaron observándolo. Las mejillas de Alexandra se tiñeron de rojo y pronunciando unas palabras ininteligibles salió de la cabaña dejándolo solo.

Alex se sentó sobre una piedra y permaneció mirando la selva que la rodeaba, agradeciendo de corazón el aire fresco de la mañana que refrescaba su rostro y la ayudaba a despejarse. A los pocos minutos, salió el coronel vestido tan solo con los pantalones, se sentó junto a ella y le hizo una leve caricia en la mejilla, pero Alex apartó su rostro con rapidez. El militar se la quedó mirando y, a pesar de que sus ojos quedaban casi velados por sus pesados párpados, Alex detectó en ellos un centelleo airado.

—Veo que con la luz del sol llegó también el arrepentimiento —comentó el militar, tratando de ocultar tras su tono sarcástico el dolor que le había producido su rechazo.

—Yo... No quiero hablar de esto.

—¿Y de qué quiere hablar la señorita si puede saberse? —preguntó, burlón.

—No quiero hablar de nada, eso es todo. No creo que haya nada de lo que hablar —contestó ella herida por su tono, tratando de devolverle el daño infligido.

—¿Acostumbras a decirle eso a todos los tipos con los que te acuestas? —le preguntó con brutalidad, tuteándola.

—Me gustaría que no hiciéramos un drama de lo que ocurrió anoche —declaró, Alexandra tratando de mantener un tono frío y científico—. No fue más que una reacción física. Es habitual experimentar deseo sexual cuando has estado al borde de la muerte...

El coronel la cortó en seco:

—Si usted no sabe la diferencia entre un revolcón sin importancia y hacer el amor, la compadezco, doctora —declaró él con sequedad, volviendo a tratarla de usted. Las palabras del



coronel le provocaron de nuevo un terrible dolor, pero Alex trató de ocultarlo bajo una fachada de indiferencia. El hombre se levantó de golpe y dijo—: Comeremos algo y nos iremos lo antes posible.

Alexandra no contestó así que el militar abrió una tableta de chocolate y le tendió la mitad. Comieron en silencio, en apariencia absortos en la jungla que los rodeaba. Al terminar, recogieron sus escasas pertenencias y se dispusieron a partir, no sin que antes el coronel destruyera el refugio y tratase de borrar en lo posible las huellas de su presencia. Sin dirigirse la palabra, caminaron durante toda la mañana, cada uno sumido en sus pensamientos.

Al cabo de varias horas, el coronel le hizo una señal para que se detuviera y se llevó un dedo a los labios. Alex no oía nada fuera de los habituales sonidos de la jungla, pero no dudó ni un segundo del poderoso instinto del militar para detectar el peligro. De pronto, Harry Schwartz la agarró y la obligó a esconderse con él entre unos tupidos arbustos donde permanecieron agachados y en silencio, con el musculoso brazo masculino rodeándole los hombros como si intentase protegerla. A pesar de la amenaza desconocida, Alexandra no pudo evitar una intensa sacudida de deseo al encontrarse tan próxima a ese cuerpo poderoso.

«¿Sé puede saber qué demonios te ocurre?», se regañó a sí misma.

De repente, Alex oyó el ruido de muchas pisadas que aplastaban ramas y hojas a su paso y contuvo la respiración. Un grupo como de unos cinco milicianos, con viejos uniformes militares y armados hasta los dientes, pasó tan cerca de ellos, que si Alexandra hubiera extendido el brazo casi habría podido rozarlos. Sin poder evitarlo, la joven se echó a temblar y sintió que el coronel la apretaba aún más contra sí. Por fin, los rebeldes desaparecieron y ellos aprovecharon para ponerse en marcha en dirección contraria, en completo silencio. Esa mañana ni siquiera se detuvieron para comer.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse, el coronel hizo la señal de detenerse. Agotada, Alexandra empezó a construir un nuevo refugio con las ramas que le iba pasando el militar; una vez más, evitaron

encender un fuego y se comieron la última tableta de chocolate que les quedaba y unas cuantas galletas. Alexandra insistió en revisar la herida del coronel, a lo que este accedió a regañadientes. El hombre cojeaba más a cada rato que pasaba, y la cicatriz cada vez mostraba peor aspecto; Alex le hizo una cura, le dio un analgésico y aprovechó para tomarse ella otro, pues le dolía todo el cuerpo. Casi inconsciente, se arrastró hasta el interior del refugio y se quedó dormida en el acto.

El coronel se acuclilló a su lado y, con delicadeza, apartó un mechón dorado de su rostro. Observó sus delicados rasgos, que mostraban señales evidentes del profundo agotamiento que padecía la joven; había adelgazado mucho y su cuerpo mostraba una fragilidad extrema. A pesar de lo enfadado que estaba con ella, Harry no podía evitar admirar el coraje de Alexandra. En ningún momento de la agotadora marcha se había quejado, a pesar de que su costilla rota debía de dolerle mucho.

A su mente regresaron los sucesos de la noche anterior y se dijo que, aunque no le gustara, la obstinada doctora no podía negar la arrolladora pasión que habían compartido; para él aquella intensa comunión de sus cuerpos había sido algo único que no había experimentado jamás. Si la actitud de Alex esa mañana hubiera sido diferente, Harry Schwartz no habría dudado en declararle el amor que sentía por ella, pero ahora se alegraba de haber callado a tiempo. Era evidente que Alexandra todavía no estaba preparada para olvidar a su marido, por mucho que otro hombre pudiera despertar en ella un deseo incontrolable.

Sacudió la cabeza, abrumado al comprender el lío en el que estaba metido: se había enamorado de una mujer que se empeñaba en despreciar lo que habían compartido, a pesar de que ella sabía tan bien como él que había sido algo muy especial. Sin hacer ruido, se tendió junto a Alex y los cubrió a ambos con el mosquitero. Enseguida, la joven se acurrucó junto a él como había hecho durante todas las noches que habían pasado juntos en la selva. Harry Schwartz suspiró y la estrechó contra sí, resignado.

## Capítulo 20

Caminaron por la jungla durante otros dos días con sus noches. Ambos estaban extenuados, apenas les quedaban provisiones, y los temores del coronel por la doctora aumentaban al ver cómo iba debilitándose día a día. Esa mañana, apenas habían caminado durante un par de horas cuando escucharon el ruido que hacía una importante columna de hombres al desplazarse por la selva. Alex y el coronel corrieron a esconderse, pero la joven, agotada, casi deseó que los descubrieran y acabara todo de una vez. De repente, notó que el coronel se ponía en pie con dificultad.

—¡Kibibi!

En efecto, no era un espejismo. Kibibi marchaba al frente de media docena de hombres bien pertrechados.

—¡Coronel! —Kibibi corrió hacia él y lo abrazó emocionado.

La doctora estaba tan agotada que, incapaz de ponerse en pie, se limitó a proclamar su alegría con una sonrisa exhausta.

—¡Doctora! —Kibibi se volvió hacia ella, la ayudó a levantarse y la abrazó también. Luego sacó un *walkie-talkie* y le transmitió una serie instrucciones al piloto de un helicóptero que los aguardaba a pocos kilómetros—. Los ayudaremos a llegar hasta el punto de reunión, coronel. No queda lejos —comentó el congoleño, al tiempo que hacía una seña a un soldado para que se acercara.

La doctora pasó los brazos por los hombros de ambos y entre los dos la ayudaron a caminar; otros dos soldados hicieron lo mismo

con el coronel y así avanzaron mucho más rápido de lo que habían hecho hasta ese momento. Tardaron un par de horas, en llegar a un claro donde un pequeño helicóptero negro los esperaba posado en la hierba como un escarabajo gigante, al lado de un Jeep del ejército. El coronel y la doctora, por primera vez desde hacía días, intercambiaron una sonrisa de alivio y enseguida estuvieron los tres dentro del helicóptero, mientras el resto del equipo de rescate partía en el todoterreno. Cuando al fin se elevaron por encima de las copas de los árboles Alexandra pensó que estaba soñando; todavía no podía creer que su odisea hubiera terminado.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó en un susurro.

—A Kinshasa. Ya he avisado al hospital americano de que vamos para allá.

—Gracias, Kibibi. —El coronel le golpeó el hombro con afecto.

—Siento no haber llegado antes —se disculpó el congoleño.

—No te preocupes, yo diría que llegaste justo a tiempo. ¿No opina lo mismo, doctora?

—En efecto, no puedo estar más de acuerdo —afirmó Alexandra y casi no había terminado de decirlo cuando sus párpados se cerraron y se quedó dormida al instante.

Kibibi y el coronel cruzaron una mirada divertida y la dejaron dormir.

Alex solo despertó cuando aterrizaron en el aeropuerto de Kinshasa. Allí un vehículo los aguardaba para llevarlos al hospital americano, que estaba en las afueras de la ciudad. En cuanto llegaron, los sometieron a un chequeo intensivo: análisis de sangre y de orina, radiografías y varias pruebas más, a fin de certificar el estado real de su salud. Como Alexandra sospechaba, el examen de la pierna del coronel convenció al doctor Marshall de que sería necesario operarlo de nuevo y extraer dos pequeñas esquirlas de hueso que habían quedado alojadas en el músculo y que dificultaban la cicatrización. Sin embargo, primero sería necesario

tratarlo con antibióticos, pues la herida había vuelto a infectarse a causa del sobre esfuerzo de los últimos días.

De todas formas, como le dijo al coronel el doctor Marshall, si no hubiera tenido la suerte de contar con la habilidad de la doctora Bascourt en esas condiciones extremas, lo más seguro era que en esos momentos estuvieran hablando de llevar a cabo una amputación de urgencia. Respecto a la costilla de la doctora, el médico le informó que evolucionaba bien y que soldaba según lo esperado pero, dado su estado de agotamiento general, consideraba conveniente que Alexandra permaneciera unos días en reposo en el hospital.

La estancia en el hospital fue para Alex como unas vacaciones en un balneario. De nuevo disfrutó del placer de poder ducharse con agua caliente cada vez que lo deseaba; de la agradable sensación de no tener a todas horas la ropa húmeda, y de que los insectos no la devoraran sin piedad. Tras varios días en el hospital Alexandra sentía que volvía a ser ella misma. Además, recibió la llegada de su periodo como el mejor regalo del mundo, pues ese asunto la había tenido en vilo desde la noche en que se acostó con el coronel. Ahora estaba tan aliviada, que tenía ganas de abrazar y besar a todo el que pasaba por su habitación.

Kibibi iba todos los días a visitarla y le contaba las últimas novedades sobre la operación del coronel y su recuperación, que estaba siendo espectacular; a pesar de lo cual, el hombre parecía estar siempre de mal humor. También le llevaba noticias de la misión y de sus antiguos pacientes que le mandaban recuerdos.

Ese día, el doctor Marshall permitió a Alexandra levantarse de la cama y, vestida tan solo con el pijama que le habían prestado en el propio hospital, se dirigió a hacerle una visita al coronel; a través de la puerta lo escuchó gritar a una pobre enfermera que intentaba hacerle la cura diaria, así que llamó un par de veces con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

—Caramba, coronel, parece estar usted de un humor especialmente alegre esta mañana.

El coronel se la quedó mirando con fijeza, observando el aspecto fresco y algo infantil que tenía la joven con el inmenso pijama que alguien debía de haberle prestado, mientras Alexandra despedía con amabilidad a la asustada enfermera, que parecía al borde de las lágrimas, asegurándole que ella misma se encargaría de cambiarle el vendaje. La auxiliar pareció muy aliviada y, sin hacerse de rogar, escapó de la habitación lo más rápido que pudo.

—¿No le da vergüenza tratar así a esa pobre mujer? —le reconvinó Alex, al tiempo que apartaba las sábanas y se sentaba en el borde de la cama.

—¿Ya me está regañando? —respondió, enojado, con otra pregunta.

—¿Puede saberse por qué está usted de tan malas pulgas? Debería estar dando gracias a Dios por encontrarse en este lugar. Para mí son como unas vacaciones pagadas en el mejor hotel del mundo.

Al coronel lo irritó todavía más la evidencia, reflejada en sus ojos chispeantes y en su amplia sonrisa, de lo mucho que ella había disfrutado esos últimos días, en tanto que él, inmovilizado en su cama, se había visto obligado a sufrir, por un lado, el dolor de su pierna y, por otro, un dolor todavía peor: el de no poder estar con ella. Por las noches echaba tanto de menos tenerla entre sus brazos que apenas podía conciliar el sueño. Sin embargo, era obvio que ella no lo había añorado en absoluto, y la constatación de ese hecho no contribuyó a aliviar su mal humor.

—No es necesario que se moleste en hacerme usted la cura, doctora. Puedo llamar a otra enfermera.

—¿Qué pretende? ¿Aterrorizar a todo el personal sanitario? —le preguntó burlona. Sin prestar más atención a su mal humor, desenrolló el vendaje de su muslo y examinó la herida con atención —. Esto tiene una pinta magnífica.

—¿Por qué no ha venido a verme antes? —interrogó él, atreviéndose a formular, por fin, la pregunta que deseaba hacerle desde hacía rato.

—¿No le ha contado Kibibi? El doctor Marshall me recetó reposo absoluto. Tan solo me he levantado de la cama para darme todas las duchas que he querido —le respondió Alex, feliz.

Saltaba a la vista que estaba totalmente restablecida, pensó el militar. El moratón de su mejilla había desaparecido por completo, la herida del labio estaba curada, y el norteamericano la encontró más deseable que nunca. El coronel aspiró el perfume de sus sedosos cabellos y contuvo el deseo de enredar su mano en ellos.

—He venido también a hablar con usted —declaró Alexandra, de pronto, recuperando la seriedad.

—Hablar. Creía que usted no tenía nada de qué hablar conmigo —replicó, sarcástico.

—Le ruego que no se comporte usted como un niño. —La irritación de la doctora era evidente.

—No creo que nuestros juegos fueran muy infantiles, precisamente —contraatacó, mordaz, el militar. Complacido, observó cómo la sangre aflucía al rostro de Alex, que se mordía el labio inferior, abochornada.

—Muy bien. No hablaremos.

Alexandra siguió limpiando la herida y procedió a vendarla en silencio. En el acto, el coronel se sintió avergonzado de su conducta y trató de arreglarlo.

—Perdóneme, doctora —suplicó en un tono de voz mucho más suave—. Llevo varios días aquí encerrado y estoy bastante irritable. ¿De qué quería hablar?

La joven pareció aceptar sus excusas y trató de explicarse mirándolo a los ojos, a pesar de que su turbación resultaba evidente.

—Lo que pasó entre nosotros... —se detuvo. El coronel no hizo ningún intento de ayudarla a continuar, así que Alexandra empezó de nuevo—: Quería decirle que lo ocurrido entre nosotros no tendrá consecuencias —dijo a toda prisa, mientras su rubor se hacía más intenso.

De repente, el coronel cayó en la cuenta de que «las consecuencias» a la que se refería Alexandra era la posibilidad de haberse quedado embarazada y se quedó de piedra. Como a un adolescente inconsciente, ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Un bebé. Un hijo de la doctora y suyo. La idea lo deslumbró; imaginó a Alexandra sosteniendo un bebé moreno y regordete entre sus brazos y, solo de pensarlo, la cabeza empezó a darle vueltas. Haciendo un esfuerzo volvió a la realidad; Alexandra seguía hablando, así que procuró tranquilizarse y prestar atención.

—Me gustaría que los dos tratáramos de olvidar lo ocurrido.

—¿Me está intentando decir, Alexandra, que esa noche no sintió nada especial? ¿Que para usted no tuvo importancia?

Sin desviar la mirada, la joven afrontó su pregunta con valentía.

—Sabe tan bien como yo que si dijera eso mentiría. Yo nunca... —se interrumpió y sacudió la cabeza; no quería ser más desleal con Toni de lo que ya se sentía.

—¿Quiere decir que no se había acostado con otro después de su marido? ¿Que nunca había sentido nada parecido? —El coronel no estaba dispuesto a consentir que la doctora no fuera totalmente sincera consigo misma y con él.

—No voy a contestar a esas preguntas —respondió ella, exasperada—. Solo quería decirle que lo mejor será fingir que nada de eso ocurrió y seguir como estábamos antes.

El coronel la observó con su expresión más impenetrable.

—¿Lo considera posible?

—Si usted me ayuda, sí —afirmó convencida.

—¿Y cómo voy a ayudarla?

—Pues... no acercándose demasiado a mí.

—Ya le prometí en otras ocasiones que no la tocaría y no he sido capaz de cumplir mi promesa. Me temo que hay algo en usted que me vuelve loco, doctora Bascourt. —Su tono inexpresivo contrastaba de forma sorprendente con sus palabras y, al escucharlo, el sonrojo de Alex subió un par de tonos y percibió más



abajo de su vientre un pinchazo de excitación—. Ahora mismo sé que solo tendría que agacharme un poco —continuó el coronel, al tiempo que se inclinaba sobre ella muy despacio—. Hacer esto. —Rozó sus temblorosos labios con los suyos—. Y el resultado sería este. —El militar le cogió una mano y la colocó sobre su entrepierna, mostrándole la evidencia de su deseo.

Alex retiró la mano como si se hubiera quemado y, con rapidez, se puso en pie.

—Eso es un golpe bajo, coronel. No volveré a visitarlo —declaró Alexandra con firmeza, luego dio media vuelta y salió de la habitación, dejándolo con la cara congestionada por el deseo frustrado.

## Capítulo 21

El coronel practicaba con sus muletas caminando arriba y abajo por el pasillo del hospital cuando escuchó la voz de la doctora Bascourt:

—¡Jean-Luc, qué sorpresa!

La doctora esperaba a Kibibi en el vestíbulo de entrada, vestida ya con sus propias ropas y con una pequeña maleta a sus pies. El militar observó cómo se dirigía a saludar, con una enorme sonrisa de las que a él hacía tiempo que no le dirigía, al periodista que había conocido en la fiesta. Los atractivos rasgos del hombre se iluminaron al verla y el coronel sintió que un puño gigantesco le estrujaba el corazón.

—Doctora Bascourt, ayer me enteré de su odisea y he venido a preguntarle cómo estaba.

—Por favor, llámeme Alexandra —rogó la doctora—. Como verá ya estoy en perfectas condiciones, hoy mismo me han dado el alta. La hermana Marie me ha dicho que aproveche y me tome una semana más para descansar, así que me voy a trasladar al hotel en el que estuve la última vez y me dedicaré a hacer un poco de turismo y a realizar algunas compras. Estoy esperando a Kibibi para que me acerque.

—Si quiere yo la llevaré —se ofreció amable Jean-Luc.

La expresión de admiración que adivinaba en sus ojos halagó a Alex.

—No es necesario que se moleste...

—No es ninguna molestia —la interrumpió el periodista—. Así podrá contarme sus aventuras y, si me autoriza, quizá me sirvan para escribir un artículo. Además estos días no tengo mucho trabajo, incluso podría aprovechar para acompañarla alguna mañana o salir a cenar a un restaurante...

—Es usted muy amable, Jean-Luc. Se lo agradezco.

En ese momento, la doctora percibió la alta y sombría figura del coronel apoyada en un par de muletas, escuchando su conversación sin ningún disimulo.

—Si me espera un minuto, aprovecharé para despedirme del coronel Schwartz.

—Perfecto, la esperaré fuera.

Alex se acercó al coronel y este notó que su cara se ponía seria al instante; toda la animación de la que había gozado su rostro mientras hablaba con el otro hombre, desapareció al dirigirse a él. Por un instante, lo invadieron unas ganas salvajes de agarrarla de los brazos y sacudirla como a un sonajero, pero se controló y sus pesados párpados se encargaron de ocultar sus emociones.

—Buenos días, coronel. —Al norteamericano le dio rabia que después de todo lo que habían pasado juntos siguiera llamándolo coronel, mientras que al otro tipo lo llamaba por su nombre de pila con naturalidad, como si lo conociera de toda la vida.

—Doctora... —contestó con su expresión más adusta, inclinando su cabeza de forma casi imperceptible.

—Vengo a despedirme de usted y a agradecerle todo lo que ha hecho por mí —declaró Alexandra tendiéndole la mano.

El coronel fingió no verla y agarró sus muletas con más fuerza.

—No hace falta que me agradezca nada, soy yo el que debo agradecerle no tener un muñón en el lugar de mi pierna.

La doctora bajó la mano con lentitud, dejando que colgara pegada a su costado.

—Lamento que nos despidamos así.

—No creo que tengamos que despedirnos todavía; lo más probable es que nos veamos por ahí. Tendré que estar unos días más de baja. —Su tono frío y displicente hizo que la joven se sintiera extrañamente herida.

—Entonces, hasta la vista —dijo Alex dándose media vuelta.

—Hasta la vista, doctora. Y tenga por seguro que nos volveremos a encontrar. —Sus palabras resonaron como una amenaza mientras la joven se dirigía hacia la salida. Cerca ya de la puerta, la doctora se volvió de nuevo y le dijo:

—Por favor, dígame a Kibibi que me he marchado al hotel con Jean-Luc.

El coronel se limitó a asentir con la cabeza y Alex salió afuera con rapidez, como si huyera de algo.

El tercer día de lo que para ella estaban siendo unas maravillosas vacaciones, Alexandra yacía tumbada en la cama de su habitación, cansada tras una mañana entera dedicada al turismo y a las compras. Había quedado con Jean-Luc en que pasaría más tarde a recogerla y la llevaría a cenar a uno de los pocos restaurantes de moda que había en la ciudad, así que tenía tiempo de sobra para dormir una siesta y arreglarse antes de que llegara.

Kibibi le había llevado algunas de sus pertenencias de la misión y, lo más importante, sus tarjetas de crédito. Así que Alex había aprovechado para comprarse un montón de cosas, entre ellas un par de frescos vestidos. Estaba cansada de los pantalones que usaba a todas horas. También le había dado tiempo a pasarse por un salón de belleza, donde aprovechó para sanear su pelo y quedó muy satisfecha con su nuevo corte; mechones de distinto tamaño enmarcaban sus delicadas facciones y parecían acompañar cada movimiento de su cabeza con una graciosa oscilación.

Durmió durante un par de horas y al despertar, se sentía fresca y descansada. Alex se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha y vestirse. Después de tanto tiempo sin arreglarse, fue un placer

maquillarse y echarse unas gotas de su perfume favorito, que no había vuelto a usar desde la fiesta en la embajada. Por primera vez desde hacía varios meses volvía a sentirse una mujer de verdad, atractiva y deseable.

Al mirarse en el espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes del cuarto, casi no se reconoció. La mujer reflejada en él apenas tenía nada que ver con la joven sudorosa y desaliñada en que se había convertido tras pasar tanto tiempo viviendo en mitad de la selva. El vestido, en suaves tonos pastel, le llegaba un poco más arriba de las rodillas y delineaba su esbelta figura, dejando ver sus largas piernas y sus bonitos hombros. Sus ojos pardos parecían más grandes y brillantes, y su piel lucía suave y aterciopelada por efecto de los cosméticos.

Cuando Jean-Luc llamó a la puerta de su habitación, notó que no lo había desilusionado en absoluto y la expresión de admiración que detectó en sus ojos la llenó de complacencia. Le gustaba la compañía del francés; su actitud, amigable y atenta, resultaba como un bálsamo después del tiempo que había pasado en la impredecible compañía del coronel, soportando sus miradas insondables, el tacto perturbador de sus manos... Sacudió la cabeza en un intento de alejar esas imágenes de su mente; no quería pensar más en ese hombre.

El restaurante, muy elegante y con una cuidada decoración, estaba casi lleno. El *maître* los condujo a una mesa bien situada, desde la que podían observar al resto de los comensales. El periodista era ameno y su conversación estaba salpicada de anécdotas y divertidos cotilleos que hacían reír a Alex y, al poco tiempo, se sentía tan cómoda con él como si fuera un viejo conocido. Estaban en mitad del primer plato, cuando una pareja entró en el local y las conversaciones se interrumpieron de golpe.

Alex levantó los ojos para ver qué ocurría y percibió la magnífica figura del coronel, enfundada en un elegante uniforme. Llevaba el

pelo mucho más corto, lo que aumentaba su aspecto marcial y severo, y caminaba apoyado en un bastón. A su lado, una morena despampanante se agarraba a él con aire posesivo. La mujer tenía un aspecto muy sofisticado; era muy alta y llena de curvas mareantes que su ajustadísimo vestido, de un conocido diseñador, contribuía a poner de relieve. Sus ojos azules contrastaban de manera llamativa con su pelo negro y su blanca piel. El militar los descubrió enseguida y se acercó a su mesa para saludarlos.

—Doctora Bascourt, Lemoine, qué sorpresa encontrarlos aquí. Permítanme que les presente a mi amiga, Barbara Fellon.

—Encantado señorita Fellon, ¿o es señora? —interrogó Jean-Luc, siempre preguntón.

—Por desgracia vuelvo a ser la señorita Fellon, acabo de divorciarme —contestó ella con una seductora sonrisa.

En realidad, no parecía que su nueva situación le afectase demasiado.

—¡Ahora caigo! —exclamó el periodista—. Usted estaba casada con el magnate de la carne Nicholas Whitman. Perdone mi curiosidad, señorita Fellon, pero como buen periodista soy bastante cotilla.

—No tiene importancia, veo que está muy bien informado, señor Lemoine.

Mientras ellos dos hablaban, los ojos perezosos del coronel no se habían apartado de Alexandra, tomando nota de hasta el último detalle de su apariencia. La joven se revolvió incómoda bajo el peso de esa mirada insondable; como de costumbre, era incapaz de adivinar si lo que veía le agradaba o no, pero se hubiera sentido bastante turbada si hubiese adivinado que la principal emoción que en esos momentos palpitaba en el pecho del militar eran unos celos salvajes.

Cada vez que veía a Alexandra, el coronel pensaba que no podía estar más bella, pero se equivocaba; en cuanto volvía a ponerle los ojos encima, descubría que era todavía más hermosa de lo que había pensado en la última ocasión. En esos momentos,

enfundada en ese vestido que la hacía parecer exquisitamente femenina y deseable, en lo único que podía pensar era en apretarla entre sus brazos y besarla hasta que perdiera el sentido. Volvió a la realidad cuando Jean-Luc preguntó a Barbara qué la había llevado a África.

—Hasta Boston llegó la noticia de que Harry había desaparecido en la selva y que estaba herido de gravedad. Por desgracia, su hermano no podía desplazarse en esos momentos pues acababan de operarle y su madre es ya muy mayor para viajar hasta aquí, así que me ofrecí para venir a ver qué era lo que ocurría. Gracias a Dios, nada más llegar me enteré de que Harry había sido trasladado al hospital americano. Ahora estoy tratando de convencerlo para que vuelva conmigo a Boston a recuperarse en su casa, pero se muestra muy obstinado, ¿verdad, querido? —preguntó posando una mano de largas y cuidadas uñas rojas sobre la manga de su uniforme.

—Te agradezco que hayas venido hasta África a buscarme, Barbara. Pero de momento, mi lugar está aquí y los médicos que me atienden son fantásticos.

—¿Se da cuenta, doctora, de lo cabezota que es? Pero trataré de convencerlo con todos los medios a mi alcance. —La seductora mirada que le dirigió al militar no dejó a Alexandra ninguna duda sobre la clase de medios que pensaba emplear.

—Bueno, será mejor que los dejemos proseguir con su cena —comentó el coronel—. Buenas noches.

La pareja se dirigió hacia una mesa, unos metros más allá, donde tomaron asiento. A Alexandra le pareció que parte de la animación que había experimentado durante la velada había desaparecido, pero se obligó a sonreír al hombre que tenía enfrente. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de nada.

—De repente me he acordado de toda la historia —le contaba en ese momento Jean-Luc—. Verá, cuando terminé mis estudios de periodismo, hice prácticas en un rotativo de Boston. Me encargaba

de los ecos de sociedad, por eso me muestro tan interesado en la familia Schwartz; me hace revivir viejos tiempos.

—¿Y cuál es esa historia que ha recordado de repente, si puede saberse? —preguntó Alex con curiosidad.

—Harry Schwartz y Barbara Fellon estuvieron prometidos, aunque la boda no llegó a anunciarse nunca. Parece ser que, de repente, él tomó la decisión de alistarse en el ejército y que a ella no le hizo ninguna gracia. Rompieron su compromiso y, a los pocos meses, Barbara se casaba con Nicholas Whitman; un hombre bastante mayor que ella y no de tan buena familia, pero muy muy rico. A juzgar por su actitud, no es difícil imaginar los planes que pasan por la cabeza de la, de nuevo soltera, señorita Fellon.

Al escuchar esa conclusión, Alexandra sintió que se le revolvía el estómago y no supo a qué atribuirlo.

—Y usted, ¿cree que ella conseguirá sus propósitos? —preguntó Alex con fingida despreocupación.

—Nunca he sabido lo que pasa por la cabeza del coronel, pero debo reconocer que las armas de la señorita Fellon son muy poderosas.

De nuevo, el estómago de Alexandra se rebeló, dejándola sorprendida. No estaría celosa de esa mujer, ¿verdad? El pensamiento le pareció absurdo; para sentir celos primero había que sentir amor y ella no estaba enamorada del coronel.

La sola idea se le antojaba ridícula.

Ella había conocido el amor verdadero: un estado de serena felicidad en el que la compañía de la otra persona hacía que una se sintiera segura y en paz. Los sentimientos que le producía el coronel podían definirse de muchas maneras, pero el adjetivo «serenos» no era una de ellas. El tiempo que había pasado a su lado había sido como girar en un remolino de agitadas emociones. En algunos momentos casi llegaba a sentir afecto por él; al minuto siguiente, lo odiaba con toda su alma; a veces se sentía repelida por su persona; en otras ocasiones, sin embargo, el solo contacto de sus dedos la enloquecía.



¿Cómo podría alguien llamar amor a semejante mezcla de sentimientos?

Miró hacia su mesa y observó que el coronel parecía muy interesado en lo que su pareja le contaba y, una de las veces, incluso esbozó una de sus fascinantes sonrisas. Alex suspiró; debía reconocer que Barbara Fellon era una mujer bellísima, capaz de volver loco a cualquier hombre. Haciendo un esfuerzo, Alex trató de sacudirse la ligera depresión que amenazaba con invadirla. Era grotesco considerar, siquiera por un instante, que pudiera estar enamorada del coronel Harry Schwartz; lo único que sentía por él era una inexplicable atracción física que estaba a punto de superar, se dijo. Satisfecha con la conclusión a la que acababa de llegar, Alexandra devolvió toda su atención a Jean-Luc y le dirigió una sonrisa tan dulce que el hombre parpadeó un par de veces y perdió el hilo de lo que le estaba contando.

## Capítulo 22

Alex evitó dirigir la mirada hacia la mesa donde cenaban el coronel y Barbara Fellon y actuó como si esa inquietante pareja nunca hubiera aparecido para perturbar su tranquilidad. La característica particular de ese restaurante era que, después de la cena, los camareros retiraban las mesas hacia los extremos de la sala y el centro quedaba despejado para formar una amplia pista de baile. Una orquesta en vivo se encargaba de amenizar el resto de la velada.

Sonaron los primeros acordes de una canción bastante movida y Jean-Luc la sacó a bailar. Como ya había descubierto durante la gala en la embajada, el periodista era un gran bailarín. A Alex también le encantaba bailar y juntos formaban una gran pareja, así que se divertieron mucho el tiempo que duró la pieza, a pesar de que Alexandra no podía evitar sentir cuan a menudo se posaban sobre ella las inquietantes pupilas del coronel que, como era de esperar, permanecía sentado en su silla. Por fin, cuando acabó la música volvieron a la mesa agotados, y Alex aprovechó para dar un buen sorbo a uno de los fríos combinados que un camarero acababa de depositar en su mesa.

Mantuvieron una animada charla hasta que empezó una canción lenta y Jean-Luc la sacó de nuevo a bailar. Como el francés no era de elevada estatura, sus ojos quedaban casi al mismo nivel, lo cual resultaba muy agradable a la hora de conversar. Alex se sentía muy

cómoda bailando con el periodista; no era de esos hombres que se pegaban en exceso, sino que mantenía siempre la distancia correcta. Barbara y el coronel también habían decidido bailar, pese a que la evidente cojera del militar le impedía hacerlo con gracia. El hombre se limitaba a balancearse un poco, sin apenas moverse del sitio, lo que a su pareja no parecía importarle en absoluto. La mujer rodeaba el cuello masculino con sus brazos y se pegaba a él como una lapa.

En un momento dado, Jean-Luc arrimó su mejilla contra la suya y Alex cerró los ojos, dejándose llevar por la romántica melodía. Cuando esta terminó, el coronel y su pareja se acercaron a ellos.

—Lemoine, ¿qué le parece si cambiamos de pareja?

Ni Barbara, ni Jean-Luc parecieron muy complacidos, pero no les quedó más remedio que aceptar. Enseguida comenzó una de las canciones favoritas de Alex y, resignada, apoyó las palmas de las manos sobre los hombros del coronel. Era muy distinto bailar con él que hacerlo con Jean-Luc. El que fuera tan alto la obligaba a elevar mucho la cabeza para poder mirarlo a los ojos y las inquietantes sensaciones que la recorrían al sentirse estrechamente apretada contra el firme cuerpo masculino no tenían nada que ver con lo que había sentido en brazos del periodista.

—No sé si será bueno para su pierna que baile.

—¿No podría dejar a un lado su disfraz de doctora durante unos instantes? —preguntó, cortante.

—Le recuerdo que no es un disfraz. La medicina forma parte de mí —le contestó Alexandra en el mismo tono frío y seco que él había empleado.

Las manos del coronel, apoyadas en la parte baja de su espalda, la pegaron aún más contra él.

—Coronel... —protestó la joven.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso teme que su amigo periodista pueda ponerse celoso?

—No diga tonterías. Además, tampoco creo que a su pareja le hiciera mucha gracia verme morir asfixiada en mitad de la pista. —

Su respuesta le hizo soltar una carcajada y al instante aflojó la presión de sus manos; una vez más, Alex pensó en lo seductor que ese hombre podía llegar a resultar—. De hecho, nos está mirando y noto que su nerviosismo aumenta por momentos...

En efecto, Barbara Fellon no les quitaba la vista de encima.

—¿Cree que una mujer tan espectacular como ella podría sentirse celosa de una pequeña doctora como usted?

—¡Caramba, coronel! No me parece que esa pregunta sea muy cortés, la verdad.

—¿Por qué? ¿Usted no cree que sus armas de mujer sean más poderosas que las de Barbara? El amigo Lemoine tampoco nos quita ojo, parece más interesado por la pequeña doctora que por la espléndida dama que lleva entre sus brazos.

—No me gusta esta conversación, coronel. Será mejor que cambie de tema o que no hablemos en absoluto —declaró Alexandra, irritada.

—Como quiera —concedió él apretándola tanto contra sí que Alexandra pensó que podría trazar un mapa de todos los músculos y tendones de su cuerpo.

El coronel no abrió la boca durante el resto de la canción y, cuando terminó por fin, las rodillas de Alex estaban tan temblorosas, que no supo si serían capaces de sostener su peso para recorrer los pocos metros que la separaban de su mesa.

—Jean-Luc, ¿podemos irnos ya? Me temo que todavía me dura el cansancio de mi aventura.

El periodista accedió al instante. Se despidieron del militar y de la señorita Fellon, y Jean-Luc la llevó al hotel en su coche, luego la acompañó hasta la puerta de su habitación donde Alex le dio las gracias por la agradable velada. Entonces Jean-Luc se acercó a ella y depositó un ligero beso sobre sus labios; Alexandra no se resistió, pero tampoco respondió, así que el francés se despidió de ella, no sin antes asegurarle que la volvería a llamar al día siguiente.

Cuando por fin se encontró a solas en su habitación con la puerta cerrada, Alex se sentó en la cama, lanzó las sandalias de

tación por los aires con un movimiento de los pies y se arrojó de espaldas sobre el colchón, con la mirada clavada en el techo. Inquieta, no podía dejar de comparar la marea de excitación que la había invadido cuando el coronel la estrechó entre sus brazos en la pista de baile con lo que había sentido cuando los suaves labios de Jean-Luc se posaron sobre los suyos. En el segundo caso, su excitación había sido la misma que, si en vez del periodista, hubiera sido uno de sus tíos abuelos el que la hubiese besado.

Esa falta de reacción hacia un hombre tan atractivo como Jean-Luc y, en contraposición, la desmedida reacción ante el más mínimo roce por parte del coronel, le parecía pero que muy preocupante. Sin deseos de darle más vueltas al asunto, corrió al cuarto de baño, se desmaquilló, se puso su pijama y se fue a acostar.

Durante los días que siguieron Alexandra exploró la ciudad, con Jean-Luc como improvisado cicerone. El periodista conocía todos los rincones más pintorescos; le mostró algunos de los edificios más representativos de la capital y los numerosos mercadillos llenos de colorido. Pero, sobre todo, le hizo apreciar el bullicio de las vibrantes calles de la ciudad, rebosantes de gente. Alex no volvió a encontrarse con el coronel y su hermosa acompañante, lo cual la alegró en el alma. A pesar de todo, Jean-Luc disfrutaba poniéndola al día de los últimos cotilleos de la ciudad de Kinshasa y le contó que la pareja acudía a todos los eventos sociales que tenían lugar en la capital, y que las apuestas iban diez a uno a favor de que el coronel Harry Schwartz por fin abandonaría su preciada soltería.

Alexandra se alegró cuando llegó el día de volver a la misión. Se sentía llena de energía y deseaba, sobre todas las cosas, volver a trabajar; le parecía como si hubieran pasado años enteros desde la última vez que estuvo en el pequeño dispensario atendiendo a sus pacientes. Jean-Luc lamentó mucho su marcha y prometió, una vez más, ir a visitarla en cuanto tuviera un hueco en su agenda. Alexandra le agradeció sus atenciones y el periodista la llevó hasta

el aeropuerto donde la doctora embarcó en el pequeño aparato que partía para Kikwit. Al mando del avión iba Hans De Jong, y el piloto la invitó de nuevo a sentarse con él en la cabina. Durante todo el viaje, el simpático holandés mantuvo con ella un ligero flirteo al que la doctora respondió, divertida.

Cuando el avión aterrizó en el aeródromo de Kikwit, Alexandra divisó a Emile, que la esperaba junto la vieja furgoneta de la misión. El hombre la saludó, efusivo, con una enorme sonrisa mellada en su rostro, que Alex le devolvió sintiendo una inmensa alegría al volver a verlo. El viaje hasta la misión se le pasó volando mientras contemplaba el ya familiar paisaje por la ventanilla. Emile la iba poniendo al día de todas las novedades ocurridas durante su ausencia: el número de nacimientos, las travesuras de los niños de la escuela, las manías del padre Domingo... para Alexandra fue como si hubiera regresado a su hogar.

Por fin, al divisar a lo lejos las familiares construcciones de la misión, la embargó una profunda emoción. En cuanto Emile paró el motor de la furgoneta frente al dispensario, Alex se bajó y descubrió que un comité de bienvenida la aguardaba. Los niños de la escuela se alineaban en la pequeña plazuela de tierra batida y enseguida entonaron un bello canto que llenó sus ojos de lágrimas. Al terminar la canción, Alex abrazó emocionada a la hermana Marie y a la hermana Agnès cuyos ojos también tenían un brillo sospechoso. La doctora agradeció a los niños su grato recibimiento y, acompañada por las dos misioneras y el padre Domingo, se dirigió al porche de la escuela donde, dispuesta sobre la gran mesa, le aguardaba una sencilla, pero deliciosa cena. La velada fue larga y divertida; Alexandra tuvo que relatar con pelos y señales todas sus aventuras desde que partió de la misión, mientras las religiosas no paraban de interrumpirla con exclamaciones de asombro y horror. Luego fueron ellas las encargadas de ponerla al día de las pocas cosas que Emile no le había contado; en un momento dado, la hermana Marie le preguntó por el coronel:

—Está mucho mejor, hermana. La última vez que me encontré con él andaba tan solo con la ayuda de un bastón. Me imagino que tendrá que estar de baja algún tiempo, así que no sé cuándo volveremos a verlo por aquí.

En realidad, Alexandra no quiso mencionar el hecho de que quizá el coronel, en lugar de volver a la misión, prefiriese regresar a su ciudad natal acompañado de la hermosa mujer que había puesto en ello su empeño. Si en algún momento esa posibilidad hizo que la doctora se sintiera algo melancólica, nunca lo reconoció, ni siquiera ante sí misma; prefería no pensar más en ese hombre, se dijo. De ese momento en adelante se concentraría en su vuelta al dispensario y a sus queridos pacientes.

El resto estaba de más.

Alexandra lamentó que el padre Domingo tuviera que marcharse al día siguiente, le hubiera gustado trabajar junto a él al menos unos días, pero el hombre comentó que ya llevaba demasiado tiempo lejos de sus feligreses, que le aguardaban impacientes. La doctora quería ponerse a trabajar enseguida, pero la hermana Marie fue tajante.

—Usted se irá ahora mismo a descansar del largo viaje, procure acomodarse de nuevo a este lugar y mañana por la mañana será otro día.

## Capítulo 23

A la mañana siguiente, la doctora estaba deseando empezar a trabajar. En el dispensario las horas transcurrieron tranquilas y fue como si Alex nunca se hubiera marchado. Sus pacientes habituales la saludaron encantados de tenerla de nuevo con ellos y la joven se sintió muy emocionada con sus vivas muestras de cariño.

Las semanas se sucedían unas a otras con rapidez. A la doctora Bascourt le encantaba su trabajo y la compañía de la gente del lugar; enseguida se acostumbró a la rutina de la misión. Al cabo de un mes de su vuelta, sentía como si toda su vida la hubiera pasado en ese lugar, llevando a cabo el mismo trabajo que tantas satisfacciones le daba. Allí eran todos una gran familia; los chiquillos adoraban a la doctora, tan cariñosa siempre con ellos y, en cuanto salía del dispensario, un corrillo de niños la rodeaba pidiéndole un beso o un caramelo.

Durante todos esos días no había tenido noticias del coronel. Kibibi había ido un día a visitarla y le comentó de pasada que el militar seguía de baja, pero la doctora no quiso preguntar más detalles. Desconocía si había vuelto a Boston con Barbara Fellon o si por el contrario la mujer había regresado sola. No quería pensar en ello, así que cada vez que la imagen del coronel le venía a la mente, se enfrascaba en algún asunto pendiente, dispuesta a borrarlo de su cabeza.



Por eso se quedó muy sorprendida cuando una tarde, al salir del dispensario después del trabajo con una llorosa niña de cuatro años aferrada a su cuello, se encontró al coronel esperándola, tranquilamente, apoyado contra el tronco de un árbol.

—Hola, doctora, ¿qué le ha hecho a esta pobre niña? —Su cara marcada estaba tan seria como de costumbre, pero sus ojos relucían de diversión.

Alex se quedó tan sorprendida al verlo que no supo qué contestar. La niña, mientras tanto, seguía empapándole el cuello de la camisa con su intenso llanto.

—Déjeme a mí —dijo el coronel cogiendo a la pequeña de entre sus brazos—. ¡Caramba, si es la pequeña Honrine! —A Alexandra siempre le sorprendía que el coronel conociera los nombres de todos los niños de la misión y que estos no se asustasen de la inmensa cicatriz que desfiguraba su cara—. Cuéntame, preciosa, ¿es mala la doctora? —preguntó guiñándole un ojo a la indignada Alexandra.

La chiquilla negó con la cabeza.

—¿Te ha pinchado con la aguja grande? —Esta vez asintió, sin abandonar su silencio. Las lágrimas habían cesado y lo miraba con curiosidad—. ¡Ya lo tengo! Le diremos: «doctora, o nos da una de esas deliciosas piruletas en forma de corazón o no tendremos más remedio que someterla a la tortura de las cosquillas implacables».

La niña esbozó una inmensa sonrisa y asintió de nuevo.

—Pues ya lo sabe, doctora Bascourt —declaró risueño el coronel—. Es la piruleta o la tortura.

—¡No por favor, las cosquillas no! Voy corriendo a buscar una piruleta.

Alex regresó enseguida con la golosina prometida y se la entregó a la niña. El coronel la dejó en el suelo y la pequeña Honrine salió corriendo encantada con su trofeo. Sonriente, la joven se volvió hacia el coronel.

—Es asombrosa la mano que tiene usted con los niños.

El militar se encogió de hombros:

—Simplemente me gustan.

—¿Qué tal se encuentra, coronel? —preguntó Alexandra señalando su pierna.

—Creo que arrastraré una ligera cojera durante el resto de mis días, pero es tan leve que no me impide hacer mi vida normal.

—Me alegro —afirmó Alexandra dirigiéndole una sonrisa afectuosa.

El coronel recorrió su encantadora persona con ojos hambrientos; era sorprendente lo mucho que la había echado de menos. Pero no se lo dijo. Todavía estaba enfadado con ella por su reacción tras la noche en que hicieron el amor. Esa pequeña y seductora mujer sería suya antes o después, se prometió a sí mismo, pero, por lo pronto, actuaría con cautela.

—¿Cómo está la señorita Fellon? —preguntó Alexandra como quien no quiere la cosa.

—La última vez que la vi, antes de que regresara a Boston, parecía encontrarse en perfectas condiciones.

El alivio que experimentó Alex fue tan intenso que la sorprendió.

«¿Qué más me da a mí lo que ocurra entre ellos?», se preguntó, molesta.

Pero era obvio que la respuesta le importaba.

Al coronel le divirtió la pregunta. ¿Sería posible que bajo la apariencia tranquila y desinteresada de aquella diminuta mujer que le traía por la calle de la amargura se escondiera un pequeño atisbo de celos? El norteamericano decidió explorar la posibilidad.

—Regresó para arreglar unos asuntos que tenía pendientes, pero es probable que vuelva a África más adelante. Se quedó con las ganas de quedarse más tiempo... —El militar, no consiguió distinguir ninguna reacción especial ante su inocente mentira.

«La pequeña bruja, cuando quiere, es muy capaz de esconder sus emociones bajo siete llaves», se dijo, decepcionado.

—¡Oh! Me alegro por usted —respondió Alex lanzándole una radiante sonrisa, aunque la idea de que Barbara Fellon regresara al Congo no le hacía ninguna gracia.

—Y qué me dice de su amigo el periodista, ¿sigue usted en contacto con él?

—De vez en cuando me escribe alguna carta. Es posible que este mes o quizá el siguiente, nos haga una visita. Dice que quiere hacer un reportaje sobre la misión y la hermana Marie está encantada; piensa que ese tipo de publicidad puede contribuir a aumentar los donativos.

—¡Qué amable de su parte! —exclamó el coronel apretando los dientes; la doctora podía hacerse la inocente, pero para él estaba más claro que el agua lo que pretendía aquel tipo.

—Bueno, coronel, de verdad me alegro de verlo por aquí. Las hermanas lo han echado mucho de menos. Le aviso de que tienen fantásticos planes de reformas y quieren contar con su consejo y experiencia.

—¿Solo las hermanas me han echado de menos? ¿Y usted, Alexandra?

Alex enrojeció hasta la raíz del cabello y se mordió el labio confusa, pero sobreponiéndose con rapidez, le contestó enojada:

—Para serle sincera, las últimas veces que hablamos en Kinshasa no se mostró usted muy amable, la verdad. Así que le diré que no, no lo he echado de menos. La gente no suele echar de menos una china en su zapato...

El coronel echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; le encantaba cuando la doctora se enfadaba y le respondía con agudeza.

—No le veo la gracia —comentó Alexandra, irritada—. Pretendía que se avergonzara de sí mismo. Siempre se ríe usted a destiempo.

—Lo siento, doctora, tiene usted razón, me porté como un idiota. Pero tengo que confesarle algo...

—¿Qué? —preguntó la joven con los ojos brillantes de curiosidad.

—Que yo sí que la he echado de menos. —El militar alargó la mano y le acarició la mejilla con suavidad, luego dio media vuelta y se alejó de allí cojeando.

Alexandra, boquiabierta, se quedó mirándolo mientras se alejaba. Una vez más, el hombre la había cogido desprevenida; todavía podía sentir un leve hormigueo en la cara, en el lugar exacto en el que sus dedos se habían posado.

La verdad es que tendría que pensar en ello.

La presencia del coronel pareció animar aún más las cosas en la misión. La hermana Marie tenía un gran proyecto en mente. Deseaba construir un nuevo hospital, para no tener que desviar a los pacientes más graves a Kikwit o a Kinshasa. En especial, deseaba que tuviera un quirófano con los últimos adelantos técnicos y un laboratorio con todos los aparatos necesarios. En sus planes el viejo dispensario serviría para ampliar la escuela y construir una espaciosa cocina que satisficiera las necesidades de más pacientes y un número mayor de alumnos y lo que ahora llamaban la sala de recuperación, se convertiría en un comedor en el que los escolares pudieran tomar, al menos, un desayuno y una comida completa todos los días.

Alexandra no podía negar que el norteamericano era una fuerza de la naturaleza. Una vez que se decidía a emprender algo, parecía que no hubiera ningún obstáculo en el mundo que pudiera hacerlo retroceder. Su entusiasmo por el proyecto de la religiosa era patente, pero advirtió que tenía pequeños fallos que a la larga se convertirían en graves carencias y se volcó en hallar las soluciones para subsanar esos defectos.

Alex no sabía de dónde sacaba el tiempo, pero tras pasar la mayor parte del día patrullando las accidentadas carreteras y caminos de la región, aparecía todas las noches después de la cena y extendía sus planos —elaborados con gran profesionalidad, considerando los rudimentarios medios de los que disponía— sobre la mesa.

Muy a su pesar, Alexandra empezó a sentirse profundamente interesada por el tema y cuando no comprendía algo de lo que

había dibujado, el coronel se lo explicaba con infinita paciencia. La hermana Marie, quizá la única persona presente en esas reuniones que entendía algo más de construcción, era la que ponía más pegas a tal o cual propuesta, pero el militar siempre se las arreglaba para convencerla y llevarla a su terreno.

Lo que el coronel pretendía era construir en ese remoto lugar un edificio con los últimos avances tecnológicos. Quería dotarlo de placas solares para producir la energía y el agua caliente que consumiera, orientándolo de forma que pudiera aprovechar hasta el más mínimo rayo de sol, y que contara con todas las comodidades de cualquier edificio construido en occidente. Además, consideraba fundamental que los materiales empleados pudieran encontrarse en los alrededores para promover la industria local y, por último, deseaba que fuera un referente en diseño.

Al principio, la hermana Marie pensó que sus ideas eran una auténtica locura, que el presupuesto del que disponía no alcanzaría para pagar todos aquellos adelantos, pero el coronel le presentó todo tipo de estimaciones y cálculos de los materiales y le explicó cómo los transportaría hasta el lugar y, al final, logró convencerla. El hombre era un auténtico torbellino y, cuando el proyecto estuvo terminado por fin, todos se vieron obligados a reconocer que iba a resultar un edificio imponente.

—Ahora, solo queda ponernos en marcha —dijo el militar mientras les mostraba los últimos planos.

—Espero que el buen Dios nos eche una mano, porque no sé si este proyecto va a resultar demasiado grande para mí —declaró la misionera, abrumada.

—No se preocupe, hermana, tengo plena confianza en la capacidad del coronel —intervino Alexandra.

—Caramba, doctora Bascourt, por fin oigo algo bueno de mí salir de sus labios —comentó el coronel alzando una ceja, burlón.

—Ya ve, coronel, a veces ocurren milagros —le respondió Alex, mordaz.

El militar sonrió y empezó a recoger los planos. Cuando terminó, se volvió hacia la hermana Marie:

—En cuanto dé usted luz verde, empezaremos a trabajar.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, yo digo que ¡adelante! — exclamó la religiosa, con entusiasmo.

—Perfecto —contestó el coronel, satisfecho—, mañana mismo nos pondremos en marcha. Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, coronel.

En cuanto el militar desapareció por la puerta, la religiosa se volvió hacia Alexandra con curiosidad.

—¿Puede saberse qué es lo que ocurre entre ustedes dos?

Alex no pudo evitar sonrojarse un poco.

—No es nada, hermana, lo que pasa es que chocamos a menudo. El coronel es un hombre que siempre quiere hacer las cosas a su manera.

—Ya veo —se limitó a contestar la misionera, con un brillo divertido en sus pupilas.

—Será mejor que yo también me vaya a la cama —declaró la joven algo incómoda—. Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, Alex.

## Capítulo 24

A los pocos días comenzaron las obras. Los trabajadores iban llegando poco a poco, pues había corrido el rumor de que en la misión necesitaban gente. El coronel dirigía toda la actividad, pero sin descuidar tampoco su cometido; era como si fuese capaz de estar en varios sitios a la vez, Alexandra se agotaba solo de ver la actividad que desplegaba.

Ahora casi no hablaban. Cuando se encontraban, intercambiaban unas pocas palabras sobre el avance de la construcción, pero los dos estaban demasiado ocupados. Los pacientes de la doctora aumentaban día a día; los obreros, la mayoría sin apenas experiencia, eran muy dados a golpearse los dedos con un martillo o a caerse de algún andamio. Por toda la misión andaban hombres con algún miembro escayolado pero, a pesar de esos pequeños inconvenientes, el proyecto avanzaba tan rápido como era posible en África.

Las religiosas tampoco daban abasto. Con el aumento de la población en la misión —la mayoría de los trabajadores llegaba con sus familias—, aumentó también el número de alumnos de la escuela. Se duplicaron las comidas que había que preparar a diario y todos andaban muy atareados. Hubo que levantar un campamento de pequeñas tiendas de campaña para proporcionar alojamiento a los recién llegados y la organización corrió, una vez más, a cargo

del coronel: desde la compra de las tiendas, hasta la excavación de las letrinas sanitarias, pasando por el aprovisionamiento necesario.

A pesar de todo, el ambiente reinante era inmejorable; todo el mundo parecía feliz y los obreros a menudo entonaban alegres canciones mientras trabajaban. Los sábados era habitual hacer una pequeña fiesta cuando empezaba a oscurecer. Había sido idea del coronel; deseaba que los trabajadores estuvieran contentos y así evitar, en lo posible, las largas ausencias a las que eran propensos.

Al caer la tarde, se encendían hogueras, se asaban animales ensartados en enormes espetones, y la gente bailaba y cantaba hasta bien entrada la madrugada. El espectáculo de esas fiestas interminables a la luz de la luna y las estrellas era fascinante, y Alexandra, al contemplarlo, sentía que su amor por África crecía más cada día que pasaba.

Una de esas noches, el coronel se sentó en el suelo junto a ella y le tendió un plato rebosante de carne; en la otra mano llevaba un par de cervezas.

—Tome, lo compartiremos.

Alexandra le dio las gracias y cogió una de las botellas.

—Dios mío, coronel, cerveza. ¡Y está helada! Es usted como el genio de la lámpara. Si acabara de encontrar a uno y me dijera que pidiera un deseo, sin duda le hubiera pedido una cerveza bien fría —declaró Alexandra, encantada.

—Me alegro de poder satisfacer *algunos* de sus deseos —replicó él recalcando la palabra.

—¡Coronel Harry Schwartz, le ruego que no empiece!

—¿A qué se refiere doctora? —preguntó él con expresión inocente.

—Lo sabe usted muy bien. ¿Y quiere que le diga otra cosa? —añadió Alex, cambiando de tema, decidida a no caer en la trampa de sus provocaciones—. He echado mucho de menos las



conversaciones que teníamos antes. Ahora las únicas veces que hablamos solo busca pincharme y hacerme enfadar.

—Una vez más le pido disculpas, Alexandra.

—No me pida tantas disculpas y compórtese —ordenó Alex, fastidiada.

—Se lo prometo, doctora, ande, coja antes de que se enfríe —le dijo pasándole el plato.

Alexandra cogió una porción de carne con la mano.

—Si me viera mi madre comiendo con los dedos le daría un soponcio —comentó, divertida.

—Sí, tiene usted razón. Imagino que las convenciones sociales no cuentan mucho en esta parte del mundo —afirmó el militar cogiendo otro trozo y desgarrándolo con sus blancos y fuertes dientes.

—Está riquísimo —declaró Alex con la boca llena, y ambos se echaron a reír como chiquillos.

El resto de la velada transcurrió sin incidentes y cuando Alexandra se fue a acostar, el coronel la acompañó hasta la puerta de su cabaña y se despidió de manera amistosa, sin intentar nada incorrecto. Una vez tumbada en su catre, bien cubierta con el mosquitero, Alexandra decidió que, aunque a veces la sacaba de sus casillas, en realidad el coronel era un buen amigo. Con ese reconfortante pensamiento cerró los ojos y se quedó dormida al instante.

Por su parte, el coronel se había tomado la conquista de Alexandra como una misión de guerra; para él resultaba evidente que la doctora Bascourt se sentía mucho más cómoda a su lado cuando lo trataba como a un amigo, así que, por el momento, se limitaría al papel que le había asignado... hasta que Alexandra se confiara. Con lo que ella no contaba era con su maquiavélico plan de hacerse tan indispensable que llegara un momento en que la joven no pudiera vivir sin él. Solo de pensar en ese instante, a Harry

Schwartz se le aceleraba el corazón. Tendría que armarse de paciencia durante un tiempo, pero él tenía la mayor virtud que podía tener un cazador...

Sabía esperar.

Se había corrido la voz de que la doctora blanca era muy buena y los enfermos seguían llegando al dispensario cada vez en mayor número. Alexandra tenía la sensación de que necesitaría que el día tuviera más horas para poder abarcarlo todo; no obstante, seguía trabajando con entusiasmo. Resultaba muy reconfortante atender a las personas en un lugar en el que la mayoría de las enfermedades que trataba no eran autoprovocadas por abuso del alcohol, el tabaco o las drogas.

La construcción del edificio del nuevo hospital continuaba adelante sin más problemas que los propios del continente en el que se encontraban: una partida de material que llegaba con meses de retraso, obreros que, de repente, decidían tomarse unas vacaciones y desaparecían varias semanas para luego reaparecer más adelante... pero bajo la supervisión del coronel, las cosas fluían poco a poco. Ese mismo mes, Alex recibió una agradable sorpresa; una tarde, al salir del dispensario oyó una voz conocida que la saludaba.

—Hola, Alexandra. —La joven se volvió y descubrió a Jean-Luc Lemoine que se acercaba hacia ella con una sonrisa.

—¡Jean-Luc, qué sorpresa!

El periodista le dio dos besos y la encontró más encantadora que nunca.

—Le prometí que, en cuanto tuviera un momento, vendría a visitarla, ¿recuerda? Deseo escribir un artículo sobre la misión y sobre el nuevo edificio que están construyendo. Ya veo que es impresionante.

—Lo es. Es un diseño de coronel Schwartz y, aunque parezca mentira, creo que conseguirá llevarlo a cabo hasta el final. —Alex le

lanzó una sonrisa y añadió—: Venga conmigo Jean-Luc, le presentaré a la hermana Marie. Es todo un personaje y le aseguro que dará color a su artículo.

Alexandra lo llevó a la escuela, pues a esas horas sabía que encontraría a la religiosa dando clase. Esperaron un rato en la puerta a que terminara la lección, mientras contemplaban los rostros atentos de los niños sentados en los viejos pupitres. El ambiente de la clase era de interés y trabajo; en cuanto la profesora hacía una pregunta, un mar de manos se levantaban ansiosas para contestar. Jean-Luc, fascinado, cogió la enorme cámara que llevaba colgando del cuello y empezó a hacer fotos que utilizaría más tarde para ilustrar su reportaje. Cuando finalizó la clase, la hermana Marie se acercó a ellos y Alexandra hizo las presentaciones. A la religiosa le agradó mucho el periodista y se ofreció a enseñarle el lugar y cómo funcionaban las cosas por allí, así que Alex lo dejó en sus manos y regresó al trabajo.

A la hora de la comida la doctora se reunió de nuevo con el periodista y las dos religiosas y la charla resultó interesante y animada. Jean-Luc les contó la idea que tenía en mente para el reportaje y su entusiasmo se reflejó en el rostro de las misioneras, encantadas con sus planes.

—Señor Lemoine, es usted un regalo del buen Dios. Nos vendrá muy bien un poco de publicidad. De un tiempo a esta parte, las donaciones han bajado y con el edificio del nuevo hospital en marcha vamos a necesitar toda la ayuda posible —declaró la hermana Marie.

—Espero no defraudarla, hermana —contestó el periodista dirigiéndole una amable sonrisa y, justo en ese momento, el coronel Schwartz hizo su aparición.

—¡Caramba, coronel! —exclamó la religiosa, sorprendida—. No lo esperaba a estas horas. ¿Desea que le ponga un cubierto y así se queda a comer con nosotros?

—No, gracias, hermana. Tengo que ir al sur. Ha habido un aviso de saqueos y debo llegar cuanto antes, ya comeré algo en el coche.

—El militar clavó sus perezosas pupilas en Jean-Luc y enarcó una ceja oscura.

—El señor Lemoine ha tenido la bondad de venir a hacernos un reportaje y creemos que va a ser un buen empujón para las finanzas de la misión —comentó la misionera, contestando a su muda pregunta con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Ya veo —se limitó a contestar el militar con sequedad—. Solo quería decirle, hermana, que está previsto que hoy llegue una partida de piedra de la cantera de la que le hablé. Me he asegurado de que en ese lugar no trabajan niños menores de doce años así que, si son formales, creo que haremos negocio con ellos durante todo el tiempo que duren las obras.

—Perfecto, coronel. Está usted en todo —declaró la hermana, satisfecha. Luego se volvió a mirar a la doctora y a Jean-Luc y les explicó—: Como ustedes ya sabrán, el trabajo infantil es una lacra que se extiende por toda África. En las minas y en las canteras trabajan niños menores de cuatro años picando piedras, durante más de doce horas diarias, bajo un sol abrasador y sin apenas agua para beber, mientras respiran polvo todo el tiempo...

—Lo siento, pero debo irme ya. Hermana, doctora, Lemoine... — El coronel la interrumpió, impaciente, dio un taconazo y se dirigió hacia la puerta.

Impulsiva, Alexandra gritó antes de que saliera:

—¡Tenga cuidado, coronel!

El coronel se volvió a mirarla, se llevó un par de dedos a la boina y salió sin decir nada más.

—Es todo un personaje el coronel Schwartz... Un auténtico *cowboy*.

Alexandra creyó detectar un leve toque de sarcasmo en su tono y, molesta, se apresuró a defenderlo.

—La verdad es que si no fuera por el coronel, que después de una jornada agotadora aún encuentra tiempo que dedicar a la misión, es dudoso que el proyecto del hospital estuviera tan avanzado, ¿no es así, hermana Marie?

—Muy cierto, el coronel es una bendición del buen Dios —afirmó la religiosa, divertida al ver la acalorada defensa de la doctora en favor del militar.

Le hubiera gustado que él hubiera podido escucharla. Hacía tiempo que la hermana sospechaba que el coronel estaba locamente enamorado de la doctora pero, por más que observaba a la joven, todavía no estaba segura de qué era lo que Alexandra sentía por él en realidad. Debía reconocer que seguía ese pequeño drama con profundo interés. Tanto el coronel Schwartz como la doctora Bascourt eran dos de las personas que más apreciaba y le encantaría que la felicidad de ambos fuera de la mano.

## Capítulo 25

El día transcurrió como era habitual, a pesar de que la presencia de Jean-Luc —que no paraba de fotografiar todo lo que encontraba a su paso— había provocado una ligera conmoción entre los niños, que lo perseguían allá donde fuera pidiéndole que les tomara una. Al terminar de cenar, Alex se ofreció a acompañarlo hasta la cabaña de invitados, en la que dormiría durante el tiempo que se quedase en la misión. Parados frente a la puerta, Jean-Luc tomó su mano y la miró a los ojos.

—Estoy encantado de volver a verla, Alexandra —afirmó, mientras se la llevaba a los labios en un gesto galante.

Alex recordó un gesto similar que tuvo lugar en la playa de la pequeña aldea río arriba, pero esta vez, el contacto de los labios del periodista sobre el dorso de su mano no le provocó la descarga eléctrica que sintió en la otra ocasión. Sin brusquedad, retiró la mano de entre las suyas y se despidió de él.

—Buenas noches, Jean-Luc, será mejor que descanse. El viaje hasta aquí, dando botes por esas espantosas carreteras, puede resultar agotador.

—Buenas noches, Alexandra.

La joven se quedó un rato mirando la puerta cerrada. No entendía por qué no se sentía atraída por el periodista. Jean-Luc Lemoine era un hombre que a cualquier mujer le gustaría; no solo tenía un físico atractivo, sino que, además, era amable, educado y

divertido. Por más que pensaba en ello, no conseguía llegar a ninguna conclusión satisfactoria, así que con un suspiro, Alex se dio la vuelta y se dirigió a su propia cabaña. En ese momento, una figura alta y amenazadora surgió de entre las sombras delante de ella, y Alexandra se llevó una mano a la boca para ahogar un grito.

—¡Dios, coronel! Me gustaría que abandonara esa espantosa costumbre que tiene de aparecer de repente en la oscuridad, sin avisar —declaró la joven, mientras los desbocados latidos de su corazón resonaban en sus oídos.

—He carraspeado un par de veces, doctora, pero estaba usted tan absorta recreándose en la romántica escena con Lemoine que quizá tendría que haber golpeado un tambor para conseguir sacarla de su arrobamiento —comentó él con evidente sarcasmo.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto suyo. Y no me gusta que me espíen.

—No la estaba espionando. La esperaba.

—¿Y para qué me esperaba si puede saberse? —preguntó, irritada.

—Quería saber si podría curarme una pequeña herida. —La excusa era patética y él lo sabía; podría haber esperado sin problema hasta la mañana siguiente para pasarse por el dispensario, pero contaba con el tierno corazón de la doctora y, como siempre, no lo defraudó.

—¿Está herido? Si es grave puedo abrir el dispensario. Si no, tengo todo lo necesario para atenderlo en mi cabaña.

—No creo que sea grave, doctora. Es más, puede esperar sin problemas hasta mañana. No debería haberla molestado...

—No sea tonto —lo interrumpió Alex—, lo curaré en un santiamén.

Alexandra entro en su cabaña, lo hizo pasar y le indicó que se sentara sobre su catre. Se apresuró a encender la lámpara de aceite que había sobre la repisa de la pared y se volvió hacia él. El coronel era tan grande que su cuerpo parecía llenar todo el espacio de la minúscula cabaña y a la joven le resultó a un tanto agobiante.

—Déjeme ver.

El coronel, un poco avergonzado, alzó el brazo izquierdo. En su moreno antebrazo la doctora descubrió un enorme rasguño que había dejado la piel en carne viva. Alex lo examinó con cuidado.

—¿Cómo se lo hizo?

—Una bala rebotó contra una piedra. No sé si lo que me alcanzó al final fue el proyectil o un fragmento de esa misma piedra.

—Ya veo —fue lo único que comentó la doctora, mientras procedía a desinfectar el arañazo con cuidado.

A pesar del escozor de la herida, el coronel recibía dichoso las expertas atenciones de Alexandra. Había pasado un día horrible pensando en el odioso Lemoine. En realidad tenía que reconocer que, en cualquier otra circunstancia, el tipo le habría agradado; pero sabía bien que el reportaje sobre la misión tan solo había sido una excusa.

Ese hombre había venido a ver a la doctora.

El coronel estaba tan seguro de ello como si el propio Jean-Luc Lemoine acabara de decírselo, no había más que ver cómo la miraba. La escena del galante caballero besando la mano de su dama le había revuelto el estómago. Al pensar en ello, el norteamericano apretó los puños con rabia. Ajena por completo al violento torbellino de emociones que anidaban en el pecho masculino, Alexandra terminó de limpiar la herida y la vendó para que no se infectara.

—Ya está. No es nada grave. En un par de días, pásese por el dispensario para que le eche un vistazo.

—¿No me va a dar algo para el dolor? —preguntó el coronel mientras se ponía en pie, sin que se le ocurriera otra cosa para retenerla a su lado.

La joven lo miró sorprendida; si algo sabía del coronel, era que se trataba de un tipo estoico, acostumbrado a sufrir en silencio. A Alex le desconcertaba que ahora armara tanto alboroto por un arañazo sin importancia después del suplicio que se había visto obligado a soportar cuando lo hirieron en la selva, pero, sin decir



nada, le tendió un calmante. El militar lo tomó y agarró de paso la mano femenina atrayéndola hacia él.

—Doctora... —susurró.

—¿Qué le ocurre coronel? —preguntó la joven, extrañada por su comportamiento.

—Alexandra, me muero por besarte... —El militar colocó la mano detrás de su nuca y posó sus labios sobre los de ella en una caricia tan ligera que Alex apenas fue consciente de lo que estaba ocurriendo.

Como si estuviera en trance, permaneció muy quieta junto a él, sintiendo cómo esos labios, suaves y delicados, se apoderaban de su voluntad. Sin poder evitarlo, cerró los ojos y comenzó a responder a esos besos enloquecedores. Notó que una de las cálidas manos masculinas recorría su espalda de arriba a abajo y se posaba sobre sus nalgas, acercándola todavía más a él, hasta que Alexandra pudo sentir contra su vientre toda la evidencia del deseo masculino. Eso pareció devolverle la cordura durante un segundo.

—Coronel, no deberíamos... —susurró contra sus labios.

—Llámame Harry. —La otra mano masculina se introdujo bajo su camisa, le apartó el sujetador y acarició su pecho con tanta pasión que el pezón se le endureció hasta el extremo de resultar casi doloroso.

El tacto de esos dedos impacientes provocó en Alexandra una corriente de deseo tal que se arqueó aún más contra él al tiempo que perdía la noción de todo lo que no fueran esa boca y esas manos que la sumían en el delirio.

—Harry... —gimió, anhelante.

De repente, unos nudillos golpearon la puerta de la cabaña, haciendo que ambos volvieran bruscamente a la realidad.

—Alexandra, soy Jean-Luc.

Pareció que el coronel iba a decir algo, pero Alexandra apretó la palma de la mano contra su boca, impidiéndoselo. Todavía pegada al cuerpo masculino por esos brazos poderosos y sintiendo la

agitada respiración de ambos, la joven contestó con una voz ronca que no parecía la suya:

—Estaba en la cama, Jean-Luc, ¿qué desea?

—Perdóneme, Alexandra, solo quería volver a darle las gracias por su ayuda y decirle que espero con impaciencia que llegue mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, Jean-Luc. Hablaremos mañana.

Escucharon alejarse los pasos del periodista y Alex se desasíó de los brazos del coronel.

—Vaya, qué inoportuno el amable Jean-Luc —comentó el coronel con sorna, mirando como la joven se llevaba las manos al rostro sonrojado en un intento de ocultar la profunda vergüenza que sentía. Sin embargo, enseguida alzó el rostro de nuevo y se enfrentó con valentía a esas pupilas burlonas que parecían reírse de ella.

—Esto no puede volver a ocurrir —declaró Alex con firmeza.

—¿No, doctora? A juzgar por su respuesta, no me pareció que el asunto le resultara muy desagradable.

La joven se ruborizó aún más pero, a pesar de ello, no desvió ni un milímetro su mirada de los ojos del hombre.

—¿Quiere que lo admita? Está bien, lo admitiré. No sé por qué, usted sabe cómo despertar en mí una pasión incontrolable. ¿Está satisfecho? —preguntó Alexandra mirándolo desafiante.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Quizá para usted nada. Entiendo que es un hombre y que debe llevar bastante tiempo sin una mujer. Pero para mí es otra cosa. Va contra mis principios acostarme con alguien a quien no amo.

—Pues es un poco tarde para arrepentirse, ¿no cree? —respondió el coronel, sarcástico, tratando de herirla como ella lo había herido a él con sus palabras.

—Lo reconozco, coronel, no soy capaz de resistirme a sus caricias. Pero ¿qué placer puede proporcionarle conseguir algo que sabe que va contra los deseos más íntimos de la otra persona?

¿Acaso soy solo un pedazo de carne para usted? —susurró Alexandra en un tono desgarrado que le arañó las entrañas.

El coronel se quedó mirando sus ojos suplicantes en los que el brillo de unas lágrimas sin derramar revelaban la profunda angustia de la joven y contestó:

—Podría volver a prometerle, una y otra vez, que no la tocaré, pero el deseo que siento por usted, Alexandra, es tan intenso, que me convertiría en el mayor perjurio de todos los tiempos.

La joven se estremeció ante la intensidad de sus palabras y la mirada de pasión desnuda que rezumaban sus ojos.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Alex, desesperada, poniéndose en sus manos con una confianza conmovedora, como si él fuera el adulto y ella una niña necesitada de protección.

Era la primera vez que el coronel, que conocía de sobra el valor de esa pequeña mujer, la veía tan desvalida, y una profunda ternura, acompañada del deseo de protegerla incluso de sí mismo, lo invadió. La miró con una expresión cariñosa que Alexandra nunca antes le había visto y la atrajo de nuevo hacia sí, pero esta vez la estrechó sin pasión, como si solo pretendiera darle su consuelo. Luego apoyó su áspera mejilla sobre los rubios cabellos y le dijo:

—Le prometo que haré lo que pueda, Alexandra. Es usted una mujer por la que siento un profundo respeto y no me gustaría hacer nada que la hiriese. —Le besó el pelo tiernamente y se apartó de ella con un suspiro—. Será mejor que me vaya, doctora. Espero de corazón que podamos seguir siendo amigos.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, creo que nunca he dejado de considerarlo un buen amigo, coronel. Aunque reconozco que esas corrientes que hay entre nosotros pueden resultar incontrolables, en el fondo siempre he sabido que puedo confiar en usted. —Y en eso no mentía; Alexandra sentía que podría encomendarle su vida sin la menor vacilación.

La doctora le sonrió con dulzura, al tiempo que le tendía una mano y él la estrechó con fuerza y se despidió de ella, abandonando la cabaña con rapidez.

Cuando Alexandra cerró la puerta a sus espaldas, le temblaban tanto las rodillas que tuvo que apoyarse en ella. Semejante maremágnum de emociones la había dejado exhausta y, una vez más se planteó sus sentimientos: ¿acaso estaba enamorada del coronel en lo más profundo de su ser?

A su mente regresaron las terribles imágenes de la mano del militar degollando al rebelde que la había atacado y la sangre, roja como un grito, salpicándolo todo. ¿Cómo podría amar a un hombre capaz de matar a alguien con semejante frialdad? Cierto que lo había hecho para salvarla a ella, pero esa actitud de menosprecio hacia la vida humana iba contra todo en lo que Alexandra había creído durante la mayor parte de su existencia.

Y él, ¿qué era lo que sentía por ella?

En ningún momento le había hablado de amor, solo de un deseo incontrolable. ¿Era eso suficiente para que ella, Alexandra Bascourt, se liara la manta a la cabeza y se dejara llevar por esa misma pasión? No lograba encontrar respuestas satisfactorias a las preguntas planteadas; lo único que había de cierto en todo aquello era que, en cuanto el coronel la tocaba, ella quedaba por completo a su merced. Quizá abandonarse a ese frenesí fuera la única forma de superarlo, se dijo.

Atiborrarse y quedar saciados de una vez.

Pero en su fuero interno, Alexandra se conocía lo suficiente como para saber que, si tomaba esa decisión, lo único que le acarrearía a la larga sería un terrible desprecio por sí misma.

## Capítulo 26

Al día siguiente era domingo, así que Alexandra tuvo tiempo para acompañar a Jean-Luc por todos los rincones de la misión. El periodista tomaba nota de cualquier cosa que encontraba interesante y no paraba de hacer fotos. Sus preguntas eran inteligentes y mostraban un profundo interés y, como de costumbre, Alex se sentía muy a gusto en su compañía.

En un momento dado, se ofreció a enseñarle su rincón preferido, a poca distancia de su lugar de trabajo. Subieron hasta lo alto de una pequeña colina y se sentaron sobre una gran roca de piedra que hacía las veces de mirador. La vista panorámica de la misión, con el caudaloso río a sus espaldas, resultaba impresionante desde ese punto. A Alexandra le encantaba acudir a meditar a aquel lugar. En cuanto conseguía escapar de sus obligaciones, subía hasta la piedra y el silencio que encontraba allí, en contraste con el ajetreo que dejaba atrás, le permitía escuchar el latido del gran país africano. Jean-Luc miró a su alrededor y tomó unas cuantas fotografías más. Luego dejó la cámara y se sentó a su lado.

—Es una vista maravillosa —comentó aspirando el aire, que olía a tierra húmeda.

—¿Verdad que sí? —contestó la doctora, sonriente.

—Ya he terminado el reportaje. No es por presumir, pero creo que va a quedar bastante bien. En mi periódico están muy interesados por publicarlo.

—Me alegro de que haya venido hasta aquí, Jean-Luc. Espero que se cumplan las esperanzas de la hermana Marie y sirva para que aumenten los donativos. Todavía queda mucho por hacer y el dinero es fundamental.

El periodista contempló el delicado perfil de esa mujer que a menudo perturbaba sus sueños y sintió un nudo en el estómago.

—Alexandra...

La joven miraba abstraída el paisaje y pareció no oírlo. Jean-Luc lo intentó de nuevo.

—Alexandra.

—¿Sí? —contestó Alex confusa, como si despertara de un sueño.

—Alexandra, tengo que confesarle algo: creo que me estoy enamorando de usted. —La cara de sorpresa de la chica dejó muy claro que no se esperaba esa declaración ni por lo más remoto—. Veo que la he pillado completamente por sorpresa —comentó un poco arrepentido, pensando que tal vez se había precipitado.

—Yo... Lo siento, Jean-Luc, no tenía ni idea.

—Ya lo veo —respondió él un tanto brusco y permaneció contemplando el panorama sin verlo en realidad.

Al ver sus ojos llenos de dolor, Alexandra se sintió culpable. ¿Quizá le había dado algún tipo de esperanza sin darse cuenta? Incómoda, trató de hacerle sentir algo mejor.

—Discúlpeme, Jean-Luc. Quiero que entienda que no es nada personal. Desde el principio lo he considerado un hombre atractivo, divertido e interesante, pero por circunstancias de la vida, no estoy preparada para enamorarme de nadie.

—Conozco esas circunstancias, Alexandra.

—¿Las conoce? —preguntó, sorprendida, abriendo mucho sus grandes ojos castaños.

—Ya sabe que soy periodista —dijo el francés tratando de restarle importancia.

—¿Acaso me ha investigado? —interrogó, molesta.

El periodista asintió en silencio, incapaz de sostener su mirada. Alex trató de controlar su enojo; al fin y al cabo, se dijo, lo de ese hombre debía ser deformación profesional. Recordó que el pobre acababa de declararle su amor y su expresión se suavizó un tanto.

—Bueno, entonces podrá entender mi respuesta.

—Es usted demasiado joven para enterrarse en este lugar, Alexandra. Todavía podría rehacer su vida si quisiera. —Las palabras eran muy parecidas a las que en su día pronunciara el coronel, y Alex le contestó de forma similar.

—Pero no quiero...

De repente, el hombre se inclinó sobre ella y la besó con fuerza en los labios. En cuanto se recuperó de la sorpresa, Alex lo apartó de un empujón y se puso en pie, indignada.

—¿No ha oído a la doctora? Ha dicho que no quiere. —La voz burlona del coronel resonó a sus espaldas.

Sobresaltados, ambos se volvieron a la vez avergonzados como dos adolescentes pillados en falta y lo encontraron recostado contra el tronco de un árbol con los brazos cruzados sobre el poderoso pecho como si no tuviera una sola preocupación en la vida; como era habitual, sus ojos no dejaban traslucir nada de lo que estaba pensando. Jean-Luc, visiblemente mortificado, se encaró con él.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? ¿Acaso nos ha seguido?

—No se ponga melodramático —descartó el militar haciendo un gesto despectivo con la mano—. La hermana Marie me ha enviado a buscar a la doctora y sé que este es uno de sus rincones favoritos.

Alexandra lo miró con asombro. No tenía ni idea de que el coronel conociera ese lugar; no recordaba habérselo comentado jamás.

—¿Sabe qué es lo que quiere? —En el fondo se sentía aliviada por su presencia.

—Se está organizando un importante partido de fútbol: trabajadores de la misión contra los soldados bajo mis órdenes.

Creo que la hermana Marie ya le ha buscado un puesto en el equipo, doctora.

—Pero eso es un abuso... —protestó Alex, divertida.

—Por supuesto usted, Lemoine, también puede jugar.

—No, gracias —respondió el periodista—. Debo regresar a Kikwit; no quiero perder el avión que sale mañana para Kinshasa, así que si quiero evitar que se me haga de noche en el camino, será mejor que me vaya ahora mismo.

Alexandra lo miró apenada.

—¿Tan pronto? Creí que se quedaría al menos hasta el martes.

—No, debo volver cuanto antes.

—Lástima —declaró, mordaz, el norteamericano.

El periodista apretó las mandíbulas, furioso, y Alexandra no dudó en lanzarle una mirada de censura al coronel al tiempo que fruncía el ceño, pero el militar simuló no darse por aludido y los tres volvieron andando a la misión envueltos en un incómodo silencio. Al llegar, lo primero que hizo Jean-Luc fue despedirse de la hermana Marie.

—Pero, ¿ya se va? —preguntó la misionera, sorprendida.

—Sí. Tengo todo el material que necesito y lo mejor será que vuelva lo antes posible, a ver si llego a tiempo para que salga publicado en el suplemento de fin de mes.

A pesar de sus intentos por disimularlo, la religiosa percibió que el periodista estaba muy enfadado. La mujer dirigió una mirada suspicaz hacia el rostro inexpresivo del coronel cuyos ojos, medio cubiertos por los pesados párpados, desprendían un brillo diabólico, pero, con prudencia, decidió callar el resto de las preguntas que, en cualquier otro momento, le hubiera gustado formular.

—Bueno, señor Lemoine, ha sido un placer tenerlo entre nosotros. Espero que vuelva a visitarnos a menudo.

—Muchas gracias, hermana, por todas sus bondades. Adiós.

Alexandra le acompañó hasta su cabaña.

—Jean-Luc, siento mucho...

El francés la interrumpió:



—No, soy yo quien lo siente. No debería haberte besado. —De repente, se volvió hacia ella y, agarrándola de los brazos con fuerza, le preguntó:

—¿Puede saberse por qué ese hombre se comporta como si fuera tu dueño?

—No exageres, Jean-Luc. Lo que pasa es que el coronel disfruta creando tensión. No le hagas ningún caso.

El periodista se la quedó mirando, luego movió la cabeza pesaroso y la soltó.

—Recogeré mis cosas.

Cuando estuvo listo, Alexandra lo acompañó hasta su todoterreno.

—Adiós Jean-Luc. Lo siento —repitió.

Jean-Luc Lemoine esbozó una sonrisa triste y la besó en la mejilla.

—No te preocupes, Alexandra, en cuanto pasen unos días mi enfado se habrá evaporado. Solo necesito un poco de tiempo para aceptar la derrota... En cuanto esté listo el reportaje, os enviaré unos cuantos ejemplares de la revista.

Sin más, se subió al vehículo y partió a toda velocidad, dejando una estela de polvo rojizo a su paso.

## Capítulo 27

La doctora se quedó un rato mirando cómo se alejaba el vehículo y después regresó despacio a la plazoleta de tierra pisada, donde estaban todos reunidos.

—¿Ya se ha marchado el señor Lemoine? —preguntó el coronel con fingida sorpresa.

La doctora se limitó a mirarlo furiosa y no contestó.

—La verdad es que me ha parecido que se iba un poco enfadado —comentó la hermana Marie pasando su mirada de uno a otro con curiosidad.

—No me extraña, hay personas que parece que nunca maduran... —dijo Alexandra, sarcástica.

—¿Verdad que no? Yo opino exactamente igual que usted, doctora. El señor Lemoine a veces se comporta como un crío —afirmó el militar en un tono tan serio que la religiosa estuvo a punto de soltar una carcajada.

A Alexandra, en cambio, su respuesta no le hizo ninguna gracia. Soltó un bufido y echando chipas por los pardos ojos, se dio media vuelta y se habría marchado si la misionera no la hubiera detenido con unas palabras:

—Alex, no se vaya. Hay un desafío en juego.

A su pesar, la joven se volvió interesada.

—¿Un desafío?

—Hoy es el cuarto aniversario de la fundación de la misión. Todos los años celebramos este día con juegos, teatro o lo que se nos ocurra. Este año hemos decidido jugar un partido de fútbol. La gente de la misión contra los soldados bajo el mando del coronel.

—¡Pero eso es un suicidio, hermana! Menudo desafío, no vamos a durarles ni cinco minutos... —descartó la doctora con un gesto de desánimo.

—Alex, es usted una mujer de poca fe. Por supuesto que vamos a durarles mucho más de esos cinco minutos de los que usted habla. Es nuestro equipo el que pone las reglas... —La sonrisa pícaro de la religiosa era contagiosa.

—¿Y las reglas son...? —preguntó el coronel, que permanecía en pie junto a ellas con ademán digno.

—Las reglas son que los hombres del coronel jugarán con los pies atados por una cuerda, de manera que la distancia entre una y otra pierna no sobrepase los cincuenta centímetros —anunció la hermana Marie con expresión de triunfo.

Alexandra no pudo contener una carcajada mientras el coronel protestaba indignado, aunque a ella no se le escapó el brillo de diversión en sus ojos oscuros.

—Me gustan esas reglas —afirmó Alex—. Cuente conmigo en el equipo, hermana.

El militar la miró frunciendo el ceño con aparente enfado y la doctora no pudo evitar reírse de nuevo.

Por fin hicieron los equipos: el equipo visitante estaría formado por el coronel, Kibibi y seis soldados más. En el de la misión jugarían la hermana Agnès, Alex, Bernard y Ambroise y tres niños y dos niñas de la escuela. El público, bastante numeroso, animaba a los dos equipos por igual. El ambiente era festivo y todo el mundo lucía unas alegres sonrisas en sus rostros. El encuentro comenzó cuando el árbitro, la hermana Marie, tocó un viejo silbato de plástico.

Ver a la hermana Agnès con sus blancos hábitos remangados, corriendo en pos de la pelota era todo un espectáculo.

Los soldados no tenían nada que hacer. Uno de ellos trató de quitarle la pelota a la religiosa, con tan poco éxito, que cayó de bruces sobre la tierra. La cuerda entorpecía mucho sus movimientos y solo les permitía correr como unas damiselas vestidas con falda de tubo. El público reía entusiasmado y aplaudía sin descanso. En cuanto uno de los hombres del coronel cogía la pelota, todos los chiquillos, como una jauría de lobos, se abalanzaban sobre él hasta que al soldado, superado en número de forma desproporcionada, no le quedaba más remedio que entregarles el balón.

Además, era evidente que el árbitro del partido estaba en contra del equipo visitante y no paraba de pitarles faltas inexistentes, a pesar de las bienhumoradas quejas de ellos. Después de una jugada más que dudosa en la que la doctora, ayudada por la cuadrilla de niños le arrebató un balón a Kibibi y consiguió marcar gol, el coronel empezó a protestar con teatrales gestos de indignación, ganándose divertidos abucheos de buena parte del público. Al final, al pobre hombre no le quedó más remedio que encogerse de hombros y seguir jugando.

En una ocasión en que Alexandra tenía el balón, el norteamericano trató de arrebatárselo, pero la cuerda que entorpecía sus movimientos lo hizo tropezar y cayó al suelo arrastrándola con él. La doctora acabó debajo del inmenso cuerpo masculino y el impacto la dejó sin aliento.

—¿Se encuentra bien, doctora? ¿Le he hecho daño? —preguntó el militar preocupado, apoyándose en los antebrazos para no aplastarla.

—Ufff... —respondió ella soltando el aire de golpe.

Los niños enseguida los rodearon riéndose a carcajadas. Al darse cuenta de que la doctora estaba bien y sonreía divertida, el militar decidió permanecer donde estaba.

—Ha llegado el momento de la venganza —anunció el coronel con dramatismo.

Los chiquillos, encantados, los miraban sonrientes y uno de ellos le preguntó:

—¿Qué vas a hacer, señor?

—Voy a someter a la doctora a una terrible tortura como escarmiento por todas las trampas que vuestro equipo ha hecho esta tarde.

—No, no —gritaban las niñas sin parar de reír.

—Sí, sí —decían los niños—. ¿Qué tortura será, señor?

En ese momento todos los jugadores, incluida la religiosa-arbitro, estaban alrededor de ellos, contemplando la escena divertidos.

—Será la tortura de las cosquillas implacables —anunció el coronel con un vozarrón amenazador, dirigiéndole a Alexandra una mirada maligna.

—No, no, cosquillas no. No las aguanto —imploró Alex riendo y forcejeando a la vez.

—Sí, vamos, señor —gritaron los niños encantados con el juego.

En ese momento, ninguna voz se alzaba ya en defensa de la pobre doctora y el militar cumplió su amenaza sin piedad. Le hizo cosquillas por todo el cuerpo mientras Alexandra se retorció con una risa contagiosa que hizo que se le saltaran las lágrimas. La joven, con voz entrecortada, no paraba de amenazarlo con terribles castigos si no la soltaba en ese mismo instante.

—¿Creéis que es suficiente? —el coronel pidió la opinión a su divertido auditorio.

—Sí, se lo suplico, coronel —rogó Alexandra jadeando, con la cara congestionada de la risa.

El coronel pareció apiadarse de ella.

—Está bien, doctora, me doy por satisfecho con mi venganza —declaró, al tiempo que entrelazaba sus pupilas con las suyas y esbozaba una deslumbrante sonrisa, cariñosa y rebosante de buen humor.

Al verla, las risas de Alexandra se congelaron en su garganta y, de repente, se dio cuenta de una cosa que hasta ese momento había descartado como completamente absurda.

Estaba enamorada de ese hombre.

Algo de su desconcierto ante tan inesperada revelación debió reflejarse en su mirada, pues el coronel la examinó con atención y le preguntó:

—¿Le ocurre algo, doctora? ¿Se encuentra bien?

Alexandra trató de esbozar una sonrisa, al tiempo que contestaba con fingida despreocupación:

—Por supuesto que sí, coronel, pero me encontraré mucho mejor cuando me quite su enorme cuerpo de encima y pueda volver a respirar con normalidad.

El coronel sonrió de nuevo, se incorporó y le tendió una mano a Alexandra para ayudarla a ponerse en pie. En ese instante la hermana Marie pitó el final del partido.

El equipo visitante había perdido seis a uno contra los anfitriones. Los jugadores de la misión gritaron alborozados, acompañados de los jubilosos vítores del público. Los perdedores aceptaron la derrota con deportividad y todos fueron invitados a compartir la limonada, elaborada con los limones del pequeño huerto que cultivaban las religiosas detrás de la escuela, y los bollos que también habían horneado ellas mismas esa mañana.

El resto del día, Alexandra lo pasó como si una persona ajena a ella hubiera ocupado su lugar. Charlaba y bromeaba con todo el mundo, pero su cabeza estaba en otra parte. Enamorada del coronel. Aún no podía creerlo. Enamorada de un hombre tan opuesto a ella como el día a la noche, el fuego a la nieve y un sinfín de clichés más en los que no tenía ningunas ganas de pensar.

Y lo peor de todo era que Alex sabía que él esperaba el regreso de otra mujer. Barbara Fellon volvería y él se convertiría en su segundo marido. Después de haber conocido a esa espectacular mujer, la joven no abrigaba ninguna duda al respecto. Y ella, Alexandra Bascourt, ¿qué pintaba en todo ese asunto?

De repente, veía la respuesta con total claridad: el coronel la deseaba, lo cual, debido a la escasez de mujeres blancas y jóvenes en ese rincón de África, no era extraño pero, en realidad, estaba enamorado de Barbara Fellon. La señorita Fellon pertenecía a su mismo círculo social; la conocía de toda la vida e, incluso, había estado a punto de casarse con ella en su juventud. Además, contaba con la aprobación de su familia; la propia madre del coronel la había enviado para traerlo de vuelta a casa. ¿Qué demonios pintaba en todo ese cuadro una pobre doctora, viuda para más señas, descendiente de una familia francesa de clase media con el dinero suficiente para vivir bien, pero sin ostentación? Nada. ¿Y el hecho de saber que estaba enamorada de él cambiaría en algo la situación?

No, no lo haría.

Se juró a sí misma que no mantendría una aventura con el coronel para que este pasara el tiempo entretenido hasta que llegara su futura esposa. ¡Por supuesto que no lo haría!

Todavía le quedaba algo de orgullo.

A pesar de que tenía el estómago revuelto, se obligó a sí misma a seguir bromeando con unos y con otros, y sonrió sin pausa hasta que sintió las comisuras de su boca tan tirantes que pensó que saltarían por los aires. El coronel la observaba con el ceño ligeramente fruncido, pero ella se limitó a esquivarlo en lo posible y a seguir comportándose como si nada hubiera ocurrido.

## Capítulo 28

En los días que siguieron a su impactante descubrimiento, Alexandra procuró concentrarse en su trabajo y evitar en lo posible que su mente divagara por rumbos prohibidos. Por fortuna, el coronel estaba también muy ocupado y sus caminos apenas se cruzaban; pero cuando lo hacían, Alex hacía lo posible para alejarse de él cuanto antes. Se estaba volviendo una experta en rehuirlo y pensó que nadie se había percatado de sus maniobras hasta que un día, a la salida del dispensario, el militar la estaba esperando, muy irritado, y la abordó sin rodeos:

—Me gustaría hablar con usted, Alexandra.

—Hola, coronel, me encantaría, pero tengo que ir corriendo a cenar, la campana ha sonado dos veces...

El hombre la agarró por el brazo; ese simple contacto la hizo detenerse en el acto, y a Alex no le quedó más remedio que volverse a mirarlo.

—Alexandra, quiero saber por qué, de un tiempo a esta parte, me evita siempre que puede.

—¿Evitarlo, yo? Se equivoca por completo, coronel, no sé qué ha podido hacerle pensar semejante cosa —contestó con una risita nerviosa.

—No lo pienso. Lo sé —afirmó seco el militar, al tiempo que la sujetaba también del otro brazo clavándole los dedos en la piel.

—Me está haciendo daño, coronel —se quejó Alex.



El hombre aflojó su presa, sin embargo, no la soltó.

—¿Qué ha ocurrido? ¿He hecho algo que la haya disgustado?

—¡Por supuesto que no! De verdad, coronel, está equivocado. No sé cómo piensa que debería tratarlo, pero le aseguro que lo hago como a cualquier conocido. Ni más ni menos —declaró ella en un tono seco e indiferente.

Si sus palabras le dolieron, el norteamericano no lo manifestó, pero los iris oscuros entablaron un duelo silencioso con los iris pardos. Al cabo de unos minutos, el coronel la soltó por fin y tan solo dijo:

—Muy bien. Buenas noches.

Dio uno de sus característicos taconazos y, alejándose de ella a gran velocidad, desapareció en la oscuridad de la noche.

A partir de aquel día, el coronel no volvió a intentar entablar ningún tipo de conversación con ella, cuando se encontraban, se limitaba a saludarla y nada más. Hasta la hermana Marie, en un momento dado, le preguntó a Alexandra si se habían peleado, a lo que la chica respondió negando con la cabeza. Aunque Alex no quería admitirlo, la indiferencia del militar la hería más allá de cualquier cosa que hubiera esperado; echaba mucho de menos las conversaciones que mantenían, los innumerables detalles que él tenía con ella, los cuales, hasta ese momento, no había apreciado en su justo valor; su mirada enigmática siguiéndola de un lado a otro de la misión... incluso echaba de menos que le gastara bromas, a pesar de que en numerosas ocasiones se había enfadado con él por ese motivo.

Una mañana, Alexandra atendía a uno de sus pacientes cuando fuera del dispensario se oyó el desagradable chirrido de los frenos de un vehículo, voces y gritos. Lo primero que pensó la doctora fue que, como en otra ocasión similar, un miembro del equipo del

coronel había resultado herido en algún enfrentamiento contra los rebeldes y, de repente, visiones del propio coronel, malherido o tal vez muerto, invadieron su mente y notó que sus manos empezaban a temblar con violencia.

—¡Doctora, tiene que venir! —Uno de los chiquillos de la escuela se asomó al interior del dispensario y Alexandra sintió que su corazón perdía un latido; sobreponiéndose como pudo al miedo que la embargaba, Alex se obligó a salir al exterior a toda prisa.

El espectáculo que le aguardaba afuera, no tenía nada que ver con las trágicas imágenes que poblaban su cerebro, llenas de sangre y muerte, y con el coronel como protagonista principal. Se trataba de una patrulla de unos ocho soldados, armados hasta los dientes y mascando chicle sin cesar, que esperaban subidos en dos todoterreno del ejército. Los hombres permanecían vigilantes, con sus armas listas para disparar, mientras el que debía ser su superior, un negro de más de dos metros de estatura con una boina oscura ladeada y unas gafas de sol de espejo, discutía airado con la hermana Marie.

—Esto es un abuso, capitán. No pueden venir aquí y hacer lo que quieran. Elevaré una queja a la embajada. —La religiosa gesticulaba frenética, tratando de convencer al enorme individuo que tenía a su lado.

—Le digo que es una emergencia, mujer. Nos la llevaremos le guste o no y luego ponga todas las denuncias que quiera.

En ese momento, Alexandra hizo notar su presencia:

—¿Puede saberse qué está ocurriendo aquí? —preguntó en un tono calmado, que ocultaba a la perfección el temor que le provocaba la presencia de esos hombres armados en la misión.

El cabecilla se volvió hacia ella.

—He venido a buscarla, doctora. Tres de mis hombres están heridos a unos kilómetros de aquí y necesitan un médico.

—¿Por qué no los traen aquí? Yo no puedo abandonar la misión. Además, es aquí donde tengo el equipo adecuado para atenderlos.

—Están demasiado graves para moverlos. ¡Y basta de discusión! He dicho que vendrá con nosotros y vendrá con nosotros —gritó, agarrándola del brazo con violencia.

En ese momento, un Jeep con distintivos de la ONU entró a toda velocidad en la misión y, con un brusco derrape que levantó una gran polvareda, se detuvo junto a ellos. Los soldados del gobierno aprestaron sus armas dispuestos a disparar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el coronel. De un salto bajó del vehículo y les hizo un gesto tranquilizador a sus hombres, que también habían sacado sus fusiles.

—Estos hombres pretenden llevarse a la doctora, sabe Dios a dónde, a curar a unos heridos —contestó la hermana Marie, indignada.

—No pueden llevarse a la doctora a ningún lado. Esto es una misión francesa y no tienen ningún tipo de autoridad en su interior —declaró el norteamericano con firmeza.

—Por supuesto que tenemos autoridad —repuso el capitán congoleño, burlón—. Somos soldados del presidente de la República Democrática del Congo y le digo que la doctora vendrá con nosotros, por las buenas o por las malas.

El ruido seco de los fusiles al amartillarse resonó, agorero, y Alexandra vio cómo los hombres de uno y otro bando, se apuntaban unos a otros con ademán amenazador.

—¡Alto! —ordenó el coronel.

El militar era muy consciente de que estaban en inferioridad numérica. Además, no tenían autorización para abrir fuego contra las tropas leales al gobierno, por mucho que ellos, en esos momentos, estuvieran abusando de manera evidente de su poder.

—Está bien, podrán llevarse a la doctora a atender a sus heridos —concedió el coronel, haciendo que Alexandra diera un respingo, pero sin desviar la mirada de los ojos del capitán, ocultos por completo, tras las gafas de sol añadió—: Sin embargo, como esta misión y todo su personal está bajo la protección de las fuerzas de la ONU y a fin de evitar un incidente internacional, yo también los

acompañaré para asegurarme de que la doctora no sufra ningún daño.

El jefe de los soldados del gobierno se quedó un rato pensativo, pero al final se encogió de hombros y aceptó:

—Como quiera, pero no podrá llevar armas.

—Doctora —ordenó entonces el coronel, volviéndose hacia ella—, coja todo lo que crea que pueda necesitar y reúnanse con nosotros en este mismo lugar en media hora.

Alexandra, al ver que los dedos de los soldados del gobierno y los de los hombres bajo el mando del coronel no dejaban de acariciar los gatillos de sus armas, comprendió que no era el momento de discutir y se dispuso a cumplir las órdenes del coronel Schwartz lo más rápido posible. Estaba aterrorizada, pero al menos se alegraba de que el coronel fuera con ella. Tras coger todo el instrumental y las medicinas necesarias, fue a su cabaña, metió en una bolsa lo más imprescindible y volvió corriendo frente a la escuela, donde la aguardaba ya el norteamericano con una mochila al hombro. La hermana Marie se despidió de la doctora y le suplicó que tuviera cuidado, y Alex le prometió que lo tendría.

—Sargento Bates —gritó el coronel—, queda usted al mando. Si no hemos regresado en diez días, llame al cuartel general en Kinshasa y que envíen refuerzos para salir a buscarnos.

—¡A la orden, mi coronel!

Los hicieron subir a uno de los todoterreno y, enseguida, se encontraron viajando a toda velocidad por las incómodas carreteras de lodo rojizo.

—¿A qué distancia está su campamento? —preguntó el coronel.

—Se enterará cuando llegemos —contestó el capitán de la tropa con insolencia.

Alexandra no era consciente de que estaba retorciendo las manos en su regazo con nerviosismo hasta que la del coronel, grande y cálida, se posó sobre ellas en un intento de tranquilizarla. La joven se sintió reconfortada al instante. Era la primera vez desde hacía días que el coronel se permitía un gesto amable con ella.

Agradecida, levantó la mirada hacia él y le sonrió con suavidad. El militar posó sus pupilas sobre sus labios, anhelante, y pareció que iba a decirle algo, pero se lo pensó mejor y, apretando la boca con fuerza, retiró su mano de las suyas y, como si una nube hubiera cubierto el sol, un escalofrío recorrió el cuerpo de Alexandra.

Viajaron en silencio durante un montón de horas. En un momento dado, una lluvia fina y persistente comenzó a caer y las, ya de por sí, embarradas carreteras se convirtieron en auténticas pistas de patinaje. En una ocasión en que el conductor perdió el control del vehículo, Alex salió disparada y se estrelló contra el cuerpo del coronel, quien la estrechó con fuerza contra su pecho, en un ademán protector. Alexandra trató de apartarse, pero el militar no se lo permitió. Con la cabeza apoyada en el cálido hueco de su brazo la joven se sentía tan a gusto que cerró los ojos y, al rato, se quedó dormida.

Para el coronel fue como volver a los días que ambos pasaron en la selva, cuando durante la noche Alexandra se acurrucaba contra su pecho. Las últimas semanas habían sido terribles; su orgullo le había impedido acercarse a ella a pesar de que se moría de ganas de hacerlo. Algo le ocurría a la doctora y no sabía que era; le hubiera encantado que confiara en él, pero Alex no parecía dispuesta a hacerlo. Exasperado, hundió la nariz en su pelo fragante y soltó un hondo suspiro.

Esa pequeña mujer lo iba a volver loco.

## Capítulo 29

Llegaron al campamento cuando empezaba a anochecer. Alexandra, a pesar del chubasquero, estaba calada hasta los huesos, pero, sin parar a ponerse prendas secas, se dirigió a un refugio improvisado dónde, bajo unas lonas impermeables enganchadas en unos cuantos palos de madera que servían de protección contra la lluvia, tres hombres, tendidos sobre rústicos jergones fabricados con hojas y ramas apiladas unas sobre otras, se retorcían entre quejidos de dolor.

En el interior, a pesar de que había numerosos huecos por donde se colaba el aire, el olor a sangre y a podredumbre resultaba agobiante. Dos de los heridos gemían sin descanso, mientras el otro parecía inmerso en un profundo sopor. Alex se dirigió hasta ese último en primer lugar, apartó la camisa que cubría la herida de su abdomen y se vio obligada a contener una arcada ante el espantoso olor que asaltó su nariz.

La bala había penetrado en el peritoneo produciendo una gran hemorragia y afectando a varios órganos, entre ellos el intestino, que había derramado su contenido en la cavidad abdominal. El hombre presentaba una terrible infección y Alexandra supo que no podía hacer nada por él, excepto aliviar el dolor que padecía. Sacudió la cabeza en una negativa y le inyectó una dosis de morfina. Después se dirigió al paciente más próximo que había recibido un balazo en el brazo. Aunque, en otras circunstancias,

hubiera podido extraer la bala y el miembro habría sanado sin problemas, una vez más, el tiempo transcurrido había jugado en contra del soldado.

—Tendré que amputar —anunció la doctora al capitán congoleño que estaba junto a ella y a los otros tres soldados que habían entrado también a curiosear.

Se acercó al tercer herido, muy agitado por la fiebre. Este presentaba el mejor pronóstico de todos. Una bala le había penetrado por un costado y había vuelto a salir por su espalda. La trayectoria del proyectil no había rozado ningún órgano vital, por lo que solo tendría que limpiar la herida, suturarla y darle algo para bajarle la fiebre. Decidió empezar con el herido de bala en el brazo.

—Voy a necesitar ayuda. Alguien tendrá que sujetar al paciente —anunció.

Ninguno de los soldados se animó. El coronel permanecía esperando en la abertura que hacía las veces de puerta de la endeble construcción para no tener que respirar el ambiente infecto del interior. Sin embargo, al ver que la doctora le miraba con desesperación, se ofreció a regañadientes:

—Yo lo haré, doctora.

La sonrisa que recibió a cambio lo hubiera hecho sentirse en el cielo si no hubiese sido por las pocas ganas que tenía de asistir a semejante espectáculo.

«En fin,» se dijo encogiéndose de hombros, «no es la primera vez que veo sangre y miembros amputados».

La doctora empezó a dar órdenes a diestro y siniestro.

—Necesito toda la luz de la que pueda disponer. También necesitaré algo que me sirva de mesa para poner mi instrumental y todo lo que vaya a precisar. Luego, quiero que todos los demás se larguen de aquí. El coronel y yo atenderemos al paciente, tan solo se quedará en la puerta uno de sus hombres, capitán, por si en algún momento pudiera necesitar algo más.

El oficial, por primera vez en su vida, no puso objeciones ante el hecho de que una mujer le ordenara lo que tenía que hacer y se

limitó a volverse hacia sus soldados y gritar:

—¡Ya habéis oído, moved el culo!

Mientras tanto, Alexandra le enseñó al coronel el procedimiento adecuado para desinfectarse las manos y ponerse los guantes. Cuando todo lo necesario estuvo más o menos dispuesto, la doctora comenzó la operación. Había anestesiado al paciente, pero necesitaba la ayuda del coronel para asegurarse que no se produciría ningún movimiento inoportuno en mitad de la operación que pudiera afectar al éxito de la misma.

—Cuando yo le diga, pásame las pinzas. —El coronel asintió con la cabeza, rogando por estar a la altura de las circunstancias y no desmayarse en mitad de la operación.

La doctora procedió a ligar la arteria y la vena que cruzaban la zona. A pesar de que contaban con un par de faroles de campaña, la luz no era la adecuada, por lo que a Alexandra le costó encontrar la vena para sujetarla.

—Pinzas.

El coronel le pasó las pinzas y, por fin, Alex consiguió colocarlas en el lugar adecuado. Una vez prevenida una posible hemorragia, la doctora empezó a cortar los músculos. El coronel sujetaba el brazo del soldado con fuerza, a pesar de que no parecía que el pobre hombre fuera capaz de moverse. El militar procuró fijar la vista en un punto al otro lado del herido, para no tener que ver lo que la doctora se traía entre manos en ese momento. Alexandra empezó a serrar el hueso y el sonido era tan desagradable, que el coronel apretó las mandíbulas en un intento desesperado por contener las arcadas que subían a su garganta.

Por último, la doctora separó el miembro amputado del resto del cuerpo y procedió a armar la piel y los trozos de músculo, dando forma al muñón. Cuando hubo finalizado su tarea, Alexandra se quitó los guantes y se lavó las manos una vez más. El coronel se alegró de que su odisea hubiera finalizado y dio gracias por haber sido capaz de aguantar toda la operación sin vomitar. Todavía no se había repuesto del todo, cuando la incansable mujer se puso otro



par de guantes limpios y comenzó a atender al otro herido. A Dios gracias, después de lo anterior, la limpieza y la sutura de la herida le pareció al coronel un simple trámite.

Por fin, pasada la media noche, los dos enfermos descansaban lo mejor posible gracias a una potente dosis de sedantes. Al tercero, por el que ya nada podía hacerse, Alexandra se limitó a inyectarle un poco más de morfina, para que pasara la noche sin sufrimiento. Cuando por fin terminó, la doctora se volvió hacia el coronel y le lanzó una sonrisa, cansada, pero satisfecha.

—Muchísimas gracias, coronel. Sin su ayuda todo habría sido mucho más difícil.

El hombre le devolvió una sonrisa afectuosa.

—Es usted el médico más fantástico que he visto en mi vida, doctora Bascourt. Me aterrorizaba no quedar a su altura.

Alex descartó sus palabras con un gesto.

—No diga tonterías, coronel.

—Veré qué arreglos han hecho para que pase usted la noche. — El coronel volvió al poco rato y le comunicó—: Los he convencido de que monten un refugio de ramas y hojas para usted sola. Venga, doctora, será mejor que se retire a descansar. Está agotada — comentó al observar los grandes los ojos pardos que parecían a punto de cerrarse.

—Gracias, coronel. Le agradezco que se haya ofrecido a venir conmigo. Si no estuviera usted aquí, reconozco que estaría aterrorizada.

El militar la acompañó hasta la entrada de su improvisado refugio.

—Duerma tranquila, doctora. Puede contar conmigo. Ya lo sabe —le dijo en un tono sorprendentemente cariñoso que la conmovió.

Ella asintió, se despidió con rapidez y se metió en el improvisado refugio. No fue capaz de quitarse las botas, ni siquiera de desabrocharse el cinturón; se tumbó en el suelo, se tapó con el mosquitero y, en el acto, se quedó dormida hasta que los rayos de sol que se colaban por la abertura del refugio y el alboroto de los

pájaros en las copas de los árboles la despertaron. Le hubiera gustado darse la vuelta y seguir durmiendo; notaba una ligera congestión nasal y los ojos llorosos, lo que sin duda anunciaba un resfriado, pero se recordó a sí misma que la esperaban los heridos y, con un suspiro, se levantó, se peinó como pudo y salió al exterior. En el campamento todo el mundo parecía estar despierto y en movimiento.

—Buenos días, doctora —la saludó el coronel, tendiéndole una taza de café tan caliente que la joven tuvo que protegerse la mano con un trozo de su camisa para agarrarla.

—Hmm. Justo lo que necesitaba.

Alexandra dio un sorbo y la ardiente bebida la reconfortó al instante.

—¿Hay algún sitio donde pueda arreglarme? —preguntó cuando se bebió la última gota de café.

—Venga conmigo. La acompañaré a una fuente cercana y me quedaré vigilando. No me fío un pelo de estos tipos.

Alexandra se aseó como pudo, se cambió de ropa y lavó las prendas usadas con una pastilla de jabón que había traído. Sintióse mucho mejor, se dirigió a visitar a los heridos. Gracias a los calmantes que les administró, ambos habían pasado buena noche y estaban conscientes, aunque seguían teniendo fiebre. La doctora tuvo que explicarle al hombre al que había amputado el brazo lo que había ocurrido y unas lágrimas asomaron a sus ojos negros, a pesar de lo cual, el soldado le agradeció a Alex que le hubiera salvado la vida. Sin embargo, todavía era pronto para cantar victoria. El lugar y las condiciones en las que se veía obligada a mantener a los pacientes, distaban mucho de ser las más adecuadas para su recuperación y la doctora estaba preocupada.

Alexandra limpió las heridas de ambos y les cambió el vendaje. Respecto al tercer hombre, no había mucho que Alex pudiera hacer. Por fortuna, seguía sumido en un letargo del que lo más probable era que no despertara jamás.

Uno de los soldados la llamó entonces para que fuera a comer algo. El rancho del ejército congoleño no difería mucho de las raciones que Alex había compartido con el coronel en la selva durante tanto tiempo. En cuanto se sentó cerca del fuego, uno de los hombres le tendió un plato metálico con un guiso lleno de misteriosos ingredientes que Alexandra no pudo identificar. A pesar del aspecto, no estaba del todo mal y la doctora comió con ganas. Los soldados la miraban con interés, aunque ninguno de ellos le dirigió la palabra en ningún momento; quizá los contenía la presencia del coronel, sentado a pocos metros de ella con cara de pocos amigos. Cuando terminó de comer, el que llevaba la voz cantante se acercó a la doctora y le preguntó por el estado de los heridos.

—El hombre de la herida en el abdomen no creo que pase de esta noche. Los otros dos, si no hay complicaciones, se recuperarán a su debido tiempo. Puedo explicarles cómo hacer las curas y les dejaré los medicamentos necesarios. Así el coronel y yo podremos volver a la misión...

—Por el momento, ustedes no van a ningún lado —interrumpió el oficial con malos modos.

Alexandra no pudo leer nada en sus ojos, ocultos como de costumbre tras las gafas de sol, pero su actitud, de pie junto a ella, resultaba amenazadora.

—Pero... —protestó Alex, tratando de no dejarse intimidar.

—¡Silencio! No permitiré que una simple mujer me diga lo que tengo que hacer.

—Le recuerdo que esta *simple mujer* —contestó el militar recalcando las palabras en un tono calmado— es más que probable que haya salvado la vida de dos de sus hombres.

El capitán se inclinó amenazador sobre el coronel y este se lo quedó mirando sin mover ni un músculo del rostro.

—Será mejor que hable solo cuando le pregunte.

Sin más, golpeó el cuenco del coronel que salió volando por los aires y derramó todo su contenido en el suelo. El norteamericano ni

siquiera pestañeó y el capitán se alejó de él dirigiéndole una mueca desdeñosa. Alex, asustada, permaneció en silencio con los ojos fijos en la figura del coronel. Él le hizo un leve gesto tranquilizador con la cabeza, se levantó, cogió el plato metálico, lo limpió con unas hojas de un arbusto cercano y se acercó al fuego dispuesto a servirse otra ración de la olla que borboteaba sobre él.

Alexandra sintió que perdía el apetito, así que dejó su plato a un lado, regresó al lugar donde se encontraban los heridos y estuvo atendiéndolos hasta que oscureció.

## Capítulo 30

En mitad de la noche Alexandra tuvo necesidad de salir de su refugio y, en la oscuridad casi absoluta que reinaba, tropezó con algo sólido que había a la entrada de su tienda y cayó sobre ese bulto todo lo larga que era.

—¡Ay! —exclamó dolorida.

—¡Caramba, doctora, el que debería quejarse soy yo! Creo que me ha roto un par de costillas...

—Coronel, ¿qué hace aquí tirado? —preguntó, confundida.

A la escasa luz de las estrellas, apenas acertaba a distinguir el contorno de la figura masculina sobre la que permanecía tumbada.

—Solo vigilo, doctora, y a usted, ¿qué le ocurre? ¿Acaso no puede vivir sin mí?

Alexandra se percató de que las manos masculinas aferraban su cintura con fuerza y trató de separarse de él, apoyando el peso de su cuerpo sobre los antebrazos.

—¿Se nota mucho? Me aburría en mi lujosa *suite* y he pensado: ¿no sería más divertido salir afuera y caerme encima del coronel, que seguro que está ahí tumbado, tan pancho, contemplando las estrellas? —respondió con ironía.

—Umm. Yo desde luego no tengo queja. Si necesita que la entretenga, estaré encantado de servirle de ayuda —comentó el coronel, mientras deslizaba el dedo índice a lo largo de su columna

vertebral en una delicada caricia que a Alex le provocó una explosión instantánea de calor entre los muslos.

—No será necesario, muchas gracias —contestó ella procurando parecer tranquila, aunque sentía que le faltaba el aliento—. He salido porque necesitaba... en fin, necesito ir al cuarto de baño.

—Lástima, pensé que deseaba mi compañía... —declaró el coronel con fingida tristeza—. ¡Qué se le va a hacer! Será mejor que la acompañe para asegurarme de que no corre peligro.

El coronel fue con ella y alumbró con su linterna el lugar, asegurándose de que ningún bicho picara a la doctora. Luego se apartó con discreción mientras ella, un tanto cohibida, hacía sus necesidades. Más tarde, la acompañó de nuevo a su refugio y, tras despedirse de él y darle las gracias, Alex entró con rapidez. Desde el interior escuchó cómo él volvía a tenderse ante la puerta y la conmovió pensar que, por protegerla, hubiera decidido dormir ahí tumbado todas esas noches, aguantando unas incomodidades mucho mayores de las que ella se veía obligada a soportar.

Ese hombre la sorprendía de continuo. Y, muy a su pesar, cada día que pasaba Alexandra sentía que se enamoraba más y más de él.

Una mañana, el herido que estaba más grave no despertó. A partir de entonces, los días transcurrieron con un patrón bastante rutinario en la que la principal tarea de Alexandra consistió en cambiar los vendajes de los heridos. Si no hubiera sido por la abierta hostilidad que, cada instante que pasaba, parecía aumentar entre el capitán congoleño y el coronel, Alexandra no se habría sentido tan inquieta.

Aunque el coronel trataba de no provocarlo y procuraba apartarse de su camino en lo posible, el oficial no paraba de buscarle las cosquillas; se burlaba de él y lo insultaba sin descanso y, a pesar de que el norteamericano hacía como si no lo oyera y no

respondía a su hostigamiento, parecía que al congoleño esa actitud, en vez de tranquilizarlo, lo fastidiaba aún más.

Una de esas mañanas en que, como de costumbre, el coronel se dirigía hacia ella con una taza de café caliente en la mano, el capitán congoleño le puso la zancadilla. El militar trastabilló y, aunque logró recuperar el equilibrio a tiempo y no caer al suelo, no pudo evitar que la taza se volcase y el café se derramara sobre su mano, produciéndole una grave quemadura. Alexandra no pudo contener un grito y quiso acercarse al militar para examinar la herida, pero este se lo impidió con un gesto.

—¿Puede saberse qué demonios está buscando? —preguntó, airado, el norteamericano enfrentándose con el inmenso oficial negro, por primera vez.

—Quiero saber si serás capaz de luchar como un hombre, sin refugiarte en tu uniforme de soldado de la ONU. Quiero que nos enfrentemos y, de una vez por todas, sepamos quién es el más fuerte de los dos.

—Coronel, no lo haga... —gritó la doctora.

—No se preocupe, doctora. No pienso hacerlo, ya soy mayorcito para estos estúpidos desafíos. Le recuerdo, capitán, que el ejército de la República Democrática del Congo y las fuerzas de la ONU han firmado un convenio de no agresión.

—¿Tiene miedo? —preguntó el otro burlón, como si no hubiera escuchado una sola palabra de lo que el norteamericano acababa de decir.

—Estoy aterrorizado —contestó Schwartz con el rostro inexpresivo.

La calma de que hacía gala el coronel pareció llenar de ira al congoleño que dio un paso hacia él y estrelló la palma de su mano en la cara del militar. El cuerpo del coronel se sacudió por el impacto y Alexandra vio cómo la piel de su mejilla enrojecía en el acto por la violencia del golpe.

—Esta vez ha ido usted demasiado lejos —afirmó el coronel Schwartz con suavidad, recorriendo con una mirada glacial el

cuerpo de su inmenso oponente.

—¿Luchará entonces? —preguntó el capitán, satisfecho.

—Dónde quiera y cuando quiera —se limitó a decir el coronel sin perder ni un ápice de su serenidad.

—Muy bien —declaró el oficial soltando una siniestra carcajada —, lo haremos en este mismo claro dentro de una hora. Le diré a mis hombres que despejen la zona. El combate será sin más armas que los puños y las piernas; no quiero añadir otra cicatriz a su horrible cara. Solo hay una regla: el primero que consiga derribar al otro y contar hasta diez antes de que vuelva a levantarse será el ganador. ¿Entendido?

—Perfecto —asintió el coronel.

Alexandra aprovechó que el otro hombre se alejaba para acercarse corriendo y examinar la quemadura producida por el café.

—¡Coronel, es una locura! Mire cómo tiene la mano. —El dorso de su mano izquierda estaba enrojecido y una enorme ampolla empezaba a abombar la piel.

—No puedo hacer otra cosa, doctora. Si no lucho me tomarán por un cobarde y usted quedaría desprotegida por completo. Hasta ahora, yo estoy actuando de muro de contención entre ellos y usted —respondió el militar tranquilamente.

Alexandra comprendió la veracidad de sus palabras y guardó silencio.

—Le curaré la quemadura para que esté usted lo más cómodo posible —se limitó a decir la joven. Lo acompañó hasta la entrada de su refugio y entró a buscar una pomada y una venda, mientras se mordía el labio inferior, preocupada. Al terminar le dijo—: Ahora siento que haya venido conmigo, coronel. No quiero ser culpable de que ese animal acabe con usted, está claro que es esto lo que ese hombre horrible ha estado buscando todo este tiempo.

Al oírla, el coronel colocó un dedo bajo su barbilla y alzó su rostro angustiado hacia él.

—Tenga fe en mí, Alexandra, no es la primera vez que me veo obligado a luchar.



Sus pupilas se encontraron y permanecieron unidas un largo rato durante el cual Alex pensó que se había olvidado hasta de respirar. Fue el coronel el que rompió al fin el encantamiento; con delicadeza, soltó su barbilla y se alejó, perdiéndose enseguida en la espesura.

Una hora después, no había un alfiler en el pequeño claro del campamento. Los congoleños estaban muy animados y jaleaban a su capitán sin cesar; para ellos, este tipo de peleas no debía resultar un espectáculo insólito y estaba claro que daban por hecho que sería su oficial el que saldría victorioso del combate. A Alexandra le hubiera gustado meterse en su cabaña y taparse los oídos con las manos para no tener que enfrentarse a lo que iba a ocurrir, pero se obligó a permanecer donde estaba; deseaba ofrecerle al coronel el poco apoyo moral que pudiese.

Los contrincantes aparecieron casi al mismo tiempo. Ambos iban desnudos de cintura para arriba y, al verlos uno al lado del otro, Alex no pudo contener un suspiro de inquietud. El coronel era un hombre muy alto y fornido, pero el negro, que en esos momentos elevaba los brazos por encima de su cabeza en un gesto de triunfo, era un auténtico coloso. Debía medir más de dos metros y sus espaldas eran inmensas. Los músculos bajo su piel de ébano se abombaban poderosos, y el temor de Alex por el coronel subió varios grados.

A pesar de todo, el rostro del militar no revelaba ni miedo, ni nerviosismo; como de costumbre, era una máscara inexpresiva. En cuanto el capitán congoleño hizo una señal, comenzó el combate y ambos luchadores empezaron a girar, uno en torno al otro, midiendo el poderío de su rival. En un momento dado, el oficial lanzó un gancho tan brutal a la cabeza del norteamericano que si este no lo hubiera esquivado con la rapidez de una centella, el combate habría terminado en ese mismo instante.

El coronel giraba sobre sus pies, sin perder de vista a su oponente, con los puños protegiéndole el rostro, pero sin hacer amago de golpearlo. Estuvieron así durante varios minutos que a

Alex le parecieron una existencia completa; el oficial atacaba y el norteamericano se limitaba a esquivarlo sin devolverle el golpe. El sol caía a plomo sobre los luchadores y tanto el cuerpo bronceado del coronel como el negro azulado de su contrincante resplandecían bajo una gruesa capa de sudor.

En ese momento, el congoleño lanzó un nuevo y terrible puñetazo contra su rival y, esta vez, el coronel Schwartz se apartó con agilidad y aprovechó el impulso del otro hombre para golpearle dos veces en las costillas. Rugiendo de dolor, el negro se abalanzó a toda velocidad sobre él, y logró estrellar el puño contra su rostro y un hilo de sangre comenzó a deslizarse por la barbilla del norteamericano. El coronel sacudió la cabeza, tratando de despejarse, y numerosas gotas de sudor salieron despedidas en todas las direcciones.

Con una mueca satisfecha, el capitán le lanzó una patada que alcanzó de nuevo al coronel, esta vez en un costado. Alexandra se tapó los ojos, horrorizada, pero al momento retiró las manos; tenía que ver lo que ocurría, aunque solo fuera para saltar a la arena en cuanto ese horrible espectáculo concluyera y recoger los pedazos que quedaran del coronel. El congoleño trató de asestarle otro golpe brutal, pero esta vez el militar, con un movimiento tan veloz que Alex no pudo captarlo bien, giró sobre sí mismo y estrelló su pierna derecha en la cabeza de su oponente y, sin darle tiempo para recuperarse del impacto, volvió a hacer lo mismo con la otra pierna.

Sin detenerse ni un segundo Harry Schwartz, golpeó una y otra vez la mandíbula y los costados del oficial que se resistía con firmeza. De pronto, este logró conectar dos ganchos en el estómago del coronel con tanta fuerza que el norteamericano se dobló sobre sí mismo. Sin embargo se repuso casi al instante y siguió machacando sin piedad a su oponente, hasta que cayó al suelo. El congoleño trató de incorporarse, pero una tremenda patada en la cara lo derribó de nuevo y, esta vez, quedó inconsciente sobre la tierra.

El silencio asombrado que se hizo entre los hombres del capitán solo fue roto por el grito de júbilo que salió de la garganta de Alex.

La joven corrió hacia el coronel y se abalanzó sobre él, colgándose de su cuello. A pesar del dolor que sentía por todo el cuerpo, el norteamericano sonrió encantado y la estrechó con fuerza, girando sobre sí mismo con ella entre sus brazos.

## Capítulo 31

—¡Lo logró, coronel! ¡Lo logró! —era lo único que Alexandra era capaz de repetir una y otra vez. Por fin pareció recuperar un poco la cordura y añadió—: Será mejor que atienda a ese hombre horrible no vaya a ser que se muera ante mis propias narices.

El coronel la dejó en el suelo con delicadeza y la doctora corrió a examinar al oficial, que no se había movido. Con cuidado, Alexandra le abrió los párpados e inspeccionó sus pupilas. No estaban dilatadas, así que descartó que estuviera en estado de *shock* y, como reaccionaban con normalidad a la luz, también desechó posibles daños cerebrales. A juzgar por la hinchazón y la hemorragia nasal, el capitán tenía rota la nariz. Alex le hizo una seña a uno de los soldados.

—Llévalo junto a los demás heridos y mantenlo sentado y un poco inclinado hacia adelante para que la sangre no baje por su garganta. Quédate a su lado y aplícale un trapo mojado con agua fría en la nariz, pero ten cuidado de no ejercer ninguna presión. Cuando vuelva en sí, avísame —le ordenó.

El soldado obedeció con presteza y Alexandra se volvió hacia el militar y se colgó de su brazo.

—Venga conmigo, coronel. Voy a tener que cobrarle las horas extra —bromeó Alexandra, feliz como si una fuente inagotable de alegría rezumara por todos los poros de su piel.

—Creo que después de las veces que ha tenido que atenderme podría hacerme precio de amigo —protestó muy serio el norteamericano, mientras sus ojos la miraban risueños.

Alexandra lo hizo sentarse sobre el suelo, corrió a coger todo lo necesario y procedió a desinfectar el profundo corte que tenía en el labio, que aún sangraba. Sus dedos frescos y ligeros le examinaban con delicadeza, y Harry Schwartz se sentía en la gloria.

—El corte en la ceja va a necesitar algunos puntos —anunció Alex, al tiempo que sacaba la aguja y la sutura; con rapidez, le dio un par de puntos que él aguantó estoico y siguió palpando con cuidado el resto de su cuerpo—. Buenas noticias, coronel. Ni siquiera tiene una costilla rota y no parece haber ninguna lesión interna. Mañana su pecho estará lleno de moratones y, durante algunos días, se sentirá muy molesto. Voy a extender una pomada antiinflamatoria por las lesiones.

Con mucha suavidad, Alexandra aplicó la crema por todas sus contusiones. El coronel cerró los ojos, sumergiéndose en el placer que le proporcionaban esas manos, finas y delicadas, tan femeninas y tan hábiles; en un momento dado, el tacto de esos dedos se interrumpió y el militar abrió los párpados con pesar y se encontró la cara de Alexandra muy cerca de la suya, con sus labios esbozando una misteriosa sonrisa que lo dejó fascinado.

—Doctora, tiene que hacer lo que hacía mi madre cuando yo era niño y me caía. Es un remedio infalible —dijo muy serio.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué remedio me habla? —Los ojos pardos se posaron en él, acariciadores.

—No puedo creer que una doctora tan buena como usted no lo conozca... —respondió él entrecerrando sus párpados, burlón.

—Me muero de curiosidad, coronel.

—Está bien, desvelaré el secreto que mi familia ha guardado celosamente durante generaciones y generaciones.

—Cuente, por favor, estoy impaciente...

—El secreto para que una herida sane sin problemas, es que una mujer ejerza un poco de presión con sus labios sobre ella —

afirmó con sus pupilas clavadas en ella, sin que se le moviera un solo músculo del rostro.

Alexandra le devolvió la mirada, divertida.

—¿Quiere decir un beso?

—¡Por supuesto que no! —negó él como si la pregunta le ofendiera—. Es un método mucho más científico. Le estoy hablando de *ejercer presión*.

Recalcó las palabras, mientras sus ojos oscuros relucían, maliciosos.

—Entiendo —declaró la doctora muy seria—. ¿Y qué grado de presión sería necesaria, fuerte, media...?

—No estoy seguro.

—Entonces será mejor que pruebe a ver si consigo sacar mis propias conclusiones —declaró ella, al tiempo que tomaba la cara masculina entre sus manos y se inclinaba sobre él.

El coronel se quedó muy quieto, esperando.

—¿Qué tal así? —preguntó Alexandra, besando con la ligereza de una pluma la herida de la ceja.

El coronel cerró los párpados; de repente, notaba que se le iba la cabeza.

—No está mal —trató de contestar con voz ronca.

—¿Y así? —Alex prosiguió derramando una miríada de besos ligeros sobre sus párpados, su nariz, sus mejillas...

—Va bien... Va muy bien. —El pobre hombre apenas podía pronunciar las palabras.

Los labios de Alexandra descendieron por su boca y su barbilla, y bajaron por su cuello hasta el pecho. Alex se detuvo y separó su rostro menos de un centímetro de la piel magullada, mientras comentaba con fingida vacilación:

—No estoy segura de si el remedio será muy efectivo en esta zona...

—¡Por supuesto que sí, no se detenga! —casi gritó el coronel sin abrir los ojos.

Alexandra sonrió contra su pecho, satisfecha del poder que le daba saber que ella también era capaz de provocar en el militar la misma locura que él suscitaba en ella. De nuevo, Alex comenzó a esparcir una lluvia de leves caricias por todos los cardenales que ya asomaban en su piel: en sus pectorales, sobre las costillas, los hombros poderosos, la espalda bronceada... Cuando escuchó el incontenible suspiro de satisfacción del coronel, decidió que había llegado el momento de castigarlo un poquito. Con rapidez, se apartó de él y comentó con aparente despreocupación:

—Creo que ya es suficiente por hoy. Iré a atender al resto de los heridos, quizá también ellos necesiten esta cura tan efectiva que acabo de descubrir.

El coronel abrió los párpados y la miró con el ceño fruncido.

—Doctora, usted sabe bien cómo herir a un hombre... —afirmó, jadeante.

La joven le lanzó una sonrisa burlona y se alejó hacia la cabaña de los enfermos, mientras Harry Schwartz, respirando aún con dificultad, juró que se vengaría de esa perversa y seductora mujer.

—Ahora mismo iba a llamarla, doctora —dijo el soldado.

Alexandra se acercó al capitán congoleño que estaba volviendo en sí y gemía de dolor. Su nariz era una masa informe y presentaba hematomas alrededor de los ojos.

—Tómese esto —ordenó Alex tendiéndole un calmante y una taza con un poco de agua; el tipo le lanzó una mirada rencorosa con los ojos inyectados en sangre, pero obedeció.

La joven examinó el resto de sus magulladuras, pero no tenía nada grave, así que terminó con él lo más aprisa posible, ya que le desagradaba en extremo su proximidad. Luego se volvió hacia los otros dos pacientes. El que presentaba la herida de bala con orificio de entrada y salida parecía estar mucho mejor. Ya no tenía fiebre y, al verlo bastante más recuperado, la doctora lo ayudó a incorporarse y le prometió que iría a buscar algo ligero para darle de comer en

cuanto terminase de atender a su compañero. El otro, aunque tenía algunas décimas, no había empeorado y su muñón cicatrizaba bastante bien. Alex le hizo una cura y salió a buscar algo de comer para ambos.

Durante los días que siguieron, además de ocuparse de los dos heridos y el capitán, Alexandra también tuvo que hacerse cargo de otro de los soldados que sufrió un ataque de malaria. Al no ser posible trasladarlo a un hospital, como hubiera sido lo correcto, la doctora le aplicó un tratamiento que pareció funcionar y, un par de días después, el hombre se encontraba casi recuperado. Ella, sin embargo, seguía arrastrando el resfriado que había pillado la noche que llegó al campamento pero, aunque su congestión era cada vez mayor, no le dio la menor importancia.

A pesar de que el final del plazo de diez días que el coronel le había dado al sargento Bates estaba a punto de expirar, el capitán congoleño no mostraba ninguna intención de dejarlos marchar. Cuando el militar fue a preguntarle, el otro hombre se limitó a mirarlo con odio y a decirle que él podía irse cuando le diera la gana, pero que la doctora se quedaba, pues todavía necesitaban a alguien para atender a los heridos. Para acabar de rematarlo, uno de los hombres, que había ido a recoger agua al río, fue atacado por una mamba negra. Alexandra sabía que la mordedura de esta serpiente solía ser letal, no por lo tóxico del veneno, sino por la gran cantidad que inyectaba en sus víctimas así que cuando llegó junto al pobre soldado al que había mordido era ya demasiado tarde. El hombre boqueaba, desesperado, en un vano intento de respirar, ya que el veneno de la mamba hacía que los músculos respiratorios se paralizaran en apenas diez minutos. Al cabo de una terrible agonía, en la que la doctora apenas pudo hacer nada por él, el soldado murió sofocado.

A pesar de que Alexandra era consciente de que no siempre se podía salvar a los pacientes, las muertes de estos la afectaban



profundamente; por ello, cuando experimentó un aumento de la fatiga y del dolor muscular, lo achacó a la ligera depresión que sentía siempre que se enfrentaba a la pérdida de vidas humanas. Sin embargo, tres días más tarde el dolor de cabeza y la terrible noche pasada entre escalofríos producidos por la fiebre y una tos aguda que le producía un brutal dolor en el tórax, le hizo comprender que estaba enferma. Casi sin fuerzas, se arrastró hasta la puerta de su refugio.

—Coronel —llamó con voz débil.

El coronel se despertó casi en el acto y se volvió a mirarla a la luz de los suaves rayos del alba. Al ver su cara muy pálida y su frente perlada de sudor, supo que algo iba mal.

—¿Qué tiene, doctora?

—No sé. Puede ser una simple gripe o quizá algo más gordo. Me he tomado una pastilla para la fiebre y el dolor, pero creo que debemos irnos de aquí...

—No se preocupe, doctora, me encargaré de ello.

El coronel se levantó y se dirigió a hablar con el capitán congoleño, que en ese momento se encontraba tomando café. Todavía tenía la nariz hinchada y, aunque disimulados por su piel oscura, se adivinaban cardenales en torno a sus ojos. Cuando vio que el coronel se acercaba a él, le dirigió una torva mirada.

—Capitán, me temo que la doctora está enferma. Es preciso que regresemos a la misión.

—Tonterías, seguro que está fingiendo.

El coronel realizó una profunda inspiración, tratando de armarse de paciencia.

—Le aseguro que no está fingiendo, acabo de verla y le digo que necesita atención médica cuanto antes.

—¿Acaso no puede curarse a sí misma? —preguntó el oficial en un tono burlón que hizo que al norteamericano le entrasen ganas de estrangularlo.

—La doctora está muy mal y puede ponerse aún peor. Necesita que la atiendan en la misión —replicó el coronel con firmeza.

—Dígale que se tome una pastilla y que no me moleste más. Y usted tampoco. ¡Lárguese de aquí! —gritó, iracundo.

El coronel dio media vuelta y volvió junto a la doctora. La encontró tumbada en el suelo, tosiendo sin cesar sobre un pañuelo. Unas enormes ojeras dibujaban una media luna oscura bajo sus ojos, que brillaban por la fiebre.

—¿Qué le ha dicho el capitán?

—No se preocupe, Alexandra, enseguida nos iremos de aquí.

La doctora esbozó una débil sonrisa de alivio y cerró los ojos. El coronel se agachó a su lado y apoyó la palma de la mano contra su frente, que ardía. Incluso para sus ojos inexpertos resultaba evidente que la joven tenía algo más que una simple gripe; era necesario llevarla a la misión cuanto antes. En cuanto tomó la decisión de sacarla de allí, salió afuera y comenzó a pensar en la forma de llevarla a cabo.

## Capítulo 32

De nuevo el coronel fue a hablar con el capitán y, una vez más, insistió con voz calmada en la necesidad de llevar a la doctora a la misión. El tipejo, que no podía perdonar la derrota que había sufrido a del coronel manos delante de todos sus hombres, empezó a gritar y a insultarlo, pero el norteamericano permaneció impasible y, cuando el oficial terminó su furiosa invectiva, se limitó a decir:

—Si no me cree, venga a verla usted mismo. De nada le servirá una doctora enferma o, lo que es peor, muerta. Tendrá que responder más tarde ante un tribunal.

El capitán pareció pensarlo mejor y, a regañadientes, aceptó ir a ver a la enferma. Cuando Alexandra notó la presencia de otras personas a su lado, abrió los ojos con esfuerzo.

—¿Ve lo que le digo? —oyó que decía el coronel.

—Bah, puede ser cualquier cosa. Nada que no puedan curar todas esas medicinas que ella trajo consigo —contestó, desdeñoso, el oficial.

—¿Quiere decir que no permitirá que la doctora vuelva a la misión?

—Por el momento, no se moverá de aquí. —El congoleño zanjó la discusión, autoritario.

Al escuchar esas palabras, Alexandra sintió que se le caía el alma a los pies pero, antes de que pudiera pensar siquiera en decir algo, el coronel, con un movimiento rapidísimo, sacó la pistola de la

cartuchera que el capitán llevaba colgada del cinturón y rodeó el cuello del congoleño con un brazo, mientras que, con la otra mano, apuntaba el arma a su cabeza.

—Me temo que será necesario obligarlo —dijo con suavidad.

Sin soltar al oficial, cuyos ojos traicionaban su temor, el coronel Schwartz salió al exterior y llamó a uno de los soldados que dormitaba apoyado en el tronco de un árbol.

—Tú, coge a la doctora y su mochila y mételas en ese Jeep.

El soldado miró interrogante a su superior y este, al sentir que el cañón de la pistola presionaba aún más contra su sien, asintió con rapidez. El hombre se arrodilló al lado de la doctora y, como si apenas pesara, la alzó en sus brazos con facilidad. Alexandra era consciente del peligro al que se enfrentaban, pero se sentía demasiado débil para protestar.

—Déjala sobre el asiento del copiloto —ordenó el coronel.

Después, le indicó que cogiera las llaves de todos los demás vehículos y se pusiera al volante. Sin soltar ni un instante al oficial congoleño, el norteamericano lo obligó a sentarse con él en la parte trasera y, sin apartar la vista sobre el resto de los soldados que no sabían muy bien lo que debían hacer, gritó:

—Arranca y sácanos de aquí.

El conductor obedeció sin oponer resistencia y con un brusco acelerón partieron a toda velocidad. A los pocos segundos, habían perdido de vista el campamento. En cuanto se hubieron alejado unos veinte kilómetros, el coronel le dijo al soldado que detuviera el vehículo; entonces hizo descender al capitán, le metió el resto de las llaves en los bolsillos y, sin dejar de apuntarlo con la pistola, le dijo:

—Ya puede volver con sus hombres. Si se da prisa, llegará al campamento antes de que anochezca. Y un último consejo, capitán —comentó en un tono frío y amenazador, que hizo detenerse en seco al hombre que ya empezaba a alejarse—, si vuelvo a ver su fea cara cerca de la misión, dispararé en el acto. Luego explicaré a sus colegas que lo confundí con un rebelde.

Sin prestarle más atención, el coronel se dirigió hacia el asiento de Alexandra, que en ese momento sufría un ataque de tos, la cogió entre sus brazos y se subió de nuevo a la parte trasera del todoterreno. Después clavó sus ojos en los del conductor, que lo miraba con asombro por el retrovisor, y con un movimiento del arma le indicó que se pusiera en marcha. El congoleño no necesitó que se lo repitieran y enseguida avanzaban por la carretera todo lo rápido que permitían los profundos baches. Alexandra no pudo recordar después casi nada de aquel viaje espantoso; solo los brazos del coronel a su alrededor en un intento de evitar que los agujeros del camino y sus continuos ataques de tos la sacudieran como a un pelele.

El militar estaba terriblemente preocupado por la salud de la doctora. Desde hacía rato parecía haberse sumido en un estado de semiinconsciencia y lo único que él podía hacer era rezar para que llegaran cuanto antes. Al cabo de casi seis horas durante las cuales tan solo se detuvieron para echar gasolina de un enorme bidón que colgaba de la parte trasera del propio vehículo, el coronel avistó la misión. Le indicó al soldado que se detuviera frente al dispensario, cogió en brazos a Alexandra, que aún no había despertado, y se metió dentro. El ruido del frenazo y la bocina habían alertado a los habitantes de la misión y, al poco tiempo, la hermana Marie apareció en el quicio de la puerta.

—¡Coronel, gracias a Dios! —Al ver la figura inconsciente de la doctora sobre la camilla, la religiosa salió corriendo hacia la escuela, donde en ese momento estaban todos cenando.

Al rato, volvió con un hombre alto y enjuto, y se lo presentó al coronel como el doctor Ford, que se había ofrecido a ayudarlos hasta que regresara la doctora Bascourt. El doctor se inclinó sobre la paciente, cuya respiración resultaba laboriosa en extremo.

—Se quejaba de dolor de tórax. Tiene fiebre y mucha tos —comentó el coronel, tratando de ayudar en lo posible.

—Parece que también tiene dificultad para respirar. Necesitaría hacerle una radiografía y una serie de pruebas que aquí resultan

imposibles para confirmar el diagnóstico, pero creo que la doctora padece una neumonía y no tiene buena pinta. Será necesario trasladarla a un hospital lo antes posible; le daré un poco de morfina para aliviarla. Por ahora no le administraré antibióticos. Hasta que no sepamos qué tipo de microorganismos le han causado la neumonía no sé si serán efectivos.

La misionera y el coronel se quedaron mirándolo atónitos.

—¡Neumonía!

—¿Qué pensaban? —El médico alzó las cejas irónico—. ¿Que la neumonía solo se da en países con inviernos nevados?

El coronel sacudió la cabeza y pareció salir de su estupor.

—Avisaré a la base para que nos envíen un helicóptero mañana a primera hora. Es la forma más rápida de trasladarla a Kinshasa.

El doctor cogió el estetoscopio, se inclinó sobre el pecho de Alex durante unos minutos y, a juzgar por la expresión sombría de su rostro, no pareció gustarle mucho lo que escuchaba.

—Noto un ligero roce, como una disminución de los sonidos respiratorios.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el coronel con los puños apretados.

—Me temo que la neumonía se ha complicado con un empiema. —Ante sus miradas de incompreensión, explicó—: Es una acumulación de pus en el espacio pleural. La paciente va a necesitar un tratamiento prolongado en un hospital. Voy a hacerle un drenaje de emergencia, así la doctora afrontará el traslado de mañana en mejores condiciones. De todas formas —añadió al ver el temor reflejado en los ojos de ambos—, en la mayoría de los casos las personas con estos síntomas se recuperan sin problemas.

—¿Qué más podemos hacer hasta que llegue el helicóptero? —preguntó el coronel.

—Será necesario que alguien pase la noche con ella, para que pueda avisarme si su estado empeora. Le daré algo para que le resulte más sencillo expulsar las secreciones. De vez en cuando habrá que suministrarle líquidos. Y, gracias a Dios podemos contar

con esa pequeña botella de oxígeno; nos vendrá muy bien en caso de que las dificultades respiratorias aumenten.

—Yo misma me quedaré —se ofreció la hermana Marie.

—No es necesario, hermana, me quedaré yo —declaró el coronel, tajante—. Primero iré a hacer las gestiones necesarias para conseguir el helicóptero; cuando termine volveré y me quedaré con ella el resto de la noche.

La hermana Marie notó su expresión decidida, así que asintió en silencio y se ofreció a traerle luego algo de comer.

Cuatro horas más tarde, Harry Schwartz permanecía sentado en una silla al lado de la cama de la doctora, con una de sus frías manos apretada entre las suyas. La fiebre había remitido y a pesar de que la respiración de Alexandra seguía siendo trabajosa, la morfina que el doctor Ford le había inyectado la mantenía en un estado de semiinconsciencia que le hacía más tolerable el dolor. El militar le administró varias veces oxígeno durante la noche y la incorporó a menudo para que bebiera un poco de agua, pero sus cuidados no parecían haber sido muy efectivos.

El sándwich que le había traído la hermana Marie yacía intacto en el plato. El coronel rezaba para que llegase la mañana y poder partir de una vez. No podía soportar ver esa mujer, a la que amaba más que a nada en el mundo, luchando por respirar sin poder hacer nada por ella; se sentía tan impotente que tenía ganas de gritar y golpear algo.

Por fin, la luz del amanecer comenzó a filtrarse por las ventanas. El estado de Alexandra no había variado cuando entró el doctor y examinó a la paciente con atención.

—No parece haber mejorado —declaró negando con la cabeza.

El coronel tuvo que morderse la lengua para no gritarle que eso también lo había notado él, pero sabía que sería injusto culpar al

doctor Ford por la condición de Alexandra. En ese momento, entró la hermana Marie y recibió también el parte pesimista del doctor Ford. La religiosa dirigió una rápida mirada hacia el rostro pálido y desesperado del coronel y con amabilidad le dijo:

—Coronel, he preparado el equipaje de la doctora con todo lo que he pensado que podía necesitar, así que será mejor que usted vaya a ducharse y a recoger el suyo. Me imagino que querrá acompañarla hasta Kinshasa.

Al ver sus pupilas compasivas, el coronel se preguntó hasta que punto la hermana Marie conocía sus sentimientos por la doctora Bascourt.

—Por supuesto, hermana —afirmó con una leve sonrisa.

—Y coma algo, coronel, no servirá de mucha ayuda si se desmaya —le advirtió la religiosa con severidad.

El coronel se llevó dos dedos a la frente en un irónico saludo militar y salió a hacer lo necesario antes de que llegara el helicóptero, que ya no podía tardar.



## Capítulo 33

Unas horas después, el helicóptero aterrizaba en Kinshasa y una ambulancia esperaba en la pista para trasladar a la doctora al hospital americano. El militar sintió que la historia se repetía, pero ahora todo resultaba mucho más dramático.

La vida de Alexandra Bascourt estaba en verdadero peligro.

En cuanto llegaron al hospital, se llevaron a la doctora para someterla a todo tipo de pruebas y el coronel Schwartz se vio obligado a permanecer en una destartalada sala del edificio, esperando noticias. Impotente, se paseó por la habitación de arriba abajo como un tigre enjaulado. Al cabo de unas tres horas apareció el doctor Marshall:

—Me alegro de verlo de nuevo, coronel, aunque lamento que sea en estas circunstancias.

Al oír el saludo, el rostro del coronel perdió todo el color de golpe.

—¿Quiere decir...? —No se atrevió a pronunciar la palabra en la que estaba pensando.

—¡No, por Dios! Siento que al escuchar mis palabras haya podido pensar... —El doctor se interrumpió, agobiado—. Mire, seré sincero con usted. La doctora está muy grave. Le hemos hecho pruebas para establecer qué tipo de bacteria le ha provocado la neumonía. Acabamos de administrarle la primera dosis de antibióticos; ahora solo queda esperar a ver cómo evoluciona. En

cualquier caso, si hay mejoría, va a necesitar un largo tratamiento con antibióticos y drenajes. Lo ideal sería que cuando pasara lo peor, pudiéramos enviarla a un hospital cercano a su lugar de origen, donde pudiera seguir con la recuperación.

—Por eso no se preocupe, yo me haré cargo de todo. ¿Cuánto tiempo es necesario para determinar si los antibióticos están haciendo su trabajo?

—Las primeras veinticuatro horas son cruciales. Si durante ese período vemos que tolera bien el tratamiento, debemos suponer que va a funcionar.

—Bien —comentó el coronel con una expresión más severa que nunca—. Espero que no le importará si paso aquí la noche. Quisiera estar al tanto, minuto a minuto, del estado de salud de la doctora Bascourt.

El doctor Marshall lo miró con una curiosa expresión:

—Comprendo. No hay ningún problema. Le prometo que en cuanto sepamos algo yo mismo o una enfermera nos encargaremos de informarlo.

—Muchas gracias, doctor. Mientras tanto trataré de ponerme en contacto con su familia; creo que ellos deben saber lo que está pasando.

—Será lo mejor. Hasta luego, coronel. Le mantendré informado.

Las horas que siguieron Harry Schwartz las recordaría siempre como las peores de su vida. Ni siquiera se molestó en comer nada, un nudo doloroso le había cerrado el estómago y sabía que no sería capaz de hacer que ningún alimento bajara por su garganta. Veía pasar de continuo a enfermeras y doctores, pero nadie le decía nada; tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no agarrar el brazo de alguno de ellos y retorcérselo hasta que confesaran qué demonios ocurría con Alexandra. En esos momentos, le hubiera gustado ser fumador y tener algo a lo que aferrarse para que el tiempo no transcurriera con semejante lentitud. Aunque en un

momento dado se tumbó sobre una de las hileras de sillas de plástico de la sala, no fue capaz de dormir ni un segundo.

Al cabo de un montón de horas, continuaba con sus paseos de pared a pared al borde de la desesperación, cuando apareció de nuevo la sonrosada calva del doctor Marshall por la puerta; era evidente que había ido a su casa a dormir y a ducharse. El doctor fijó la mirada en el rostro ceniciento y ojeroso del coronel, en su pelo revuelto y en la arrugada camisa en la que se dibujaban grandes manchas de sudor y se alegró de poder darle al fin una buena noticia.

—Coronel, la doctora Bascourt está respondiendo al tratamiento.

El alivio del militar fue tan gigantesco que se tambaleó y tuvo que sujetarse al respaldo de una de las sillas para no caer.

—¿Se recuperará por completo?

—Aunque en estos asuntos hay que ser prudente, yo diría que sí. Sin embargo, como ya le dije la recuperación será lenta. Muy lenta.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó el coronel con una intensidad que le sorprendió, pues nunca había sido un hombre muy religioso—. ¿Podría verla?

—No hay problema, aunque debo avisarle de que aún no había despertado cuando salí de su habitación.

—No me importa, solo quiero verla.

—Muy bien, acompáñeme.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación de Alexandra, el doctor Marshall, con gran discreción, lo dejó solo. El coronel se acercó a la cama y contempló el pálido rostro de la joven, enmarcado por su rubio y revuelto cabello. Estiró una mano y con dedos temblorosos retiró un mechón de su mejilla.

—Alexandra —susurró—. Mi amor...

En ese momento, los párpados de la joven temblaron y, poco a poco, Alex abrió los ojos. Miró el rostro macilento del coronel y trató de esbozar una débil sonrisa.

—Tranquila, doctora, está en el hospital americano. En las competentes manos del doctor Marshall.

Alexandra separó los labios para decir algo, pero el coronel posó con suavidad un par de dedos sobre ellos, impidiéndoselo.

—No hable, doctora, reserve sus fuerzas. He avisado a su familia y me encargaré personalmente de que se reúna con ellos a la mayor brevedad.

—Coronel... —susurró la joven con una voz, débil y rasposa, que obligó al militar a inclinarse sobre sus labios para poder escuchar sus palabras.

—Dígame, Alexandra.

—Coronel, gracias...

El norteamericano se inclinó sobre ella y depositó un ligerísimo beso sobre sus labios, y Alexandra sintió también algo húmedo en su mejilla. Trató de verle la cara, pero el coronel se había alejado de su lado con rapidez y, de espaldas a ella, contemplaba la vista desde la ventana de la habitación. Cuando recuperó la serenidad, el militar se volvió hacia ella.

—Será mejor que vaya a adecentarme un poco. Volveré lo antes posible. Hasta luego, doctora.

—Hasta luego —murmuró Alex antes de que sus ojos se cerraran de nuevo.

Alexandra apenas se enteró de lo que ocurrió durante la semana que permaneció en el hospital americano de Kinshasa; estaba muy débil y pasaba el día medio dormida, sin apenas fuerzas para abrir los ojos. Era vagamente consciente de la presencia del coronel a su lado, pero no tenía energías para hablar con él y le costaba un tremendo esfuerzo tratar de entender lo que el militar le decía.

Por fin, se encontró a bordo de un avión medicalizado rumbo a Francia. Estuvo casi tres semanas en un hospital de París, hasta que permitieron que su madre se hiciera cargo de ella y se la llevara a su casa en la Provenza, en el pequeño pueblo de Lacoste. Para

Alexandra fue como regresar de nuevo a la infancia; era muy agradable volver a tener a su madre pendiente de ella a todas horas, preparando sus platos preferidos a pesar de que Alex apenas comía, y dándole todo tipo de consejos que la joven aceptaba de buena gana, demasiado agotada para protestar y decirle que la dejara en paz, como hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

La habitación que había compartido con su hermana cuando era niña seguía tal como la había dejado, como si el tiempo se hubiera detenido y su vida de adulta tan solo hubiera sido un sueño. Fue al regresar a su hogar cuando empezó a salir de la apatía que, hasta ese momento, la había envuelto como una bruma viscosa. Su madre había sido bastante prudente, pero al ver que la joven volvía a parecerse a la Alex de antaño, un día que se encontraban desayunando en el jardín a la sombra de un cerezo en flor, comenzó a hacerle preguntas:

—¿Sabes algo del coronel Schwartz? Me gustaría saber qué tal está; fue muy amable conmigo...

—¿Cuándo has hablado con él? —preguntó Alexandra con extrañeza.

—Me llamó cuando te internaron en el hospital americano de Kinshasa. En esos momentos estabas muy grave y pensó que tu familia debía saberlo. Es un hombre encantador.

—¿Encantador? —No era un adjetivo que ella hubiera utilizado nunca en relación con el coronel.

—Encantador —afirmó su madre, rotunda—. Me mantuvo informada en la misma medida en que los médicos lo informaban a él. Me aconsejó que no volara a hacerme cargo de ti, como era mi intención, pues lo único que hubiera conseguido habría sido cruzarme contigo y se ocupó de que te trasladaran a Francia en un avión con todo lo necesario, en un tiempo récord. Yo misma no podría haber hecho más.

—Reconozco que es el tipo de hombre al que su honor le impulsa a llevar las cosas hasta el final.

—No me dio la sensación de que fueses para él una *cuestión de honor*, precisamente —dijo su madre recalcando las palabras y mirándola con profunda curiosidad.

—¿Qué quieres decir? —Alex se mordió el labio inferior, para evitar que temblara.

—Pues que más bien me pareció que el hombre está enamorado de ti.

—¡Tonterías! —exclamó Alex, pero a su madre no le pasó desapercibido el rubor que invadió sus mejillas—. Lo más probable es que se case pronto con una exnovia suya muy guapa y que pertenece a su mismo círculo social. Si sintiera algo por mí, ¿no crees que habría llamado o al menos me habría enviado alguna carta?

Alexandra no quería reconocer lo mucho que le había afectado no tener noticias del coronel desde que saliera de África. Al principio, se encontraba tan cansada que casi todo la dejaba indiferente pero, en los últimos días, no había dejado de pensar en él y en lo que consideraba su olvido.

—Quizá esté ocupado... ¿No me contaste en una de tus cartas que era él el que dirigía el proyecto del nuevo hospital?

—Claro, y no hay un minuto en el día para que pueda escribir aunque sea un par de líneas... —contestó, sarcástica. Y con fingida ligereza añadió—: Además, no es necesario que trates de animarme, mamá. El coronel no significa nada para mí. Tan solo lo considero un amigo y me ha dolido su falta de interés, eso es todo.

—Ya —contestó, su madre lacónica.

Sin decir nada más, su madre le remitió un poco más la cálida manta que envolvía sus piernas, cogió la bandeja con el delicado juego de café de porcelana de Limoges, que solo sacaba en contadas ocasiones, y se dirigió hacia la preciosa casa de piedra cuya fachada estaba engalanada con una espectacular glicinia morada. Alexandra aspiró el delicioso aroma de la primavera en la Provenza y, recostándose un poco más en el banco, cerró los ojos. Sus pensamientos volaron a la misión, a sus pacientes, a la

hermana Marie y, por último, muy a su pesar, se posaron en la figura del coronel Harry Schwartz; lo echaba tanto de menos que le dolía el corazón.

—¡Alex, despierta! Hija mía, te pasas la vida dormitando como una vieja.

La joven abrió los ojos de mala gana.

—Aline, siempre tan oportuna...

Su hermana Aline le sacaba dos años y seguía tratándola como a una hermanita pequeña y algo estúpida.

—Vamos, Alex, llevas casi dos meses arrastrándote por los rincones, ya va siendo hora de que empieces a hacer una vida normal. ¿Te gustan? —preguntó sin pausa, poniendo sus manos con la manicura recién hecha bajo sus narices.

—No sé, ¿está de moda el azul? —preguntó Alex, dudosa.

—¡Dios mío, es desesperante! Claro, después de un año perdida en todavía no sé qué agujero del mundo, sería mucho pedir que supieras algo de moda.

—Tienes razón, dudo que ninguna de las mujeres a las que atendí pudiera permitirse el lujo de hacerse la manicura...

—Si quieres hacerme sentir culpable, olvídalo. Por cierto, tienes una carta —dijo sacando un sobre blanco de su bolso y agitándolo ante sus ojos.

—¡Dámela! ¿Por qué demonios no lo has dicho antes? —preguntó Alexandra enfadada, tratando de cogerla, sin conseguirlo.

—¡Ajá! La muerta regresa a la vida —exclamó su hermana con voz cavernosa.

—Aline, dame la carta o se lo diré a mamá.

La chica soltó una carcajada y se echó la larga melena rubia hacia atrás con sus dedos de uñas azules.

—Anda, toma, que pareces un bebé.

Alexandra miró el remite; era de la hermana Marie, rasgó el sobre con impaciencia y se puso a leer. Fue como si, de repente, hubiera regresado a África; hasta le pareció que los dulces trinos de

los pájaros se transformaban en el griterío habitual de las aves y los monos de la selva.



## Capítulo 34

*Querida Alex:*

*Perdona que no te haya escrito antes. Ya sabes como es este lugar, siempre surge algo que te impide hacer lo que deseas, pero hoy decidí que escribiría esta carta sin falta y aquí la tienes.*

*En la misión todo sigue como siempre. El doctor Ford aceptó quedarse hasta que tú volvieras y, aunque no lo quiero tanto como a ti (entre nosotras, te diré que es un poco maniático con ciertas cosas, en especial, con sus comidas), el dispensario funciona sin problemas.*

*Tus pacientes me preguntan a menudo por ti y les contesto que, en cuanto recuperes tus fuerzas, volverás aunque solo sea para hacernos una visita. De verdad, espero que así sea. Tienes que ver el nuevo hospital, es impresionante. Está casi acabado y, a pesar de que he tenido que contratar a un arquitecto de Kinshasa para los remates finales, el proyecto sigue al pie de la letra las especificaciones del coronel Schwartz... aunque quizá ya no debería llamarlo así.*

*Creo que no sabes que Harry Schwartz dejó el ejército apenas unas semanas después de tu partida. Vino a la misión a despedirse y a dejarlo todo arreglado (ya lo conoces; él mismo fue quién se encargó de buscar al arquitecto del que antes te hablé). Me contó todo lo que había ocurrido y lo cerca que estuviste de la muerte.*

*No sé si eres consciente de que si no fuera por él, quizá yo en este momento no estaría escribiéndote esta carta. Peleó como un*

*león para conseguir el helicóptero que te trasladó al hospital, te cuidó sin descanso la noche antes de tu traslado a Kinshasa, cuando tu estado hacía temer lo peor, y, más tarde, utilizó todas sus influencias para enviarte a Francia en ese avión especial para evitarte una recaída.*

*Ahora ha vuelto a Boston con su familia; por lo visto tiene que arreglar un montón de asuntos. Me imagino que al dejar el ejército necesita replantearse de nuevo qué va a hacer con su vida y solo espero que el buen Dios lo ilumine y lo guíe, pues es uno de los mejores hombres que he conocido en este mundo.*

*El amable Jean-Luc Lemoine nos envió varias revistas con el reportaje que hizo de la misión. Te enviaré uno de los ejemplares en cuanto sea posible. Como esperaba, los donativos han aumentado de manera espectacular; pienso que dentro de un par de meses el hospital estará funcionando a pleno rendimiento y contará con todos los aparatos necesarios.*

*Y estas son las novedades que han ocurrido en tu ausencia. Espero que te recuperes lo antes posibles y que volvamos a vernos, incluso si decides no volver a África a ejercer la medicina. La hermana Agnès y yo echamos de menos nuestras animadas charlas y rezamos por tu completa recuperación.*

*Con todo nuestro afecto,*

*Marie Florit*

—Toma. —La voz de Aline la sacó de su abstracción. Alexandra cogió el pañuelo que le tendía su hermana; hasta ese instante, no se había dado cuenta de que tenía las mejillas empapadas por las lágrimas silenciosas que había derramado.

—¿Malas noticias? —preguntó Aline, mirándola con simpatía.

—No. —Alex se sonó con brusquedad—. Nada de eso, todo sigue adelante en la misión aunque yo no esté allí. Echo tanto de menos aquello...

Pero Alexandra era consciente de que no solo lloraba por eso. Sus peores temores se habían cumplido; el coronel había regresado a Boston y quizá, en ese preciso momento, estuviera en una capilla dando el «sí, quiero» a la despampanante Barbara Fellon.

«Soy una estúpida», se dijo sonándose una vez más. «Qué pensaría Toni si conociera mis sentimientos por otro hombre».

Pero Alex sabía que Toni lo habría entendido; la quería demasiado como para pretender que ella pasara el resto de su vida adorando su recuerdo. Él habría sido el primero en decirle: «¡Adelante!». Una nueva ristra de lágrimas rodó incontenible por sus mejillas y, por un instante, la joven temió no ser capaz de parar de llorar nunca más. Como si comprendiese los sentimientos de su hermana, Aline se sentó a su lado en el banco, le pasó un brazo sobre los hombros y, apoyando su mejilla contra su cabeza, comentó:

—Siempre fuiste una llorona incorregible, Alex. ¿Recuerdas el disgusto que te llevaste al enterarte de que Heidi tenía que ir a Frankfurt a acompañar a Clara y que el abuelo se quedaría solo en su casita de las montañas?

Lo absurdo de la comparación, hizo que Alexandra lanzara una carcajada seguida de varios hipidos y así, abrazada a su hermana entre risas y sollozos, consiguió poner las cosas en perspectiva y decidió que lo más sabio sería tratar de olvidar a ese hombre.

Las semanas pasaron con la misma lentitud con la que Alexandra recuperaba sus fuerzas. Todos los días se obligaba a comer un poco más de lo que le apetecía y cuando algún recuerdo del coronel venía a su mente o notaba que empezaba a sentir excesiva lástima de sí misma, emprendía alguna actividad frenética, como ordenar los platos en los armarios de la cocina por enésima vez o limpiar el polvo; una conducta un tanto extraña, que a su madre le hacían mover la cabeza de lado a lado con manifiesta preocupación.

Un soleado domingo de mediados de mayo, la familia al completo se había reunido para comer. El hermano de Alex había ido desde Montpellier con sus gemelos de ocho años y su esposa, y Aline y su marido, que vivían en el mismo pueblo, habían llevado a su hija Adèle, un rollizo bebé de rubios cabellos que a Alexandra la tenía loca. Su madre, que era una excelente cocinera, había instalado una gran mesa de madera en el invernadero que ocupaba gran parte de la fachada trasera de la casa. A Alex le encantaban esas comidas domingueras, con los niños alborotando y los mayores hablando a voz en grito para tratar de hacerse entender, y todo alrededor lleno de preciosas flores y plantas que su madre adoraba cultivar. Apenas se había llevado el tenedor a la boca un par de veces, cuando sonó el timbre de la puerta principal.

—¿Quién será a estas horas? Anda, Charles —dijo su madre dirigiéndose a uno de los gemelos—, ve a abrir.

Al cabo de un minuto el chico regresó vociferando:

—Alex, un hombre te busca.

Todos se quedaron en silencio y miraron a Alexandra, sorprendidos.

—Como no sea Antoine, el de la librería, que me trae el libro que había encargado... En fin, voy a ver —comentó la joven levantándose de mala gana.

Abrió la puerta y allí, a contraluz, se encontró con un altísimo desconocido.

—¿Qué desea? —preguntó, extrañada.

—Doctora Bascourt, ¿ya no se acuerda de mí?

Alexandra se llevó una mano a la boca, para ahogar un grito de sorpresa.

—¡Coronel!

Alex no podía creer lo que veía. En efecto se trataba del coronel pero, en vez del uniforme con el que estaba acostumbrada a verlo, vestía unos pantalones chinos color *beige*, una camisa de manga

larga azul pálido ligeramente remangada que dejaba ver sus morenos antebrazos y unos mocasines de ante. Llevaba el pelo oscuro mucho más largo que la última vez que lo vio y un mechón rebelde caía sobre su frente. Al verlo ahí de pie, sonriendo con esos blanquísimos dientes que resaltaban contra su piel bronceada, Alex pensó que era el tipo más atractivo que había visto en su vida.

—Lamento comunicarle que ya no soy coronel, Alexandra. Ahora soy, simplemente, Harry Schwartz.

Los ojos oscuros resbalaron, hambrientos, por la cara y la figura de la doctora y, aunque le pareció que estaba algo más pálida y delgada de lo que la recordaba, la encontró tan hermosa con su sencillo vestido floreado y su pelo dorado y sedoso, que ahora le llegaba más abajo de los hombros, que tuvo que contener el impulso poderoso de estrecharla entre sus brazos y buscar en sus labios el recuerdo de los apasionados besos que habían compartido en África. Entretanto, la joven lo observaba boquiabierta, sin saber qué decir.

—¿Dónde están tus modales Alex? ¿No vas a presentarnos a tu amigo y a invitarlo a comer? —La madre de Alexandra, apoyada en el marco de la puerta, miraba a Harry con mal disimulada curiosidad.

—Yo... —Alexandra pareció volver en sí de repente—. Mamá te presento al coro... perdón, quiero decir a Harry Schwartz. Estuvimos juntos en la misión del Congo.

La madre de Alex, una esbelta y todavía bella mujer de unos sesenta y cinco años, se acercó al exmilitar con la mano tendida.

—Encantada, señor Schwartz, siempre he querido conocer y dar las gracias en persona al hombre que se portó tan bien con mi hija y conmigo en esos momentos tan difíciles.

Harry Schwartz le estrechó la mano mientras le dirigía una de sus fascinadoras sonrisas, y Alex comprendió que su madre no tardaría mucho en caer rendida a sus pies.

—Llámeme Harry, por favor, y no me dé las gracias. Hice lo que cualquier otro en mi lugar hubiera hecho, señora Bascourt.

—Por favor, llámeme Christine —respondió su madre, devolviéndole la sonrisa—. Espero que se quedará a comer Harry.

—No quiero causarle ninguna molestia, Christine —contestó él, mientras Alexandra seguía el intercambio de educadas frases como si asistiera a un partido de tenis rebotante de *fair play*.

—Por supuesto que no es ninguna molestia. Alex, ve a poner otro cubierto para Harry.

La joven se escabulló a toda prisa, contenta de tener algo que hacer que le permitiera recuperar algo de la calma perdida antes de tener que enfrentarse de nuevo al coronel.

«Excoronel», se corrigió a sí misma.

Alexandra colocó los platos al otro lado de la mesa, pero su madre, sin ningún tipo de sutileza, le dijo a su hermano que se corriera y dispuso el servicio del coronel justo frente a ella.

## Capítulo 35

La comida resultó muy alegre, a pesar de que Alexandra no contribuyó mucho al ambiente general, pues se limitaba a observar a hurtadillas a ese hombre que le parecía un desconocido, como si tratase de descubrir al antiguo coronel bajo sus ropas de civil. En cambio, resultaba evidente que Harry Schwartz no se encontraba nada cohibido. Reía y bromeaba con sus hermanos y su madre como si los conociera de toda la vida, lanzó varias veces a la pequeña Adèle en el aire, haciéndola desternillarse de risa con sus juegos, e incluso los gemelos, que siempre ignoraban a las visitas, parecían muy interesados por las historias que contaba el exmilitar y no dejaban de hacerle preguntas sobre África y sobre las armas que utilizaba cuando era soldado.

En varias ocasiones los ojos castaños de la joven se cruzaron con los ojos oscuros del norteamericano pero, enseguida, Alexandra desviaba la vista sin percatarse de lo que para otros, en especial su madre y su hermana, resultaba tan evidente: que las pupilas masculinas rezumaban una inmensa ternura que no podía disimular.

Cuando por fin terminó la comida y se hubieron bebido el café, Alexandra se levantó para ayudar a su madre y sus hermanos a recoger; pero Aline, con un disimulo tan sutil como un puñetazo en el rostro, le dijo:

—No hace falta que tú recojas, Alex, todavía estás débil. Será mejor que aproveches para enseñarle el jardín a Harry. No sabemos

si se quedará por aquí mucho tiempo y sería una lástima que se lo perdiera ahora que está en su mejor momento.

—Me encantaría verlo —afirmó él, mirando a Alexandra muy serio, a pesar de que la joven era consciente de que sus ojos se reían de ella.

Enojada con su familia, que se comportaba como si ella fuera una solterona difícil de colocar, Alex frunció el ceño y se limitó a decir:

—Está bien.

Salieron afuera y la joven empezó a andar a toda prisa delante de él.

—¿Es una carrera, doctora? ¿Cuál es la meta? —preguntó el excoronel con fingida seriedad.

Muy a su pesar, Alex se vio obligada a sonreír y, mordiéndose el labio inferior, se detuvo a esperarlo. Luego caminaron, uno al lado del otro, por un sendero que los condujo hasta el fondo del jardín donde, sin apenas transición, comenzaba un extenso campo sembrado de lavandas. En esa época del año, las lavandas estaban en todo su apogeo, y la vista y el aroma resultaban espectaculares. Sin dirigirle todavía la palabra, Alexandra le condujo hasta un viejo y oxidado banco de hierro, bajo la sombra de un inmenso manzano en flor. Tomó asiento y le hizo un gesto al norteamericano para que hiciera lo mismo.

—¿A qué ha venido, coronel? —preguntó procurando parecer calmada.

—Doctora, le repito que ya no soy coronel.

—Disculpe, me cuesta llamarlo por su nombre.

—Pues es un nombre bastante común, Alexandra —respondió él, al tiempo que se volvía hacia ella y clavaba sus ojos en las pupilas femeninas con tal intensidad que Alex sintió que le faltaba el oxígeno.

La joven inspiró profundamente, en un intento de recuperar el ritmo regular de su respiración y volvió a preguntar:

—No entiendo qué es lo que hace aquí, co... Harry.



—Muy bien, no ha sido tan difícil, ¿verdad? —El exmilitar rozó su mejilla con el dorso de los dedos en una ligera caricia que dejó a Alexandra temblorosa—. He venido a verte, Alexandra.

—¿A mí? —preguntó como una tonta.

—Sí, a ti —contestó, divertido.

—Pero y... No lo entiendo... ¿Por qué no está en Boston con...?

—¿Con quién? —se negaba a facilitarle las cosas.

—La hermana Marie me escribió... Yo creí... —prosiguió Alex de forma inarticulada.

—¿Qué fue lo que creíste, Alexandra? —le preguntó con tanta ternura que, por unos segundos, Alexandra se quedó en blanco. Sin embargo, la joven hizo un esfuerzo para rehacerse y le soltó, por fin, la pregunta que llevaba varios minutos rondando su mente:

—¿Por qué no está con su mujer?

—Entiendo tu pregunta, Alexandra, con cuarenta años cumplidos va siendo hora de que me case y forme una familia como Dios manda, ¿estás de acuerdo, no es cierto?

—Yo no...

—Sí, estoy de acuerdo contigo en que ha llegado el momento de buscar a la mujer adecuada.

—Pensé que ya la había encontrado —declaró Alex cuando consiguió tragar la bola invisible que se le había formado en la garganta.

—Yo también lo creí, pero tras entregarle lo mejor de mí, esa mujer me rechazó...

A Alexandra le pareció increíble que Barbara se hubiera negado a casarse con él por segunda vez.

—Lo siento, coronel. De verdad que siento que la mujer que ama le haya hecho eso. —Y en vez de la alegría que pensó que le produciría enterarse de semejante noticia, sintió una terrible lástima al pensar en el dolor que estaría experimentando en esos momentos el hombre que estaba a su lado.

—Sí, es muy triste que la única mujer a la que he amado de verdad en mi vida me haya rechazado. —Sus palabras se clavaron

en su corazón punzantes como una aguja de tejer y, por un instante, Alex cerró los ojos, tratando de contener el dolor.

De repente, unos dedos bajo su barbilla le obligaron a alzar el rostro hacia él; Alexandra abrió los párpados y vio su cara marcada —que una vez le pareció siniestra y que ahora encontraba tan seductora que resultaba difícil de soportar— tan cerca de la suya que dio un respingo.

—¿Te asusta mi cara, Alexandra?

—¡Por supuesto que no! —negó la joven con vehemencia.

—Demuéstramelo —le ordenó muy serio.

Por un instante, Alex se quedó muy quieta. Luego, muy despacio, alargó su mano y posó las yemas de los dedos sobre la cicatriz que surcaba el rostro del hombre sentado a su lado. Con delicadeza, la recorrió notando su textura rugosa y, al ver cómo Harry cerraba los ojos con un profundo suspiro, Alexandra aprovechó para acercarse aún más a él. Sujetó su cara con ambas manos y empezó a depositar ligeros besos a lo largo de la vieja herida. El hombre emitió un jadeo, la rodeó con sus brazos y la estrujó contra él, al tiempo que se inclinaba sobre los labios femeninos y comenzaba a besarla con desesperación.

—Alexandra, Alexandra —susurró contra su boca.

—Harry, no podemos... No está bien... —suspiró la joven intentando resistir sin éxito la marea de deseo que amenazaba con sumergirla.

El norteamericano continuó besando su cuello hasta que la hizo gemir, luego apartó el tirante del vestido y el del sujetador y posó sus labios sobre uno de sus senos haciendo que la doctora se retorciera de pasión. Sin saber de dónde sacó la fuerza de voluntad necesaria, Alexandra lo empujó y logró apartarse de él, mientras que con manos temblorosas trataba de colocar el vestido en su lugar.

—No es justo, coronel.

El hombre, temblando de pasión, esta vez ni siquiera la corrigió.

—¿Qué es lo que no es justo? —preguntó tratando de concentrarse en sus palabras, a pesar de que su mente todavía estaba embotada por el deseo.

—No es justo que porque una mujer lo rechace, usted trate de sacudirse su frustración haciéndole el amor a otra que no tiene la culpa de nada.

—¿Qué es esto, un jeroglífico? No entiendo nada —comentó, desesperado.

Alexandra se enfadó de verdad.

—¡Que yo no soy la sustituta de la señorita Fellon! —le gritó, rabiosa, y se levantó del banco con brusquedad, lista para marcharse.

Harry Schwartz extendió el brazo y la detuvo al instante, atrayéndola de nuevo contra su pecho mientras Alex se debatía con todas sus fuerzas.

—¿Qué tiene que ver en esto la señorita Fellon?

—Acaba de confesar que, aunque le ha rechazado, es la única mujer a la que ha amado en su vida.

El exmilitar echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que hizo que Alex sintiera ganas de matarlo.

—¡Suélteme! —ordenó furiosa, renovando sus esfuerzos por librarse de sus brazos.

—Estate quieta, Alexandra —le ordenó con severidad y sus dedos la sujetaron con fuerza de los hombros, pero sin lastimarla. Alex obedeció y se lo quedó mirando con los ojos pardos brillantes de rabia—. ¿Quién ha dicho en ningún momento que la mujer de la que hablaba fuera Barbara Fellon?

Alex lo miró con asombro.

—Usted, por supuesto.

—Yo solo he dicho que la única mujer a la que he amado me había rechazado.

—¿Lo ve? —contestó Alexandra, triunfante, como si le hubiera pillado comiéndose el chocolate.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Pues eso, que la ama.

El brazo de Harry Schwartz la estrechó aún más fuerte contra su pecho, mientras con la otra mano sujetaba su mandíbula con firmeza y la obligaba a alzar el rostro hacia él, de forma que las pupilas de Alex quedaron en línea con las suyas.

—La única mujer a la que he amado en mi vida, casi desde el primer momento en que la vi, ha sido a ti, Alexandra.

Alex se quedó mirando las ardientes pupilas oscuras y sintió que se hundía en ellas más y más, hasta que se olvidó incluso de respirar.

—Pero... nunca me has dicho nada... pensé que era solo deseo...

—La noche que hicimos el amor en la selva me entregué a ti por completo, Alexandra. Pensé que te darías cuenta de que me ponía en tus manos sin reservas, pero a la mañana siguiente, cuando estaba a punto de poner en palabras todo el amor que sentía, no quisiste saber nada de mí. Me hiciste tanto daño que todavía me hiere recordarlo. —Los ojos masculinos se nublaron al recordar el dolor que le había causado.

Alexandra sintió que, por fin, empezaba a comprenderlo todo y confesó:

—No quería hacerte daño, Harry, pero la experiencia había sido tan maravillosa que me sentí fatal. Pensé que me estaba olvidando de mi marido, que de alguna forma había traicionado su memoria.

Harry Schwartz se inclinó para depositar un ligero beso en sus labios.

—No deseo competir con el recuerdo de un hombre que ya no puede cometer errores, Alexandra. No soportaría que me comparases con él. Yo soy solo humano...

La joven le sonrió con dulzura, acariciándole la mejilla marcada.

—No debes preocuparte. Amé a Toni con toda mi alma durante una etapa de mi vida. Esa etapa terminó de forma brutal. Sin embargo, he tenido la suerte de encontrar el amor por segunda vez.

—Su voz tembló un poco—. Un amor distinto, pero tan intenso que llega a ser doloroso.

Él la estrechó con más fuerza y se sintió el hombre más feliz de la tierra.

—Te quiero, Alexandra. Deseo casarme contigo mañana mismo. Quiero poder apretarte entre mis brazos durante el resto de mis noches. ¿Sabes que desde que volvimos de la selva no he vuelto a dormir bien? Quiero formar contigo una familia, en África si es posible, si no dónde tú me digas. Quiero que tengamos tres o cuatro bebés rollizos: un chico moreno como yo y tres niñas rubias y preciosas como tú...

Al escuchar sus palabras, Alex se estremeció de dicha; emocionada, hundió el rostro en el poderoso pecho y escuchó los agitados latidos del corazón masculino.

—Sí —murmuró contra su camisa.

—¿Cómo has dicho?

—¡Sí, sí, sí! ¡Me casaré contigo! ¡Te quiero, Harry Schwartz! —gritó la joven riendo feliz.

El hombre enmarcó su rostro con sus grandes manos y empezó a besarla, hambriento. Los labios y los dedos del exmilitar parecían estar en todas partes a la vez y Alexandra, sintiendo la misma avidez que él, le devolvía caricia por caricia, mientras susurraba entre beso y beso cuánto le quería. Transcurrieron varios minutos hasta que Harry Schwartz recobró un atisbo de racionalidad y se dio cuenta de que estaba casi tumbado sobre el cuerpo de Alex y que su mano se había deslizado bajo el vestido y le acariciaba las caderas y el estómago. De pronto supo que, si no se detenía en ese momento, ya no podría parar y tomaría a Alexandra en ese mismo banco, a la vista de todo el que pudiera pasar por allí. Así que, con un esfuerzo sobrehumano, se separó de ella y le bajó el vestido con una mano temblorosa.

—Alexandra —susurró.

Alex abrió los párpados con lentitud. Las mejillas femeninas estaban sonrojadas y sus labios aparecían levemente hinchados y,

al mirarse en esas pupilas pardas que relucían de pasión, Harry tuvo que contenerse para no inclinarse de nuevo sobre ella y continuar hasta el final.

—Alexandra, eres tan hermosa... —suspiró el exmilitar, deslizando su dedo pulgar por su labio inferior.

—¡Caramba, Harry! Me arrastras a la locura y luego me dejas frustrada, tirada en este banco. No me parece un comportamiento muy caballeroso, la verdad —protestó Alex, jadeante.

—No seas ansiosa, Alexandra, he esperado tanto tiempo que deseo que las cosas se hagan como Dios manda —afirmó Harry Schwartz con su aspecto más severo.

—Ah, sí, ¿y cómo se hace eso? —preguntó Alex, que se había incorporado y ahora se inclinaba sobre él, mordisqueándole la garganta.

—¡Doctora Alexandra Bascourt, deja de hacer eso o me veré obligado a tomar represalias!

—No me importa, estoy dispuesta a aceptar el castigo que me impongas... —susurró Alexandra, deslizando la punta de la lengua por el lóbulo de su oreja.

—¡Quieta, Alexandra! Tenemos que hablar. —Respirando con dificultad, Harry Schwartz la agarró de ambos brazos y la mantuvo a una distancia prudencial.

—Está bien, aguafiestas, ¿de qué tenemos que hablar?

—Soy un excoronel del ejército y debo mantener mi honor sin mácula a pesar de que las mujeres provocativas como tú os empeñéis en tentarme... —Harry le lanzó una profunda mirada cargada de ternura que la hizo temblar y añadió—: Y ahora en serio, Alexandra, ¿sería posible encontrar a alguien en este pueblo o en los alrededores que nos case hoy mismo?

## Capítulo 36

Ese mismo día no pudo ser, pero dos semanas después, Alexandra Bascourt y Harry Schwartz se daban el «sí, quiero» en la pequeña y bella iglesia del pueblo, rodeados de la familia y los amigos de ella, y de la madre y el hermano de él, que habían tenido que dejar de lado todos sus asuntos para poder llegar a tiempo a la ceremonia.

Al norteamericano le había costado encontrar un chaqué a su medida pero, al final, lo consiguió y cuando Alex lo divisó en pie, esperándola frente al altar, pensó que no había un hombre más apuesto en el mundo.

Por su parte, al ver a Alexandra acercarse por el pasillo del brazo de su hermano, una intensa emoción invadió a Harry Schwartz; Alex llevaba un sencillo vestido de un tono claro y el pelo recogido en un moño y, una vez más, Harry pensó que era la mujer más hermosa que había contemplado en su vida. Conmovido, dio gracias a Dios por permitir que, por fin, la eficiente y adorable doctora Bascourt fuese suya para siempre.

Una vez terminada la ceremonia, mientras tenía lugar el convite en el jardín de la casa Bascourt, Alex sin soltarse de la mano de su flamante marido se dirigió a hablar con su suegra, una alta y elegante dama de blancos cabellos, enfundada en un vestido gris

pálido y muy parecida a su hijo, con la que había congeniado desde el principio.

—Alexandra, no sabes cómo te agradezco que, por ti, mi hijo haya decidido abandonar el ejército de una vez para siempre. No tienes idea de lo que es despertarse todos los días angustiada, preguntándome qué trocito de Harry habrá desaparecido esta vez.

Alex rio divertida.

—Muy a mi pesar, tengo que confesar que no fui yo la que influyó en su decisión. Un día, él mismo se dio cuenta de que ya estaba muy mayor para seguir tendiendo emboscadas a rebeldes armados hasta los dientes, ¿no es así, querido? —preguntó mirándolo maliciosa.

—Ya ves mamá, recién casado y mi mujer ya empieza a meterse conmigo. Presiento que me espera un infierno a su lado —contestó Harry con fingido temor.

—Espero que ahora os quedéis por fin en un país civilizado y me deis un par de nietos cuanto antes, soy muy vieja para esperar...

Alex no pudo evitar sonrojarse antes de contestar:

—Respecto a los nietos prometo hacer todo lo que esté en nuestras manos, pero tengo que decirte que, en cuanto los médicos me den el alta definitiva, volveremos a África...

Harry se volvió hacia ella y la miró con adoración.

—¿Estás segura, cariño? ¿Estás dispuesta a criar allí una familia?

—Por supuesto. Es lo que siempre he querido...

Su marido no la dejó continuar, con un rápido movimiento la atrajo hacia sí, encerrándola entre sus brazos, y la besó con ansia, sin importarle lo más mínimo que su madre estuviera delante.

—Estos recién casados... —comentó Christine moviendo la cabeza, mientras se acercaba a la madre de Harry.

—Tienes razón, será mejor que vayamos a tomar algo y los dejemos en paz.

Ambas se sonrieron y se alejaron despacio, absortas en una interesante conversación sobre la poda de los frutales.



Esa noche, cuando Alexandra y Harry permanecían abrazados desnudos entre las sábanas revueltas de la habitación del romántico hotelito que habían descubierto en un pueblo cercano, exhaustos tras haber hecho el amor con ansia infinita, Harry, sintiéndose en paz con el mundo entero volvió a preguntarle:

—¿Estás segura de que quieres volver a África, Alexandra?

—Creo que no podría vivir en otro sitio. Me encantaría volver a la misión y trabajar en ese magnífico hospital que tú ayudaste a construir.

—Tengo que darte una noticia —dijo Harry, al tiempo que frotaba su nariz contra la nariz femenina.

—Espero que no vayas a decirme ahora que te has equivocado y que, en efecto, era con la señorita Fellon con la que tendrías que haberte casado... —Alexandra enarcó una ceja, burlona.

—Ahora que lo dices, creo que hubiera resultado una esposa mucho más manejable.

—¿Ah, sí? Entiendo —afirmó Alexandra que se apartó de su lado y le dio la espalda con fingido enfado.

Al contemplar la tentadora curva de su espalda, Harry Schwartz se inclinó sobre ella y empezó a besarle la suave piel de los hombros, luego, lentamente, deslizó la lengua a lo largo del costado femenino y Alexandra no pudo reprimir un gemido. De repente, el exmilitar se detuvo.

—Si sigo con esto no podré contarte esa gran noticia que te he comentado —declaró con voz entrecortada, como si acabara de recorrer tres kilómetros corriendo a toda velocidad.

Alexandra se acurrucó de nuevo a su lado y, resignada, le dijo:

—Está bien, Harry. Cuéntame de una vez esa gran noticia.

—La hermana Marie ha aceptado mi idea de crear una escuela de enfermería en la misión. Me ha dicho que le encantaría que yo mismo me ocupara de la construcción del edificio y de la dirección y administración de la escuela. Mi madre se ha ofrecido a recaudar los

fondos necesarios entre sus numerosas amigas, ociosas y millonarias, a las que nada les gustaría más que participar en un proyecto semejante... Ah, se me olvidaba, la hermana Marie también me comentó que le gustaría que, al frente del nuevo hospital, estuviera la mejor doctora que ha pasado nunca por la misión...

—¿Es eso cierto? —preguntó Alexandra, incrédula, incorporándose de un salto.

—Muy cierto —contestó su marido muy serio, a pesar que los ojos oscuros relucían de diversión al notar su entusiasmo.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Me daba miedo que dijeras que no... —admitió con desgana.

—Creo que esta falta de confianza se merece un castigo —declaró Alexandra, severa.

—Oh, no, doctora, ¿no irás a pincharme? —preguntó él con fingido terror.

—Será algo peor que eso, excoronel Schwartz. Mucho peor, incluso, que la tortura de las cosquillas implacables —amenazó sin perder la seriedad, aunque sus pupilas chispeaban traviesas.

—Dios mío, estoy muerto de miedo.

—Está prohibido moverse, coronel —ordenó Alex y, de un salto, se sentó a horcajadas sobre su cuerpo desnudo.

El exmilitar notó que volvía a excitarse al instante. Despacio, Alex empezó a besarle la frente, los ojos, la nariz, enterró la cara en su garganta y mordisqueó la piel de su cuello. Harry no pudo evitar apretarse más contra ella, al tiempo que un ronco gemido brotaba de su garganta, pero Alex le regañó:

—Te he dicho que no te muevas, coronel —ordenó, imperiosa.

Obediente, su marido trató de relajarse, mientras Alexandra le besaba los hombros, el pecho y seguía bajando hasta que Harry Schwartz no pudo soportarlo más y jadeante, la rodeó con sus brazos y, con un rápido movimiento, giró y la atrapó bajo su cuerpo.

—¡Me vengaré! —exclamó con voz ronca, enredando sus dedos en el sedoso pelo rubio, mientras se inclinaba sobre uno de sus

pechos desnudos y comenzaba a lamer el endurecido pezón.

Alexandra echó hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados, al tiempo que se arqueaba contra su cuerpo musculoso, en un intento de acercarse más y más a él. Una de las manos masculinas se deslizó por su costado y acarició su cadera desnuda, hasta llegar a sus muslos, donde sus dedos, curiosos y hábiles, empezaron a trazar suaves círculos en el centro de su ser, avivando en el acto las llamas de una hoguera que amenazaba con consumirla.

—Harry... —susurró, desfallecida, apretándose aún más contra esos dedos que la enloquecían.

—Alexandra... —jadeó él, al borde de su resistencia.

Alex separó sus piernas en una clara invitación y Harry ya no pudo resistirse más. Con un fuerte empujón se deslizó dentro de ella y ambos comenzaron a moverse al unísono, hasta que el placer que experimentaban se desbordó en una riada incontenible que los dejó exhaustos. Cuando al fin regresó la calma, Harry la abrazó con fuerza, mientras Alexandra se aferraba a su cintura, como si no fuera a soltarlo jamás.

—Te quiero, Alexandra —susurró él en su oído, al tiempo que apartaba un húmedo mechón de pelo rubio de su cara.

—Te adoro, coronel —murmuró ella contra su pecho y, casi al instante, se quedó dormida.

## Capítulo 37

Alexandra contempló con orgullo los nuevos edificios de la misión. Era increíble cómo había cambiado todo en apenas cinco años, se dijo. Gente de todas las partes del mundo visitaba el lugar, pues sus edificios autosuficientes, ecológicos y en perfecta armonía con la naturaleza, eran un caso excepcional en África.

Aparte del hospital —que contaba con los últimos avances tecnológicos que no tenían nada que envidiar a ningún hospital occidental y que era un referente en todo el continente—, en la misión también se habían fundado dos nuevas escuelas para adultos: una de enfermería y otra de técnicas de agricultura. La comunidad alrededor de la misión iba creciendo con regularidad y el número de casas, sólidas, con un sistema de saneamiento adecuado y dotadas de energía solar, aumentaban de año en año. Al frente de todos esos proyectos, haciendo gala de un enorme entusiasmo y un empuje espectacular, estaba su marido Harry Schwartz y Alexandra daba gracias todos los días al buen Dios de la hermana Marie por haberlo puesto en su camino.

En ese momento, el exmilitar, que salía de una de las nuevas casas en construcción, se encontró con la mirada soñadora de su esposa embarazada y se acercó a ella a largas zancadas y rodeó su cintura con uno de sus brazos.

—¿Con qué sueña esta pequeña doctora? —preguntó, sonriente.

—No sueño con nada. Ya tengo todo lo que puedo desear. —  
Alexandra hizo un gesto, abarcando lo que la rodeaba.

En ese momento, un torbellino en forma de niño de unos tres años, se agarró a su pierna con fuerza.

—Mamá, me persigue Joseph. Sálvame.

Con una tierna sonrisa, Alexandra cogió al rubio diablillo y lo alzó en sus brazos.

—Hola, Joseph —saludó Harry a un niño de la misma edad que su hijo, que se acercaba corriendo hacia ellos—. ¿A qué estáis jugando?

—Al pillá, pillá. —La cara oscura del chiquillo se iluminó con una sonrisa—. Y te pillé Chris, estás pillado.

—¡No me has pillado! —protestó el niño mientras se retorció en los brazos de su madre para que lo bajase.

En cuanto estuvo en el suelo, Joseph se acercó a él y lo tocó.

—Pillado.

Entre risas, ambos se alejaron abrazados, la piel negra de los brazos de Joseph en profundo contraste con la piel apenas dorada por el sol de Christophe.

Alexandra miró a su marido con una adorable sonrisa que lo dejó embobado.

—Estaba pensando en lo feliz que soy...

—¿Sí? —preguntó él estrechándola aún más contra sí—. Pues yo tengo mis quejas...

—¿No me digas, coronel? ¿Y cuáles son esas quejas? —preguntó Alex con fingida preocupación.

—Estamos los dos tan ocupados, doctora Bascourt, que apenas tenemos tiempo para nosotros. En este momento, ¿sabes qué es lo que me gustaría?

—No tengo ni idea —contestó ella, reprimiendo una sonrisa.

—Me gustaría llevarte a nuestro precioso *bungalow*, tumbarnos sobre la cama, encender el ventilador del techo y... —La mirada de deseo salvaje que le dirigió la hizo jadear.

Alex se acercó a él todo lo que le permitía su ya abultada barriga, rodeó con sus brazos la cintura masculina y preguntó:

—¿Y qué crees que opinaría nuestra pequeña Charlotte, coronel?

—Tendría mucho cuidado, no creo que protestara...

Harry Schwartz se inclinó sobre la dulce boca femenina y empezó a besarla hasta que ambos perdieron la noción del tiempo y del espacio, y, al final, unas risas infantiles los arrancaron de su arrobamiento. Con esfuerzo, se separaron y descubrieron que a su alrededor se había formado un corrillo de niños que los miraban muertos de risa.

—Pensé que te ibas a comer a la doctora, señor —dijo uno de ellos.

—Las doctoras no se comen, tonto —contestó otro.

—¿Vosotros no tenéis nada mejor que hacer a estas horas? ¡Venga a clase todo el mundo! —ordenó Harry en tono amenazador, lo que provocó la desbandada de los chiquillos, que salieron corriendo entre alegres carcajadas.

—¿Entiendes ahora de qué me quejo, Alexandra?

—Lo entiendo muy bien, Harry —contestó ella sin parar de reír, al tiempo que depositaba un rápido beso sobre los labios de su marido, antes de darse la vuelta y dirigirse de regreso al hospital, a continuar trabajando.



ISABEL KEATS. Ganadora del premio HQÑ Digital con *Empezar de nuevo* (2013), finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* (2011) y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR por su novela *Abraza mi oscuridad* (2013), decidió autopublicar su novela *Algo más que vecinos* (2012) en las principales plataformas digitales con un gran éxito.

Isabel siempre ha disfrutado leyendo novelas de todo tipo. Hace pocos años empezó a escribir sus propias historias y varios de sus relatos han sido publicados, tanto en papel como en digital. Escribir, hoy por hoy, es lo que más le divierte y espera poder seguir haciéndolo durante mucho tiempo.